



Ann Beattie
Retratos de Will

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia

Jody es madre de un niño de cinco años, Will, y una prometedora artista que, de momento, trabaja como fotógrafa de bodas en Virginia. Su novio, Mel, quiere casarse con ella y trata de convencerla para que se mude a Nueva York, donde él trabaja en una galería de arte. Will va a visitar a su padre a Florida, pero este vive cada una de las visitas de su hijo como una intromisión en su intimidad. Las vidas de los personajes que pueblan Retratos de Will muestran la complejidad de la familia postmoderna, fruto de un tiempo en el que las relaciones humanas son cada vez más fragmentarias y adoptan formas menos estables y definidas. Esta novela es un inquietante relato sobre la supervivencia emocional, pero también una acertada reflexión sobre temas tan universales como la aversión al compromiso, el sexo o los miedos infantiles.

Lectulandia

Ann Beattie

Retratos de Will

ePub r1.0

Titivillus 20.05.2019

Título original: *Picturing Will*
Ann Beattie, 1989
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Retratos de Will

Primera Parte: Madre

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Segunda Parte: Padre

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Tercera Parte: Niño

Veintiuno

Autora

Para Lincoln.

PRIMERA PARTE

Madre

Uno

De noche, cuando a Jody le costaba dormir, Wayne —con ese aire furtivo suyo— parecía andar siempre entre las sombras, su voz suave una insinuación susurrada por la brisa. Hacía años que se habían divorciado, y con la excepción de algunas charlas telefónicas periódicas para discutir las visitas de Will a Florida, Jody no tenía con él contacto alguno. Su imagen se había vuelto borrosa. No estaba demasiado segura de si su mirada parecía más intensa con gafas o con lentillas. Recordaba que era alto, pero no recordaba lo que sentía cuando estaba a su lado, y mucho menos cuando él la abrazaba. Recordaba de qué colores eran las camisas de cuadros que llevaba en invierno, pero no si las llevaba por dentro o por fuera de los pantalones. El único recuerdo que conservaba con absoluta nitidez —despierta o todas las veces que lo había soñado— era el del día en que se casaron. Fueron a un juez de paz. El hermano de Wayne y una amiga de Jody con la que desde entonces había perdido el contacto fueron los únicos testigos. Después de la ceremonia, ella y Wayne salieron por la puerta agarrados de la cintura y echaron una carrera hasta el coche, felices (el hermano de Wayne se les había adelantado y se las había apañado para abrir la puerta del coche con una reverencia, como si estuviera abriendo la puerta de una carroza dorada). Durante un instante fugaz ella bajó la vista hasta el lugar en que los dedos de Wayne se curvaban alrededor de su cintura y, de repente, vio su futuro clarísimo, como si estuviera mirando una bola de cristal. Los dedos de Wayne estaban colocados a la perfección, pero enseguida te dabas cuenta de lo difícil que resultaba sentirlos: o lo que tocaban era efímero, o era el tacto de Wayne el que le confería esa cualidad. Al cabo de tantos años, Jody seguía preguntándose cuál de sus dos suposiciones sería la correcta. Pero fue entonces, en ese preciso instante, cuando se dio cuenta de que iba a escurrirse entre los dedos de Wayne.

Cuando se casaron solo hacía pocos meses que se conocían, meses durante los cuales se entregaron a una actividad tan frenética que, antes incluso de que le propusiera matrimonio, Jody ya pensaba que estaban destinados a casarse desde el primer día. Sus miradas se cruzaron mientras andaban por una calle abarrotada. Pasaron el uno al lado del otro; él había quedado unos pocos pasos atrás cuando a ella se le rompió el tacón. Había estado mirándola con la cabeza vuelta —echándole el mal de ojo, pensaba

Jody ahora—, y cuando ella se detuvo para quitarse el zapato, lo que hizo fue detenerse muchos años, años en los que se iría a vivir al campo, se casaría y tendría al hijo de Wayne. Ese tacón de cuero pequeño y estrecho que sostenía era la cola de la que se desprende una lagartija atrapada.

Tendría que haberlo visto venir —la intimidación, las bravuconadas—, pero la intimidación siempre llegaba acompañada de una coerción encantadora (tantas flores que él no podía permitirse...), y las bravuconadas las había tomado, por aquel entonces, por auténtica pasión. Wayne siempre había estado a punto de construirse una vida, una vida para él y para ella. Le había pedido dinero prestado a su hermano para ir a la universidad y había colgado los estudios. Despotricaba contra la vida en la ciudad, contra todo: desde las grietas en la acera en las que quedaban enganchados los tacones hasta los trapicheos políticos que determinaban la idiosincrasia urbana. Para Wayne, las gárgolas de escayola en los edificios eran aves de mal agüero, mientras que los sonidos nocturnos del campo eran la música de las esferas. Vivían en una casita minúscula en una granja donde ella cuidaba de los caballos y él leía libros. No es que quisiera ampliar horizontes, como solía decir él: leía para reforzar los límites de sus convicciones. Algún día, sostenía Wayne, su brillantez alumbraría el mundo, pero entre tanto se ganaba la vida arreglando lámparas y trabajando de chico para todo en la granja. Y ella pasó un tiempo embelesada con él y con esa vida. Sin saber mucho de él —sin saber siquiera, hasta que solicitaron la licencia de matrimonio, que había estado casado; sin pararse a pensar en lo extraño que era que él no tuviera amigos y en lo desconcertado que se había quedado su hermano cuando Wayne le pidió que fuera a su boda; sin saber más que lo que veía en los ojos de Wayne y lo que sentía cuando él tocaba su cuerpo— estuvo dispuesta a dejar atrás amigos preocupados, a pelearse con sus padres hasta que dejó de hablarles y a dudar de su propia ambición. Aunque haber caído bajo su hechizo le parecía ahora imposible, seguía escarmentada por la experiencia. Seguía tan trastornada como para deambular por la casa durante la noche, inspeccionándolo todo cual dama atribulada, para asegurarse de que las cartas de amor que había hecho pedazos no habían reaparecido como folios intactos, de que las rosas no habían echado raíces para volver a florecer en el fondo de la basura.

Wayne se marchó sin dejar una nota cuando las rosas que le había regalado a Jody empezaban a marchitarse. El llanto de Will la despertó una mañana en una casa que sentía profundamente vacía. No lograba convencerse de que él había salido a apilar heno para los caballos ni de que había desistido

de sus intentos por reparar el coche y lo había llevado al garaje de Smoky. Los caballos parecían tranquilos y faltaba el coche, y sobre la mesa de al lado de la puerta descansaba la llave de casa de Matthew. Afuera amanecía. Y ella llevaba a Will en brazos; Will, que olía al sueño de la noche: esa mezcla de pañal húmedo y champú Johnson's para bebés y sudor y talco que, durante muchos años, Jody creyó que nunca conseguiría sacarse de los pulmones. Se había quedado allí, al lado de la puerta cerrada, como si la puerta fuera transparente y pudiera mirar hacia fuera y ver, a lo lejos, el coche de Wayne. Porque antes incluso de ver la llave en la mesa, Jody sabía que se había ido. Se había ido, y a finales de mes ella y Will también se habrían ido con el dinero que le había pedido prestado a su padre, que le había escrito una nota tan afectuosa que, antes de terminar de leerla, Jody la arrugó y la tiró. La mujer del jardinero había dejado una cesta de pícnic —¡como si fueran a pasar un agradable día en el campo!— en el asiento de atrás de un viejo Buick que había comprado con el dinero de su padre. Condujo hacia el sur durante una hora y pasó las dos semanas siguientes en Charlottesville, en casa de una amiga; era una casa milagrosamente vacía, pues la amiga la había puesto en venta y estaba de camino a Nueva Orleans para reunirse con su novio. Creer que la fotografía y la buena suerte la habían salvado era mentira, pero todavía le resultaba demasiado doloroso pensar que la clave estaba en la modesta cuenta de ahorros de su padre o, incluso, que la generosidad de su amiga —no solo le había dejado la casa, sino también unos amigos a quienes les había pedido que llamaran a Jody (uno de aquellos amigos la había invitado a la fiesta en la que conoció a Mel)— había frustrado los planes de Wayne para arruinarle la vida.

Ahora vivía con su hijo —el hijo de los dos— en la misma ciudad sureña hasta la que había conducido casi al azar, y de dependienta de una tienda de cámaras fotográficas se había convertido en una fotógrafa de bodas muy solicitada. A menudo, cuando rondaba por la casa de noche con el consuelo de una copa en la mano, caminando sin hacer ruido, descalza para no despertar a Will, se sentía hipnotizada por aquello que había creado. No es que su creación resultara especialmente adorable ni representativa de quién era ella, pero existía, al fin y al cabo: los trípodes y las luces estroboscópicas, el comedor transformado en un estudio fotográfico. Solía andar a tientas por la habitación oscura: los ganchos al lado de la chimenea de los que había colgado vestidos de novia antiguos y sombreros de paja; la repisa sobre la que los objetivos reposaban en fila como soldados; la vitrina rinconera, con sus cámaras dentro y el fotómetro colgando del pestillo frontal; el asiento del

alféizar que Duncan había ampliado para que ella pudiera bajar la cortina de terciopelo color marfil y fotografiar a las futuras novias graciosamente sentadas en la pequeña hornacina; la silla que había comprado en la tienda del Ejército de Salvación y que había vuelto a tapizar (las sillas modernas no tenían esos asientos tan anchos) para sus fotografías, para que el novio y la novia pudieran sentarse sin parecer un ventrilocuo y su muñeco. Cuando el día terminaba, ¿apagarían los médicos los fluorescentes de sus consultas y pasarían la mano sobre los estetoscopios y los depresores y las jeringas, y se sentirían desconcertados ante lo remoto de aquellos objetos fríos y aquellos envases de plástico?

¿Pasarían secretamente los panaderos el dedo por los dibujos perfectos del glaseado, lo probarían y luego repararían los desperfectos con su manga pastelera? ¿Acaso la gente no sobrevolaba su vida algunas veces, veía que era más extraña de lo que parecía y luego, con el corazón acelerado, contestaba el teléfono, daba un buenas noches desganado y seguía su camino?

Aunque las preguntas retóricas ayudaban un poco, cuando Jody estaba despierta —cuando le parecía estar completamente sola en la casa aunque su hijo estuviera durmiendo en el piso de arriba y su amante durmiera en Nueva York y soñara con ella— lo único que parecía venir al caso era cuán torpe, y también ligeramente absurdo, había sido crearse esa vida. Podría haber encendido las luces, pero entonces todo habría aparecido demasiado crudo; el resplandor habría borrado la habitación. Podría haberse quedado en la cama a pensar en todo eso, pero una de las ventajas de ser adulta era que podía levantarse y ocupar su territorio sin que nadie la desafiara.

Se sentó sola en la silla grande y escuchó el sonido de los árboles que el viento de la noche azotaba. Una mancha de luz irregular que venía del farol sobresalía sobre el entarimado. La estudió como si fuera una tira de pruebas: ¿cuál sería el tiempo de exposición indicado para conseguir todas las gradaciones de blanco a negro posibles? Poder especular y anteponer seriamente la observación a la acción era un lujo, y ella lo sabía. No ser ni la madre agobiada ni la artista atribulada.

Puso el vaso vacío sobre la encimera de la cocina y rebuscó en una pila de periódicos a punto de desmoronarse. Cogió un sobre grande de papel manila y metió en su interior la bolsa de la farmacia con el recibo grapado por fuera que contenía las gotas para los oídos de Will, y el recibo arrugado de la comida china para llevar que habían cenado la noche anterior. A Will le encantaba la sopa *wonton*. Le encantaba la cuchara especial que traía, y por el *wonton* hundido en el fondo sentía el interés del pescador que observa una

trucha en aguas cristalinas. Jody también metió una nota a la que no tenía intención de responder: una mujer cuya boda había fotografiado le pedía que le escribiera algunos recuerdos del día. También había una petición de Will, que quería un G. I. Joe; a medida que el lápiz se acercaba al borde del papel, las letras se agrandaban y caían. Y una carta a ordenador en la que le ofrecían dos días gratis en un condominio en Florida si se comprometía a considerar la posibilidad de comprar; y la tira cómica que venía con un chicle; la cuenta de una tienda de comestibles con un manchurrón de zumo de fresa que parecía sangre; otra postal del vendedor de Electrolux animándola a que reservara fecha para una demostración; una Polaroid de Will que, con la mano levantada y sujetando la pernera de un pijama, trataba de parecer elegante con los pies metidos en un par de zapatos de tacón de satén; una nota de la maestra de Will en la que manifestaba su preocupación por lo disperso que era el niño; un individual con la fotografía de un cardenal, el pájaro del estado, en el que Will había dibujado un monigote que apuntaba al pico del animal con una pistola; la etiqueta de un tarro de gelatina de grosella negra que Will le había pedido que metiera en remojo y que, cuando ya se había despegado, había dejado de interesarle. Por la mañana pararía en la oficina de correos y le enviaría el sobre a Wayne. Se enorgullecía de su audacia, aunque no recibiera nunca acuse de recibo, aunque, para el caso, como si enviaba el sobre a Marte. Solo quería que él supiera cosas: el precio de un litro de sopa o que alguien le había recetado una medicina al niño. En algunas de las cosas que había metido en el sobre veía tomas de su vida hechas con un gran angular, mientras que en otras veía primeros planos. Una multa de aparcamiento no era gran cosa —eso es algo bastante común—, pero había algo casi íntimo en enviar la bolsa de la farmacia.

Pasó el dedo por la solapa del sobre de papel manila. La primera vez que le envió uno a Wayne, se dio cuenta de lo diabólico que era hacer algo así. Pero después del segundo y el tercer sobre reparó, al ver que él no respondía, en que había encontrado un modo de confundirlo e intimidarlo.

Cerró muy bien el sobre lamiendo la cola de la solapa hasta que quedó lo bastante húmeda para adherirse a la perfección a la tira de cola seca. Al mismo tiempo, se cuidó de no cortarse el labio con el papel. En eso se habían convertido los delicados besos de tantos años atrás, los leves besos de buenas noches concebidos para que Wayne los sintiera sin despertarse: un lametón a una línea de cola y una solapa doblada y pegada con la fuerza del que estrangula a alguien.

Cuando terminó de meter cosas en el sobre empezó a ordenar un poco, aunque sabía que Mel le diría que nadie iba a esperar que fuera el ama de casa perfecta, faltaría más: ya criaba un hijo y se ganaba la vida. Mel era capaz de descifrar los últimos avisos de pago, y cuando lo multaban por algún retraso ni se inmutaba. Siempre le pedía que se mantuviera tranquila cuando la policía la paraba por exceso de velocidad, y en Navidad no dudaba en salir corriendo bajo la lluvia para darle una propina al chico que les traía el periódico. Mel era un tipo listo y se acercaba muchísimo a su hombre ideal. Como amante, era más paciente que Wayne, y la risa de Will le parecía contagiosa. La quería y le había hecho saber cuánto lo entristecía que ella no se decidiera a casarse con él y marcharse a Nueva York.

Era por eso, en buena parte, por lo que pasaba la noche despierta vagando como si se hubiera perdido. Porque sospechaba que, para conservar lo que tenía, tendría que mudarse, perderse y rendirse. Experimentaba una versión distinta de esa angustia que años atrás la había empujado a caminar de noche por la casa, arriba y abajo, hipnotizada por los miedos que la asaltaban de madrugada: ¿qué sería de ella? ¿Y de Will? Aunque había encontrado el modo de que los dos pudieran llevar una vida estable, todavía tenía la sensación de que todo podía volverse precario. De que volvería a salir por la puerta de su casa para ser una viajera nocturna, pero esta vez tendría que marcharse sola porque no se atrevería a despertar a Will. Cuando Will era bebé, lo cogía en brazos y lo llevaba de paseo. Si él no podía dormir, ella tampoco podía dormir. Siempre le había extrañado que no hubiera otras madres noctívagas. A las tres o las cuatro de la madrugada ella y Will empezaban a marchar colina abajo, y por el camino ella preguntaba: «¿Qué es eso?», y la pregunta, en realidad, se la dirigía tanto a él como a ella misma. De noche, la catalpa sureña parecía surreal: una especie de mezcla entre una tarta de cumpleaños boca abajo cuyas velas se mantenían inverosímilmente pegadas al glaseado, y el móvil que antes pendía sobre la cuna de Will. «¿Qué es eso?», decía señalando el cielo, y al *unísono respondían* «La luna». Incluso en las noches más frías de invierno vagaban por un sueño extraño que distorsionaba el mundo diurno, reparando en lo que iluminaban los faroles o la luz de las estrellas. Apenas si se oían ruidos. Sonidos, sí —el gato que salía disparado de entre los arbustos, las hojas susurrando en la brisa—, pero la impresión de conjunto era de silencio. Cuando la luna estaba llena, el viejo coche azul del vecino resplandecía, color lavanda. La nieve que caía parecía sólida como las perlas. El asfalto podía llegar a parecer satén. A veces su voz imitaba la brisa; con los labios en la oreja de Will, susurraba «¿Qué es eso?»

arrastrando las palabras para que las eses produjeran una corriente de aire. «¿Tú eres el bebé de quién?», le preguntaba, y Will decía «Tuyo». Ella señalaba: «Esa casa, ¿de quién es?». «Mía». Un reino que reclamar como propio. ¿Quién podría culpar al niño por sentirse poderoso? Moviéndose a través de la noche, Jody se convirtió para él en un caballo al galope con un sentido de la dirección infalible. Olfatea el aire: allá está el peligro. Siente la brisa que llega del norte.

Sin él habría muerto. Solo un bebé —alguien verdaderamente necesitado de sus cuidados— habría logrado que estuviera a la altura de las circunstancias. Bien agarrado contra su pecho, Will se convirtió en el parachoques que la protegía del mundo. Cuando él tenía pesadillas y ella lo consolaba, el calor de su cuerpecito la relajaba tanto que lograba conciliar el sueño. Ahora ya tenían dinero para ir tirando y tiempo para trabajar y jugar, y estaba Mel; ni siquiera la persona que más cercana sentía tenía la menor idea de que ella y Will habían sido viajeros nocturnos. Jody estaba convencida de que si no se lo confiaba entonces, no tardaría en olvidarlo. ¿Por qué recordar tus vulnerabilidades? En aquellos días su cómplice había sido un bebé, y eso era una gran ventaja; olvidaría el viento que movía sus cabellos y las ráfagas de frío y calor que salían de los labios de su madre cuando se los acercaba al borde del gorrito de lana y respiraba acompasadamente olvidándose de sus preocupaciones por cómo vivirían y por lo que sería de ellos. Eso quedaría tan olvidado como el momento en que nació. Tendría la importancia de una canica perdida cuando ya ha transcurrido un mes de su desaparición. Con los bebés, los secretos siempre estaban a buen recaudo. Con los adultos —y, en ocasiones, con uno mismo— en absoluto.

Dos

El día después de fotografiar una boda en una finca al este de la ciudad, Jody llamó al ama de llaves para ver si podría volver para tomar otras fotos de los jardines. Algo en la casa —nada arquitectónico; un *algo* nebuloso que parecía flotar en el aire— había llamado su atención. No estaba muy segura de qué buscaba. Solo sabía que quería otra oportunidad para fisgar.

Aunque se ganaba la vida fotografiando bodas, lo que de verdad le interesaba eran las fotografías que hacía para ella misma. Ya era lo bastante buena, y eso lo sabía, como para empezar a pensar seriamente en mostrar su obra secreta. Al principio, la fotografía había sido para ella algo fascinante; algo con lo que, pensaba, nunca tendría nada que ver. Por aquel entonces Will era un bebé y su matrimonio acababa de derrumbarse. En aquella época, todos los fines de semana ataba a Will a la sillita del coche y conducía a Washington para fotografiar espectáculos o para pasear por las librerías de los museos y mirar libros que no podía permitirse. Cuán vulnerable debía de parecerle a cualquiera que hubiera reparado en ella: una chica guapa con un bebé apoyado en el pecho y dormido en el portabebés, con la atención fija en el libro que examinaba como si pudiera darle pistas acerca del resto de su vida. ¿Dónde se habían colocado los fotógrafos? Y, ¿por qué? La lógica de los fotógrafos se hacía aparente; su nivel de agresión, medible. En las mejores fotografías, la presencia del fotógrafo era palpable. Aunque ahora había cambiado de opinión y se sentía inclinada a pensar justo lo contrario, entonces quería tratar de entender qué era lo que los fotógrafos revelaban sobre sí mismos. Lo que más la fascinaba eran los riesgos a los que los fotógrafos se exponían. Había tratado de imaginar en qué ocasiones habrían creído que se escondían y hasta qué punto habían estado en lo cierto. A veces el fotógrafo desaparecía, una desaparición tan poco convincente como la de un niño que jugara al escondite y no pudiera evitar asomar la cabeza para ver cómo iba el juego. Otras veces no podía evitar pensar que el fotógrafo había orquestado los movimientos para que la fotografía expresara algo suyo, personal, que no reflejaba en absoluto los sentimientos del sujeto. Mirar fotografías se parecía un poco a hacer de detective, pero en muchos casos el misterio trascendía lo explicable.

Compró fotografías de la biblioteca del Congreso.

Wayne le preguntó por qué quería colgar de la pared fotos de gente que no conocía.

Cobró el cheque que le envió su padre por Navidad y se compró una Canon TX.

Wayne reaccionó como si un gato le hubiera traído a casa un ratón muerto.

Se compró un tanque de revelado y, para practicar, fue sacando carretes de la caja con los ojos cerrados, tratando de enrollarlos a tuestas en la bobina.

Mientras iba moviendo el tanque, Wayne la miraba como si fuera una sorda agitando unas maracas sin semillas.

Los recuerdos de aquellos años podían asaltarla cuando menos se lo esperaba. Quizá la calle por la que conducía le recordaba a la calle en la que ella y Wayne habían vivido. No se trataba, eso seguro, de la mansión de la boda en sí, uno de tantos caserones que, aunque cuidados, necesitaban una rehabilitación; de esos que se han pintado varias veces sin haber raspado la pintura vieja antes y cuyas contraventanas cuelgan un poco. Aun así, el caserón blanco tenía cosas buenas: ventanas de cristal emplomado de las que tendría que apartarse la hiedra en primavera; inmensos arcos de raíces nudosas que serpenteaban por el suelo y fresnos recién plantados de tronco delgado, apenas más grueso que el mango de una escoba.

Saliendo del coche, pisó unos fragmentos de oro aplastados en la grava: las copas de champán de plástico de la víspera. Su amigo Duncan, quien solía servir los banquetes de celebraciones de este tipo, decía que los robos estaban tan a la orden del día que, para las celebraciones grandes, muchos ricos recurrían ahora a servicios de plástico.

Como pensaba que alguien podría estar viéndola llegar, no se paró a fotografiar el plástico aplastado. Como tema de fotografía, además, era demasiado obvio, aunque ella solía permitirse algunos disparos mecánicos para que los sentimientos que el lugar le despertaba fueran aflorando: registraba lo que tenía delante y luego pasaba a otra cosa. Ver lo evidente a través del visor lograba, indefectiblemente, aguzar la vista para los detalles extraños y reveladores. Fotografiando un árbol veía a las hormigas en el suelo, apiñadas alrededor de un trocito de comida; sacando el lado de una casa, acertaba a ver en la ventana el reflejo de dos árboles cuyas ramas traslapadas formaban una cruz.

—¿Se creería usted que este es el mismo lugar en el que ayer formamos tanto alboroto? —preguntó el ama de llaves abriendo la puerta. Por el tono de

su voz, Jody entendió que era bienvenida. De no haber sido por el pelo crespo, no habría resultado evidente que era negra.

Llevaba un uniforme negro —o un vestido muy poco elegante— con un chaleco plumífero color canela. De las orejas le colgaban unos pendientes de plástico azul.

—¿No se ha ido de viaje de novios con ellos? —preguntó Jody sonriendo.

La mujer negó en silencio. Era más que un ama de llaves, obviamente. El día anterior, mientras bebía champán, bromeaba con la novia y la amenazaba con colarse en el crucero, escondida en el baúl, para salir cuando el barco llegara a Europa.

Jody entró en la casa y el ama de llaves se volvió para servir café sin preguntarle si quería.

—Él era mi segunda opción —dijo el ama de llaves—, pero creo que a ella le ha ido muy bien. —Le acercó a Jody una taza de café. El aroma llenó la habitación—. Mire qué le digo, tiene que ser un buen chico para que me guste. No es de ninguna religión de ninguna clase, nada. Me contó que sus padres, en California, lo educaron como ateo.

—¿Y quién era su favorito? —preguntó Jody.

—Un chico episcopaliano que estudia para médico. Y no tiene nada que ver con mi religión, tampoco, yo soy baptista. El muchacho con el que se ha casado no tiene el encanto de Taylor Tazewell, pero los dos son buenos chicos, y supongo que eso es lo que importa. —El ama de llaves sonrió—. No es que sea asunto mío, pero no sabría decir si ese anillo que lleva usted en el dedo es una alianza.

No lo era. Era un anillo de esmalte azul con un hilito de oro que formaba una delicada espiral sobre el esmalte. Mel lo había comprado y se lo había dado a Will para que fuera su regalo del Día de la Madre.

—Estoy divorciada. Tengo un hijo, Will. —Metió la mano en el bolso y sacó la billetera.

La foto de Will que llevaba tenía varios años; era una Polaroid en blanco y negro que había perdido el color, y ahora la cara de Will no se apreciaba. No se veía que sonreía. Como a todos los fotógrafos, los retratos que más le gustaban eran aquellos de personas queridas que no tenían mayor valor fotográfico. Quizá había algo especial en el día en que había sacado la fotografía (la primera vez que Mel consiguió que Will subiera a lo alto del tobogán y luego bajara sin tener que quedarse a su lado, listo para agarrarlo si se caía), o quizá se tratara del día en que la guardó en la billetera (con la ayuda de Mel, Will la había cortado para hacerla más pequeña y que cupiera

en el portarretratos de una billetera vieja que ya no tenía), quién sabe. La cara del ama de llaves se iluminó como si hubiera visto a un ángel.

—Yo tengo dos chicos, y tendría tres, pero a uno se me lo llevó una neumonía de pequeño.

—Lo siento mucho —dijo Jody.

Miró la foto de Will. Era imposible que se lo arrebataran. Tan imposible como haber abortado para complacer a Wayne. Se miró el anillo; la mano sosteniendo el retrato. El anillo de esmalte había costado más que la fina alianza de plata que Wayne le regaló, de eso estaba segura. Con la punta del pulgar empujó el anillo hacia la palma de la mano.

—Siempre es fácil pensar que hay una razón para todo, a no ser que te pase algo malo. —El ama de llaves suspiró.

Le ofreció a Jody leche para el café. Jody se echó un poco antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo: ella tomaba el café solo. Dejaría que la taza le calentara las manos unos segundos más y luego saldría y tiraría el café al suelo.

Wayne lo había hecho años atrás: había echado todo el café de su taza sobre sus plantones de tomatara. También les había tirado cosas encima: almohadas, platos, cigarrillos encendidos.

—Le estoy robando mucho tiempo —dijo Jody—. Saldré un par de minutos para sacar unas fotos rápidas, si le parece bien.

El ama de llaves se encogió de hombros.

—Yo no soy la dueña del jardín, eso seguro —dijo sonriendo mientras Jody salía por la puerta.

A veces podías saber si ibas a sacar una buena foto por el olor de la brisa. Un cosquilleo en la yema de los dedos precedía lo que iba a suceder: la brisa, un torrente de aves migratorias. Las mejores fotos eran sinérgicas, de lo contrario no eran más que imágenes pretenciosas con una buena composición.

Aquella mañana había estado mirando un libro de fotografías de París de Atget; en especial, las de interiores de hoteles que tomó en los años veinte. A todo aquel que tuviera un niño pequeño y cuyo hogar fuera un campo de batalla sembrado de animales caídos, desfiles de monstruos y toda la ropa que el niño no había querido ponerse, la foto del Hotel de Roquelaure le parecería una visión del paraíso. Solo una silla negra al lado de la altísima puerta te recordaba que en el hotel había vida. Uno reconocía de inmediato que se trataba de una silla de terciopelo. No era una silla de piel ni estaba tapizada de

otro material, sino una silla con el asiento de terciopelo adornado con un fleco. Aquel pequeño indicio de suavidad humanizaba toda la fotografía. El espectador creía que existía la posibilidad de entrar en aquella habitación por la puerta abierta, de sentarse en una silla mágica.

Montó el trípode y le atornilló la cámara. ¿Por qué estaba a punto de sacar una fotografía del lado de una casa? Porque —a menos que fueras Atget— si no descubrías un misterio tenías que quedarte esperándolo. Intuición y paciencia, nada más: quizá saldría un conejo de debajo de un arbusto; quizá caería un meteorito.

Movió el trípode a otro emplazamiento para que, cuando fotografiara la casa, se vieran los pequeños fresnos. Hasta que mirabas por el visor, nunca se sabía. Era entonces cuando las cosas adquirían una importancia de la que carecían en la vida real o cuando los detalles desaparecían. Podías descubrir que la foto que pensabas sacar con un gran angular se veía mucho mejor en un primer plano. Por bien que conocieras los pasos de rigor, por correcta que fuera la exposición, por mucho que dominases la composición, las fotografías realmente logradas —por muy segura que estuvieras del resultado tras el disparo— siempre trascendían tus expectativas.

Era una buena foto, pero Jody no confiaba en la intensidad de la luz, que empezaba a menguar, así que hizo varias tomas con diferentes grados de exposición. Luego dejó el trípode donde estaba y tomó la cámara con las manos. Su ligereza resultaba tranquilizadora. Con la pequeña Leica en la palma de la mano te sentías de repente más delicada y, a la vez, en un contacto mucho más directo con las cosas, como cuando te calzabas unas zapatillas de *ballet*.

A través del objetivo de la Leica, la escena era anodina. Volviéndose un poco para examinar el mundo, sin embargo, Jody vio que resultaba perfecta para fotografiar los restos de un nido de pájaro que veía sobre su cabeza, apoyado entre dos ramas. Debajo no había ningún huevo roto. El suelo estaba casi congelado. No habría fotografía de cáscaras de huevo ni de los plásticos aplastados del camino de entrada. En aquel momento, la fotografía que sacaría empezó a existir. Una oxidada camioneta azul enfiló a sacudidas por el camino de entrada. La fotografió mientras se acercaba: serviría de documentación. Fotografió al hombre abriendo la puerta del conductor y a su compañero que, al otro lado, bajaba de la camioneta de un salto. Si la vieron, no dieron muestras de ello. Caminaron hacia la casa, un hombre alto y otro bajo. Los dos andaban de un modo peculiar: no giraron la cabeza hacia atrás ni una sola vez.

Esperó a que llegaran a la puerta y entonces empezó a fotografiar con ganas. La suerte la acompañaba: el viento se metió en la fotografía. Se levantó una ventisca y, casi de modo palpable, esta acentuó el espacio vacío que rodeaba a los hombres. Luego se movió rápidamente para situarse detrás del trípode y sacar una fotografía de los hombres mientras abrían la puerta; el objetivo comprimó la perspectiva hasta que la camioneta no quedó a una distancia considerable de la casa, sino que se convirtió en una presencia gigantesca, grande y amenazadora. Era una presencia que creaba un contraste muy acusado con las ramas que movía el viento y aplastaba a las tres personitas paradas en la entrada. El ama de llaves, en medio de la corriente de aire, entrecerraba los ojos. Jody disparó y supo que tenía la foto perfecta. El pie rezaría: «Después de la boda». Sería una de las veintitantas fotos que sacó aquel invierno y que, para su sorpresa, harían que la gente se quedara pasmada mirándolas; fotografías que desvelaban lo que ella sabía del mundo en 1989.

Tres

Al final de la tarde, el sol que se desplazaba hacia el oeste chocó con el globo de la lámpara del techo proyectando prismas de color en las paredes, manchando los muebles y electrificando los bordes del gran espejo. El equipo fotográfico de Jody estaba apoyado en la pared de atrás. En el rincón se apilaba una maraña de cables que le recordaba unas serpientes negras que se hubieran quedado sin sentido mientras se arrastraban. A Will le gustaba poner sus serpientes de goma entre los cables. A veces los enrollaba con cuidado y colocaba su colección de juguetes de cuerda dentro del círculo. A menudo, cuando empezaba a tirar de los cables, Jody derribaba a Godzilla o a una familia numerosa de monos con miembros de todos los tamaños. Ah, pensaba contemplando su improvisado estudio casero, qué noble profesión. En una ocasión se calzó unas botas de pescador para meterse en el lago, entre hojas de nenúfar, a fotografiar a una pareja de novios que zarpaban a bordo de una canoa. Le había prestado sus zapatos del treinta y nueve a una novia cuyo tacón había empezado a bailar justo cuando estaba a punto de caminar hacia el altar y había fotografiado la ceremonia descalza. Al principio, cuando casi no tenía dinero y, en el fondo del fondo de su corazón, no creía que Will y ella pudieran vivir de sus fotografías, negoció con el padre de un novio para que, en lugar de abonarle sus honorarios, le pagara con pan, galletas y pasteles para una semana entera. Antes de conocer a Mel, fueron más de seis las veces que deseó ser ella la que se casaba con el hombre con quien se casaba la novia. Se acostumbró a mentir cuando admiraba anillos con el atractivo de un guijarro. Cámara en alto, cerraba los ojos durante unos segundos y rezaba para que, por improbable que aquello pudiera parecer en aquel momento, el matrimonio que estaba celebrándose durase; para que no se convirtiera en otra deprimente estadística de fracaso futuro. Solía volver a casa con flores pegadas en el pelo y arroz en los zapatos. Alguna vez también había vuelto a casa e, inexplicablemente, se había puesto a llorar.

Ahora mismo, Will estaba en su clase de manualidades de los viernes. Hasta la fecha había hecho catorce ceniceros (ella no fumaba) y doce diminutas figuras humanas con los brazos abiertos, para que se parecieran al sacacorchos favorito de Mel. Mel pensaba que todo lo que Will hacía era la obra de un genio. Mel también había recibido varios ceniceros de regalo y había escuchado profusos relatos acerca de los que se habían roto durante la

cocción. Los ceniceros estaban en la mesa de trabajo de Mel, en fila india (la última vez que fueron a Nueva York llevó a Will a su trabajo para que los viera); a todos los de la galería les gustaban mucho, le aseguraba a Will. Eso hacía que Jody se sintiera un poco mal por guardar en un armario tantas de las cosas que Will le daba, pero ¿qué iba a hacer con tanto regalo?

Duncan llamó a la puerta. Venía a que le prestara el aspirador. Duncan tenía veintiocho años y se veía joven para su edad. Según Mel, estaba colado por Jody. Le pedía opiniones sobre cámaras que no compraría nunca, se erguía, orgulloso, cuando ella alababa sus platos, y siempre estaba dispuesto a quedarse con el niño si la canguro fallaba en el último minuto. Will daba por sentado que Mel podría seguir enseñándole los pasos de *ballet* que había estado practicando con Duncan. A Will le fascinaba que Duncan cortara el tallo a unas flores y las colocara en las bandejas de comida que preparaba; no entendía por qué su madre no adornaba la cena con ramitos de lilas. Duncan siempre se mostraba tan alegre —y optimista—, que incluso Mel se reía de vez en cuando a sus espaldas entornando los ojos e imitando la pose que adoptaba cuando lo elogiaban.

¿Estás segura? —preguntó Duncan, parado en la entrada—. Si lo necesitas para limpiar...

—Es la excusa perfecta para no pasar el aspirador —respondió Jody—. Cógelo, quédatelo todo el tiempo que quieras.

—Bueno —dijo Duncan metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta de borrego y sacando un rectángulo envuelto en papel de plata. Se lo dio a Jody con el brazo extendido, como cuando Will le regalaba a su madre algo que le daba vergüenza entregarle.

—Pastel de nueces con *brandy* —dijo Duncan—. Es una versión mejorada del pastel de harina de avellana que hice, el que te gustó tanto.

¡Gracias! Pero no hace falta que me regales algo solo porque te presto el aspirador.

—No es que haga falta, es que tú eres uno de mis mejores catadores.

—Gracias —repitió Jody. Abrió la puerta del armario del recibidor, se asomó rápidamente a su interior y sacó el aspirador. Ya le había pedido prestados libros, mantas, jarrones y su proyector de diapositivas. Como él se dedicaba a servir comidas a domicilio, no iba a pedirle una taza de azúcar. Cuando le devolvía las cosas, siempre le llevaba algo a cambio del favor: velas de cera de abeja, bulbos de tulipán, una cuchara de cocina de latón.

—Esta semana dan *El festín de Babette* en el cine —le dijo Duncan—. ¿La has visto? Había pensado que...

Gracias, pero ya la he visto.

¿Quién vendrá a hacer de canguro en Halloween?

—Will va a una fiesta.

Duncan asintió en silencio.

—Iba a servir la comida en esa fiesta de Halloween que vas a fotografiar, pero el tipo lo ha cancelado.

¿La fiesta?

—No, la comida. Habrá llamado a alguien más barato. Me dio la impresión de que no le gustaban mis precios.

Jody se encogió de hombros.

—Entonces es que es un tacaño. Tus precios son justos. No te preocupes.

—Tengo bastantes servicios en Halloween. Me dijo que, de todos modos, me pasara por la fiesta, pero no creo que vaya. —Miró el aspirador—. Bueno, tendría que irme.

—Gracias por el pastel. —¿Es que no se daba cuenta de las ganas que tenía de que se marchara?—. Si decides ir a la fiesta, puede que nos veamos.

Duncan asintió.

—Mejor que guardes el pastel en la nevera si no vas a comértelo ahora —dijo.

—Lo haré. Gracias otra vez.

—Avísame si no ha quedado lo bastante dulce. Me gusta tratar de utilizar tan poco azúcar como sea posible.

—Estoy segura de que ha quedado perfecto.

—Pero si no, dímelo.

Ella lo miró. Él miró el aspirador.

—Entérate de quién sirve la comida, si puedes —le dijo.

—Podría llamar al día siguiente para preguntar si a alguien más le ha sentado mal.

—¡No! No lo hagas —dijo Duncan, alarmado.

—Era broma —dijo Jody sonriendo.

Duncan chascó los dedos.

—Me he olvidado de devolverte el libro de Mel.

—Seguro que no tiene prisa por recuperarlo.

—Bueno, a lo mejor nos vemos en la fiesta.

Ella abrió la puerta y sonrió. Duncan levantó el aspirador y se despidió con la mano mientras bajaba por el camino de entrada. Como un niño, cuando llegó al final del camino volvió la cabeza para mirar si ella todavía seguía en la puerta. Seguía en la puerta, pero no para asegurarse de que Duncan llegaba

bien a casa: el coche de Mary Vickers acababa de parar al lado de la acera. Como solían hacer dos o tres veces por semana, iban a acercarse al parque para sentarse y hablar mientras Will y Wagoner jugaban.

Will andaba atareado con su G. I. Joe, que estaba a punto de invadir un nuevo reino (una zona acordonada de la alfombra del dormitorio —Mel se la organizó cuando vino de visita la semana pasada—: un enjambre de indios y vaqueros de plástico, unos castillos aquí y allá que Mel había recortado laboriosamente de un libro y montado con pegamento). Cuando el viejo Ford se acercó al bordillo, sin embargo, Will echó a correr escaleras abajo. Tanto él como Wag eran demasiado jóvenes como para sentir inhibición alguna al lanzarse a los brazos del otro y retomar el hilo de esa charla tan importante que Mary o Jody, tan crueles, habían interrumpido la última vez que se empeñaron en separarlos. Aquello era una pequeña parodia de los rápidos abrazos que Jody y Mary se daban, aunque quizá solo se lo pareciera a Jody y ellos ni siquiera lo advirtieran. Las frentes que chocaban levemente y el cosquilleo que sentían en los dedos cuando se agarraban de la cintura debían de ser auténtica torpeza; los ojos brevemente cerrados, una respuesta condicionada de cuando eran bebés. En cualquier caso, formaban una unidad propia que, instantánea e indefectiblemente, convertía a Jody y Mary en meras espectadoras y hacía que se acercaran la una a la otra con cierta incomodidad, conscientes de la falta de pasión que exhibían.

Mary Vickers era la mejor amiga de Jody, pero cuando de intercambiar intimidades se trataba, solían hacerlo con los ojos bajos. Algunos temas, como el del matrimonio de Mary con Wagoner —su hijo se llamaba (y aquello nunca dejó de maravillar a Jody) Wagoner Fisk Vickers III—, nunca salían a menos que fuera Mary quien iniciara la conversación. A Jody se le daba mejor no preguntarle a Mary por qué no se divorciaba de su marido que a Mary evitar entrometerse en las razones por las que Jody no se casaba con Mel y se mudaba a Nueva York. Ahí, aunque no quisiera decirlo en voz alta, Jody tenía la impresión de ser más capaz de controlar la situación que Mary. De ser una superviviente mejor, a decir verdad.

A Duncan lo había pillado la vorágine de la llegada. Sujetando el aspirador con una mano, despidiéndose de Jody con la otra e intercambiando un saludo rápido con Mary Vickers, se retiró y enfiló hacia el coche. Tanto Mary Vickers como Jody pensaban que Duncan era un alma dulce e inofensiva, por supuesto; alguien de cuya actitud positiva no podían más que admirarse.

—No subáis —gritó Jody al ver que los pies de los niños desaparecían escaleras arriba—. Si vamos al parque, vamos al parque. G. I. Joe ya ganará la guerra cuando vuelvas a casa.

Will miró por encima de la barandilla.

—Solo quería enseñárselo.

Will siempre se las apañaba para parecer sensato. También había descubierto cómo lograr que los comentarios de Jody parecieran demasiado afectados; cómo parecer adulto mientras ella lo llamaba chillando como una niña.

—Enséñaselo dos minutos y nos vamos.

Will vaciló.

—Lo veremos después.

Astuto. Aquello significaba que después de ir al parque volverían a casa. Jody miró a Mary Vickers.

—Vamos —dijo Mary Vickers—. Será mejor que lleguemos antes de que oscurezca.

Will empezó a bajar por las escaleras.

—¡Wag! —gritó Mary Vickers.

Bajó las escaleras haciendo mucho ruido y adelantando a Will.

—¿Duncan viene al parque con nosotros o no? —preguntó Will.

—Duncan acaba de venir a pedirme el aspirador. Cuando estaba aquí no parecía interesarte.

—No sabía que iba a irse.

¿Sentiría Will que Duncan no fuera al parque con ellos, lo sentiría de veras? Con aquella actuación de Will que, algo tarde, hacía de perfecto anfitrión, Jody no se sentía la perfecta anfitriona, precisamente. Escrutó la cara de su hijo: cándida. A saber qué pensaba.

—Duncan se ha ido —dijo Jody—. Y nosotros también nos iremos en cuanto te pongas el abrigo.

El banco en el que Mary Vickers y Jody se sentaron estaba enfrente de la iglesia episcopaliana. Sus campanas sonaban cada domingo por la mañana y en muchas otras ocasiones; tan a menudo, en realidad, que bien podrían haber anunciado la primera hoja caída del otoño y la primera estrella del crepúsculo. Las campanas eran una de las cosas a las que Jody siempre estaba atenta; también estaba alerta al alarido diario de las sirenas, que empezaba temprano por la mañana, se interrumpía hacia las cuatro de la tarde y luego se

reanudaba esporádicamente hasta las ocho. En los periódicos no venía nada que explicara por qué la brigada de salvamento, los bomberos y las ambulancias iban constantemente a la carrera por las calles. Mel creía que las sirenas se encendían cada vez que los muchachos salían a pillar una hamburguesa a McDonald's. Cuando ibas en coche, las ambulancias y los coches de la brigada de salvamento siempre pasaban disparados, casi sin frenar cuando se saltaban un semáforo, haciendo esos entre el tráfico que venía en dirección contraria, estabilizándose justo cuando parecían a punto de volcar en su loca trayectoria hacia algún hospital.

A Will le gustaban las sirenas, la posibilidad del desastre le parecía emocionante. Según su experiencia, los soldados que se caían al suelo no sangraban, y cuando su G. I. Joe se hizo la herida de la mejilla, él no estaba allí para verlo.

Debía su experiencia del dolor a las veces que se había caído en el asfalto del patio de atrás del colegio o a un dolor de garganta o de oído, y sin que Jody tuviera que pedirle que fuera valiente, había aprendido que no debía llorar innecesariamente. Eso se lo habían enseñado los otros niños, como también le habían enseñado a usar el tirachinas y a llamar a los pechos melones. Hacía poco, Mel había tratado de enseñarle a silbar a través de una brizna de hierba entre los pulgares. Los progresos de Will, hasta la fecha, eran lo que se habría esperado de alguien a quien le hubieran enseñado a silbar soplándole a un trozo de pudín. Cuando la brizna de hierba quedaba atrapada a los lados de los pulgares, sus manos de niño tan bellamente formadas parecían, de repente, carecer de huesos, estar hechas de barro. Y mientras él miraba las briznas con el ceño fruncido, Jody tenía el presentimiento de lo que sería vivir para ver a Will de viejo, acercándose los objetos para observarlos, miope. Mel creía que si Will era capaz de dominar ese silbido, este precedería a la perfección al grito de «¡Melones!». Eso fue lo que dijo la semana pasada, tumbado en la cama, tratando de provocarla. Mel se divertía fingiendo que quería corromper a Will, que él —al igual que el paso del tiempo que, de todos modos, no tardaría en cambiar al niño— era el enemigo de Jody.

Will y Wagoner subían por la escalera para tirarse por el tobogán, el «arribabajo» en el lenguaje infantil de Will, bajaban como balas y luego corrían por el lado para volver a subir la escalera. Mary Vickers hacía de presentadora anunciando al público, *sotto voce*, el espectáculo siguiente: Will y Wag, como bautizó a los artistas, presentarían divertidas acrobacias que sembrarían el miedo en el corazón de sus madres. Como un emocionado

locutor deportivo narrando el trote triunfal de un bateador alrededor de las bases, cruzó los brazos y susurró a Jody:

—Ahora Wag, que baja por el tobogán, lleva la delantera, y fuera de la pista podemos ver que la ardilla que miraba está asustada. No así Will, el colega de Wag, que ha completado con éxito cada uno de los cuatro descensos. Wag está sacudiendo el polvo del tobogán, tiempo muerto, y cabe esperar que el próximo descenso resulte particularmente rápido. Puede que a nuestros oyentes les interese saber que buena parte del éxito del descenso en tobogán reside en una rampa sin residuos de arena. Pero volvamos a la acción principal, y luego, amigos, en nuestra pausa publicitaria, un anuncio de Valium.

El verano pasado Mary Vickers tuvo su primera aventura: un dramaturgo que se había instalado en la ciudad para dar unas clases de teatro en la universidad. Mary no lo conoció allí; se topó con él por casualidad en el *drugstore* que abría por las noches. Él estaba comprando unas postales en tres dimensiones de halcones flotando sobre Skyland Drive al atardecer. Antes de cruzar las puertas automáticas, ella se detuvo en el tablón de anuncios que quedaba al lado de la máquina de Donkey Kong para ver si alguien se ofrecía para cuidar el césped. Fue entonces cuando salió el dramaturgo con unos cuantos tragos de Cuervo Gold encima, algo achispado. Sostenía una de las postales y resoplaba de admiración. Le enseñó la postal como si ella hubiera estado allí esperando a que él existiera. «¿De verdad que esto está por aquí?», le preguntó. Había venido de Nueva York a pasar el verano en Virginia. De camino al aparcamiento, ella le aconsejó que, para llegar a las montañas, cogiera la 29 hacia el sur en dirección a North Garden y luego saliera por la 250. Cuando Mary se lo contó, Jody supuso que a Mary debió de resultarle evidente que aquel hombre y ella terminarían siendo amantes. Sucedió entre una visita de Mary y Jody al parque y la siguiente, así que cuando Mary se sentó en el banco y removió la arena con la punta del pie como un caballo triste, Jody no se sorprendió; lo único que la dejó perpleja fue que ni Mary ni el hombre pensaran que lo suyo fuera a durar. No duró más allá del final del semestre, pero durante la época en la que se veían en secreto para beber vodkas a la pimienta y acercarse a Spudnuts muy de mañana, cogerse de la mano, comer donuts y lamer el azúcar de los labios del otro en el aparcamiento antes de seguir cada uno por su lado, Jody sacó una fotografía de Mary Vickers con el torso desnudo y una boa de plumas enroscada al cuello.

Mary la envió por carta a Nueva York para que, cuando él llegara a su casa, la foto estuviera esperándolo. Era una foto de enfoque suave, la foto de una chica glamurosa que Jody había virado a sepia y en la que, excepto por sus ojos tristes y expresivos, Mary parecía una niña disfrazada con la ropa de su madre.

Poco después de la fotografía de Mary Vickers, Jody bajó la boa de la estantería y tiró un carrete de color para explorar las posibilidades de la prenda. Como adorno, podría darle un toque humorístico a todo lo que envolviera, así que decidió hacer algunos de sus disparos al tuntún hasta que se le ocurriera algo más interesante. Enroscó la boa y la colocó sobre un melón, a modo de turbante. La fotografió serpenteando entre sus dedos. La fotografió estirada, reflejando la luz de un reflector. Luego probó a sacar una fotografía con una exposición de veinte segundos sin más iluminación que la de unas velas. Cuando más tarde estudió las hojas de contactos, se dio cuenta de que su instinto no le había fallado: con un filtro de efecto estrella, las puntas del pelo se afinaban hasta convertirse en hilos que lanzaban destellos hacia lo alto, igual que una tela de araña brillando a la luz del sol.

En el banco cercano a la verja, dos madres hacían caso omiso de sus hijos y charlaban animadamente. El tema de conversación era C. Everett Koop, el antiguo director general de Salud Pública, quien de pequeño, según una de las mujeres, solía andar por su barrio con su madre cargado con un cubo de basura con un trapo empapado en éter dentro; cuando cazaban un gato, el director general de Salud Pública se lo llevaba a casa para operarlo. Que Mary Vickers estuviera prestando atención a la conversación no estaba nada claro, pero la mujer que la oía parecía terriblemente asustada. Mary Vickers estaba observando el lugar en el que Will y Wagoner, en cuclillas, estudiaban algo que había en la hierba. Luego miró el reloj. Se encogió de hombros porque sabía que Jody la había visto mirar la hora, se enrolló la bufanda al cuello y tiró de un extremo simulando que se ahorcaba. Jody sabía que Mary Vickers la envidiaba porque ella no tenía que volver a casa y preparar la cena. A Will le bastaba con cereales con fruta para cenar; si no, los dos comían lo que Jody había bautizado como «cena multicolor»: una salchicha de frankfurt, un hilillo de mostaza, un trozo de aguacate, otro de tomate, una zanahoria y un trozo de pimiento verde, una cosa al lado de la otra en el plato. Cuando Mel los visitaba, ni Will ni Jody decían nada acerca de sus cenas secretas. O cenaban como es debido algo que ella o Mel hubieran preparado, o salían a cenar fuera.

—Hora de irse —dijo Jody mientras Wagoner pasaba corriendo a su lado con los brazos abiertos como las alas de un avión. Will corría detrás de él inclinando los brazos y emitiendo un zumbido. Jody y Mary Vickers bien podrían ser monstruos que hubieran emergido de la tierra para, hundiendo las garras en el suelo, avanzar en dirección a los niños. *Por favor. Volved al infierno. Dejad de ser nuestras madres. No nos rendiremos a monstruos con melones y manos con ganas de agarrarte e ideas obsesivas acerca de la necesidad de dormir. ¡Moríos! ¡Marchaos! ¡Dejadnos vivir libres!*

Al otro lado del parque los pilotos reían, listos para despegar, impacientes por dejar atrás la pista de aterrizaje llena de hierba.

—Quizá tendría que subirme a un avión y volar hasta Nueva York para ir a verlo —dijo Mary Vickers encogiéndose de hombros de nuevo y levantándose para observar a los niños de lejos. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo—. Tengo que confesar que te envidio. Puedes organizarte la vida para irte cuando quieras. Estás enamorada de alguien a quien puedes ir a ver.

—Mel es un romántico, eso es todo. Me ha idealizado y ahora cree que soy una gran artista y que sería una gran esposa. —Sus propias palabras la sorprendieron. No estaba acostumbrada a expresar sus dudas, ni aun transformándolas en afirmaciones.

¿No agradeces que alguien crea en ti?

Los pilotos se esperaban fuego de artillería, pero cuando Jody los sorprendió por detrás les habló con voz suave. Se desviaron de su rumbo y lograron ganar altitud una vez más.

¿Te contó Mel que se quedó sin gasolina cuando llevaba a Wag y Will al lago? —preguntó Mary Vickers—. Quería que le guardara el secreto. Creyó que tú pensarías que era un irresponsable. Otra vez llamó desde Nueva York para preguntarme cuál era tu color favorito. No sabía cuál era tu color favorito.

Jody sonrió.

—Todo lo que hace te parece simpático —dijo.

—Te lo he dicho. Creo que eres afortunada. Te envidio.

—Podrías dejar a Wagoner y hacer algo más —dijo Jody. Si Mary iba a pincharla, ella nombraría lo innombrable; era justo.

—Tú primero —respondió Mary Vickers—. Sin ti me volvería loca, lo que haría que dejarlo me resultara mucho más fácil.

Cuatro

Jody se sentó al lado de Mel en el balancín del porche y fue meciéndolo suavemente, adelante y atrás, con la punta de los dedos del pie. Mel era un hombre alto cuyas manos y pies eran tan desproporcionadamente grandes que ya se había acostumbrado a las bromas. Los ojos oscuros que había heredado de su padre griego eran su mejor rasgo; de su madre inglesa tenía los labios finos, la barbilla pequeña y el cabello ondulado. Jody había visto a sus padres en una ocasión, hacía años, cuando fueron a ver a Mel a Virginia. Había dejado la escuela de negocios y se había quedado por ahí para tratar de pensar qué hacer y, entre tanto, escribir una novela que nunca terminó. Lo rescató — si es que de un rescate se trató— su antiguo compañero de habitación de Exeter, que había abierto una galería en Nueva York. Mel se encargaba de la contabilidad y la administración de la galería, pero poco a poco empezó a dejar caer cada vez más a menudo el nombre de los famosos que entraban a mirar, a mencionar las fiestas a las que iba y las conversaciones que había mantenido bajo el mural de Sandro Chia mientras tomaba una copa en Palio. Jody escuchaba sus historias sobre la ciudad con la misma mezcla de cariño y escepticismo que reservaba a la teoría de Will acerca de que los G. I. Joes se habían multiplicado en el planeta y todas, absolutamente todas las personas del mundo excepto él, los tenían a docenas. Will soltaba sin tapujos: *Lo quiero*—, Mel lo daba a entender y sabía contener su emoción entrecortada mejor que Will.

El avión de Mel de Nueva York se había retrasado, como de costumbre. Las tan prometidas mejoras del aeropuerto no tenían nada que ver con los vuelos; las excavadoras levantaban los campos para ampliar los aparcamientos. Ya no podías dejar el coche a cierta distancia del aeropuerto para librarte de pagar el *parking*. Como a Mel le gustaba señalar, buena parte de las obras que anunciaban como mejoras no servían más que para ir ganando tiempo. El ayuntamiento no era capaz de decidir si lo que convenía era construir una vía de circunvalación o ensanchar la autopista para que absorbiera el tráfico. En las calles del centro de la ciudad se veían cada vez más carteles de «Servicio de vigilancia», y cada vez entraban a robar a más casas. Mel iba presionándola con estos argumentos, trataba de convencerla de que se mudara a Nueva York.

Cuando llamó al aeropuerto y le dijeron que el avión se retrasaba una hora, Jody reunió a Will y a Wag, echó perlas de baño del Capitán Magia en la bañera y, mientras se formaban grandes pompas de jabón, ayudó a los niños a desvestirse. Si las cogías con la palma de la mano y soplabas, se quedaban suspendidas en el aire durante un buen rato, tanto rato como las pompas que salían flotando del aro de goma después de sumergirlo en el jabón líquido del tubito de juguete. Echó al agua la tortuga de goma de Will, la que podía flotar con una pastilla de jabón metida en el hueco del caparazón pero que ahora contenía una vela que Jody encendió cuando hubo cerrado el grifo. Los dos niños se metieron en la bañera con sus G. I. Joes. Al cabo de unos segundos, Will apagó la vela soplando y Jody sacó el cuenquito de cristal para que Joe pudiera montar en la tripita de la tortuga. A Jody se le ocurrió que una visión idílica como esa podría haberla tenido un soldado de verdad, un soldado herido en combate y a punto de morir: estar flotando —si no entre juncos, sí entre las pompas del Capitán Magia— a salvo en la panza hueca de una tortuga sonriente. Ayudándolos a enjabonarse y luego a aclararse, Jody se mojó. Ya fuera de la bañera, Wag temblaba y sufría, muy exagerado, dejando que Jody lo envolviera en una toalla de baño enorme y lo apretara contra sus piernas. Will cogió su toalla y empezó a agitarse como si estuviera a punto de perder un hula-hop que ya tuviera a la altura de las rodillas. Ninguno de los dos niños dejó que Jody se le acercara con el cepillo. Wag le había suplicado que le dejara llevarse la enorme toalla mojada al coche para jugar en el asiento de atrás mientras ella conducía rumbo al aeropuerto para ir a buscar a Mel. Los niños se pasaron el viaje entero agarrándola con fuerza, como si fuera una vela que el viento no conseguía hinchar pero que, de todos modos, ellos hacían ondear erráticamente, riendo tras la toalla mientras Jody tomaba las curvas. Más tarde, Mel logró acostarlos sin apenas problemas, aunque probablemente se preguntaría, como se preguntaba Jody, si la casa no estaría demasiado silenciosa.

—No me extraña que los niños tengan pesadillas —dijo Mel—. En estos libros todo tiene que ser literal. «Aquella noche hacía un frío mordiente», pone, y se ve el dibujo de una boca abierta con dientes de tiburón. —Enseñó los dientes y los hundió ligeramente en el hombro de Jody. Luego se echó hacia atrás con un suspiro dramático—. Cuando pueda mirar porno debajo de las sábanas con una linterna, le habrá llegado su día de suerte.

Wag se quedaba a dormir porque el marido de Mary Vickers había vuelto a casa borracho. A Mel la información le vino bien: la usó para decir que,

fueras donde fueras, todo el mundo era igual. Él era un santo en comparación con hombres como Wagoner Vickers, daba a entender.

—¿Cómo puedes compararte con un agente de seguros de cincuenta y dos años?

—¿Cómo puede entusiasmarte sacar fotografías a chicas de ojos vidriosos sosteniendo ramilletes de flores cuando deberías estar haciendo fotos serias?

—No me desprecies por ganarme la vida. Dedico mucho tiempo a mis fotografías.

Pero la había pillado. Él se limitaba a repetir lo que ella le había dicho por teléfono aquella misma semana, cuando se sentía deprimida. Mel había cometido el error de tratar de animarla con sus halagos y lo único que había conseguido era que Jody adoptara una actitud reflexivamente cínica. Era fácil que te admiraran en un pueblo, le había dicho. Reconfortante saber que podías ganarte la vida sola. Pero también era una vía muerta. Hasta las fotografías de boda habían empezado a entristecerla: eran documentos con los que, un día, la gente podría echar la vista atrás y preguntarse acerca de aquella inocencia o aquellas certezas morales tuyas que un día se convertirían en escepticismo. Así había reaccionado Jody cuando volvió a mirar sus fotografías con Wayne. Era capaz de ver que, con su romanticismo, había transformado su casita en algo que no había sido nunca. Que recordaba unos paisajes más evocadores de lo que realmente eran, llenos de matorrales y pinos y montañas demasiado distantes. Incluso las fotografías de las que tan orgullosa se había sentido en aquellos días le parecían ahora terriblemente forzadas: aquel detalle demasiado evidente visto con un ojo demasiado experto; el típico encuadre original del principiante; los filtros que alteraban artificialmente lo que, de haberlo fotografiado correctamente, habría emanado una complejidad inherente. En aquellos tiempos estaba obsesionada con una rayografía de Man Ray de lo que parecía un barco blanco en una botella —borroso como un sueño, con la botella flotando sobre un cielo nublado— y con el penetrante estudio que Coplan había realizado sobre su propio cuerpo envejecido. Quería ser capaz de trabajar con aquella precisión. Y solo se lo permitiría la intimidad: basta de comentarios educados sobre el tiempo mientras trabajaba; basta de botellas de champán, a menos que se sintiera tan orgullosa del resultado que fuera ella quien saliera a comprar la botella.

—¿Vamos a dar ese paseo nocturno o vamos a quedarnos aquí sentados discutiendo toda la noche? —preguntó Mel.

Jody entró en la casa para coger un jersey más abrigado; no hizo comentario alguno. Se había levantado un viento frío. Rebuscando en el

armario de la entrada, se acordó de la ilustración del libro de Will y sonrió al pensar en el comentario de Mel acerca de los libros de cuentos que lo personificaban todo. A veces Mel amañaba los libros de Will para divertirla. En uno con muestras de las cosas que mencionaba —como un rasca-huele que olía a rosas—, había tachado la palabra «Paja» de una de las páginas y había escrito «Kiefer» encima. Por el artista Anselm Kiefer, claro. Al final de otro libro había tachado una de las fichas con cinta adhesiva para cambiar uno de los finales alternativos: los personajes iban escapando por la taza del váter, cada uno tirando de la cadena para que el otro pudiera salir, y terminaban en el feliz reino de Cloacalandia. Will sabía que los cambios de Mel eran bromas y nunca dejaba que Jody los pasara por alto sin explicárselos en detalle. Ella culpaba a los garabatos de Mel de las pintadas de Will en el hueco de la escalera. Mel sostenía que Will era un artista en ciernes: «¿Qué prefieres, que se desahogue con la escalera ahora o que crezca y pierda el tiempo convertido en Cy Twombly?», le decía. Con todo, Jody los había obligado a que pintaran la escalera. Habían subido al piso de arriba con pintura blanca en la punta de la nariz y las brochas sujetas a la espalda como si fueran colas de caballo, y se habían puesto a brincar por la cocina. A Jody le preocupaba que creyeran que estaba tensa cada vez que trataba de poner orden. Y tenía la sensación de que, cada vez que trataba de engatusar a Will, también sonaba ridícula. Por algún motivo, Mel nunca sonaba ridículo, y ella sí, con su «¡Vaya! ¿Seguro que no quieres que te cuente el cuento de antes de acostarte? Convertiré a todos los adultos en animales raros y fingiré que uno de tus personajes de televisión favoritos está con ellos. ¡A esta fiesta puedes ir sin tener que bañarte! Cierra los ojos y verás. Si escuchas este cuento tan tan tan importante, te regalaré un perrito y te doblaré la paga y no volveré a cortarte las uñas».

La hora de acostarse era un momento complicado. A veces estaba convencida de que Will no la quería y de que, si el niño se reencarnara en un vaquero, le echaría un lazo al cuello para cazarla. Si se convirtiera en un médico, el trato que le daría consistiría en alejarse de su cama de enferma. Si fuera un dragón, le escupiría fuego en la cara. Su deseo de escapar era transparente, pero a la vez ella estaba segura de que, si no fuera su madre, él querría casarse con ella. La cosa iba así: él la apartaba cuando podía controlarse; la hería cuando no era capaz de contenerse, y se acurrucaba contra ella por la noche, cuando estaba tan cansado que de lo único que era capaz era de ser su bebé. A veces, muy de mañana, se colaba en su dormitorio para no quedar atrapado en un sueño. Otras veces se colgaba el estetoscopio al cuello y auscultaba el latido de la pata de la mesa, del jarrón de porcelana,

del tallo de amarilis; de aquellos misteriosos ruidos sordos que, en el mundo de los adultos, nunca cesaban. Miraba la televisión e imitaba la pose de los vaqueros a punto de echarle el lazo al novillo, aunque lo único en que reparaba Jody eran las cicatrices de sus rodillas. Se había caído en el asfalto del colegio demasiadas veces. Se diría que un tornado que se avecinaba lo empujaba a correr una carrera a una velocidad que nadie podía mantener.

Ella sentía que un vínculo muy fuerte la unía a Will, pero era Mel quien lo adoraba de un modo razonable; era Mel quien, flexible, era capaz de recurrir al sentido común en lugar de a ideas preconcebidas; era Mel quien, con aspecto afligido por lo que Will hacía, era capaz de callarlo más rápidamente que ella, que se limitaba a agarrarlo de la mano y a tirar de él. Mel era cortés, aquella era una de sus mejores cualidades: era auténticamente cortés. Decía que como Will no era hijo suyo, le resultaba más fácil llegar al meollo del asunto.

—Voy a ver qué hacen —dijo Mel pasando al lado de Jody, que estaba ordenando las chaquetas en el armario de la entrada. Arriba, la calma que reinaba en la habitación, una quietud como de momia, lo puso alerta. (Había venido de visita para ver si a Jody se la había tragado el silencio; tendría que haber supuesto que estaba dándole vueltas al asunto; dándole vueltas y preparándose para una discusión, si es que él no se frenaba un poco y dejaba de presionarla para que se instalara en Nueva York).

Mel pasó cerca del cuerpo perfectamente tieso de Will, apoyó levemente la punta de la nariz en la de Will, y Will se levantó dando grititos. Wag también dejó de hacerse el dormido.

—Estábamos jugando al topo —dijo Will.

El topo era uno de sus juegos favoritos. Iban abriéndose camino, bien adentro, entre las mantas que Jody apilaba en la cama —le tenía pánico a despertarse con frío y sin suficientes mantas— y movían la nariz persiguiendo el rastro de un tesoro enterrado o levantando una esquina de las mantas y dejando que el viento les indicara cuál era la mejor ruta para escapar de sus enemigos.

—Terminad de jugar al topo y a dormir antes de que volvamos si no queréis buscaros problemas —susurró Mel.

Cuando bajaba por las escaleras cogió la bufanda de la barandilla, donde la había dejado al llegar. Pronto haría frío para dar paseos nocturnos. El susurro de las hojas cesaría. Las montañas, que de oro pasarían a un azul grisáceo, serían más fáciles de ver.

Cuando Mel salió fuera, Jody se levantó del balancín del porche. Temía que, si se casaban, ella terminaría subestimándolo. No temía que él la subestimara a ella, sino que fuera ella quien empezara a subestimarlo a él. Él quería tener un hijo con ella y ella no quería más hijos. Lo que significaba que lo defraudaría y se sentiría decepcionada consigo misma mientras que él, sin duda, sobreviviría con sus sentimientos intactos. Él siempre la animaba, y ella temía que si triunfaba como fotógrafa ya no necesitaría su apoyo del mismo modo. Ella necesitaba tener que necesitarlo. La necesidad refuerza maneras de actuar en las personas. Los niños, que no distinguen entre lo que necesitan y lo que quieren, son los únicos lo bastante confundidos o lo bastante honestos como para poner verde a quien les haya arruinado los planes sin que la presencia del objeto de sus críticas los cohíba.

Mel pasó el brazo por el hombro de Jody que, de repente —algo le había venido a la cabeza—, se volvió y cerró la puerta con llave. Mel advirtió su mirada inquisitiva y juntó las manos como si fuera a rezar. Como ya estaba fuera cuando Will habló, Jody no sabía que los niños estaban despiertos. Mel apoyó la cara en las manos y cerró los ojos; con este gesto le daba a entender que Will y Wag dormían como angelitos. Engañarla deliberadamente le produjo una punzada de remordimiento, pero al final la cuestión no le pareció demasiado importante: qué más daba si eran topos que husmeaban o angelitos que dormían. Estaban a salvo en la cama.

Mel pensó en contarle que ya había hecho averiguaciones acerca de la posibilidad de que Will estudiara en un buen colegio, el Collegiate. Que creía que deberían instalarse en Nueva York, en un apartamento más grande, más al centro, donde poder ver el cielo. Que ella podría disponer de un cuarto oscuro en el edificio donde él trabajaba, en el Soho.

Jody tenía la cabeza apoyada en su hombro. Habían dado este paseo tantas veces. Él se había propuesto tantas veces convencerla de que se casara con él. Sin decir nada, comenzó a ensayar la primera frase de su discurso y se sorprendió cuando de su boca solo salió un cansado «te quiero», y luego nada más.

Cinco

King Kong era todo un misterio, pero Jody sospechaba que la rana era Bob Walsh, porque era bastante alta y tenía el andar de Walsh. Muchos se habían quitado la careta o la máscara, pero King Kong había decidido no revelar su identidad. Le sacó una foto mientras el sujeto tiraba un poco del disfraz peludo a la altura del pecho y lo movía para que circulara el aire.

Jody estaba haciendo fotos de una fiesta de Halloween que se celebraba en una iglesia abandonada que quedaba a unos treinta kilómetros de la ciudad. La había contratado uno de los propietarios de aquellas cuarenta hectáreas, un tipo que pensaba derribar la vieja iglesia de madera. Aquel mismo año Jody ya había fotografiado la boda de su hija; la habían celebrado en un huerto que lindaba con sus tierras de Earlysville. Le había dejado bastante claro a Jody que, si él no estuviera saliendo con alguien, le gustaría tener una aventura con ella. Will la había acompañado el día de la boda vestido con un traje gris que le recordaba al traje favorito de Mel: a última hora la niñera había anulado la cita y Jody no había podido localizar a Duncan o a Mary Vickers. Si su comportamiento era impecable, le regalaría un tren de Lego, le había prometido a Will, y mientras el padre de la novia trataba de congraciarse con Jody, Will se pasó el rato pegado a su madre, yendo y viniendo —y rescatándola— para contarle sus visiones de ferrocarriles y de humaredas imaginarias alzándose ante sus ojos. Bajando la voz como si a Will pudieran pasarle desapercibidos sus susurros, el padre de la novia le propuso a Jody que fueran a tomarse una copa, así él podría darle algunos consejos sobre inversiones inmobiliarias en el condado. Ella se mostró seca —el asunto no le interesaba—, pero también le sorprendió que el tipo ese la supusiera tan rica. Al día siguiente ya había recibido tres docenas de lirios, y por la tarde el tren de Will avanzaba pitando por Liriolandia: los vasos de agua llenos de flores hacían las veces de árboles junto a los que pasaba el tren.

En la boda ella se apartó enseguida en cuanto las intenciones del hombre quedaron claras; se puso a caminar por el césped con Will cogido de la mano. Se preguntaba cuántas veces se vería Mel tentado por mujeres. La expresión que Mary Vickers utilizaba para referirse a la negativa de Jody a adquirir un compromiso permanente era «jugar con fuego». Como símil de peligro era poco original, pero con el tiempo Jody había llegado a reconocer ese «fuego» al que Mary Vickers aludía: la cerilla que el camarero protegía con la mano,

cuidadoso, mientras encendía las velas blancas de la mesa de la cena; ardientes y bellísimas pelirrojas de melenas cardadas y lacadas, salvajes y eléctricas; los últimos rumores, recién salidos del horno, calentitos, acerca de fusiones entre empresas que todavía no se han hecho públicas, acerca del portero que te contará con franqueza cuántos inquilinos podrían estar a punto de morir. Mary se empeñaba en ver en Nueva York una ciudad ardiente o humeante: pasiones físicas; el olor a goma quemada que desprendía la calle, producto de tantos frenazos; lunáticos que se electrocutaban con un cable y terminaban ardiendo en el metro. Que Mary Vickers odiara Nueva York y la temiera tanto se debía, claro está, a que se había convencido de que era la ciudad —que adoptaba la figura antropomórfica de una bruja en llamas— la que le había arrebatado a su amante. Estaba segura de que si Jody no se andaba con cuidado, el tiempo y la ciudad harían lo mismo con Mel.

Jody miró a Mel, que estaba en el otro extremo de la habitación. Iba vestido de tronco de apio. Le había pedido el disfraz a una bailarina cuyo marido era uno de los nuevos artistas que representaba la galería. Le vino BUM a la mente, y Jody sonrió. No creía que Mel fuera a quedar reducido a cenizas. Todavía no estaba segura de que casarse con él e instalarse en Nueva York fuera lo correcto. Aunque nunca se lo diría a Mary Vickers, su indecisión no tenía tanto que ver con la sensación de que no era el momento adecuado como con la convicción de que cuanto más se resistiera, más la desearía él. Resistirse físicamente no le parecía necesario, pero cuando se trataba de hablar demasiado, de discutir, ella vacilaba. Ella y Wayne habían hablado de su relación hasta la saciedad, pero cuando él se marchó sin previo aviso, sin decir nada, Jody aprendió una lección muy importante: había tomado conciencia —primero con sorpresa y dolor, más tarde con alivio— de que no decir nada podía ser la forma de comunicación más poderosa, y la forma de cortejo más eficaz, también. Encogerse de hombros, vacilante, o cerrar los ojos en un ejercicio de concentración mientras escuchas puede hacer que el corazón de un hombre lata con más fuerza. Basta con decir «no lo sé» con franqueza para que un buen número de hombres dé por sentado que solo quieres mantener a buen recaudo tus secretos de esfinge. En cuanto empezó a estudiar fotografía, Jody se dio permiso para alejarse cada vez más de Wayne. Pegó en la pared fotografías de desconocidos y Wayne se puso como loco; no podía soportar la idea de que Jody se sumergiera en un mundo de rostros anónimos. Veía que la perdía a manos de una droga llamada «haluro de plata».

Pero siguieron siendo amantes. Aquel era otro de sus trucos: acercarse físicamente tanto como el otro quisiera. Meterse en la bañera cuando él se estaba duchando, sacar una botella de champán fría de debajo de la cama, anunciar, de camino a una cena con otra pareja, que no llevabas ropa interior. Si te acercabas físicamente, los hombres te concederían mucho tiempo para decidir si te casabas con ellos o no: tontamente, pensarían —algunos lo pensarían, al menos— que ya habías tomado tu decisión.

Se quedó al lado de uno de los estrechos ventanales de la iglesia por los que se colaban corrientes de aire y se dio cuenta de que aunque la puerta estuviera cerrada con llave, le resultaría bastante fácil volver a entrar en la iglesia otro día. Los restos del Halloween y la personalidad de la iglesia desvencijada bien valdrían unas fotografías del interior vacío. La iglesia estaba orientada al oeste; el mejor momento para acercarse sería hacia el final de la tarde. Desenroscó la cámara del trípode y empezó a sacar las últimas fotografías con el objetivo muy abierto, sujetando la cámara por encima de la cabeza; apuntaba hacia abajo sin saber muy bien qué entraría en el encuadre.

Mel se acercó y se quedó a su lado con el penacho de hojas de apio colgándole por el pecho como una chorrera de color verde pálido.

—Acabo de llamar a los Carey —dijo—. Will ya va por su segundo par de colmillos. Parece que la cosa no decae.

—¿Dónde has encontrado un teléfono?

—Trabé conversación con un tipo que tenía un teléfono en el coche. — Movi6 la cabeza para señalar la puerta.

¿Encontraste a alguien con teléfono móvil en *Charlottesville*?

Mel se encogió de hombros.

—Tú eres la que siempre me dice que esto no es Siberia. Si pudiera salirme con la mía, en este preciso instante estaríamos en Nueva York.

Le pasó el brazo por el hombro. Jody iba vestida de los años cincuenta: crinolina bajo una falda en la que se veía, bordado, un caniche con ojos de *strass* azules y resplandecientes; blusa de color rosa con un broche redondo de plata; calcetines blancos cortos, y mocasines con un centavo de cobre muy brillante metido en cada una de las hendeduras del empeine. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo.

—Pareces de las chicas que quieren pasar la noche entera de fiesta pero se hacen las estrechas, ¿sabes? —le dijo Mel.

—No es verdad. Por tonto que parezca, esto es trabajo. Y si recuerdas...

Mel le puso los dedos en los labios justo cuando un payaso pasaba por su lado apretándose la nariz roja, que sonó como una bocina. El payaso se había

agenciado una capa de pieles y una esposa que llevaba el antifaz sobre la frente y trataba de guiarlo hacia la puerta de salida, pero él estaba borracho y logró darle esquinazo moviendo la capa como si fuera la de un torero. Ella fue a buscarlo.

—Lo recuerdo —dijo Mel.

Antes de salir de casa lo habían hecho en la ducha mientras Will paseaba su G. I. Joe (el cuarto) por el suelo del salón y hacía que maniobrara sobre obstáculos como las deportivas de Mel y los colmillos de chicle de Drácula que se pondría aquella misma noche, más tarde, y que todavía no había sacado del envoltorio de plástico. A Will le encantaba Halloween. Los disfraces y los gritos agudos en las puertas de las casas para pedir caramelos que tanto miedo le dieron a Jody de pequeña nunca lo asustaron. Resultaba interesante ver qué inducía temor en un niño, qué miedos se le contagiaban y qué no le daba miedo alguno. El primer sorbo que Will le dio a un refresco de soda lo dejó más conmocionado que si hubiera bebido ácido. Esquivaba a los gatos, pero no había perro al que no diera unas palmaditas. Y aunque Halloween le parecía pan comido, de pequeño no quería que apagaran la luz del techo cuando las luces del árbol estaban encendidas. Los vampiros eran terroríficos pero fascinantes. Cada vez que veía a Joan Collins en televisión salía corriendo de la habitación. Le encantaban las pistolas de fulminantes, pero el aspirador lo asustaba. Le daba más miedo el piloto luminoso en forma de flamenco que siempre tenía encendido de noche que quedarse solo en la oscuridad. Una vez lloró al ver los empastes de oro de un hombre que había abierto la boca: pensó que podrían contagiarsele, como un resfriado.

El grupo de música ya no tocaba *rock and roll*, ahora sonaba como una *big band*; Richard Nixon sacó a King Kong a la pista de baile; los dos se apartaron para no chocar con el payaso torero, que todavía agitaba la capa. Una habitación llena de gente, pensó Jody, casi todos padres, comportándose como si fueran niños tan descontrolados que hubiera que reñirlos. Los monstruos que, juraban todos los padres, solo existían en las pesadillas de sus hijos, retozaban juntos tramando diabluras, entrando en el fumadero y descorchando botellas sin remordimiento alguno, aunque estuvieran llenas de genios atrapados.

Mel sonrió a Jody.

—¿Demasiado absorta en esta locura como para sacar fotos?

—No. Me preguntaba quién tendría un teléfono móvil en esta ciudad, eso es todo.

¿Quieres que te regale uno? ¿En vez del anillo de compromiso, quizá?
¿Para estar a la última?

Jody movió la cabeza. No.

—Un poli —dijo él.

¿Un poli?

—Un detective privado.

¿De qué estás hablando?

—Es el que tenía el teléfono. Un tío que es detective privado. Está haciendo lo que tú haces: sacar fotos. Pero él lleva una cámara diminuta, uno de esos chismes portátiles. Una mujer que está en Aruba lo ha contratado para que saque fotos de su marido con la amante. Al principio creía que sería imposible, todo el mundo va disfrazado, pero ha venido a la fiesta de todos modos y al final le ha tocado premio, porque el tipo lleva zapatos de calle. Y son los únicos que lleva. El detective me ha contado que tiene media docena de fotos del tipo con la secretaria y que el tío este siempre lleva los mismos zapatos negros de cordones, de los de estilo inglés.

—Me estás tomando el pelo.

¿Por qué tendría que estar tomándote el pelo? No gano nada haciendo que este lugar te parezca emocionante.

¿Pero cómo es que te lo cuenta a ti?

—Salí afuera a ver si, por casualidad, había algún teléfono a la vista. Él estaba hablando por teléfono en su coche. Me quedé un rato por ahí y me dejó llamar. Estaba contento porque ya tenía lo que necesitaba y podía abrirse.

—Así que te acercaste al tipo y le pediste que te dejara usar su teléfono.

Mel asintió en silencio.

¿Qué tiene de raro? Le dije que quería asegurarme de que mi hijo estaba bien.

Cuando dijo «mi hijo», Jody sintió una punzada. Will parecía tan hijo de Mel como suyo, realmente. Se sentaba como Mel, sin cruzar las piernas, columpiando los pies porque todavía no podía apoyarlos en el suelo. Cuando se concentraba se mordía el labio inferior, como Mel. Y como Mel, tenía la costumbre de decir «no» sin acompañar la palabra con un movimiento de cabeza. Los dos solían tirar la almohada al suelo cuando dormían. Y, por supuesto, nunca bebían del vaso que tocaba: para beber agua, Will podía coger un vasito minúsculo; para dos dedos de zumo de manzana usaba una jarra de cerveza. Lo único de Will que, a veces, le recordaba a Wayne, era su mirada: el modo en que bajaba un poco la vista y desviaba los ojos a un lado, aun cuando en ese lado no pareciera estar pasando nada.

—¿Quién soy? —preguntó un flamenco que se paró justo delante de Jody.

Podía oler alcohol en el aliento del flamenco. Como el detective privado, miró hacia abajo y vio las Adidas gastadas de Duncan, aunque por la voz ya podría haber adivinado que era él.

—Duncan —respondió, y él asintió con la cabeza sin quitarse la máscara.

Duncan tenía al lado una palmera, alguien con un disfraz chapucero hecho con una sábana pintada para que pareciera madera. De los hombros le salían unas hojas enormes de cartón pintado de verde. Esa persona llevaba una máscara negra con una luna pequeña pintada sobre un ojo.

—Sácanos una foto —dijo Duncan poniéndose delante de la cámara. Rodeó la palmera con un brazo color de rosa—. Me encantó el libro de Harry Mulisch que me prestaste, Mel. Siempre me olvido de devolverlo.

Jody inclinó la cabeza y se puso a mirar por el visor. Ahí estaban, dos personas tontas y felices que, sin duda, habían pasado mucho tiempo pensando en cómo irían a la fiesta. No parecían muy distintos de las parejas de novios que se ponían sus mejores ropas y se sentaban juntos dispuestos a sonreír para la posteridad.

Mientras Duncan y la palmera se alejaban, un perro se acercó a Jody y le olisqueó la pierna. Un bombero tiró de la correa del perro sonriendo a Mel y a Jody y diciendo que, en realidad, el perro era un conejo disfrazado, pero él era un bombero auténtico.

—Yo soy la mujer del cuadro de Toulouse-Lautrec —anunció una mujer con la cara azul que irrumpió delante de la cámara.

Jody miró por el visor. La mujer se quedó muy quieta, con la barbilla apoyada en el hombro.

—Ya está —dijo Jody cuando levantó la vista.

Pero no había sacado la foto. Había algo en la mujer que no le gustaba, algo más profundo que la pintura y el sombrero ladeado. Mientras la mujer se alejaba, Jody movió el trípode a un lado para centrar a Mel. Tampoco le sacó una foto porque a Jody no le gustaba sacar fotos que no revelaran nada acerca de las personas a las que quería. Pero Mel estaba convencido de que lo estaba fotografiando; volvió a colocarse las hojas del apio en la cabeza y posó muy formal, con las manos a los lados del cuerpo. Aquella seriedad, ¿sería una broma? ¿Estaría tan acostumbrado a mostrarse complaciente? Durante unos instantes Jody se sintió vulnerable y sentimental, como si quisiera correr a los brazos de Mel.

Eso era lo bueno de tener una cámara entre tú y el resto del mundo: te permitía protegerte, hacer un alto para ganar tiempo. Se adelantó y lo único

que hizo fue darle un abrazo rápido. Casi podía oír la voz de Mary Vickers: «Jugar con fuego». Besó a Mel en los labios. Los tenía fríos, igual que las manos que le había apoyado brevemente en la nuca mientras se besaban.

Quería despedirse de Mary Vickers, que había venido disfrazada de Cenicienta, y se puso a buscarla, pero la sala estaba abarrotada. Podía ser que Mary Vickers se hubiera marchado temprano con Wagoner, que se había emborrachado, como de costumbre. Aquellos pensamientos tardaron en cruzar su mente los segundos que le llevó a Mel agachar la cabeza y cerrar la cremallera de la bolsa de la cámara. Y el tronco de apio —funda de la cámara al hombro— y la reina del *swing* —trípode en mano— se pusieron en camino y se internaron en la noche.

Mientras Jody y Mel salían de la iglesia, Mary Vickers ya iba por la carretera y les llevaba un kilómetro y medio de ventaja. Se había peleado con Wagoner (si es que a eso se le podía llamar una pelea: ella se había empeñado en que le diera las llaves del coche, él se las había tirado y se había marchado a pie). Se había quedado sentada en el coche frío durante unos minutos confiando en que Wagoner entraría en razón y volvería, pero a medida que esperaba iba enfadándose cada vez más y pensó que ya encontraría el camino a casa él solito. Uno de sus colegas de farra podría acompañarlo. Uno de aquellos hombres cuyo rostro el alcohol motea hasta dejarlo más rosado que los pantalones de madrás que lleva.

Mary cruzó un puentecito y miró la luna resplandeciente sobre un campo. Pasó al lado de un riachuelo que discurría bajo unos sauces. La pasada primavera, la del efímero entusiasmo de Will y Wag por la caza de mariposas, ella y Jody y los niños habían ido de pícnic bajo aquellos árboles. Jody le había descrito una fotografía de Nabokov corriendo con un cazamariposas — Jody era capaz de describirte las fotografías de otros y conseguir que parecieran más reales que lo que tenías delante—, y las dos coincidieron en que, con los niños tan pequeños, era imposible saber qué seguiría interesándoles y en qué aficiones valía la pena invertir dinero. Mel había hecho los cazamariposas con una red —la que sujetaba la guata en la que iban envueltos unos bustos que habían enviado a la galería de Nueva York— y con unos palos muy resistentes que había recogido mientras daba un paseo. Aunque todo el mundo se quejaba de que en Nueva York no quedaban hombres disponibles, cuando encontrabas a uno parecía demasiado bueno para ser real. Era su amante en quien Mary estaba pensando. Pasándose la

lengua por los labios agrietados, recordó cuánto le gustaba el alcohol que quema al tragarlo; bebidas que te espabilan, nada que ver con el *bourbon* con agua al que Wagoner iba dando tragos hasta que llegaba la hora de acostarse. Trató de pensar que volvía a sentirse atraída por un alcohólico, pero aquello sería simplificar demasiado: se había sentido atraída por alguien enérgico y un poco loco que se había arriesgado a involucrarla en sus devaneos con el peligro.

Frente al coche se extendía una sombra sepia. Le costaba creer que lo que veía era real, que no era una exteriorización de lo que le pasaba por la cabeza. Era como si la Imposibilidad acabara de materializarse —de adoptar una forma real— para que pudiera chocarse contra ella. ¿Qué le había pasado por la cabeza? Los sauces se levantaron. Cuando el coche paró de un frenazo se mordió el labio. Tenía en la boca el sabor frío de la sangre.

Había chocado contra un ciervo. En un segundo, sus pensamientos y su coche habían colisionado contra un ciervo que corría delante de los faros. Tocó el cinturón de seguridad para cerciorarse de que lo llevaba puesto. Miró por la ventanilla. Durante un segundo vertiginoso, la sombra se levantó y se retorció antes de desplomarse, como en una película de terror. Jugeteó con la correa transversal del cinturón de seguridad, nerviosa, como una dama toqueteando las flores que llevaba prendidas en el vestido. Bajo sus dedos, el corazón se le desbocaba. Dijo —en voz alta, probablemente—: «Dios. He chocado contra un ciervo».

No había otros coches. No paraba de mirar por el retrovisor. Miró por la ventanilla del copiloto y volvió a ver la luna, pero no circulaban coches en ninguna dirección. Pasados unos instantes, en el retrovisor vio unos faros que le hacían señas, pero para entonces le parecía que llevaba una hora sentada ahí. Estaba demasiado conmocionada para levantarse del asiento. No le entraron ganas de echar a correr; se sentía pegada al coche. Una persona robusta, una estatua ridícula, una mujer con vestido de noche sentada detrás del volante de un coche, un ciervo desplomado delante de los faros de su coche.

Las luces empezaron a cegarla. Un hombre con esmoquin que estaba en la fiesta golpeaba la ventanilla y le preguntaba si estaba bien. Su mujer de cara redonda, disfrazada de Mao, estaba de pie al lado de su marido tapándose la boca con las manos. Luego bajó una mano y realizó con ella un movimiento circular.

La ventanilla bajó, pero Mary Vickers no recordaba haberla bajado. Nueva York, pensó de repente, pero lo que decía era: «No, estoy bien».

Estaba bien, pero había chocado contra un ciervo. Ahora la mano de Mao cogía la suya, aferrada al cinturón de seguridad.

Cuando fueron parándose más coches, Mao la ayudó a salir del coche. Un agente de la propiedad inmobiliaria vestido de Peter Pan llegó corriendo, dejó a todos atrás y se inclinó sobre el ciervo.

—Apartaos —gritó—. No sabéis qué va a pasar.

Dijo que tenía un rifle. Que tenía un rifle, pero que no creía que fuera a tener que usarlo. De repente, Wagoner, que se había materializado de la nada, miró a Mary con aire perplejo. O quizá preocupado. O enfadado, porque delante del coche había gente evaluando los daños. Un faro colgaba disparado hacia un lado, torcido. La luna estaba a la derecha; el haz de luz del faro, a la izquierda.

El ciervo estaba muerto. Wagoner, cual aparición momentánea, se había desvanecido de repente (más tarde le contaría a Mary que en cuanto vio que estaba bien, corrió colina abajo a echar un pis antes de que le explotara la vejiga).

—Movamos los coches —decía Batman—. Terminaremos con un buen choque en cadena si no los apartamos.

Cuando Mary Vickers salía del coche temblando, el viento dirigió un torbellino de hojas contra su pierna y creyó que la habían apuñalado con algo. Sentía el olor de la sangre del ciervo muerto y su sabor en la boca. Mel se quedó a su lado frunciendo el ceño y examinándole el labio cortado. Si Mel estaba ahí, Jody también tenía que estar ahí. Bajó la vista y vio que el retrovisor lateral estaba roto. En la carretera había cuentas de cristal esparcidas, como si allí mismo hubiera desovado un pez. ¿Era este el mundo en el que los niños cazaban mariposas? Se volvió y miró a Jody.

Jody no había perdido el tiempo. Tenía un carrete de 1000 ASA en la cámara y sacaba fotografías de Casper el Fantasma que, con Peter Pan, estaba en cuclillas al lado de los faros del coche. Cuando movió la cámara y la mirada sobresaltada de Mary Vickers se convirtió, de repente, en la imagen central del encuadre, disparó rápidamente. Gracias, Dios —pensaba—, por la invención del motor de arrastre. El siguiente disparo se convertiría en la fotografía que terminaría ampliada y colgada en la inmensa pared de la galería de Haveabud de Nueva York —la que quedaba a mano derecha; la pared principal, el lugar al que todos miraban cuando se internaban en las entrañas de la galería—: los ojos de Mary Vickers, tan brillantes que perforaban el objetivo; la luna llena resplandeciendo a un lado; personas coaguladas en la carretera y, al fondo, la forma inmensa de un fantasma, un

cuerpo blanco hinchándose al viento, bajando los ojos para mirar quién sabe qué.

Claro que no quieres que el niño sea un muñeco de ventrílocuo, pero sería de agradecer que pudieras tenerlo sentado en las rodillas un poco más, verle menos la nuca y más el perfil mientras hablas. El niño que te recuerda tu propia mortalidad necesita tantas atenciones —tantos mechones de pelo que apartarle de la frente, tantos billetes de dólar que darle, tantos elásticos del calcetín que bajarle, tantas melodías que tatarrear para acompañar el solo del soprano— que resulta casi imposible decidirse entre exhibir la locuacidad de un preso fugado o adoptar la paciencia de un penitente.

Es comprensible que, para entretenerse, los padres jueguen a engañarse a sí mismos y piensen que lo saben todo de su hijo; que si echan mano de su visión periférica e inclinan la oreja un poco más hacia atrás ya no tendrán que volverse a ver la predecible expresión del niño: la sonrisa llena de alegría, los ojos bajos. Así se pierden lo inesperado. Cometan el error de pensar que los niños son más simples que ellos y que, por tanto, entienden a esos niños.

(Los niños saben lo que les conviene. Saben que, por lo menos algunas veces, podrán correr hacia el peligro a tal velocidad que sus padres no lograrán detenerlos. Que les confiscarán la pistola de agua sin reparar en el tirachinas que llevan en el bolsillo de atrás. Que atarles los cordones de los zapatos resulta para los padres una actividad reconfortante. Que, cuando llega la hora de acostarse, las canciones desafinadas deben tolerarse porque contribuyen a que los padres se relajen).

Tú has creado al niño, pero no has sido capaz de prever su poder. Y como la presencia y los deseos del niño son tan constantes, convenceste de que tu existencia no es más que una pequeña parte de los mismos y de que en esto consiste tener hijos resulta la opción que más dolor te ahorrará. Solo te queda rezar para que, al final de la tarde, al niño le pesen los párpados. Luego esperas que el niño dormido no se apodere de tus sueños, que en cuanto se encienda la lamparita de noche, el rayito de luz baste para guiar al niño al país de los sueños.

En el silencio de la casa puedes ordenar los fracasos y los éxitos del día. Puedes admitir que te has enfrentado al niño con una mezcla de intimidación, remordimiento y envidia. ¿No sería agradable poder gritar más fuerte que el

niño, exigir paz con la diligencia con la que el niño exige aventuras? ¿No podrían cambiarse las tornas, no podrías ser tú, y no él, a quien descubren escondiéndose debajo?

Las lágrimas que los padres pueden soportar antes de volverse inmunes a ellas no son infinitas, y tampoco lo son las súplicas que pueden escuchar antes de que lo suplicado —la mantequilla de cacahuete sin tropezones, el cachorrito de la perrera— empiece a perder toda su importancia. Resulta predecible que el niño al que se le niega un chucho haga muecas hasta que su cara quede convertida en una versión de lo que más desea.

Hecho: el niño es tu niño, tanto si algunos días la cuna parece un barco que se hunde como si no. Para seguir adelante, concéntrate aunque la cautivadora nana que cantas te distraiga. Agárrate al pañal como si estuvieras aferrándote al mástil de un barco. Haz oídos sordos al canto de sirenas que tintinea en la caja de música del niño y que te llevaría a ahogarte en los recuerdos de tu niñez. Consulta a los expertos y deja que ellos sean tu guía en el camino; llama a alguien comprensivo cuyo niño le lleve seis meses al tuyo.

Hay tantos libros publicados sobre la crianza de los niños, tantas predicciones sobre los patrones que detectarás y los ruegos a los que te verás sujeto... Los psicólogos te darán consejos en magazines matutinos; las madres del parque discreparán de esos consejos; los parientes tratarán de poner palos en las ruedas de aquello en lo que hayas decidido creer; la calma del pediatra puede llegar a convertirse en perplejidad mal disimulada, y el humorista del programa de medianoche ridiculizará, sin duda, a la criatura cuya existencia tanto te importa.

El mensaje siempre es el mismo: transformar las dudas en certezas y seguir adelante. Siéntate junto al arenero con fuerzas renovadas. Abraza al niño arisco y anímalo a que se comporte de otro modo. Insiste en el contacto visual cuando hables. No dejes que otra gente te vuelva al niño patas arriba. Comprueba las referencias de la niñera. Cierra con llave el armario de debajo del fregadero que contiene los productos de limpieza. Realiza visitas regulares al médico. Ten siempre dos mantitas de seguridad para poder ir lavándolas. Comprueba a menudo que el zapato no le aprieta los dedos del pie presionando la piel con el pulgar. Desenrédale el pelo cepillándolo desde las puntas hasta la raíz. Denuncia los riesgos medioambientales. Mantente alerta a los peligros sin transmitirle los miedos al niño. Ponte el cinturón de seguridad. Reduce el consumo de carne roja. Apréndete la cancioncilla del anuncio «El cepillo de dientes es tu amigo». Aconséjale al niño que no moleste al gatito cuando está comiendo. Intenta que recoger los juguetes con

el niño se convierta en un juego. No exageres las partes de miedo de los libros. Hazlo todo bien, siempre. El niño prosperará. Sencillísimo. Si no fuera, claro está, por el destino, la suerte, la herencia, el azar, el signo astrológico bajo el que el niño ha nacido; por si fue el primogénito —o el segundo, o el tercero...—, por su primer encuentro con la maldad, por la chica que lo plante a pesar de sus excelentes cualidades, por la guerra que se libere cuando él sea joven, por las drogas que pruebe en una ocasión o en demasiadas ocasiones, por los amigos que haga, las notas que saque en los exámenes, lo bien que soporte las bromas sobre sus defectos, lo ambicioso que llegue a ser, lo rezagado que quede, las evidencias circunstanciales, la perspectiva irónica, el peligro que se presente cuando menos se lo espere, las dificultades para imponerse a las circunstancias, las personas con intereses ocultos, los animales con rabia. Con todo esto en mente, verás cómo, en la rayuela de la vida, tu hijo avanza de las dudas a la certeza: tirará el tejo ante él, llegará al final a la pata coja y luego se dará la vuelta y volverá al principio saltando, crecido, mucho más alto, con una expresión perpleja que quizá no abandone su rostro tanto si triunfa como si fracasa.

¿Parece imposible que el niño pueda crecer? ¿Que su sonrisa tímida se convierta en una expresión atrevida? ¿Que sus ojos centelleantes necesiten gafas? ¿Que la fiebre remita, que se terminen las rodillas ensangrentadas, que un maletín reemplace la mantita de seguridad azul? Debes resistir la tendencia a adelantarte al futuro; desear paz no es lo mismo que querer que las cosas cambien para siempre, al fin y al cabo, aunque crezca, el niño nunca te dejará del todo. Descubrirás que aunque recuerdes al niño asociándolo a uno o dos de sus juguetes favoritos, es más probable que lo recuerdes solo: de pie, con las piernas abiertas, los brazos colgándole a los lados y los pantalones un poco caídos para que solo se le vea la punta de las deportivas. Estará igual que cuando posó para la instantánea, con una gran extensión de campo —o quizá sea la playa— a su alrededor. Es una cosita que, aun sin la fotografía delante, recordarás con toda claridad. Así será, en realidad, como permanecerá: una imagen visual, una imagen que, incluso entonces, con cámara o sin ella, observabas con los ojos entrecerrados para poder distinguirla mejor.

Cuando tienes treinta años, el niño tiene dos. A los cuarenta te das cuenta de que el niño de la casa, el niño con el que vives, todavía tiene, cuando cierras los ojos o cuando él acaba de salir de la habitación, dos años. Cuando tengas sesenta años y él se haya ido, también tendrá dos años, pero entonces ya no dudarás: viendo fotos del niño con distintas edades, no vacilarás ni un

segundo; señalarás aquella en que tiene dos años. Ni diez ni veinte. No habrá crecido. Seguirá con el rasguño encima de la ceja. Con aquellos ojos que, en aquel entonces, eran demasiado grandes para su cara y que, cuando los recuerdes, te convencerán de que el niño poseía una intensidad asombrosa. Quizá lleve algo que le compraste para una ocasión especial, pero a menos que tengas delante la fotografía de la camisa con el ancla y el nudo de margarita, no lo recordarás muy bien. Llevará la típica ropita de niño y estará sonriendo o mirando fijamente a la cámara con una expresión paciente que quizá deje entrever un atisbo de fatiga. ¿Otra fotografía? ¿Para qué la quieres? ¿Qué puede significar para ti? A medida que vayan pasando los años, estará contigo sin ninguna ropa especial, sin juguetes: el niño solo, convirtiéndose en un hecho. Tu vida antes del niño parece demasiado lejana como para pensar en ella; lo que pasó con el niño, desdibujado. En verano, cuando hacía mucho calor, dabais paseos a medianoche, ¿verdad? ¿No pensó una vez el niño que podías enseñarle unos trucos para volar? ¿No creía que estaba recreando el estruendo del Vesubio con la pajita de plástico metida en el vaso de leche con cacao? Tú sigues adelante —y el niño sigue adelante—, pero eres tú quien cambia a los ojos del niño. Tú cambias, pero él no. Él se queda igual, por muchos matrimonios, hipotecas, perros y niños de los que se rodee; él no cambia y, por tanto, no es vulnerable. Cuesta recordar que alguna vez lo fue. Que el perro le pegó un mordisco y él se asustó. Que el corte se le infectó. Que, noche tras noche, en sus sueños, el mismo diablo de cuerpo azul meneaba el rabo. Dedos pringosos. Sábanas mojadas. Un río de lágrimas. Besos con babas. En tus recuerdos, el niño siempre tiene dos años.

Seis

En Nueva York, Mel veía en cada grieta de la acera un augurio del desastre. ¿No irían a reventarse las fachadas de cristal de los rascacielos? Eso le había pasado tantas veces al edificio John Hancock de Boston que durante mucho tiempo caminar debajo del mismo estuvo prohibido. La situación de los vagabundos ya era demasiado negra como para ir pensando en edificios que se caían, en accidentes de construcción, en pequeños elementos ganando velocidad y fuerza mientras se precipitaban hacia el suelo. Si Nueva York te parecía precaria, estabas muerto; para ir tirando debías caminar a grandes zancadas aunque lo que te apeteciera fuera arrastrar los pies; salir al escenario como si fueras el maestro de ceremonias aunque solo fueras el telonero.

Uno: camina por la calle; Dos: pisa una grieta; Tres: tu madre se rompe la jeta..., iba pensando Mel. Como en el colegio. Su madre hacía años que había muerto. Entonces, ¿recaería la mala suerte en su padre? Hasta aquel momento, la única mala suerte que le había tocado a su padre era una mujer veinte años más joven que él con quien vivía en Scottsdale, Arizona, en un bloque de apartamentos. Su padre había dejado de fumar, se había hecho socio de un club de campo y estaba tomando lecciones de vuelo. Pisara la grieta o dejara de pisarla, el mundo era un lugar impredecible. Mel volvía a recaer en ese horrible patrón de conducta: se asustaba por un puñado de polvo cuando, en realidad, debería paladear la vida en cada hueva de caviar que se metía en la boca.

Mel iba de camino a su segunda reunión con D. B. Haverford, quien la semana anterior lo había invitado a comer en el Petrossian. Haverford trasladaba su galería al norte y quería que Mel trabajara para él. Haverford no debía enterarse, bajo ningún concepto, de que a Mel se le ocurrían rimas infantiles; de que ese fin de semana, tras un frío paseo durante el cual no había sido capaz de reunir el valor suficiente para pedirle a Jody que se casara con él, había llorado. De que Mel había estado pensando muy seriamente en ir a ver a una vidente en el hotel Ansonia. De que, como la mujer a la que amaba no quería casarse con él, estaba pensando en marcharse de la ciudad para ir a buscarla, para ver si así la impresionaba. Para su cita con D. B. Haverford, Mel se había puesto su traje de Charivari con una camisa verde musgo. Sin corbata. Cuanto mayor era su audacia en el vestir, más le alababan el gusto. Haberse licenciado en Dartmouth era para él un enorme motivo de

vergüenza, pero siempre era el primero en mencionar el asunto, para disimular; movía la cabeza y decía que fue él quien rechazó la posibilidad de ir a Yale (no era cierto, ni siquiera envió la solicitud) porque de joven solo quería esquiar. Cuando Mel se encogía de hombros, adoptaba el aire desvalido de alguien a quien hubieran obligado a recitar algo que no se había aprendido de memoria. Cuando estaba en Dartmouth fue el protagonista en dos obras de teatro, y los aplausos hicieron que se planteara muy seriamente hacerse actor, aunque al final se rindió a los ruegos de su padre para que estudiara en la escuela de negocios de su *alma mater*, la Universidad de Virginia. Su padre había sido un esquiador excelente y Mel nunca consiguió superarlo, aunque durante años, en sus sueños, lo lograba: dejaba a su padre atrás, enterrado bajo una avalancha. Años atrás había tratado de escribir sobre la competitividad que existía entre ellos, pero es probable que lo hiciera por las razones equivocadas: para exorcizar sus demonios en lugar de tratar de perseguirlos y ver si, en justa lid, ganaban ellos o el escritor. El analista al que estuvo viendo durante todos aquellos años le señaló que él se movía por objetivos. En la novela, el analista se convertía en una figura humorística que escuchaba las historias de su paciente sobre el esquí y le respondía con anécdotas de tenis. Mientras escribía el libro, y durante el tiempo en que estuvo viendo al psiquiatra, Mel se armó de valor, dejó la universidad y trató de pensar en algo que hacer con su vida, algo distinto de lo que su padre habría querido. Cuando su abuelo murió, le dejó en herencia una casa en Williamstown y algo de dinero. Vendió la casa y, aquella misma primavera, conoció a Jody, que acababa de mudarse al sur y estaba tratando de ver cómo se ganaría la vida. Jody le había parecido verdaderamente triste; tanto, que le sorprendió descubrir que no estaba de paso, que tenía intención de quedarse en la ciudad, que había puesto anuncios en el periódico y que había montado su propio negocio. Que no se comportaba como alguien agobiado. Mel, intrigado por todos los detalles de aquella tristeza, solía fantasear con Wayne y con lo mal que la había tratado; veía en otros pretendientes que en realidad no daban la talla, rivales más resueltos de lo que en realidad eran. Como Jody le pareció más joven que él, mintió acerca de su edad y se sacó unos años; algo completamente inútil, pues a las mujeres no les importa que el hombre sea mayor. Y como no tenía razón alguna para confiar en ella, le contó que había vendido la casa pero no le dijo nada del dinero de la herencia de su abuelo; un gesto completamente inútil, también, pero entonces él no sabía que a Jody el dinero de los demás le interesaba muy poco. Fingía que su novela no significaba gran cosa para él, aunque no es probable que Jody le hubiera

pedido que se la dejara leer: se mostraba renuente a pedir cualquier cosa que pudiera parecer un favor. Nunca le mencionó a su analista, pero como entre sus libros Jody tenía obras de Freud y Jung, no parecía muy probable que fuera a tenerlo en mal concepto por el hecho de estar en terapia con un psiquiatra. Jody siempre había desbaratado sus expectativas.

Unas semanas después de su primer encuentro con Jody, Mel le prestó dinero. Para arreglar el tejado, para comprar los objetivos nuevos que necesitaba, lo que hiciera falta para que su casa fuera habitable y su carrera pudiera despegar. Se acostó con ella la segunda vez que se vieron; la primera vez que se vieron solos, en realidad, porque la conoció en una fiesta. Él despachó la historia de su vida diciéndole que su padre era muy dominante y que se había plegado a sus deseos demasiadas veces; justo ahora empezaba a organizar su vida. Cuando hablaba de su vida, Jody susurraba; había algo muy seductor en eso, y consolador también, como si le estuviera contando un cuento de hadas. La segunda noche, cuando también le susurraba en la cama, él se burló de ella y ella le dijo que si susurraba era porque no quería despertar a Will. Él observó que aquella misma noche la tormenta no lo había despertado. «Tienes razón —le dijo Jody—. Supongo que si susurro para contar las cosas por las que Will y yo hemos pasado es porque me gusta creer que él no sabe nada de todo eso».

Jody seguía susurrando por las noches, pero ahora lo hacía porque compartían intimidades, planeaban estrategias o discutían la crianza de Will. Crianza, qué palabra más anticuada para referirse a la niñez de alguien: como si los dos estuvieran, lenta y diligentemente, estirando a Will como si fuera un caramelo de goma cuando, en realidad, lo único que querían era poder estar a la altura de la energía, las preguntas y los deseos del niño.

Mel pensaba en Will, en los momentos de tranquilidad del niño, en cuando estaba cansado y era hora de acostarse. A su madre le costaba muchísimo acostarlo, pero cuando Mel estaba en casa no le importaba en absoluto irse a la cama. En la noche de Halloween, sin embargo, Will había querido que los dos le contaran cuentos. Había querido abrazarlos, aunque no le habían contado nada del accidente ni se habían referido al peligro. Como todos los niños despiertos, Will había percibido su desasosiego. Les había hecho saber que pensaba que *Donde viven los monstruos* era un cuento para bebés. Mel se sentó a los pies de la cama con la barbilla apoyada en la palma de la mano mientras Jody le leía a Will una poesía de Auden.

Quién era Ícaro, había preguntado Will.

Una criatura mitológica (susurro de Jody). Un chico que trató de volar pero acercó las alas al sol tanto (el relato se limita a los hechos; nada de sermonear al niño), que la cera que había usado para pegárselas al cuerpo se derritió y cayó a la tierra (con la esperanza de que no sonara tan siniestro, Mel había silbado al aspirar aire y había movido el dedo índice formando una pequeña espiral).

Aquella noche, cuando salieron del cuarto de Will, Jody le susurró a Mel: «Es tan fácil responder preguntas cuando no tienes más que recitar información».

Will había mirado a su madre tan tranquilo... Aunque la explicación de las tribulaciones de Ícaro y el dedo de Mel revoloteando en el aire no le habían gustado, la voz de Jody lo había complacido, sin duda. Mel sabía que se sentía cuando aquella voz se acomodaba reposadamente en tu corazón: un antídoto contra los afilados sonidos de la ciudad, la suave certeza de que Jody se había infiltrado en su cuerpo, en el que resonaba aunque ella no estuviera presente.

Lo que él deseaba mientras caminaba por la calle en Nueva York era que Jody entendiera que tenía que casarse con él. Pero como aquello no parecía muy probable, Mel había decidido poner en práctica una estrategia, algo que pudiera hacerse a costa suya y que quizá no le costara demasiado. Algo que, tal vez, fuera como un juego al que podrían jugar. Mientras miraba a la acera para no pisar ninguna grieta, siguió sopesando cuidadosamente la oferta de Haverford. El volátil Haverford solía salirse con la suya, eso lo sabían bien los del gremio. Ya le había ofrecido a Mel bastante más dinero del que ganaba en la galería de su amigo, pero Mel creía que el dinero no debía ser el único factor que influyera en su decisión. Haverford también sabía en qué estaba pensando Mel. Si pudiera hacerle otra oferta, si, para ser precisos, a Haverford le interesara organizarle una exposición a Jody, tal vez ese fuera el incentivo que faltaba para que Mel se le uniera.

Además de las ampliaciones que Jody le pidió a Mel que recogiera en el laboratorio fotográfico, él hizo que ampliaran cuatro fotografías más a cuarenta por cincuenta y pagó el sobrepago por la urgencia del encargo. Ahora llevaba aquellas fotografías en una carpeta que había comprado en Charrette aquella misma mañana. Si por la calle alguien se hubiera parado a mirarlo, habría pensado que era un artista. De repente, un pensamiento cruzó por su mente: la reina de Inglaterra siempre llevaba un portamonedas, aunque estuviera vacío.

Si pudiera conseguirle una exposición, a Jody se le dispararía la autoestima. Y si con las fotografías de Halloween no lo lograba, no lo lograría con nada.

Vigilando sus pisadas, entró por la puerta giratoria mientras le daba la vuelta a la carpeta, que ahora sostenía por el lado estrecho y apretaba contra el pecho como si fuera un escudo.

Haverford estaba ahí, en un taburete. En su copa de champán flotaban burbujas diminutas. Haverford sonrió y Mel le devolvió la sonrisa. De eso se trataba: dos personas tan convencidas de conocer al otro a la perfección —tan seguras de que sus predicciones acerca del otro eran absolutamente certeras— que ni siquiera tenían que darse la mano.

Siete

En un día de abril excepcionalmente caluroso, Jody se montó en el autobús para ir del aeropuerto a la estación de Grand Central, cogió el metro, se bajó en la calle Veintitrés, anduvo hasta la Novena avenida y siguió hasta la calle de Mel. Will estaba de fin de semana con los Vickers. Jody tenía que conocer al hombre para el que Mel estaba pensando en trabajar, un hombre cuyo rimbombante apellido le recordaba al de los personajes de las novelas de Henry Fielding y que no lograba recordar, por mucho que se esforzara. Uno de esos hombres, Lord Tal y Cual, vestidos con lo que ellos llamarían calzones y cuyos días se caracterizarían por un decoro extremo.

Se sonrió. Mel se ponía nervioso cuando ella imaginaba a la gente con excesivo detalle, como si estuviera alucinando y buscando problemas. Pero sus bromas la protegían; de lo contrario, el dueño de una galería cuyo nombre, según le habían contado, aparecía a menudo en las páginas de sociedad podría convertirse en un personaje intimidante e imponente.

Mel vivía justo enfrente del Seminario, en cuya parte trasera se extendía un jardín alargado de una hierba tan verde y tan llamativa que no tenías más remedio que acordarte del campo. Mel se había hecho amigo de uno de los seminaristas y tenía en su posesión una llave que abría el portalón de hierro: bastaba con pasar el brazo entre los barrotes, meterla en la cerradura y girarla hacia la izquierda. Aquello requería cierta destreza y algo de cara dura, aunque las pocas veces que alguien había pescado a Mel y Jody colándose, no había ni pestañeado. Quizá los seminaristas no vieran nada de malo en tratar de entrar al jardín, algo que para ellos quizá equivaldría a tratar de entrar en el cielo. De la llave, sin embargo, no podían hacerse copias, y, quien la tenía era Mel, así que iba a tener que esperarlo en su apartamento. Además, Soho Wine iba a entregarles una caja de *chardonnay* para la cena de aquella noche, y una mujer llamada Angela que había escapado de Oklahoma para estudiar las técnicas de masaje Rolf y que, además, tenía una empresa de comida a domicilio, se pasaría a las cinco a traerles la cena que Mel serviría aquella noche. Jody ya había visto a Angela; la conoció en una fiesta a la que fue con Mel. Había ido a la cocina a beber un vaso de agua. Angela le había contado que había perdido a su madre de niña y que había crecido en un rancho; sus cuatro hermanos la trataban como a uno de sus caballos. Antes de salir de la cocina, Jody ya tenía la tarjeta de Angela y la de su novio. Ya podía concertar

cita con una terapeuta del método Rolf o con un abogado. Angela contaba con su propio personal, que incluía a un lavaplatos que era profesor de la técnica Alexander y con quien le ponía los cuernos a su novio abogado, y a un montón de gente que servía las comidas. Uno de los camareros era un enano que, cuando le salían papeles de extra en alguna película, servía los turnos de noche; se movía entre los comensales dándoles golpecitos en las rodillas para ver si querían que les llenara los vasos de vino. ¿Por qué ibas a contarle un cuento de hadas a tu hijo si podías llevarlo a una fiesta en Nueva York? Si Will llegara a comprender que el método Rolf y la técnica Alexander consistían, más o menos, en que te dieran una tunda a cámara lenta y te castigaran a quedarte de pie en el rincón, es muy probable que no le gustaran, pero seguro que le entusiasmaba el enano, con su gorrito azul, la botella de vino tinto en una mano y la de blanco en la otra. El enano hacía precisamente lo que a Will no le dejaban hacer: llevar dos bebidas al mismo tiempo.

¿Qué le parecía a Mel que Jody estuviera en su apartamento mientras él trabajaba? Bien, por lo visto. Ella ya había examinado los secretos (algo decepcionantes) que guardaba en el botiquín. El resto de cosas estaban bien a la vista, para que ella se diera cuenta de lo tentadora que podía ser la vida en Nueva York y se mudara a su casa. ¿Le gustaban las copas flauta de champán que tenía colgadas debajo del armario de la cocina como si fueran vasos de vino normales y corrientes, y que podrían ser tuyas si se casaba con él? ¿Y qué le parecían el estéreo (para el volumen tendrían que llegar a un acuerdo), y el colchón (podían comprar uno más grande), y las toallas de baño (si no le gustaba el marrón, podían comprarlas de todos los colores del arco iris)?

Cuando llegó al final de la hilera de casas de piedra arenisca, vio al hombre que vivía en el bajo; estaba sentado en las escaleras de la entrada y miraba a su perro, que jugaba con un hueso en el trecho asfaltado que quedaba detrás de la verja de la entrada. Daryl era un hombre guapo, un cincuentón a punto de entrar en los sesenta que se había jubilado de su trabajo de cámara en la NBC para entregarse a su gran pasión: la adquisición y reparación de *jukeboxes*. El jardín trasero del edificio estaba espléndido: lo cuidaba su hermana, que venía desde su apartamento de Hoboken dos o tres veces a la semana para plantar y podar. Gracias a esa mujer, los problemas con las hormigas que en primavera invadían el apartamento de Mel se habían terminado, o casi. Las hormigas trepaban por los torcidos troncos de la glicinia y se colaban por el mosquitero, pero Estelle, ingeniosa, había diseñado una especie de embudo invertido que se ajustaba a la base de la enredadera y lo había rociado con repelente de hormigas. «Lo único que tiene

que hacer es acordarse de empaparlos cada dos días, pero mi hermano siempre se olvida, lo sé», le dijo Estelle a Jody la última vez que estuvo en Nueva York. «Siempre, de toda la vida, dejaba el cuenco de los cereales en el fregadero “en remojo”, lo que significaba que era demasiado vago para lavarlo. Todos los hombres hacen lo mismo con el cuenco de cereales; como si, al limpiarlo, una parte de ellos mismos se fuera desagüe abajo. El país entero está lleno de cuencos de cereales reposando en el fregadero, llenos de agua a rebosar». A Jody le chiflaba Estelle, claro está. Le encantaba que la invitara a pasear por el jardín trasero para ver las plantitas y las flores. Desde el cuarto piso, la mayoría de las flores no eran más que una niebla color pastel.

—Hoy no ha venido —le dijo Daryl—. He pensado que podría aprovechar para sentarme en la entrada. Si prefiero mirar la ciudad a las plantas, se lo toma como un insulto.

Cogió la correa azul que el perro iba arrastrando. Jody sonrió al perrito, que aullaba de alegría al verla en la entrada. Will llevaba tiempo pidiéndole un perro. Jody sospechaba que Will y Mel estaban compinchados.

—Ya han salido los tulipanes —dijo Daryl—, los que son verdes en el centro.

—Tulipanes papagayo —dijo Jody.

Daryl le echó una de esas miradas que los padres dedican al niño que ha dicho una palabrota que querrían ver desterrada de su vocabulario: una mirada vidriosa en la que se apreciaban los vestigios de una sonrisa remilgada.

El perro subió las escaleras detrás de Jody y se quedó jadeando en la puerta de entrada. Daryl se levantó y volvió a llevarse al perro escaleras abajo. Jody metió la llave en la cerradura de la puerta, la abrió —siempre se encallaba en esa moqueta horrible— y luego la cerró tras de sí. Sobre la consola del vestíbulo reposaba un jarrón con flores, y la alfombra gris estaba recién aspirada. Aquello se debía a que el apartamento del segundo piso estaba vacío; el casero siempre ponía flores y colgaba un cuadro en el hueco de la escalera cuando algún apartamento quedaba libre. En cuanto se ocupaba, el cuadro desaparecía y las flores ahí se quedaban, hasta que terminaban encima de la consola convertidas en confeti.

Mientras subía por las escaleras, Jody pensaba en lo extraño que era entrar en la vida de otro. Ahora el perro de abajo la reconocía. Y las pequeñas cosas que rodeaban la vida de Mel también le daban la bienvenida. Uno no se limita a asumir la vida de alguien; como un imán, atraes todo aquello que rodea la vida de la otra persona: el saludo del cartero, el empleado de la gasolinera que

os sonrío a los dos, el camarero que pregunta «¿Qué tal?» dirigiéndose a las dos caras, la esposa del compañero de trabajo que te invita a comer. Antes de que pudieras darte cuenta, ya tenías un vaso preferido; el pintalabios que te habías dejado olvidado terminaría en una bandejita, al fondo del lavabo. Te escondería el cepillo de dientes para que cuando llegaras a tu casa tuvieras que comprarte uno nuevo. Y cuando regresaras, ahí verías tu cepillo, en el vaso. Y te darías cuenta de que la historia ya iba muy en serio cuando en su apartamento empezaran a proliferar tus cosas: las cosas que te compró para que fueran *tuyas* en caso de que no te hubieras olvidado las suficientes en su casa. Cuando dejara de llevar su camisa azul a la tintorería y la metiera en la colada de casa porque esa camisa ya se había convertido en tu camisón favorito. Cuando te comprara una planta en vez de un ramo de flores con la intención de que lo llamaras para asegurarse de que la había regado. Cuando las sudaderas empezaran a ser unisex y a mezclarse. Cuando en la nevera ya hubiera fotos de los dos. Cuando lo llamaran otras mujeres y él no cerrara la puerta ni bajara la voz y, después de colgar, se comportara como si nada hubiera interrumpido vuestra conversación.

Eso era lo que tenía hacer fotografías; fotografías de boda, al menos: las ganas de integrarse, de integrarse de verdad, en las personas que veías. No era la vanidad, sino la desesperación lo que las hacía mirar a la cámara con aquel gesto tan enternecedor. La cámara tenía la capacidad de detener el tiempo y de corroborar que formaban parte de una tradición. Por eso las novias se ponían el traje de novia de su abuela (que les tiraba un poco en la cintura, y los zapatos *siempre* les quedaban un poco pequeños; eran pocas las novias capaces de caminar hacia el altar con los zapatos del treinta y cinco de su abuela). Era una celebración a la que estaban invitadas todas las generaciones y, a veces, incluso el perro. La novia siempre hacía la misma pregunta implícita: ¿No te acuerdas de esto? Aunque no entiendas la vida que ahora llevo o me conozcas muy bien, ¿no constituye esta ceremonia un vínculo entre nosotros? ¿No me he peinado con esas mismas ondas que rozaban las mejillas de mi madre en el día de su boda? ¿No es este el pastel de bodas que siempre hemos comido, aunque nunca nos hayamos comido el postre juntos? Las figuritas que lo adornan son las típicas, las burbujas del champán caro siempre tienen el mismo tamaño. Estoy enamorada. ¿No recordáis lo que se siente al estar enamorados?

En la boda que había fotografiado hacía poco, una pariente del novio le había dicho: «El amor es como una pluma llevada por la brisa». La gente solía decir cosas asombrosas en las bodas; quizá fue el aire distraído —no,

trastornado— de la cara de la mujer lo que obligó a Jody a sonreír. Mientras la anciana se alejaba, Jody pensó varias cosas en rápida sucesión: el amor, ese estado estimulante y agotador, es lo que cada uno dice que es, así que basta ya de poesías y canciones; el amor es como una pluma, ciertamente; de pluma, el amor no tiene nada; la palabra «brisa» podría dar pistas acerca de la actitud de la señora, porque una pluma que se lleva el viento sería una historia completamente distinta.

Jody metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Un tramo muy inclinado de peldaños pintados de negro llevaba al apartamento de Mel. Con la excepción de las dos habitaciones delanteras, situadas justo bajo el caballete del tejado, el apartamento era un espacio diáfano en uno de cuyos lados había una escalera rodeada de una barandilla muy alta. Aquello parecía una cabaña encaramada en un árbol. En la parte de atrás, unas ventanas muy altas se asomaban sobre la copa de los ailantos que crecían debajo. En la cocina había un tragaluz por el que la glicinia se había abierto paso. Cuando llovía, los fogones se volvían algo húmedos y, a veces, quedaban salpicados de florecitas. Al encender los fogones Mel nunca reparaba en ellas, pero Jody siempre las apartaba, como si estuvieran vivas. Casi sin resuello, Jody se sentó un minuto en el sofá. Parecía el zócalo de la pared. En Nueva York no había un solo sofá cuyo respaldo llegara a los hombros.

Mel le había dejado una nota en uno de los cojines del sofá. Al parecer, Duncan la había llamado para decirle que su antiguo compañero de piso, que vivía en Christopher Street, acababa de recibir muy malas noticias sobre su análisis de sangre. ¿Qué debía hacer ella? ¿Llamar a un hombre al que no conocía? Apartó la nota y empezó a deambular por el apartamento. En el espejo del baño había una foto de Mel con Will a hombros, orgulloso de sus nuevas deportivas rojas; subido ahí arriba, parecía más confiado que el conductor de un tanque. La tontería esa de los motes que Mel había fomentado era bastante reciente. Unos días, Will quería que lo llamaran Campeón; otros, Machote. Jody pensaba que el día que le sacó la foto era Campeón, un Campeón al que le hacía falta un buen corte de pelo. El Campeón, que se columpiaba con todas sus fuerzas y, aun así, no lograba hacer un solo morado en el bíceps de Mel. («Pues claro que no puedes pegarme en el estómago —le había dicho Mel—. Me harías daño»). Miró el pintalabios del platito que había sobre la cisterna del retrete. A Mel le gustaría que garabateara TE QUIERO en el espejo del baño; le gustaban todas las muestras de cariño, por cursis que fueran. El pintalabios le había costado diez dólares. ¡Diez dólares por un pintalabios! Le quitó el capuchón y se pintó los

labios, pero no escribió en el espejo. Llenó un vaso de agua y se puso de puntillas para regar la cinta. Cuando devolvía el vaso al soporte, se acordó de las manías de Mel: después de usarlo, secaba el vaso con la toalla. ¿Cómo podían los hombres ser tan minuciosos para algunas cosas y tan descuidados para otras?

Trató de acordarse del apellido del hombre al que conocería esa noche. ¿Podía ser Haveabud? Su nombre de pila sería Steve o Ed, probablemente. No, en Nueva York ya no quedaban ni Steves ni Eds. Ahora se llamaban Steven o Edward, tanto los hornos como los heteras. Si tenían dinero, ya no tenían apodo. Lo que ahora estaba de moda era la seriedad; hasta a los perros los llamaban Humphrey y Raphael.

Angela llamó al interfono y Jody la hizo entrar. Llevaba unos tejanos descoloridos de la talla XS, probablemente, y una sudadera enorme en la que se veía a un oriental de cara verde y labios rojos, y, estampadas en relieve, unas letras rojas que formaban la palabra SUMO. Tenía el pelo amarillo, que no rubio; aquello no era ningún tono de rubio, sino amarillo-amarillo, amarillo del de las ceras para colorear. Bailarinas rosa sin calcetines. Enrollado en la muñeca, un brazalete que terminaba en la cabeza triangular de una cobra. En una oreja, un arete sujeto a presión y un brillantito; de la otra le colgaba una réplica del Empire State.

—Lo he dejado con mi chico, pero me alegro. Lo que pasa es que no quiero que vuelvan a preguntarme por él. Espera, tú no estabas aquí la última vez que vine a ayudar, ¿verdad? Dile a Mel que lo nuestro se acabó y que, por favor, no vuelva a preguntarme cómo está mi chico, porque es muy aburrido, como cuando alguien va y te llama para contarte cómo le fue el día. Lo que te estoy dando —Jody se había quedado en el rellano del segundo piso cuando Angela, a toda prisa, subía los peldaños de la escalera de dos en dos, directa al último piso— es una tarta de ciruela y dátil. La ciruela corta el dulzor del dátil, pero no le digas a nadie que lleva ciruelas porque no querrán probar la tarta. La gente se cree que las ciruelas son esas cosas que sirven en cuencos mojados en Miami Beach. En realidad son mucho mejores que las palomitas, pero trata de explicárselo a la gente. Bueno. He aparcado en doble fila. Si me ayudas a subir las cosas puedo dejar el coche en el bordillo. *Mousse* de salmón para el primero. Y me encanta tu pintalabios. A la luz de las velas se verá fantástico.

Angela le dedicó una sonrisa beatífica. Más que pelo amarillo reteñido, las ondas que enmarcaban su rostro parecían una corona.

—A temperatura ambiente —continuó Angela cuando le pasaba la bandeja a Jody. Se puso la mano sobre el corazón—. Como si en Nueva York no tuviéramos estaciones. Como si cada instante no fuera más que un producto de nuestra imaginación.

Aquella noche, después de la fiesta, Mel escuchó los mensajes del contestador. Al día siguiente Duncan volaba a Nueva York. Jody se encogió de hombros.

—¿Por qué piensa Duncan que voy a involucrarme en los problemas de un hombre a quien no conozco? —le preguntó a Mel. Luego se desplomaron sobre la cama y, borrachos, hicieron el amor.

En su sueño, Mel se sumergía hasta el fondo del océano en un submarino. Al principio era uno de aquellos submarinos en los que se montan los turistas para ver los arrecifes de coral y los peces que nadan a su alrededor, pero al cabo de unos segundos todo cambiaba y, de golpe, había un oficial de mando bastante molesto con él por pensar que la trayectoria descendente era el «hundimiento». «¡Estamos *descendiendo!*», fue el grito estridente que le dirigió a Mel, quien de repente tenía que soportar las miradas de los otros hombres de la Marina. Una mujer de la primera parte del sueño seguía ahí; era una turista con un traje pantalón rosa que fotografiaba los peces que flotaban por ahí, planos y de color amarillo y azul. Luego llegaba la carnicería: el ciervo en la carretera, otra vez; los juerguistas de Halloween parados, de pie entre el resplandor de los faros. El ojo brillante del ciervo. Un cuerpo demasiado grande para que lo sostuvieran aquellas patas delicadas.

Pegó una patada hacia atrás y, liberándolos de las sábanas, sacó los pies de la cama.

En la parte siguiente del sueño de Mel, el perrito que vivía abajo olisqueaba un cadáver en la carretera.

Mel abrió los labios y espiró para que aquella escena se fuera volando, pero el ciervo seguía ahí. El frío de octubre lo hizo tiritar. Sus labios se cerraron.

El perrito no paraba de olisquear, y al final quedó claro que había otro perro, idéntico al primero, y que los dos perritos no eran juerguistas de la noche de Halloween, sino almas condenadas del infierno.

Se notaba la boca, le molestaba. ¿Le estaría cayendo la baba sobre la almohada? Pero luego todo apareció confuso: era el perro el que babeaba —el perro del sueño—; el perro era Cerbero guardando las puertas del infierno.

El perrito tenía dueño, pero Mel no sabía cuál de los juerguistas podía ser. Richard Nixon no, porque el perro de Richard Nixon se llamaba Checkers.

Sería el perro de Will, entonces. Él y Will debían de haber convencido a Jody de que comprara un perro.

Mel se volvió y se acomodó sobre un costado.

Justo antes de que su sueño terminara, unos perros pasaron flotando delante de la ventana del submarino. En el rinconcito de su mente que luchaba por recuperar la conciencia, Mel sabía que si en aquella viñeta hubiera un cuadro de texto —si eso fuera una tira cómica de Gary Larson—, todo lo terrible podría volverse divertido. Pero el inconsciente había ganado, y reírse, Mel lo sabía, podía sentenciarlo a la muerte: atraería al perro rabioso, y cuando lo hubiera mordido —cuando la pierna empezara a hacer aguas—, al submarino le resultaría imposible ascender. Hasta la mujer del traje pantalón estaba asustada. Había estado sacando fotografías de los peces, y luego empezaron a flotar ante el submarino perritos ahogados. Luego Will apareció en el sueño, mirándolo como si hubiera sabido cuán grotesco terminaría siendo aquello.

Mel metió los pies debajo de las sábanas y acercó las rodillas al pecho. Tras los párpados cerrados, sus ojos se movían frenéticos de izquierda a derecha. Como pececitos, pensó Jody. La aspirina que se había tomado iba amortiguando lentamente el producto de demasiadas copas y demasiado trasnochar. Parecía que Mel ya había pasado la fase REM, aunque Jody todavía lo miraba adormilada en la habitación que iba iluminándose poco a poco. Un verso de *La tierra baldía* le vino a la cabeza: «Esas perlas fueron sus ojos». Le había leído Keats y Auden a Will, pero no creía que *La tierra baldía* consiguiera captar su atención, aunque algunos versos rimaban. ¿Cuál era el verso que venía antes que ese? Si no lograbas recordar qué venía antes, el mundo podía ser un lugar peligroso, pensaba mientras se quedaba dormida. Recordaba que alguien se había ahogado, pero el verso se le había olvidado.

Ocho

Lord Haveabud alzó la copa —una copa algo inestable; curvar los dedos bajo el cuerpo y olvidarse del pie era lo más sencillo— y revolvió el *blue margarita* por el aire como un cortesano a punto de hacer una estudiada reverencia. Era un brindis mudo, todo miradas. Ya habían discutido el trato (aunque Jody, que seguía siendo incapaz de recordar su apellido, no sabía que aquello era un trato); ya podían darlo por cerrado (aunque Haveabud quería ver todas las instantáneas, y no solo las ampliaciones que Mel le había enseñado en Palio), y a Haveabud solo le faltaba comprarse una corbata —los últimos diseños de Alexander Julián no le gustaban demasiado— para el día de la inauguración. Las galerías de fotografía como Witkin exponían pintura; ¿por qué no iba él a exponer fotografía? Haveabud creía que las corbatas nuevas le daban suerte. Y cuando tenía que volar, siempre llevaba en un bolsillo una pequeña geoda que había comprado en su otra vida, cuando él y su segunda esposa estuvieron en una tienda de regalos cerca del Gran Cañón. Como era agnóstico, cuando estaba estresado recitaba en silencio una letanía de preposiciones en orden alfabético: a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde... Él se veía como un auténtico personaje: llevaba un Swatch en vez de un Rolex, pero en un par de calcetines de Missoni se gastaba más que la mayoría de gente en un traje. Haveabud se compraba las corbatas para las inauguraciones con mucha antelación y las guardaba en el archivador, en la carpeta del artista correspondiente, sin sacarlas de la caja.

Cuando llegó a Nueva York estaba casado con su amor de instituto y se puso a trabajar en una tienda especializada en libros de arte. Confiaban tanto en él, que cuando los demás se habían marchado se quedaba solo en la tienda para hacer inventario y crear sus impresionantes expositores. Cuando había terminado, levantaba dos interruptores para activar la alarma, salía por la puerta principal y cerraba con llave, y todo en quince segundos. Aquellos pocos segundos no le supusieron problema alguno hasta que empezó a beber champán después del trabajo. El champán le llegaba en forma de regalos que le hacían mujeres; mujeres que durante el día curioseaban en busca de algo más que libros inmensos sobre los nenúfares de Monet. Conocer a alguien en una tienda como la de Haveabud era más elegante que ir a un bar de lujo. Y si las mujeres no lograban conocer a nadie, o si se encaprichaban de aquel joven tan trabajador con un cuerpo no tan perfecto como él creía (ahora iba al

gimnasio cuatro veces a la semana, nadaba los jueves, y las tardes del fin de semana corría alrededor del estanque de Central Park), no era raro que lo invitaran a una copa después del trabajo —los maridos siempre estaban de viaje de negocios— o trataran de complacerlo regalándole champán para que fuera él quien las invitara a tomarse una copa. A Haveabud le gustó descubrir que no era nada raro que una mujer hermosa te deseara solo porque habías encargado un libro sobre la sexualidad de Jesucristo o una biografía de Courbet. En realidad, Courbet era el pintor favorito de Haveabud. Él tenía sus secretos: su geoda, sus visiones de los paisajes de Courbet, su caja de condones de fantasía en la carpeta de la S del archivador. Si no lo hubieran echado de la librería, quizá nunca habría llegado donde estaba hoy. En los viejos tiempos, él y otros empleados (ahora contrataban a dependientes serios, lúgubres, como recién salidos de un cuadro de Grant Wood. ¿De dónde los sacaban?) descorchaban botellas de champán y se ponían a jugar a béisbol en pelota picada en el primer piso de la tienda; usaban el mango del desatascador del lavabo para batear fajos de papeletas de inventario enrollados. Esto nunca se descubrió, pero un marido celoso tuvo una conversación privada con el dueño de la librería, que echó a Haveabud. «¿No quieres esperar a oír si niego la aventura o no?», le preguntó al dueño. «No —respondió este—. Ya sabía que tener a alguien tan informado y agradable como tú era demasiado bueno para ser cierto».

Después de que lo echaran pasó meses de angustia, pero finalmente encontró un trabajo de corrector a tiempo parcial; el excelente trabajo que hizo con un manuscrito resultó en una llamada llena de admiración de una editora que, cuando se enteró de las penurias de Haveabud, llamó a un amigo que le debía un favor y ¡chas!, Haveabud empezaba a trabajar a media jornada en una galería del por entonces aún poco glamuroso West Broadway. El resto era historia. La historia se materializó en forma de Luther, también conocido como Jake Markson, de Brooklyn, un estudiante de arte del Queens College con sobrepeso y un talento que rebasaba todas las expectativas y que Haveabud sabía que podría vender. Decidió poner a Luther a dieta de proteínas y llamarlo dos veces al día para asegurarse de que se bebía sus tres litros y medio largos de agua mineral. Cuando llegó el momento de la inauguración, Jake Markson ya no existía, y Luther —con casi diez kilos menos y una cara radiante gracias a la limpieza facial a la que se había sometido en la consulta del doctor Mario Badescu— esperaba de pie en la galería con sus tejanos blancos y su camisa blanca —una camisa que le había costado a Haveabud doscientos dólares— decidido a convertirse en el último

grito del mundillo del arte de la ciudad. Colgados a su alrededor, cuadros hiperrealistas de recibos de cajas registradoras ampliados; se veía incluso la huella borrosa del pulgar del cajero que había arrancado uno de la caja, o el lugar en que estaba ligeramente rasgado. Los números, en tinta negra o violeta, algunos tan pálidos que apenas si se podían leer. La exposición Tx./Tl. se convirtió en un auténtico bombazo; incluso Andy Warhol se pronunció al respecto: «El dinero es muy importante, pero normalmente los artistas no guardan buenos recibos». Después de la inauguración, como el torero que dobla su capa y se la da a una dama digna de tal honor, Luther le entregó a Haveabud la camisa de doscientos dólares. De los cuadros vendidos en la exposición, que fueron todos, Haveabud se llevaba una tajada del cincuenta por ciento; y él y Luther, en un *pas à deux*, se acercaron a Dean Witter Reynolds para ver qué les contaban sobre las distintas opciones de inversión. Como cualquiera podría imaginar, a Luther la fama se le subió a la cabeza. En lugar de pagar la cuenta de lo que él y los gorriones de su comitiva habían cenado en los restaurantes de moda, se ofrecía a firmarla con su autógrafo. Aunque en muchos sitios no colaba, Luther descubrió que las camareras locas por los famosos solían hacerse cargo de la cuenta de la cena a cambio de un polvo. Una de aquellas camareras lo pescó, por supuesto: una tipa de Lyme, Connecticut, que había venido a Nueva York para estudiar interpretación; una chica que se hacía llamar Thalo y que, antes de que se pusiera de moda, ya se teñía un mechón de pelo de color verde. Se convirtió en la Yoko de Luther: terminó apartándolo de Haveabud y, después de hacer una grabación con Luther —el chasquido de unos látigos interrumpiendo una discusión a media voz mientras al fondo se elevaban, agudísimas, las voces de un coro infantil—, lo arrastró al anonimato instantáneo. La zorra se quedó embarazada de inmediato y tuvo gemelos. Cuando ella y Luther se divorciaron, él trató de volver a ganarse el cariño de Haveabud. Cuando no lo consiguió —Haveabud creía que los que daban la espalda a las personas que los habían ayudado no merecían una segunda oportunidad— terminó trabajando en el restaurante de su hermano, aunque más tarde Haveabud se enteró de que se había ido a París, a la orilla izquierda, y de que el ceviche que hacía en un restaurante de comida para llevar había recibido elogios en *Le Figaro* y la edición francesa de *Vogue*. *Quel dommage*, dijo Haveabud, malicioso en vez de sincero.

Pero la vida es extraña, y años más tarde Haveabud trabó amistad con uno de los hijos de Luther. La zorra volvió a casarse —escalando el escalafón social, peldaño a peldaño, encaramada en sus Manolo Blahniks—, y cuando

Haveabud se encontró con ella otra vez, era la joven esposa de un multimillonario de sesenta años y estaba en la calle, delante del edificio del Collegiate; estaba esperando a su hijo (el otro gemelo, por alguna razón que a Haveabud no terminó de quedarle clara, se había quedado con sus abuelos al norte del estado) con una *au pair* cubana que esperaba a su lado y contemplaba el enjambre de niños saliendo del colegio con los ojos abiertos de par en par, los ojos que también tendría algún pariente suyo huyendo de la Cuba de Castro. La zorra miró a Haveabud de arriba abajo y luego su cara se inundó con una sonrisa radiante muy poco apropiada. ¿Qué estaba haciendo allí? Estaba a punto de asistir con su tercera esposa a una reunión sobre los progresos de su sobrino en su lucha contra la dislexia. (La hermana de su tercera esposa estaba en la clínica Betty Ford, y Haveabud terminó convenciéndose de que debía asistir a la reunión para demostrarle su apoyo al niño). El hijo de Luther resultó ser compañero de clase del sobrino de su tercera esposa. Su tercera esposa salió de un taxi y llegó el turno de las presentaciones. La zorra dijo que ella y Haveabud eran viejos amigos y los invitó a cenar aquel sábado, y su esposa aceptó. El niño de siete años salió corriendo a buscar unos brazos que no eran los de su madre, sino los de la *au pair*, y a Haveabud le sucedió algo extraordinario: sintió que lo embargaba un calidísimo afecto por el niño. El niño era clavado a su padre; tanto, que Haveabud tenía la inquietante sensación de que en la acera, a su lado, había un Luther en miniatura. Le trajo recuerdos de los buenos ratos que él y Luther habían pasado. De sus expediciones en busca de ropa que causara sensación, de cuando los dos se pusieron a reír tan alegres que un dependiente les dijo mientras les cobraba: «Los trajes de fiesta no se devuelven, ¿saben?». Solían fumar porros e ir a clases de tango. Tuvieron, a medias, una cabaña de esquí en Stowe y una casa en la playa, en Barbados, a un kilómetro de Sandy Lane. Algunas noches, muy tarde, se emborrachaban, ponían discos de Dolly Parton y empezaban a cantar extasiándose ante la calidad del Blaupunkt de Luther; incluso aprendieron una versión *a cappella* de *Old Flames Can't Hold a Candle at You* con la que sus amigos se desternillaban. Cuando Haveabud tuvo que explicarle a su tercera mujer quién era Haveabud, convirtió a Luther en un artista excéntrico de fortuna efímera. No la puso al corriente de su relación personal. La advirtió de que la zorra esa era puro veneno, pero ella no se lo tuvo en cuenta: él siempre se mostraba demasiado duro, pensaba. Esa noche, el abogado de la zorra y su peluquera cenaron con ellos; su multimillonario estaba fuera de la ciudad, de viaje de negocios (eso le dio que pensar a Haveabud: la zorra era una de esas mujeres que, años atrás en la

librería, le habría regalado una botella de champán), y su tercera mujer y la zorra se pusieron a charlar animadamente sobre reformas domésticas. Las dos coincidían en que, desde el punto de vista estético, dejar las vigas vistas era tan necesario como el marco en un cuadro. Mientras daba cuenta del queso de cabra tibio con uvas, a su mujer le sorprendió descubrir que Luther y Haveabud se habían apuntado a una clase de baile de Arthur Murray. La peluquera quiso bailar con Haveabud, pero él declinó la invitación aduciendo que se le había olvidado todo lo que había aprendido. (Aquella misma noche, cuando su mujer se hubo acostado, repitió los movimientos en el salón de su casa). Durante la velada se sirvió Roederer Cristal, y cuando la fiesta terminó las dos mujeres dieron besos al aire, su tercera esposa inhalando el *Graffiti* de la zorra, y esta olisqueando el Joy con que tan profusamente se había rociado su esposa. Volverían a verse para hablar de techos.

Haveabud despreciaba la ideología republicana del abogado, pero como la peluquera —que había terminado gustándole— ya se lo había hecho pasar bastante mal al tipo ese, Haveabud no tuvo que gastar sus energías en un debate. Pero Spencer, el niño, le fascinaba. En su habitación había cientos de dinosaurios en miniatura. Algunos, los de bronce fundido, reposaban sobre una estantería larga; otros estaban repartidos entre palmeras y ficus. Un *Rhamphorhynchus* hinchable colgaba de la lámpara del techo. (Significa «hocico con pico», dijo Spencer). El nombre de aquel dinosaurio había tenido que decírselo, pero Haveabud fue capaz de identificar el gran estegosaurio verde, y cuando Spencer le contó que aquel dinosaurio en particular pesaba unas dos toneladas, asintió levemente con la cabeza: ya lo sabía. «¿Cuánto hace que los coleccionas?», le preguntó Haveabud, y la respuesta del niño dejó muy claro que si de bebé le hubieran dejado elegir, habría cambiado sus sonajeros por dinosaurios. Tenía ante él un niño que no rogaría que le compraran una mascota como el sobrino de su tercera esposa, que se abandonaba a ataques de llanto mientras gritaba cocker, cocker, cocker. Enmarcado, el dibujo de un braquiosaurio que Spencer le señaló orgulloso; era, probablemente, el mayor animal que jamás había existido. «Además, era estrictamente herbívoro», dijo el niño. «¿Sabes qué quiere decir?». Suponiendo que lo que el niño le preguntaba era si sabía qué quería decir «herbívoro», Haveabud movió la cabeza: sí. Implícitamente, sin embargo... Pero el niño se había apresurado a bajar un libro enorme de la estantería. «Este es de los carnosaurios —dijo el niño levantando el labio y dejando a la vista los dientecitos de arriba—. Eran muy malvados». A Haveabud le sorprendió que la palabra «malvado» formara parte del vocabulario de un

niño de siete años. Se preguntó si, de noche, los dinosaurios cobrarían vida para Spencer y empezarían a merodear por la habitación o a internarse en el río de sus sueños.

Pero la *au pair* volvió a asomarse a la puerta acompañada de su impaciente esposa, y como Spencer y el mundo prehistórico que había instalado despertaban en Haveabud un instinto protector, se despidió a toda prisa y salió de la habitación para volver a la fiesta. Estaba convencido, además, de que la *au pair* sabía que no quería a su mujer, impresión que más tarde le confirmó ella misma mientras se tomaban un *cappuccino* en The Cupping Room, en el Soho.

Pero aquella noche no pensaba que volvería a ver a Gloria. Fue más tarde, pensándolo bien, cuando reparó en lo evidente: la *au pair* era su puerta a Spencer, y Spencer era la persona a quien quería conocer mejor. ¿Cuánto de Luther, físico aparte, había en el niño? Para su sorpresa, empezó a sentir que lo embargaba la emoción, a sentirse como el compañero del soldado muerto en acto de servicio que debe ir al pueblo del amigo a besar la mejilla de la viuda y coger al niño en brazos. Era asombroso: Luther estaba desaparecido en combate, aunque había desaparecido, en realidad, en *le monde chi-chi* de París. Pero a fin de cuentas, ¿para qué molestarte en entender tus razones cuando te sentías tan atraído por algo o por alguien? Mientras sorbía la espuma de la leche, Haveabud sabía que quería algo, pero no sabía qué era ese algo, exactamente. Solo sabía que en ese algo entraba Spencer y llevarse bien con la zorra para poder llegar al niño.

Pero aquello era el pasado, y ahora Haveabud no daba sorbos a la leche, sino a uno de esos ridículos *blue margarita* agridulces que tan de moda estaban en compañía de Mel Anthis, de quien también quería algo, y de la amiga de Mel Anthis, que resultó ser una fotógrafa mucho mejor de lo que podía haber llegado a imaginar. Para llevarse a Mel, habría sido capaz de organizar una exposición de chinchetas y cordeles, pero esa mujer cuyo nombre había olvidado aturdido por los recuerdos de aquella noche de hacía tantos años con el abogado y la peluquera y Gloria y la persona que había servido la cena y el estegosaurio y...

La camarera le preguntó si quería que le pusiera más sal en el borde de la copa.

—¿Qué? —preguntó. Los Rolling Stones cantaban «Wild Horses» y unos juerguistas hiperactivos que acababan de entrar se ponían a jugar al juego de las sillas alrededor de una mesa demasiado pequeña.

—Si quiere más sal en el borde de la copa —dijo la camarera levantando un poco la voz.

—Eso no lo había oído nunca —dijo Haveabud.

La camarera lo interpretó como un «no» y se marchó. Mel Anthis y Jody —ese era su nombre— lo miraban con el ceño fruncido, como si lo de la camarera acercándose a su mesa hubiera sido cosa suya.

Él se encogió de hombros para dar muestras de su perplejidad y de su asombro. También le había asombrado oír, justo cuando la camarera los interrumpió, que Jody tenía un hijo pequeño: un niño, Will, a punto de cumplir seis años. Irrumpía en la vida de Jody en el preciso momento en que su hijo tenía la misma edad, un año menos apenas, que tenía Spencer cuando él volvió a entrar a la vida de la zorra. ¿Cómo llevaría Will que su madre se convirtiera en una estrella? Era una mujer muy inteligente y muy atractiva, y su obra era impresionante; esto iba a ser casi demasiado sencillo. Echaría mano de algún favor que le debieran para que publicaran algo en la crónica de sociedad del *New York Post*. Le pediría a su antiguo ayudante —al que le había adelantado algo de dinero para que dos matones no le partieran las piernas por no haber pagado sus deudas de juego— que se las apañara para que le prestaran un traje de noche dorado que había visto en el escaparate de Charivari.

Trató de llamar la atención de la camarera para aceptar su oferta. Un poco de sal para cortar el dulzor. Otra noche en la ciudad durante la cual, cuando menos te lo esperabas, surgían posibilidades.

Nueve

Mientras esperaba a Jody sentado debajo de una sombrilla en una mesa de la terraza del Empire Diner, Haveabud se fijaba en el personal que desfilaba ante sus ojos. Un chófer de limusina con unas Ray Ban estaba sentado imitando a Jack Nicholson, esforzándose por parecer ajeno a los peatones y al tráfico. Por la vivacidad que delataba su expresión, tanto daría que le hubieran pegado un tiro, lo hubieran disecado y lo hubieran vuelto a sentar en el asiento delantero. A él, como a Jack, no se le escaparía ninguna mirada de reojo. Se había sumado a las filas de lo que Haveabud llamaba «estatuas de Nueva York». Se movían, sí, pero a todos los efectos eran estatuas: los guardias de seguridad de Bendel, los porteros, las chicas del guardarropa, los forasteros que esperaban asustados en el bordillo para cruzar cuando el semáforo cambiara. Eran cervatillos asustados y maestros espirituales reservados, los depositarios de la paz en nuestros días. La madre de Haveabud, que iba a verlo una vez al año, justo antes o después del cumpleaños de su hijo, buscaba estas boyas como el insecto que, ahogándose, vaga por la corriente hasta que se topa con un objeto sólido al que agarrarse. Su segunda mujer tenía un talento especial para divertir a su madre y evitar que se pusiera nerviosa, pero como la de ahora no demostraba consideración alguna por aquella mujer que había decidido vivir sin que la cubrieran las pieles o la anestesiaran los aromas franceses, el cometido de escoltarla por la ciudad —guiándola con cuidado mientras zigzagueaban entre mujeres en el suelo con piernas ulcerosas y senegaleses anunciando a voz en grito Rolex falsos— recaía sobre Haveabud. Y sin embargo, ella le decía: «¿Quién habría imaginado que querrías vivir así?». Entre el caos de Jackson Pollock en el Museo de Arte Moderno, ella descubría la sencilla silueta de una casita en lo alto de un árbol a la que una vez se encaramó. Levantando la cabeza para ver las señales luminosas para los aviones que parpadeaban en las azoteas, se acordaba de cuando sacaba a su hijo a la calle a ver las estrellas. Con sus preguntas sinceras y sus afirmaciones bienintencionadas sobre el valor de la tranquilidad, su madre tenía una habilidad infalible para hacer que Haveabud se cuestionara todos los aspectos de su existencia y también para que se acordara de rezar cuando se acostaba. ¿Qué se traía Pollock entre manos? ¿La exteriorización, acaso, del deseo de muerte del cuerpo, sangrando en el lienzo para que todo el mundo pudiera verlo? ¿Cómo se atrevía Diane Arbus a pegar

la cámara a la cara de un enfermo mental? Aunque los colores de Alber vibraban, ¿tenía eso mucho mérito? Lo único que podía hacer Haveabud era abstenerse de comentar que él mismo había contemplado el suicidio; que se había visto vinculado emocionalmente, y en alguna ocasión también físicamente, con otros hombres. Ver a su madre lo volvía casi loco, aunque pensaba que pasear por la ciudad por obligación a cualquier otra persona quizá lo sacaría de quicio igualmente. Tenías que limitarte a avanzar como un conquistador; de lo contrario, estabas acabado. La mera presencia de un escéptico podría minar tu confianza.

En el bolsillo de la chaqueta llevaba una carta de su madre, que llegaría a la ciudad dentro de una semana, aproximadamente. Tal vez Gloria podría servirle para entretenerla, iba rumiando Haveabud; eso si lograba ingeniárselas para que Gloria pareciera una conocida y, a la vez, su madre entendiera que no debía mencionarle su nombre a su mujer. O incluso Jody. Se sentiría en deuda con él, seguro, pero había un problema: quizá ya habría vuelto a Charleston, o... mierda, el nombre de la ciudad, el nombre de la ciudad esa, era incapaz de recordarlo. Charlotte. Ya lo tenía. O quizá no. Charlotte estaba en Carolina del Norte, y recordaba que ella le había dicho que vivía a los pies de las montañas Blue Ridge. Charlottesville, pensó, triunfal, justo cuando ella doblaba la esquina detrás de un perrito con la correa azul. ¿El perro de Mel? Cuando la gente tiene perro, lo menciona, y Mel no lo había hecho nunca. Bueno, daba igual, se habría alegrado de verla aunque llevara a Quasimodo de la mano. Una paloma aleteó a un metro despejando el camino para los mocasines indios de Jody (¡cuánto admiraba Haveabud a los modernos extravagantes!) y las patitas del perro con su repiqueteo. Tenía estilo, ahí no había nada que decir. Alguien tan integrado en Chelsea como para llevar la camisa de su amante por fuera de unos pantalones blancos de pintor con calcetines verde neón y mocasines de piel roja no necesitaría que le dieran clases sobre cómo salir a escena. Luego, en un repentino revoltijo de pensamientos que le asaltaron cuando ella lo vio y le sonrió, se imaginó follando con ella o bien pidiéndole que llevara a su madre a tomar el té al Palm Court. Mientras sentía en el cerebro una oleada de desesperación, se preguntó si ella se sentiría atraída por Mel por la misma razón que lo atraía a él: por una perseverancia y una entrega en las que apreciaba un punto de locura, por un leve indicio de que cuando más se esforzaba uno por disfrazarse, más desnudo se mostraba. Mel no era, creía Haveabud, ni un drogadicto ni —la otra cara de la moneda, y todavía más difícil de aceptar— alguien con fuertes creencias religiosas. No parecía un converso, pero

tampoco se lo veía agobiado por ese cinismo que tan chic resultaba entre los que se dedicaban a aconsejar a los *artistes*. O, para ser más exactos, entre los que se preocupaban por la suerte de los *artistes*. O, para ser más sinceros, entre los que se preocupaban por su propia suerte y trataban con *artistes*. El perrito era todo lengua y ojos brillantes, y tenía el aspecto de haber vivido todos los momentos sexuales que Haveabud había imaginado. Haveabud levantó la mano para, galante, besar la de Jody, pero ella lo sorprendió cogiéndole la suya e inclinándose para plantarle un beso en los nudillos. Las mujeres nunca son lo que te esperas, aun cuando crees que no esperas nada. Cuando Jody se sentó, su silla chirrió sobre el cemento. Después de acercarla a la mesa, volvió a levantarse para pasar la correa por debajo de la pata de la silla.

—¿Qué se siente? —preguntó Haveabud escrutando la cara de Jody. Esperó a que la confusión de Jody aflorara, y cuando lo hizo se le acercó un par de centímetros—. Siendo una artista pero... fotografiando bodas. Todos tenemos que divertirnos, ¿no?

¿Divertirnos?, pensó Jody. Ah. Se referirá a lo divertido que es comer. Lo divertido que es comprarle pantalones de pana a tu hijo. Lo divertido que es pagar la factura de la luz.

—Porque Mel me ha explicado —continuó Haveabud moviendo las manos como si estuviera cortando una baraja— que la intensidad de lo que haces es algo que nadie estaría dispuesto a soportar. Yo mismo, cuando juegan los Mets, salgo y me desgañito. No me limito a sumergirme en el mundo del arte, desde luego. La intensidad, y esta es una palabra a la que siempre vuelvo, la intensidad sería tal que no podría soportarla.

¿Intensidad? ¿Sabía *él* lo que era *estar* en casa con un niño con fiebre incapaz de quedarse tapado debajo de la manta y cuyos únicos momentos de felicidad se los debía a la televisión, a tipos estrellando el coche contra un muro a un volumen ensordecedor porque tenía los oídos tapados y apenas si podía oír? ¿Podía este hombre tener la menor idea de lo que, en cuanto a intensidad, había sido la semana pasada?

Pero ella no le respondió. Se encogió de hombros, pensando durante un minuto. Podría haberle dicho que fotografiar bodas no era el simple entretenimiento que él imaginaba. Eras un poco psicóloga, un poco filósofa y un poco humorista. En las bodas, colocabas a tías abuelas engreídas al lado de hijos del primer matrimonio con cara de poco convencidos, codo con codo, y los unías para siempre con tu disparo. Tratabas de transmitir sutilmente, por todos los medios, que el futuro era seguro, que aquello era el principio de un

viaje soleado, una celebración para despedir a unas personas que, al menos por un día, tenían rostro de ángel. Le asegurabas a la madre de la novia que su hija había heredado su belleza; sacabas una garrapata de la cabeza del perro sin hacer comentario alguno; apilabas servilletas en los charcos de champán que se habían formado en los muebles. Si tenías un minuto y una mano libres, tirabas arroz; bailabas si te sacaban a bailar y te ganabas el cariño de todos sacando foto tras foto y siendo la última en marcharse. Luego te ibas a casa con unos recuerdos del día descomunales, sí, porque tenías una máquina con la que los ampliarías mientras sonreías a sabiendas de que habías enfocado unos detalles que la gente, demasiado preocupada o demasiado nerviosa, había pasado por alto.

¿La entendería si hiciera la analogía?

Le dijo que, una vez hechas, las fotografías eran las piezas de un rompecabezas. Que en la cámara oscura flotarían un rato, como pétalos de rosa que hubieran caído en una copa de champán.

Miró al espacio de la mesa sobre la que no había ningún vaso. Él miró hacia el mismo lugar.

Eran imágenes que las corrientes agitaban, dijo, los papeles sumergidos en el líquido revelador.

—Imágenes que las corrientes agitan —dijo él lentamente.

Fuera cual fuera la atmósfera que él hubiera querido crear, Jody la había roto. Miró el tablero de la mesa secretamente orgullosa de sí misma. Luego levantó la vista y, convencida de que seguiría teñida de arrepentimiento, le dedicó la sonrisa más encantadora que fue capaz de esbozar.

Haveabud sabía que le había interrumpido su momento, pero lo que Jody le estaba diciendo lo había cautivado de verdad. Si era capaz de decir exactamente eso cuando trabajaran juntos —cuando estuvieran con gente realmente importante—, el negocio sería pan comido.

Aunque sin su madre, y antes de tener que volver a casa para ver a su tercera mujer, cualquier cosa era pan comido.

Qué chica más guapa, pensó.

Ella pensó: este hombre no me dará problemas. Nunca tendré que mantener una conversación seria sobre fotografía con él.

Una camarera que llevaba una peluca negra y alborotada salió y les dio la carta. Haveabud no había querido que se la diera antes de que llegara su compañera. Reflexionó sobre el hecho de que la hubiera llamado «mi

compañera» y no cualquiera de las otras cosas que podía haberla llamado. Podría haber mentido y haber dicho que era su mujer. Podía haberla llamado, pícaro, «la dama», o incluso, con cierta pedantería, «la mujer que se reunirá conmigo». Podría haber dicho «mi hija» para gastar una broma, pues Jody tenía su misma edad, prácticamente.

Mientras se sonreía, Haveabud cayó en la cuenta, de repente, de que hasta la semana siguiente no tendría que preocuparse por la visita de su madre. Aquello —las 168 horas de la semana— desató en él una euforia que le levantó los ánimos.

Jody pidió chile con carne. Él pidió otra Heineken y huevos revueltos no muy hechos con salchicha mientras levantaba la mano y, con los dedos abiertos, la movía en un ademán displicente. (Aunque Haveabud no conocía a la camarera ni la conocería nunca, esa misma noche, en su clase de interpretación, la camarera imitaría para su mejor amigo aquel movimiento tan particular, que también comentaría con su psicoanalista. En sus sueños, él seguiría levantando los dedos, y ella confesaría a sus amigas que, contra toda esperanza, confiaba en que él volviera al restaurante y, esta vez, se fijara en ella. Vivía en un buen barrio, tenía gustos caros y se lo veía agobiado, y a la camarera todo eso le parecía irresistible. Pero ninguno de aquellos pensamientos o de aquellos deseos influyó en el modo en que ella dio media vuelta y fingió desinterés mientras volvía a entrar en la cafetería. Para Haveabud, ella no era más que una chica cuyos labios finos le hicieron sospechar que daría besos fríos).

—Anoche dijiste que querías exponer mi obra —dijo Jody. Tocó la punta del salero y tardó en retirar los dedos.

Él movió la cabeza como si en lugar del único trato que habían hecho, aquello fuera una conclusión inevitable.

Haveabud le dijo que para que él pudiera lanzar su carrera, ella tenía que instalarse en Nueva York. Esa misma tarde llamaría a Scavullo, el fotógrafo; al día siguiente, por la noche, podría acompañarlo a una inauguración importante. Pero debía estar en Nueva York, absolutamente. Eso quedaba fuera de discusión, dijo, y luego lo repitió todavía más enérgicamente.

Jody parecía un poco asustada, como si hubiera estado andando y, de repente, un palo del suelo se hubiera puesto a cantar.

Haveabud la miraba fijamente, parecía paralizado. Hipnotízala con tu insistencia. Y luego —cuando ya la hayas atrapado— cógela desprevenida. ¿Y si pudiera dejar traslucir un toque ingenioso en su obra? Que no pareciera tan... oscura.

En la imaginación de Jody la boa de plumas empezaba a desenroscarse. Las primeras instantáneas de la boa eran exactamente lo que él quería; tenían tanta chispa que, ya puestos, podía haberse traído la boa: así podría acercarla a la barbilla de Haveabud para hacerle cosquillas y robarle una sonrisa. Le describió la serie de fotografías: la boa enroscada; la punta de la boa colgando de la lámpara de la mesa; la boa extendida en la mesa del comedor para que, recortándose contra la caoba, pareciera delicada y perdida en aquella superficie tan grande. La boa enrollada en el cuello de Mary Vickers («una modelo», la llamó) como una sensual soga.

Haveabud miraba las cuentas de colores de los zapatos de Jody, que le recordaban los fideos de colores de los helados de cucurucho: absolutamente hipnóticas, cuando te parabas a mirarlas. Siempre y cuando te pararas a mirarlas; aquella era la obligación del artista, por supuesto. Haveabud apoyó el índice y el pulgar en el puente de la nariz y se lo apretó entrecerrando los ojos. Cuentas en francés... ¿cómo se decía? *Où sont les cuentas d'hier?* Se habían caído, todas, como los platos de un cuadro de Schnabel. La camarera les preguntó si querían algo más. Haveabud se hizo el picarón: arqueó las cejas y se volvió hacia Jody, como si la pregunta tuviera una carga sexual deliberada.

Jody estaba pensando en el chaparrón que había caído la semana anterior y que había empapado una carpa de boda que estaban instalando. Aquella mañana, temprano, había ido andando hasta el este, al distrito de los fotógrafos; quería dejar unos negativos en el laboratorio para poder pasar a recoger los contactos después de la reunión con Haveabud. Tenía la sospecha de que si le presentaba los contactos como algo divertido, a él le parecerían divertidos; si le decía que eran fotografías tristes, eso es lo que él vería.

Haveabud pidió la cuenta a la camarera. Mientras Jody miraba hacia otro lado, Haveabud se preguntó de repente si su esposa estaría teniendo una aventura. Ya casi no cocinaba; ¿tendría cosas más interesantes que hacer por las tardes? Ahora comían pollo asado que pedía a domicilio y una ensalada de puntas de espárragos carísima: los cien gramos salían a precio de oro.

Dos hombres apartaron las sillas de la mesa de al lado y se sentaron. Uno llevaba un estuche de violín muy estropeado con una pegatina con el símbolo de la paz que empezaba a despegarse. En lo alto de la cabeza, el otro llevaba unas gafas sin cristales con una nariz falsa y unas cejas muy pobladas. Cejas pobladas le pegó un manotazo a su compañero y le dijo que se animara.

—Decir que me anime cuando estás en una de tus fases maníacas es como decirme que levante las manos por encima de la cabeza mientras caigo en

picado en una montaña rusa —dijo el hombre del estuche de violín.

—¿Crees que tendrán Bosco? —preguntó Cejas pobladas.

¿Qué demonios podría hacerte creer que tendrán este vino, precisamente?

Scavullo, entonces —dijo Haveabud—. ¿Te va bien algún día en especial?

—Tengo que volver a casa mañana —dijo Jody—. Una amiga mía está cuidando a mi hijo.

—Aaaaaaah, el hijo —exclamó Haveabud; con el uso del artículo le hacía saber que el niño podía intercambiarse por cualquier objeto: la silla, el teléfono, la cocina.

Jody se encogió de hombros y volvió las palmas de las manos para arriba.

Qué mujer tan guapa, pensó Haveabud. Manos bonitas. Zapatos bonitos. La madre de alguien. ¿Por qué no le había tocado a él una madre así?

La camarera le dio el cambio.

—Ahí hay un detective privado aparcado en doble fila. Mi compañera es Sherry Lansing con peluca —le dijo Haveabud.

En su agenda, Haveabud anotó: «Comida fotos Scav \$ 28.40». Había añadido 20 céntimos a la cuenta, para que le diera buena suerte. La experiencia le había enseñado que las peculiaridades —esto es, las mentiras muy particulares— solían convencer a la gente.

Haveabud decidió que aceptaría la invitación de Jody a que la acompañara al laboratorio fotográfico, donde les esperaban los contactos de la boda pasada por agua. Ni la misma Jody podría haber imaginado el efecto perfecto del filtro de salpicones de lluvia, como una membrana brillante que lo cubriría todo: las mujeres apiñadas debajo de un saledizo levantando la cara, consternadas; el caos provocado por los hombres que primero habían levantado la carpa y luego la habían abandonado. No estaba muy claro si por la cara de algunos corrían las lágrimas o las gotas de lluvia, pero la sorpresa —la confusión del aguacero repentino— estaba ahí. A fin de cuentas, una boda pasada por agua apenas si importaba, y como Jody estaba tan convencida de ello, decidió que haría de abogado del diablo y le vendería el asunto de las fotografías como algo muy serio.

Mientras su madre y Haveabud estaban sentados en las escaleras de entrada de un edificio de piedra caliza mirando pequeñas imágenes rectangulares, Will estaba en Virginia mirando fijamente el sándwich de mantequilla de cacahuete que Mary Vickers le había servido. Le había levantado la rebanada

de arriba para compararlo con el de Wag y ver cuántas rajitas de plátano les habían tocado a cada uno.

El chasquido de placer que emitían los labios de Haveabud mientras examinaba las fotografías también podía oírse, a muchos kilómetros de distancia, en los labios pegajosos de dos niños pequeños a los que habían ordenado que volvieran a poner la rebanada del sándwich en su sitio ahora mismo y que empezaran a comer antes de que Mary Vickers se volviera loca de remate.

Cuando el niño todavía no sabe decir la hora, el reloj de pulsera con las manecillas pintadas no es cosa de risa, sino algo muy respetable. Más adelante quizá quiera un reloj de verdad para poder mover las manecillas y atrasarlas una hora y no tener que acostarse o adelantarlas para poder ir al circo antes. Al principio los relojes no suscitan hostilidad alguna. Como un cachorrito al que la regularidad de un sonido apacigua, el niño puede sentirse aliviado o indiferente; en cualquier caso, el tictac de los segundos que se escapan no se corresponderá con nada real. Es probable que el reloj le parezca algo que a los adultos les fascina: el disco en la pared que tan atentamente observan cuando una visita todavía no ha llegado, cuando el pan tarda demasiado en subir, cuando en la sala de espera del pediatra hay demasiada gente delante de vosotros.

¿Qué es el tiempo? En la experiencia del niño, no tiene sentido. Los niños tienen una noción muy pobre de lo que pasa entre bambalinas, si es que la tienen; cuando las cosas suceden, parecen suceder de repente.

Imagina lo raro que te parecería el mundo si todavía no fueras lo bastante mayor como para saber que las nubes grises anuncian lluvia; si fueras demasiado joven para darte cuenta de que el perro que viene hacia ti podría correr más rápidamente que tú cuando trataras de escapar. Los adultos se enfadan cuando tienen que dar un frenazo; se molestan hasta por un pronóstico del tiempo poco fiable.

Desde el punto de vista del niño, la vida siempre acelera o, por el contrario, avanza demasiado lentamente. Las mejores ideas se te ocurren cuando llega la hora de ir a dormir. El circo se termina demasiado pronto. Cuando comes judías verdes, parece que no se acaben nunca. Los dibujos animados no son exageraciones satíricas, sino ejemplos normativos de situaciones cotidianas. El niño también chocará con una pared, incapaz de calcular correctamente la relación entre velocidad y espacio.

En los dibujos animados la gente se cae por acantilados.

El niño se despierta en el suelo enredado entre las sábanas; se ha caído — a saber cómo— de la cama.

En los dibujos animados las bestias feroces rugen y devoran a la gente.

En la ciudad, a la que doblas una esquina una pandilla de punks de pelo rosa pasa como un rayo delante del niño.

En los dibujos animados los edificios explotan de repente.

Recuerda que el niño también mira las noticias de la tele.

¿Y si tu mundo fuera un número cómico fuera de control? ¿Y si pudieras experimentar el mundo en la piel de un enano? ¿Y si la gente viera en ti a un camorrista solo porque estabas ahí? ¿Y si la mitad de las preguntas que te hicieran fueran retóricas y las otras enormemente complicadas? ¿Y si no fueras capaz de saber si la gente estaba borracha o sobria? ¿Y si tus planes para el día siguiente se te desbarataran cuando otra persona anunciara un cambio de planes? ¿Y si vivieras en una casa y, de repente, te mudaras a otra? ¿Y si tuvieras fiebres misteriosas?

Considera el día típico en la vida de un niño:

De visita a casa de la señora X

Levantarse temprano en un día gris. Meter los chubasqueros en el maletero del coche. Descubrir a Ozzie, la tortuga de goma, al abrir la puerta del maletero. ¡Ozzie rescatada del olvido! (Aunque nadie se lo ha dicho nunca al niño, los padres le han puesto el nombre a la tortuga por Ozzie Nelson, el de la *big band*, con ese cuello corto que le daba un aire de tortuga). Luego, la carretera: pinos con brotes verdes en lo alto de la copa, lo que debe significar que se están muriendo. Por las ventanas se cuele un olor extraño. El viaje es demasiado largo. ¿Cómo pueden los adultos mirar al frente y conducir y nada más? Los ojos de los padres, fuegos fatuos, resplandecen en el retrovisor. El niño cuenta los coches rojos. El color del coche de Santa Claus, probablemente, si en lugar de un trineo condujera un coche. Mira al cielo, por si acaso... pero no es el mes que toca. Santa Claus nunca se equivoca. Solo sale una noche al año.

Llegada al destino

Cuando conoce a la señora X, una mujer con aspecto de matrona y un vestido vaporoso, el niño se vuelve tímido de repente. Cuando lo mueve el viento, el vestido le recuerda a las plumas erizadas de un pájaro color azul lavanda que vio en el zoo. Te dejan entrar en la jaula de los pájaros. En vez de puertas tiene unas tiras de plástico. ¿Sabe X que el zoo tiene una jaula para pájaros?

El niño le habla a X del zoo.

X se pone en cuclillas para poder establecer contacto visual. Le dice que lo conocía de cuando era un bebé.

La gente se lo dice todo el rato.

X dice que se ha pasado el día limpiando la casa; no se parecerá mucho a un zoo. (Esto se lo dice al niño, pero en realidad le está hablando al acompañante del niño).

X se levanta. El acompañante del niño y X se abrazan.

El tiempo se estira hasta el infinito. X saca unas galletas. De trocitos de chocolate, no, de pasas. Al niño le han contado que las pasas son mocos de monstruo.

Un poco incómodo, el acompañante dice que los niños son impredecibles. ¿Quién sabe por qué a veces se niegan a comer?

De regreso a casa

Podría ser el mar en lugar de una carretera. Podrían viajar en barco en lugar de en coche. En vez del sol poniéndose, aquello podría ser la estrella polar por la que su acompañante se guía.

Pronto los otros coches tendrían que dejar espacio de maniobra. Espacio de maniobra significa que los otros barcos solo pueden acercarse a una distancia determinada. ¿Y si existiera un espacio de maniobra para las aceras y la gente tuviera que mantener una distancia obligatoria? ¿O un espacio de maniobra para el dormitorio y tuvieras que tener los peluches a treinta centímetros de distancia? El niño decide que antes de acostarse se asegurará de mantener a Dobbin, Chubby y la mofeta Sheila a treinta centímetros de distancia de su cuerpo en lugar de acurrucarse contra ellos. Siempre y cuando la colina por la que están a punto de descender no se transforme en una ola que, al romper, saque al coche de la carretera, claro está. Aliviado, ve que han cogido la ola perfecta. Luego vuelve a extenderse ante ellos más mar negro. En el agua, las distancias son mayores de lo que parece.

Piensa en las extrañas situaciones y en las dificultades a las que el niño se enfrenta cada día. Sin suficiente información, debe guiarse por la intuición; como todavía no reprime su imaginación, lo ordinario se transforma en extraordinario a una velocidad fantasmagórica. Y por si el mundo —con su cacofonía de voces e interrupciones imprevistas— no fuera lo bastante misterioso, cuando el día termina al niño le leen un cuento fantástico.

No puede haber prueba más determinante de la cordura de una persona que haber sido capaz de sobrevivir a la infancia. Aunque los adultos la idealizan y la presentan como una época de libertad, la infancia es, en

realidad, el momento en que con mayor insistencia se obliga al niño a reprimir sus deseos. Distinguidos por los poetas como personas de enorme sabiduría, los niños, en realidad, suelen verse amordazados.

Los adultos se mantienen cuerdos descartando la especulación excesiva. Se desviven por ver continuidad cuando apenas si ven nada. Pero esto al niño no le sale de forma natural. O está totalmente inmerso en el momento presente, o ya está pensando en lo que vendrá luego. El niño siempre se pregunta «¿y si?». El niño es capaz de percibir continuidad en una muñeca, en un tren, en un yoyó. Aunque la habitación del niño parezca un caótico campo de batalla, es probable que tenga un orden muy preciso. Qué descorazonador resulta que, por el capricho de una madre, se derrumben pueblos enteros y los animales del zoo terminen amontonados en la caja de los juguetes sin que se haya tenido en cuenta cuáles son enemigos naturales.

Mientras que los niños imaginan espontáneamente, los padres persiguen el orden de un modo compulsivo. Se marcan límites, aunque la fatiga puede erosionar hasta la más resuelta determinación de los padres. Puede que, a cuatro patas, el progenitor se muestre dispuesto a colaborar en la reconstrucción del pueblo.

Para detener el llanto del niño, accederá a bajar la sombrerera amarilla del último estante del armario —a pesar de las instrucciones que previamente ha recibido el niño, al que se le ha ordenado que no la coja— y la colocará en el otro extremo de la alfombra para que pueda volver a brillar como el sol tridimensional que ilumina un reino feliz.

SEGUNDA PARTE

Padre

Diez

Haveabud se autoinvitó al viaje a Florida. Mel dejaría al niño en la casa de su padre, devolvería el coche alquilado y regresaría a Nueva York en avión. En el último minuto Haveabud había decidido que se llevaría a Spencer de viaje. Por lo que a su madre respectaba, si Spencer quería perderse unos días de clase, que los perdiera. Le escribiría un justificante y usaría un papel grueso de color crema con las iniciales en relieve, y una pluma que guiaría impecablemente por los trazos inclinados de su caligrafía Palmer. Según los tests que le habían hecho en el colegio, el chico era un genio. ¿Por qué tenían que ir al colegio los genios?

Para Will, ir a Florida se había convertido en una costumbre bastante corriente. No es que su padre no le gustara —no lo conocía, apenas—, pero el entusiasmo por ese viaje se debía a que vería a Wag, su hermano de sangre, que ahora vivía allí. Se habían pinchado el pulgar con un alfiler y habían juntado los dedos para intercambiar su sangre y habían hecho pis en el váter al mismo tiempo para que la orina formara un solo chorrito.

Wag sabe que Will piensa que Nueva York es una avenida de gente que no se fija en los niños. Will sabe que la madre de Wag está yendo al psiquiatra por algo relacionado con haber matado a un ciervo en Virginia. Wag quiere volver a Virginia. Will querría estar allí donde estuviera Wag.

En el aparcamiento del motel, Haveabud se puso de puntillas y, como si estuviera en una película de terror, curvó los dedos de las manos a modo de garra y enseñó los dientes. Aquello formaba parte de su rutina postconducción, explicó cuando se hubo bajado del asiento del conductor. Ya de copiloto, tamborileó los dedos sobre el salpicadero, se inclinó hacia la izquierda y se acercó el retrovisor para examinarse el ojo y quitarse una mota; se pasó el rato cambiando de emisora de radio. Se columpiaba en el asiento empujando la lengua contra el interior de los carrillos. Aquello era un favor que le hacía, le había hecho saber Haveabud a Mel, pero aun así estaba pasándose bien. Viajaba en un confortable coche de alquiler en lugar de ir botando por los baches de Nueva York en un taxi bajo cuya suspensión debió de explotar una mina. Los niños hablando de dinosaurios en el asiento de atrás eran preferibles a los taxistas despotricando contra el alcalde o contra la propaganda comunista que a su hija le enseñaban en el parvulario. Un salpicadero sin botella de refresco; un retrovisor sin crucifijo colgado. Y lo

mejor de todo: en lugar del World Trade Center, su destino era un lugar lleno de palmeras: Florida, donde la burguesía se sentaba en bares de caña de bambú y bebía espumosos combinados de ron con coco (en un cielo de verdad, en esos bares servirían leche materna). Florida, donde los aviones que vomitaban letras de humo sobre la playa avanzaban más deprisa que la pluma de Walt Disney. Y a tu alrededor, turquesa: el antiguo color de la fe en el futuro.

—¿Sabías que la firma que sale en las películas de Walt Disney es inventada? —le dijo Haveabud a Mel—. Disney nunca la escribió. A los que vieron el verdadero autógrafo que él trató de firmar se les cayó el alma a los pies. Pero era un plan perfecto: una firma para crear un personaje. Una idea fantástica que terminó obsesionando al Walt Disney auténtico.

—Solo sabía que estaba congelado.

Spencer se acercó a Haveabud y le preguntó quién estaba congelado.

Mel dijo que tendrían que pasar por recepción; tenía dolor de cabeza y quería tumbarse un rato.

—Tío Haverford —dijo Spencer—, el Tiranosaurio tenía una cabeza que medía más de un metro veinte. —Haveabud se frotó los párpados—. Y tenía dientes serrados, y algunos dientes medían quince centímetros —dijo Spencer abriendo los brazos.

Haveabud miró a Mel, que estaba sacando las maletas del maletero.

—No sé —dijo Haveabud—. Quiere un ordenador para llevar el control de toda esta información. Quizá tendría que comprárselo.

—Cómprame un Mac II, por favor —dijo Spencer—. Sería mi regalo de cumpleaños y mi regalo de Navidad.

—Pero todavía tengo que comprarte el regalo de la confirmación —dijo Haveabud. Notaba los ojos arenosos. Qué raro, porque el coche tenía aire acondicionado. Pero a saber de qué estaban hechos los coches. Probablemente al cabo de muchos años alguien anunciaría que las antiguas rejillas de aireación estaban hechas de una sustancia más peligrosa que el amianto.

En el sofocante aparcamiento, Will se abanicaba con uno de los libros de Spencer sobre la tierra en tiempos prehistóricos. Mel se volvió para darle su bolsa de lona, pero vio que Will parecía cansado y la cogió él. Se dirigió al mostrador de recepción y Will corrió para alcanzarlo y caminar a su lado.

—¿Qué es la confirmación? —dijo Spencer. Haveabud resopló.

—Estaba bromeando. Por lo que sé, tu madre no tiene creencias religiosas. El día en que la religión salga a bolsa y cotice en Wall Street, quizá tengas que ponerte un traje elegante para ir a la iglesia.

—Nosotros no vamos a la iglesia —dijo Spencer.

—Eso mismo —dijo Haveabud—. No me hagas caso. Ya te he dicho que necesito hablar, eso es todo.

Mientras Mel se registraba, Will le preguntó si podían llamar a la madre de Wag.

Sabe que vamos de camino —le dijo Mel—. No llegaremos a casa de tu padre hasta mañana por la noche. Por lo menos tendrás que saludarlo antes de ir a ver a Wag.

Will no parecía muy convencido.

—Mira, todo saldrá bien. Si Mary no puede acompañar a Wag en coche para que os veáis, Corky dijo que te llevaría a su casa el fin de semana. Sea como sea, lo verás.

Will ya parecía más convencido.

—Mira —repitió Mel; tenía la cabeza a punto de estallar y la recepcionista por fin se había materializado mascando chicle ruidosamente y apartándose el flequillo de los ojos, pero siguió hablando—, lo único que tienes que hacer es estar con tu padre y con Corky un rato. Están impacientes por verte. Saben que echas de menos a tu amigo, pero no empieces a contárselo nada más entrar en casa, porque los dos tienen muchas ganas de verte.

Mel calló y esbozó una sonrisa esperanzada. Mientras se registraba, agradecía en silencio que sus padres no se hubieran divorciado. Había cosas que parecían generacionales: en la generación de sus abuelos, los tiranos conservaban a su esposa. Todos los que, como sus padres, habían pasado la Depresión, recelaban de las llamadas de larga distancia, como si el teléfono fuera una máquina tragaperras; hasta las apuestas les parecían menos peligrosas que las conferencias.

—Cuando estemos en la habitación, ¿querrás llamar a Wag para contarle el viaje? —preguntó Mel.

El rostro de Will se iluminó.

Mel cogió dos juegos de llaves y cruzó el vestíbulo con la mano apoyada en el hombro de Will.

Afuera, Spencer le enseñaba a Haveabud un dibujo de uno de sus libros; estaba a escala, le decía, y para demostrárselo levantó el pulgar, como un pintor que quisiera medir la perspectiva. Delante del pulgar de Spencer se alzaba un túnel de lavado con una tienda detrás. Mel dio la llave de Haveabud a Will, que corrió a entregársela. Haveabud le preguntó a gritos a Mel si quería cruzar la autopista para comprarse un helado.

—Aspirina —dijo Mel mientras declinaba la oferta con la cabeza. La habitación estaba cerca, y eso lo alivió. Ni siquiera se paró a mirarla antes de abrir la maleta; cogió tres aspirinas del frasco, sacó el vaso que había en el baño de su envoltorio de plástico, lo llenó de agua tibia y bebió.

—Aspirina —repitió Mel en voz alta, esperando que su cuerpo se diera cuenta de que un remedio iba de camino y que se le pasara el dolor de cabeza. Se tumbó en la cama cuán largo era y esperó a Will. Cuando al cabo de quince minutos Will seguía sin aparecer, se puso en pie como pudo pensando que, aunque había dejado la puerta entornada, quizá Will no sabría cuál era su habitación. Vio a Haveabud; había desplegado los brazos como un halcón y, apoyándolos en los hombros de Will y Spencer, guiaba a los niños hacia la autopista.

Cuando Will abrió la puerta de la habitación que compartiría con Mel, vio los dos zapatos de Mel tirados por el suelo y sintió la bofetada fría del aire acondicionado. Sabía que no debía despertarlo, así que fue a la habitación de al lado, a la de Haveabud. Llamó a la puerta y lo dejaron entrar. Le dijo a Haveabud que Mel estaba durmiendo. No le dijo nada de la llamada, porque antes, cuando había mencionado a Wag, Haveabud le había preguntado si era su novia. Will había fruncido el ceño, convencido de que le estaba tomando el pelo. Wag era su mejor amigo, y no era una niña. Su madre le había dicho que quizá la madre de Wag se cansaría de Florida y volverían a Virginia, pero Will no sabía a ciencia cierta si aquello eran suposiciones de su madre o si la madre de Wag le había dicho algo a la suya. Wag lo sabría. Si es que llegaba a verlo.

Enfurrñado y compadeciéndose de sí mismo —la llamada tendría que esperar a que Mel se despertara—, Will se acurrucó en una de las sillas que quedaban al lado del aparato de aire acondicionado y empezó a hojear el libro de colorear que Spencer y él pintarían al día siguiente. Este era de animales del zoo, lo que significaba que a Spencer no le interesaría mucho y tendría que colorearlo casi todo él solo. En realidad, a Spencer solo le gustaban los libros de colorear dinosaurios.

Mientras Haveabud se duchaba, Will y Spencer se pusieron a ver la televisión. A Haveabud la televisión comercial le parecía una cosa miserable. Mientras se enjabonaba pensó, agradecido, en todas las pastillas de jabón envueltas en papel de los baños de los moteles; aquellos delgados rectángulos cuyo envoltorio siempre terminaba mojado, por mucho que trataras de acordarte de sacar el papel antes de abrir el agua. Ahora mismo, en todo el mundo, personas que no se conocían se unían en una comunión espiritual

mientras trataban de retirar el papel mojado de la pastilla de jabón; alargaban el brazo para dejar el envoltorio en el lavamanos o tiraban los trocitos al suelo del baño. Aunque en Estados Unidos ese era un comportamiento absolutamente ritual, casi nadie se paraba a pensar en el papel que desempeñaba en las tradiciones del país.

La mujer de Haveabud compraba jabones franceses que salían a 7,50 dólares la pastilla; la caja, a 72. Comprando las pastillas de diez en diez, sacaba unos cuantos dólares de espuma gratis. Lo bueno del jabón que compraba su mujer era que cada pastilla iba envuelta en un papel plegado con un pequeño sello plateado rematando una de las caras. Muy útil: siempre podía escamotear una pastilla en el bolsillo: un regalito para la cita de la tarde con una amante que, además, solía tener muchísimo más éxito que las flores. ¿Qué mujer no se sonrojaría al entrar en un hotel con un ramo de flores? Y si a una mujer le llevabas un ramo a su casa, ya tendría otro, porque se habría acordado de comprar flores y de embadurnar la lámpara de la mesilla de noche con aceite de pachulí y de hacer la cama con sábanas de diseño sin estrenar. Una pastilla de jabón era perfecta: le demostraba a una mujer que te habías acordado de su cuerpo. Como no había manera de saber si una mujer querría oler a brisa marina o a *muguet des bois*, el perfume era una mala opción, pero las pastillas de jabón tenían un aroma delicado que a todas les gustaría. Pero ¡ay! ¡Esas pastillitas de Lux de los baños de motel! Las viscosas pastillas de Neutrogena, como miel seca. Y las luces infrarrojas del baño, de una calidez tan magnífica como el sol en un día perfecto. Las toallas de motel con las que no podías secarte —siempre demasiado pequeñas— y que te obligaban a ir dándote palmaditas, como si estuvieras elogiando cada parte de tu cuerpo. Si te adaptabas a las circunstancias, la vida era siempre una aventura. Qué triste debían resultarles a los viajeros ávidos de aromas familiares —y del colchón de firmeza idónea, y de ventanas que daban al patio trasero— los aparcamientos en los que coches de todos los colores y formas se alineaban para tu curiosidad y disfrute. Podías llegar a descubrir bajo qué circunstancias frenarían tus congéneres; qué eslóganes y qué juegos de palabras les habían llamado la atención; si creían que las mujeres tenían derecho a disponer de su cuerpo libremente; qué parques nacionales habían visitado. Con un examen minucioso, podrías llegar a ver cuál era la pegatina que primero habían pegado; así descubrirías si la postura sobre el aborto que exhibían la habían adoptado antes de ir a Yellowstone o después. ¿Quién no se sentiría tentado de imaginar un retrato del conductor que se muestra atento a los desprendimientos de rocas mientras sostiene que las leyes que regulan la

tenencia de armas de fuego son demasiado restrictivas? Había conductores que desnudaban sus sentimientos decorando el parachoques con pegatinas del símbolo de la paz o de especies en extinción. Las matrículas personalizadas eran efusiones del alma condensadas; el color del coche, el que les gustaba pero no se atrevían a vestir. Sueños de cuatro cilindros, de seis cilindros, de inyección, aparcados en fila para educar y provocar y tentar. ¿Y qué hacía la gente sino correr la cortina y encender la tele para oír a Ed McMahon cantando las excelencias de una marca de comida para perro y a Johnny Carson recitando la lista de los invitados del *show* de aquella noche?

Ni un escenógrafo habría sido capaz de mejorar la disposición de aquella habitación de motel, pensaba Haveabud. La gruesa moqueta color ocre terminaba a treinta centímetros del calefactor que quedaba debajo de la ventana, oculta tras una persiana de lamas amarilla. Las cortinas de tela tenían un estampado de peces y calamares y de lo que a Haveabud le parecían tiburones, todos en composiciones perfectamente espaciadas nunca vistas en el océano: tentáculos retorcidos como los dedos de una bruja que oscilaban a intervalos regulares y, repartidos por los vacíos, misteriosas manchas amarillas cuyas formas recordaban a la del esperma; podrían ser millones de gusanos que se hubieran soltado de la caña de pescar al mismo tiempo, o quizá sencillamente formas abstractas caprichosamente dispuestas para unir estéticamente a los enemigos del mar.

En una ocasión Haveabud leyó un artículo que decía que muchos moteles trataban de ofrecer algo para todos los gustos y evitar cualquier cosa que pudiera resultar ofensiva. Aquello explicaría las lámparas de pie y las moquetas gruesas; los relojes de pared en forma de sol y la carpintería de aglomerado. Y los escritorios (¿quién tenía un escritorio en casa?) con la carpeta perfectamente colocada y el primer cajón lleno de postales de la piscina de riñón. Las sábanas estaban más tirantes que la piel de un tambor; las lociones y las pociones del baño tenían un ligero aroma de gardenia; al arrancar el papel de la banda protectora del retrete o sacar el vaso de su funda Hygienplast, el ruido seco que oírías, como el de un petardo, te traería recuerdos del Cuatro de Julio.

Cuanto más impersonal e inmutable parecía la habitación, mayor era el placer que sentía Haveabud: las paredes lavables por si te tropezabas con una bebida en la mano; la moqueta que siempre absorbía el líquido al instante; la lucecita roja que parpadeaba en el teléfono, silenciosa, como la luz de un faro.

Haveabud salió del baño en calzoncillos, con la toallita colgándole del hombro como una hombrera. Will estaba sentado en la moqueta mirando una

carrera de coches y Spencer trataba de hacer flexiones apoyándose en un solo brazo. Cuando lo lograra, Haveabud lo dejaría actuar en uno de sus próximos vídeos (un regalo especial que reservaba a la gente con ganas de fiesta a la que Haveabud decidía invitar a su casa por la noche): haría de un enano que pintaba con los dedos, lo último en los círculos artísticos de Nueva York.

—¿Hoy cenaremos *pizza*? —preguntó Spencer.

—Había pensado en unas ostras con un Chassagne-Montrachet blanco —dijo Haveabud—. Luego quizá podríamos seguir con *carpaccio* y, de postre, *soufflé* de arándanos rojos.

—*Pizza* —dijo Spencer sin levantar la vista.

—Pan de masa madre con mantequilla de caviar y eneldo, y gratín de pimientos amarillos —dijo Haveabud.

—Queremos comida de verdad —dijo Spencer.

—Por eso es mi mujer quien hace la cena —dijo Haveabud—. ¿No os doy pena?

—Sí —dijo Spencer.

—Más *pizza* para depurar el organismo, entonces. ¿Con beicon cargado de nitritos, o prefieres *pepperoni* que quizá contenga un pequeño porcentaje de larvas de insecto y pelo de animal?

Spencer interrumpió sus intentos de hacer flexiones con una mano.

—Eres asqueroso tío Haverford —dijo.

Will se levantó y se dirigió a la habitación de al lado para ver si Mel se había despertado. No. Roncaba, aunque debía de haberse despertado en un momento u otro, porque ahora el aire acondicionado estaba bajo. Will lo observó durante unos segundos más y luego cerró la puerta.

—Sigue durmiendo —le dijo a Haveabud, apenado.

La idea de Haveabud consistía en ir a nadar a la piscina. Si Mel se despertaba y se unía a ellos, bien; si no, llamarían a recepción para ver si había alguna pizzería que sirviera a domicilio.

Once

Spencer llevaba un bañador rojo con tachuelas plateadas en la cintura que parecía un cinturón de vaquero. También llevaba una pulsera tobillera que un admirador le había regalado a su madre. Como llevar una pulsera en el tobillo no era su estilo y una explicación para su marido hubiera resultado imposible, se la puso a su hijo, igual que las putas se tatúan en lugares íntimos o las mujeres llevan en un medallón la foto del amante detrás de la del hijo. A Spencer la vida le parecía una aventura descomunal: se le concedían regalos inesperados; debía jurar que guardaría silencio sobre cosas que, como poco, le resultaban enigmáticas, y tenía que ser capaz de intuir el momento de la verdad observando la expresión del rostro de su madre. Como Spencer no terminaba de aclararse, adquirió la costumbre de abstenerse de opinar y pasó a desear que todo terminara saliendo bien. Solo un adulto —su madre, para ser precisos— podía emitir el veredicto final, que le susurraba por la noche justo antes de que se acostara o que le comunicaba solemnemente, dando a entender que eran cómplices y que los extraños no debían estar al corriente de aquella sabiduría superior suya. Lo que angustiaba a Spencer no era su madre o las cosas del día a día, sino la pregunta definitiva, la pregunta para la que ni todas las investigaciones que se habían realizado hasta el momento habían podido ofrecer una respuesta clara. Y sin embargo, aquel era el único misterio auténtico de todos los tiempos: ¿Qué les había pasado a los dinosaurios? Los dinosaurios —claramente superiores, de un tamaño gigantesco, esto lo sabíamos, de apetito voraz, muchísima energía y unas aptitudes impresionantes— habían desaparecido un buen día, como si siempre hubieran sido las criaturas bidimensionales y a escala de los dibujos animados y los libros para colorear que olvidamos con la misma facilidad que a un periquito cuya jaula cubrimos con una tela. ¿Era posible que, para protestar por la situación de la Tierra, se hubieran suicidado? ¿Se habría convertido su vida en una misión existencial nada más; en un rato que matar antes del momento inevitable de la extinción? Comerse algunos lagartos, meterse en un charco, atrapar un insecto. Aquella debió de ser su versión de la *pizza* para cenar. Spencer, de algún modo, sabía que él y su familia y sus amigos se limitaban a matar el rato.

Spencer tenía pesadillas, distintas posibilidades que explicarían la desaparición de los dinosaurios: una especie de teoría del big-bang del fin de

los tiempos en la que las nubes emitían ráfagas sofocantes y los lagartos, víctimas de alimentos terriblemente contaminados, envenenaban, a su vez, a los *Compsognathus*, que caían como la lluvia, desvalidos como marionetas que nadie sostiene. Ahora mismo, en este mismo instante, tendrían que estar devorando a su presa. Por lo que a Spencer respectaba, el planeta —a pesar de las constantes actualizaciones de los medios sobre el futuro y las necesidades más acuciantes de la Tierra— estaba en punto muerto: eternamente vulnerable hasta que los misterios del Mesozoico quedaran al descubierto.

Viajaban rumbo al sur para divertirse un poco durante el viaje y acompañar a Will en su importante misión: una visita a su padre y a su madrastra. Ellos eran insignificantes como el polvo. Si los dinosaurios habían desaparecido, de repente y para siempre, ¿qué tenía de importante su misión? ¿Cómo podían ellos, humanos, pensar que eran criaturas racionales, vitales, superiores, incluso, cuando los brillantes pulsadores iluminados de la máquina de Coca-Cola podían estar emitiendo un mensaje que los advertía de su aniquilación inminente? ¿Cómo, en pocas palabras, ibas a confiar en algo cuando un acontecimiento tan calamitoso como la extinción en masa de los dinosaurios había tenido lugar y lo único que quedaba eran conjeturas y especulaciones ociosas, cámaras de televisión grabando maquetas a escala de lo que fue la Tierra antes de la gran extinción? ¿Y si erigían un monumento a los dinosaurios extintos en Washington D. C.? ¿Y si sacaran a la calle los pocos esqueletos completos de dinosaurios que se conservan en los museos y, además, hicieran algunas réplicas a tamaño natural? ¿Y si colocaran en la avenida, en fila india, todos esos huesos, escamas y dientes? ¿Sabría *entonces* la gente lo que había desaparecido del planeta? ¿Por qué conmemorar guerras cuando no pudo existir una guerra más mortífera y total que la que les estalló a los dinosaurios sobre la cabeza? ¿Qué significaba *extinto* exactamente? ¿Qué iba más allá de lo que la gente podría llegar a soñar?

Will había bajado a la piscina con sus calzoncillos azul marino. Haveabud dijo que nadie se daría cuenta de que no llevaba bañador, y Will todavía estaba en la edad en la que uno cree todo lo que los adultos dicen sobre estas cosas.

Aguantando la respiración, Spencer se zambulló hasta el fondo de la piscina y luego emergió a la superficie, derecho, flotando. Haveabud se puso a enseñarle a Will cómo se hacía el muerto; le hizo la demostración él mismo, y flotaba tanto que, más que humano, parecía un objeto.

Will se sentó en el borde de la piscina columpiando los pies en el agua. Pensaba en lo desprotegida que parecía la piscina: una extensión plana de

agua que, con la excepción de pequeñas vibraciones en la superficie, podría ser un espejo reflejando el cielo azulísimo. Haveabud y Spencer eran focas resbaladizas, y Will, fuera de pista, esperaba para aplaudir. Así eran las cosas cuando actuabas delante del público: siempre le debías al espectador un número que le gustara. Por eso a Will y a Wag les gustaba el interior de su tienda: porque dentro podían ser ellos mismos, en guardia únicamente contra la posibilidad de que una madre antropóloga profanara la tumba. Flotar en el agua y esconderse en una tienda de campaña eran dos cosas muy divertidas, pero las sábanas te protegían mejor que el agua.

Will pasaba el rato formando remolinos en el agua con los pies mientras esperaba a que Mel se despertara. Mel y Haveabud no se parecían en nada: Haveabud hablaba mucho y Mel era mucho más callado; a Haveabud le encantaba comprar *souvenirs* que, pensaba, debería guardar en una cápsula del tiempo, mientras que Mel solo compraba caramelos de menta para todos cuando salían del restaurante y postales para enviarle a Jody. Aunque Will no conocía la historia de Haveabud, sabía que tenía una madre que lo ponía nervioso y que odiaba que fuera a verlo a Nueva York. Haveabud decía que su madre vivía en Siberia. Mel decía que la madre de Haveabud vivía en Cincinnati. La noche antes de que Will saliera de viaje, Jody le habló de Haveabud. Le contó que a Haveabud le gustaba hacer locuras y que lo más fácil era tratar de amoldarse al humor del momento. A Will le resultaba evidente que su madre hacía esfuerzos para mostrarse amable con Haveabud.

Estaba otra vez en el apartamento de Mel, trabajando en las fotografías que expondría en la galería de Haveabud. Haveabud era como un niño fuera de control jugando en un arenero, le había dicho su madre, pero las cosas que lanzaba por los aires solían ser muy importantes. Will no había entendido que su madre estaba haciendo una comparación; en el coche preguntó sobre el arenero de Haveabud y recibió una mirada muy rara como respuesta. Algo en aquel gesto perplejo le dio a entender que no debía volver a preguntar.

Will estaba pensando en su madre porque Haveabud había estado haciéndose el muerto boca abajo, aguantando la respiración durante tanto tiempo que su madre lo habría obligado a coger aire. La primera vez que Will vio un metrónomo de pequeño, lloró de rabia. Ahora era un niño columpiando el pie en el agua mientras su amigo, mayor y más ducho, exploraba las profundidades y Haveabud tentaba su suerte y Mel se hundía cada vez más en sus sueños.

Haveabud nadó hacia Spencer y lo atrajo hacia sus hombros. Fue dando vueltas por la parte menos profunda de la piscina con Spencer botando

encima. Cuando Haveabud se agachó, Spencer se quedó hundido hasta la barbilla; cuando Haveabud volvió a levantar a Spencer, el agua fue derramándose sobre su cuerpo. Haveabud le propuso el paseo a Will, pero él no quería. Al final, para demostrarle a Haveabud que se amoldaba al humor del momento, se puso a hacer el muerto en el extremo de la piscina en el que hacía pie. No aguantó mucho: había demasiada luz para estar contemplando el cielo con los ojos abiertos, y flotar con los ojos cerrados le producía una sensación extraña. Wag le había enviado un dibujo de la piscina del vecino, a la que podía ir siempre que lo pidiera. Su madre le había dicho que aunque le dieran permiso, solo podía ir a la piscina si con él estaba un adulto. ¿Quién sería el adulto?, se preguntaba Will. Sería un poco raro ver a la señora Vickers sin que su madre estuviera con ellos. Sabía que se echaban de menos pero que, con todas las cosas emocionantes que estaban pasando con sus fotografías y con Haveabud, su madre estaba menos triste de lo que cabría esperar. Riendo, Will miró a Haveabud y a Spencer: Haveabud estaba hundiéndose y ahora Spencer, sin nada que lo sostuviera, iba dando patadas para mantenerse a flote. Will pensaba que tener a tu padre auténtico en Europa debía de ser muy triste. Su madre le había contado que Haveabud se portaba tan bien con Spencer porque el padre del niño lo había abandonado y su padrastro no demostraba ningún interés por él. Wayne era su padre *de verdad*, pero era Mel quien se parecía más a un padre. Ojalá Mel pudiera quedarse en Florida con él. Se volvió para mirar hacia el motel, donde dos personas sacaban el equipaje del maletero y discutían. No se oían sus voces, pero por cómo se movían resultaba evidente que estaban enfadadas. Will fue saltando de puntillas hacia donde el agua cubría y, a braza, llegó hasta el otro extremo de la piscina y salió. Él y Wag habían ido a clase de natación juntos dos veranos atrás. Se moría de ganas de estar en la piscina con Wag.

Fuera de la piscina Haveabud se frotaba el pecho con la toalla/hombreira y se daba golpes en la parte de atrás del bañador. Goteando y haciéndoles señas a los niños para que lo siguieran, abrió la verja, que chirrió, y fue andando descalzo hasta la puerta del motel.

—¡Mortadela y manzana! —bramó Spencer corriendo tras Haveabud.

—¡Paté de cerdo! —gritó Haveabud.

Era la discusión diaria sobre los ingredientes de la *pizza*: empezaban por los más disparatados y terminaban llegando a los más factibles.

Will dijo que quería hamburguesa. Descubrió que algo lo había picado en la parte interior del codo: le había salido un bultito rosado que le escocía. Su madre habría puesto medicina en un bastoncillo de algodón y se la habría

extendido por el bultito. Mel usaría el dedo (eso si hubiera traído algo para las picaduras de insecto). Will levantó el brazo y se lamió el bulto. La piel le sabía a cloro.

—Aquí, aquí —gritó Haveabud moviendo el brazo para guiarlos a la habitación—. Aquí el que quiera *pizza* de hamburguesa.

Mientras hablaba, Haveabud entró en la habitación y se sacó el bañador mojado. No estaba moreno, pero cuando se desnudó su piel parecía todavía más blanca. Haveabud se dio la vuelta rascándose el vello púbico. Metió la mano en la maleta y sacó un par de calzoncillos de seda y se los puso justo cuando Spencer cerraba la puerta. Las *pizzas* que había pedido por teléfono eran una mediana con hamburguesa y extra de queso, y una grande con gambas y cebolla. Haveabud no quiso aprovechar la oferta de un litro de cola Royal Crown por noventa céntimos más; prefería beber Jack Daniel's con la *pizza*, explicó. Dio el nombre del motel y el número de la habitación y pidió que cargaran las *pizzas* en su tarjeta de crédito. Recitó el número de memoria.

Spencer empujó a Haveabud por detrás de las rodillas para que se le doblaran las piernas.

—Querían que me suicidara bebiendo Royal Crown —dijo Haveabud agachándose un poco mientras colgaba—. El mejunje sabe a clavos oxidados y huesos de cereza. Podéis ir a buscar vuestra bebida fuera mientras yo ingiero algo más fuerte.

Haveabud abrió el talego de lona que se había llevado a la habitación. Dentro había una botella de Jack Daniel's, la única concesión que haría para congraciarse con el Sur, decía.

—¿Qué es congraciarse? —preguntó Spencer.

—Por favor —respondió Haveabud poniendo los ojos en blanco—. Está bien que seas un niño, pero tienes que respetar mis derechos de adulto. No puedo explayarme en una disquisición interminable sobre el significado de todas las expresiones. Me gusta hablar, y no dejo de pedirte que lo recuerdes. Puede que parezca que te estoy hablando a ti, pero en realidad estoy hablando solo.

Haveabud encendió la tele. Gene Kelly iba bailando claqué entre los charcos y cantando a grito pelado. Cambió de canal: una cámara hizo un *zoom* sobre unas nutrias que se deslizaban por una cascada. En el canal siguiente, una rubia con un vestido que le hacía parecer una sirena jugaba con el cable del teléfono pasándose la lengua por los labios mientras lo estiraba así y asá, inclinando la cabeza; el parpadeo de sus pestañas recreaba los movimientos de las nutrias, arriba y abajo. Susurraba un número de teléfono al que llamar.

«Vamos a divertirnos», decía. Después del anuncio de la mujer, uno de un desatascador.

Spencer cogió la botella de Jack Daniel's de Haveabud e, imitando a la mujer del teléfono, se la acercó a la oreja y pestañeó seductoramente; luego le acercó la botella a Haveabud, que salía del baño con un vaso en la mano. Haveabud se rio, agarró la botella y llenó el vaso con cinco centímetros de *bourbon*. Spencer siguió imitando las acciones de la mujer de la tele mientras se miraba en el espejo. Haveabud metió la mano en el revoltijo de cosas que se había materializado sobre el escritorio y pescó el Triceratops de Spencer. Él también simuló que el animal de plástico era un teléfono y movió el hombro en un ademán sugerente. Luego, de entre el amasijo de llaves y crema bronceadora y pañuelos y folletos de paisajes y atracciones naturales y un puñado de calderilla y un frasco de aspirinas y calcetines Missoni de la muda, Haveabud pescó un pintalabios plateado, lo abrió y se lo aplicó a los labios cortados. Cuando hubo terminado hizo morritos. Spencer y Will estallaron en carcajadas.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Spencer—. ¿De dónde sale?

—Estaba en mi bolsa de fin de semana. No tengo ni idea de dónde ha salido. Debe de habersele caído a mi mujer.

—Pónmelo en los labios —dijo Spencer, celoso de que Haveabud se acercara a Will. Will se tapó la boca con las manos para protestar, pero Haveabud se dio cuenta de que le gustaba la idea. Se le había ocurrido que todos podían llevar pintalabios cuando abrieran la puerta para coger las *pizzas*.

—Abre la boca como si dijeras «Oh» —dijo Haveabud—. No sé muy bien cómo ponerle la cosa esta a los demás.

Cuando abrió la boca, la sonrisa de Will desapareció. Spencer se sentó en la cama y observó mientras Haveabud iba pintando lentamente los labios de Will, que parpadeaba cada vez que Haveabud movía la barra un milímetro. Cuando Haveabud hubo terminado, Will se puso en pie y se miró en el espejo. Haveabud había hecho un buen trabajo: tenía la boca tan brillante que no era capaz de centrarse en nada más, ni siquiera en la picadura que se le había hinchado en la frente. Tenía miedo de hablar por si se le corría el pintalabios.

De la mano de Spencer, el Triceratops fue subiendo por la espalda de Will hasta quedar apoyado encima de un hombro con los tres cuernos clavándose en el cuello. Will lo apartó de un manotazo mientras examinaba su transformación. Había probado a caminar con los zapatos de tacón de su

madre, pero nunca se había puesto maquillaje. Mel se quedaría de piedra. Mel se reiría.

Haveabud estaba tumbado en la cama. Con el mando a distancia, iba cambiando de canal y se detuvo por petición popular cuando una estampida de elefantes cruzó la pantalla levantando nubes de polvo.

—Los elefantes no sirven para nada —le dijo Spencer a Will—. ¿Por qué no podían desaparecer ellos en vez de las criaturas del Mesozoico?

Spencer cogió el pintalabios y se dirigió hacia Haveabud.

—No me ataques con eso —dijo Haveabud.

Spencer saltó a la cama y empezó a luchar con Haveabud.

Haveabud agarraba el pintalabios en la palma de la mano y lo apartaba de Spencer, que se le sentó sobre el pecho y simuló que lo asfixiaba.

¡Basta! —exclamó Haveabud—. ¿Qué quieres?

—Quiero el pintalabios.

¿Y qué vas a hacer con él?

—Pintarme los labios.

Haveabud arqueó una ceja.

—Voy a pintarme los labios —dijo Spencer.

Haveabud abrió los dedos. Spencer se abalanzó sobre el pintalabios y lo apartó de Haveabud. Luego su expresión cambió.

—Pónmelo tú —dijo.

—Estoy descansando —dijo Haveabud—. Ve a mirarte al espejo. Puedes pintarte tú solo.

Spencer hizo un mohín.

—Venga —dijo.

Haveabud cogió el pintalabios, pero en lugar de pintarle los labios a Spencer empezó a trazarle unos puntitos alrededor de las tetillas, dibujando círculos concéntricos. Spencer abrió los ojos como platos. Empezó a retroceder y luego decidió quedarse quieto para ver cómo quedaba con el pecho pintado. En la tele unos iban en *jeep* dando botes por la selva, con los prismáticos levantados en dirección a la estampida de elefantes. A la mujer se le metió algo en el ojo y empezó a llorar. «¡Así! Las lágrimas lo sacarán, Stephani», le dijo su compañero. Como avanzaban levantando polvo, cuando Will desvió la mirada ya no se veía nada en la pantalla. Se oía una música muy alta y de vez en cuando se veían primeros planos de los neumáticos botando por las rodadas abiertas en la jungla. Will se acercó a la cama para examinar las tetillas de Spencer. El pintalabios quedaba mucho más raro que

en la boca de Will. Spencer le preguntó si también quería que le pintaran el pecho.

—Hagáis lo que hagáis, sentaos lejos de mi caja torácica, donde no podáis aplastarme hasta la muerte —dijo Haveabud apartando a Spencer de un empujón.

Spencer no estaba dispuesto a moverse. Bajó la vista, miró a Haveabud y se rio. Haveabud suspiró, giró la cabeza y miró fijamente al televisor. Durante unos minutos contemplaron cómo se disipaba la tormenta de polvo. Haveabud alcanzó el paquete de clínex de la mesilla de noche, cogió uno y le dijo a Spencer que se limpiara el pintalabios.

—Chúpalo —dijo Spencer, acercando el pecho a Haveabud—. Chúpalo y tendrás los labios más rojos.

—Puedes pintármelos más si quieres —respondió Haveabud—. Pero no te quedes sentado encima de mi pecho mientras lo haces.

—No. Quiero que me lo quites tú —dijo Spencer sacando pecho otra vez.

Haveabud iba a hablar y luego vaciló. Will miró a Spencer y Haveabud apartó la vista. Dieron un anuncio: una mujer correteando mientras trataba de matar con una escoba a una hormiga de dibujos animados. Cuando Will miró hacia atrás, Spencer pegó un bote y se acercó a Haveabud un poco más y Haveabud empezó a limpiarle el pintalabios de las tetillas. Al principio, Will pensó que Haveabud estaba yendo con cuidado, nada más, pero luego se dio cuenta de que en lugar de quitarle la pintura, Haveabud se limitaba a rozarla moviendo el clínex, como hacía su madre cuando presionaba la brocha contra la cara para ponerse colorete en los pómulos. Haveabud siguió así durante todo el anuncio, que terminó cuando la mujer dejaba la escoba, cogía un frasco de aerosol y rociaba lo que ahora era un batallón de hormigas que se morían, todas, y aparecían en primer plano con enormes marcas en forma de aspa sobre los ojos, marcas que parecían cantillos. Los anuncios se terminaron y la mujer a la que le había entrado polvo en el ojo estaba sentada en un restaurante con una copa de champán levantada mientras el hombre, muy elegante con su esmoquin, brindaba a la salud de la mujer: «Por ti, querida. Y por tu valentía».

Spencer tenía la punta de los dedos en las tetillas de Haveabud. No los movía como lo había hecho Haveabud; el suyo era un movimiento suave y cadencioso, adelante y atrás, como la mujer del anuncio que barría antes de que la hormiga se cruzara en su camino. La almohada apoyada en el regazo de Haveabud era el asiento de Spencer; Haveabud había doblado las piernas para que sus muslos hicieran las veces de respaldo. Spencer giró la cabeza y miró a

Will, que fingía estar viendo la televisión, y luego reanudó sus caricias. El aire acondicionado llevaba mucho rato encendido y la habitación estaba tan fría que a Will empezaba a ponerle la piel de gallina. Se levantó y se puso la camisa de Haveabud. Luego, curioso, se acercó al lado de la cama donde Haveabud yacía con los ojos cerrados y Spencer, con los dedos, le hacía cosquillitas en las tetillas. Haveabud también tenía la piel de gallina. Spencer sonrió a Will.

—Hazlo tú —le dijo.

Will se sentó en el borde de la cama. Pensaba que Haveabud abriría los ojos, pero no lo hizo. El pintalabios estaba encima de la colcha; con el movimiento de su respiración, Haveabud lo hizo rodar y lo atrajo hacia sí.

—¿Cuándo llega la *pizza*? —susurró Will como si Haveabud estuviera dormido.

Spencer se encogió de hombros y miró hacia la puerta. Los ojos de Will siguieron a los de Spencer. Solo se oía el aire acondicionado. De repente, a Will le vino a la cabeza una imagen vividísima de la piscina. Luego, la de la habitación de al lado, donde Mel estaba durmiendo. O tal vez ya no dormía. Tal vez llamaría a la puerta en cualquier momento o, si aquello no sucedía, tal vez llegaría alguien con las *pizzas* y no tardarían en volver a estar afuera, al lado de la piscina, con Coca-Colas y *pizzas*. Will tenía la boca seca. Le escocía la picadura de la frente, pero se acordaba de que su madre le decía que rascándose le escocería aún más. Aguantó sin rascarse. Volvió a mirar hacia la puerta.

—Puedo enseñarte a hacer algo —susurró Spencer.

Will dejó de pensar en que llamarían a la puerta.

—Está dormido —dijo Spencer inclinando la cabeza hacia Haveabud.

Haveabud no decía nada, pero Will no creía que pudiera estar dormido.

Will se sentó en la cama y miró a Haveabud. Se sentó como había estado sentado en la piscina mientras columpiaba los pies en el agua; como había estado sentado en el coche. Pensó en lo maravilloso que sería ser adulto y poder apoyar los pies en el suelo en lugar de que te colgaran.

Eso era lo bueno de la piscina: poder mover los pies en el agua.

—Tumbate —susurró Spencer.

Era una cama de metro cincuenta por dos metros. Will cambió de posición y se tumbó justo en el borde de la cama, como Spencer le había dicho. Luego se movió hacia adentro unos centímetros para no caerse. No sabía si lo que tenía que hacer era imitar a Haveabud o qué. Spencer saltó de la falda de Haveabud a la cama y se escurrió en el espacio que quedaba entre este y Will.

—No —dijo—. No abras los ojos. Ciérralos.

Will los cerró y los mantuvo cerrados, incluso cuando Spencer se levantó. Al cabo de unos segundos regresó al hueco que habían dejado Haveabud y Will, sobre cuyo vientre colocó una almohada. Will sintió un escalofrío; aquel calor repentino hizo que se diera cuenta de lo frío que estaba el resto de su cuerpo. Los dedos de Spencer se movían por su pecho y estaban calientes, y cuando las tetillas empezaron a endurecerse también las notó calientes. La zona que quedaba entre sus tetillas, que Spencer acariciaba, mantenía el calor cuando Spencer movía los dedos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

—Mete la mano debajo de la almohada y pónstela ahí —susurró Spencer.

Will abrió los ojos y frunció el ceño. Durante el segundo en que mantuvo los ojos abiertos vio que Haveabud también tenía el brazo debajo de una almohada apoyada en la entrepierna. Percibió un ligero movimiento, aunque no era la cama la que se movía. Will se puso la mano en el pene. Esperó a la siguiente instrucción de Spencer, pero no oyó más que silencio. Luego Spencer se inclinó hacia un lado y empezó a frotar el pecho de Haveabud. Mientras lo hacía se mordía los labios. Will cerró los ojos. Al cabo de un minuto, más o menos, Will notó los dedos de Spencer en su pecho; para su sorpresa, en cuanto volvió a tener la mano encima se relajó. Spencer lo acarició lentamente con la palma de la mano. Luego le cogió las tetillas con el índice y el pulgar y fue frotándolas. Will se estaba quedando dormido. Eso era lo que sucedía cuando su madre le acariciaba la frente, y como sentía frío y calor al mismo tiempo se acordó de repente de cuando estaba enfermo, de su madre a su lado, sentada en su cama. Oía perfectamente el aire acondicionado. En la autopista, un coche dio un frenazo y derrapó; el estrépito podría haberse oído perfectamente en la habitación, pero a Will el ruido le pareció el murmullo de un árbol que se movía al viento, nada a lo que prestar atención. Haveabud musitó algo a Spencer y, de golpe, la mano de Spencer dejó de moverse sobre el pecho de Will. Haveabud susurró a Spencer —como Will cerraba los ojos con fuerza, su sentido del oído parecía más agudo— que no debía parar, que debía ir todavía más despacio, muchísimo más despacio porque... Y entonces la cama dio una sacudida y Will abrió los ojos. Spencer estaba de rodillas mirando a Haveabud, que tenía el talón frío de Spencer apoyado en el hueso de la cadera. Spencer se acostó junto a Haveabud y se acurrucó a su lado, pero casi de inmediato Haveabud saltó de la cama y se dirigió al baño inspirando profundamente para recobrar el aliento.

En el baño mezcló el agua caliente con la fría hasta que salió tibia y con las manos formó un cuenco que dejó que el agua llenara hasta la mitad. Se había pasado las palmas húmedas por el pene y el vello púbico antes llenarse las manos de agua y echársela en la cara. Alcanzó la toalla y hundió la cara en ella. Spencer se levantó y siguió a Haveabud hasta el umbral de la puerta. Cuando Spencer se levantó sin mirarlo —cuando Will vio la gran cama vacía—, Will sintió miedo por primera vez. Se levantó y se dirigió hacia la puerta del baño. Ahora estaba cerrada, o casi cerrada. En el suelo de baldosas había una alfombrilla. Haveabud estaba arrodillado, y esta vez él le lamía las tetillas a Spencer. Will observó cómo la boca de Haveabud iba moviéndose hacia abajo dejando un rastro de babas, como un caracol, mientras descendía recorriendo el cuerpo de Spencer.

Doce

Después de dejar su antiguo empleo, Wayne había empezado a trabajar con una empresa de paisajismo y mantenimiento de jardines. Los viernes y sábados trabajaba en un supermercado: se encargaba del reparto a domicilio en los enormes complejos para jubilados que se habían construido en los últimos años. Aunque las propinas no eran buenas, eran buena gente, gente que probablemente no te metería una bala entre ceja y ceja como los pirados que se ponían nerviosos en el supermercado. El mes pasado, a un chico encargado de meter la compra en las bolsas lo habían amenazado con una pistola, y a otro que estaba cargando la compra en un coche aparcado en el bordillo le habían robado el poco dinero que llevaba; cuando lo atracaron también le rompieron la muñeca. El primer incidente salió en los periódicos, pero por lo que sabía, del segundo solo había corrido la voz. Probablemente Corky no llegaría a enterarse. Ya le ponía reparos a que trabajara de noche, y las noticias sobre violencia solo contribuirían a alimentar su irritación, aunque desde que ella había empezado a trabajar dos noches a la semana se había calmado. Si ella se saliera con la suya, él dejaría de fumar, por mucho peso que ganara. Nunca saldría con sus amigos y se quedaría en casa como el marido de Corinne, que desde que había nacido su hija se perdía el partido de *softball* semanal. La niña tenía ictericia. Al principio Eddie había llamado a su amigo Buzz para que fuera el *catcher*, pero al cabo de tres semanas Buzz dejó el equipo. Corinne le había metido un gol con ese bebé inesperado (esperado para Corinne e inesperado para Eddie, le había contado Corky haciéndole jurar que guardaría el secreto), y ahora la vida familiar lo tenía más tenso que una bola rápida estampándose contra el guante del *catcher*.

Dejó el coche en el aparcamiento del hotel para coger el atajo que, por la arena, lo llevaría al Azure Skies, un bar con techo de paja en el que cada día, de cinco a seis, era feliz: galletitas saladas en forma de pececito y cacahuetes gratis. Y los viernes, la segunda ronda cortesía de la casa. Un sitio bonito y sencillo donde pasar un buen rato y en el que Corky, huelga decirlo, no pondría un pie. El hermano gemelo del dueño llevaba el supermercado para el que Wayne había empezado a hacer unos trabajillos extra. Gracias a él se enteró de que necesitaban chicos para el reparto. Lo de «chicos» le había sentado mal, pero solo era una forma de hablar, se dijo. ¿Por qué enfadarse por eso cuando en el mundo las cosas iban de mal en peor? Tanto, que ahora

ya no se hablaba del origen del Hombre, sino del origen de la Humanidad. A los huracanes ahora les ponían nombre de hombre. ¿Qué sería lo próximo? ¿La oración de la madre nuestra?

¿Qué clase de hombre dejaría tres veces a tres mujeres diferentes?, se preguntaba Wayne mientras cerraba la puerta del Toyota. Se había quitado los calcetines y las deportivas y lo había dejado todo en el coche para poder sentir la arena entre los dedos de los pies. Un chapuzón en el océano sería incluso mejor, pero si se trataba de escoger entre unas brazadas rápidas y un par de copas, se quedaba con el taburete del bar. Ahora mismo contemplaba la idea de romper con su mujer. Con eso, habría dejado a Carol Ann, a Jody y luego a Corky. Un hombre que necesitara ser independiente lo haría. Un hombre que supiera que estaba mejor solo. Un hombre cansado de las expectativas de las mujeres.

Durante unos segundos, la idea de estar solo le hizo sentirse poderoso. Luego consideró la otra cara de la moneda y decidió que tres abandonos significaban que había tenido expectativas muy poco razonables acerca de las mujeres que había escogido. Algún loquero podría decirle la verdad, probablemente, pero tenía las mismas intenciones de ir a terapia que de perseguir el horizonte a nado. Después de un par de Buds se decidiría por una cosa o por la otra: que tenía derecho a hacerlo o que era un cobarde. Si llegaba a la conclusión de que era un cobarde, se tomaría otra cerveza antes de las seis: repartir la compra no requería sobriedad absoluta, precisamente.

—¡Tío! —dijo Dalt levantando el brazo con la palma extendida. El ventilador que había encima de la caja registradora estaba encendido.

Dalt era un poco bizco. Llevaba una gorra de béisbol —tenía muchas— de la que colgaban muchos anzuelos. En alguna de sus gorras llevaba chapas con frases graciosas, y una —un regalo de su hija del que los clientes no debían burlarse, eso lo captaban todos en seguida— tenía un marquito en forma de corazón sobre la visera que contenía la foto de Melanie Rae, la mofletuda nieta de Dalt. Los clientes terminaban enterándose del nombre de la niña aunque solo fueran a tomar un trago al bar una vez. Si no llevaba la imagen de la criatura sobre la frente, siempre podía señalar con el dedo las fotos grandes del tablón de anuncios de encima de la caja registradora.

Wayne repasó el bar con una mirada rápida. Allí estaba Agnes con un vestido hawaiano con estampado de aves del paraíso. Aunque era una cliente asidua, en el bar apenas la aguantaban, y cuando se tomaba una copa de más no la aguantaban en absoluto; uno de los encargados de la barra la cargaba a hombros, cruzaba la autopista, cogía la llave de debajo del felpudo y le decía

que se diera una ducha y se quedara en casa. Una noche, después de beber hasta que tuvieron que llevarla a su casa, salió y se puso a hacer dedo. Una semana más tarde —a ella la historia le había parecido más divertida que a los que se habían visto obligados a escucharla— se encontró en Boston. Que Agnes, vestida con uno de sus *muumuus* hawaianos, hubiera podido llegar a Boston haciendo autostop y regresar sin sufrir daño alguno daba fe de lo raro que era el mundo.

—¿Qué tal te trata mi hermano? —le preguntó Dalt.

Antes de que lo operaran de la espalda, Dalt jugaba de tercera base en los partidos semanales. Todavía seguía pasándose por el campo. Llegaba con una silla plegable y empezaba a apostar a voz en grito, impulsivo, apuestas que pagaba escrupulosamente siempre que el bateador se acercaba por el bar. Aquella noche uno de los bateadores estaba por ahí bebiéndose una Stoli gentileza de la casa para celebrar su *home run*. Su apodo era Bote y trabajaba de instalador de magnetófonos. Estaba al corriente de los últimos avances en dispositivos antirrobo. Un par de días atrás, la última vez que Wayne fue al Azure, Bote le había contado lo del chico al que le habían roto las muñecas delante del supermercado. Como la mujer de Bote asistía a un curso de apreciación musical en la universidad popular, los viernes él podía beber tanto como quisiera. Bote hizo lo que a Wayne le pareció una buena imitación del modo en que su mujer, con expresión ensimismada, se recostaba en la silla escuchando música clásica por los auriculares.

—Da igual el ruido que se oiga, ella no reacciona —dijo Bote—. El cortacésped arrancando, el chico del reparto lanzando el periódico contra la puerta... Nada. Solo tiene arpas y oboes en la cabeza.

Que su mujer estuviera yendo a ese curso de apreciación musical lo desconcertaba. Lo único que le gustaba de su mujer, eso estaba claro, era que hacía veinte años que formaba parte de una unión con él. Esa noche en el bar también había dos veinteañeras rubias que se lanzaban sonrisas a lo Farrah Fawcett y cuyos ojos no parecían detenerse más que en la compañera y los vasos de vino, unos turistas que habían terminado ahí por casualidad y Nick, el de la tienda de artículos de pesca.

—Tu hermano dice que cuando la tienda empiece a servir *pizzas* a domicilio la cosa despegará.

Dalt puso una botella de Bud en la barra, delante de Wayne. Sabía que Wayne no bebía del vaso. Luego Dalt estiró el cuerpo y miró hacia el mar.

¿Qué tal estás esta noche? —gritó Bote desde la otra punta del bar—. Me alegro de ver que no todo el mundo se derrite por Chopin. —Pronunció el

nombre como si se tratara de dos palabras distintas. Agnes miró a Bote y luego a Wayne; parecía decidida a unirse a la conversación, pero cuando su mirada se cruzó con la de Dalt señaló su vaso vacío.

¿Te va a sentar bien otra? —le preguntó Dalt—. No queremos que te nos vayas de safari esta noche ni nada parecido.

—Estoy bien —dijo Agnes.

—¿Y si te despiertas en el Everest? —le dijo Dalt. Seguía en el mismo lugar de la barra desde el que había servido la cerveza a Wayne.

—Bacardí con soda —gritó Agnes como si Dalt no supiera qué había estado bebiendo.

¿Os parece que sería una buena chef de *pizzas*? —dijo Dalt—. ¿Se la enviamos a mi hermano, le conseguimos trabajo y hacemos de ella una mujer honesta?

—¿Tu hermano tiene un restaurante? —le preguntó Agnes.

¿Qué haces interesándote ahora por el trabajo? ¿No te habías instalado en Florida para jubilarte? No dejes que te tiente, Agnes. ¿No te da miedo que te tiente?

—Para trabajar, no —dijo Agnes torciendo el labio superior en lo que quería aproximarse a una sonrisa.

Si bromeabas con ella el tiempo suficiente, Agnes siempre terminaba lanzando alguna indirecta de tipo sexual. A veces Dalt fingía que la tomaba en serio únicamente para complacerla. Aquella era una de esas veces. Le sirvió el Bacardí con soda y se lo apuntó en la cuenta. Luego salió de detrás de la barra y le llevó la copa a la mesa.

—Le he dicho que tendría que abrir la pizzería en otro local, pero nunca me escucha —dijo Dalt mientras volvía y pasaba el trapo por la barra—. Es un tipo nervioso. Eso es lo que le pasa. Nació dos minutos antes que yo y nunca me ha permitido que lo olvide. Pero te digo una cosa: a mí me gusta vivir tranquilo. Con él todo son prisas. No entiendo su filosofía. Yo a veces salgo a pescar con mosca, y a él le gusta la pesca de altura. Tenemos personalidades distintas. Antes de tener que hacerle los repartos, me largo a Tombuctú.

Dalt abrió otras dos cervezas y las dejó delante de Wayne, que, si no quería llegar tarde, solo tendría cinco minutos para bebérselas y conducir hasta el centro comercial.

—¡Segunda copa gratis! ¡Último aviso! —gritó Dalt, y luego examinó unos rostros que parecían repentinamente impacientes.

A Dalt le gustaban los tipos normales, y Wayne era un tipo normal; no venía al Azure en busca de opiniones ni para hablar de nada en especial. Algunos de sus clientes eran más predecibles que las manecillas de un reloj: sabías exactamente en qué dirección irían y al ritmo al que avanzarían. Terminabas reconociendo a los que podían chupar como esponjas y a los que antes de que el hielo de la copa se hubiera derretido empezaban a resbalarse por la barra. Wayne era un tipo guapo que nunca coqueteaba con las mujeres. Tendría una vida familiar decente aunque no tuviera hijos (o precisamente por eso, qué demonios). Te hablaba de deporte si eso era lo que querías, y la semana pasada se había comportado como un buen ciudadano: le había hecho el puente a la batería del coche de otro tipo, un tipo al que no hacía ni cinco minutos que conocía.

A Dalt le habría sorprendido enterarse de que la personalidad de su hermano también le escamaba a Wayne; tanto, que creía que todo lo que pudiera robarle se lo tendría merecido. Wayne nunca cogería un dinero que no fuera suyo, pero la comida era otra cosa. Y todo a muy pequeña escala: cuando ayudaba a Lee a hacer los paquetes para el reparto, echaba en la caja un par de cosas que no estaban en la lista y se las quedaba antes de hacer la entrega. Aquello significaba que, a veces, Wayne comía ostras ahumadas y sopas exóticas, de melón y fresa, por ejemplo. Los laborables se calentaba unas chimichangas en el microondas de la oficina de la empresa de paisajismo y bebía botellas de zumo de papaya y piña.

Wayne se bajó del taburete de un salto y, con un movimiento de cabeza, se despidió de Dalt, que le respondió. Empezó a pensar en la excusa que le daría al hermano de Dalt; creía que llegar tarde al trabajo estaba justificado: su jefe era un hombre a quien su propio hermano no soportaba.

El coche. Nunca había tirado de aquella mentira tan simple y oportuna. Diría que había parado a cambiar la rueda.

En el coche, partió un chicle en dos, lo desenvolvió y empezó a mascar buscando en el dial una emisora que le gustara.

Mientras conducía, Wayne se sentía bastante satisfecho consigo mismo: tenía planes, había tomado decisiones en el Azure, vivía donde las palmeras siempre lucían espléndidas a la luz de la luna llena. Resumiendo: envidiaba al que se le había echado encima en una Harley, pero antes incluso de haber llegado al aparcamiento del centro comercial estaba contento de ser quien era: un hombre que se había esforzado por cambiar una rueda del coche y lo había logrado; un hombre afortunado por tener una esposa que le pedía que le dedicara más tiempo; un hombre completamente sobrio, tanto que nadie

dudaría jamás de lo que él dijera. De camino al centro comercial, una maravillosa canción de Bob Marley hizo que acelerara; llevaba los calcetines embutidos en el bolsillo e iba descalzo, con los zapatos desatados en el suelo, tras sus pies.

Trece

Una semana antes de que Will llegara, Wayne daba vueltas por la casa. Era un jueves por la noche, uno de los dos días de la semana que a Corky le tocaba quedarse hasta tarde en Bathing Beauties, la nueva tienda de bañadores que había abierto el verano pasado en el centro comercial Seabreeze Plaza. Con su descuento del veinte por ciento para los empleados, Corky ya había comprado un poncho de encaje, un regalo de cumpleaños para la hermana que tenía en Albuquerque; estaba colgado de una de las columnas de la cama. En la parte interior del cuello había cosido una tira de tela con el nombre de su hermana en punto de cruz. Algunas de las camisas de Wayne también llevaban el nombre, aunque Corky había dejado de cosérselo cuando, después de que en la tintorería subieran los precios por segunda vez, empezó a lavarle las camisas en casa.

Ese jueves hacía calor y, después de plantar treinta rododendros en la entrada de una urbanización con un solo ayudante, Wayne había vuelto pronto a casa para tumbarse y tomarse un Tylenol para el dolor de cabeza. Acostado se sentía bien, pero estaba nervioso y se pasaba el rato levantándose para deambular por la casa. Había mucho que limpiar antes de que Will llegara. Tenía que dejar el cuarto de costura de Corky despejado para poder abrir el sofá cama; tenía que cambiar de sitio las plantas de la repisa de la ventana para que las cortinas pudieran correrse; tenía que meter cosas en cajas y tirar los periódicos y las revistas. Aquel día no le apetecía trabajar más, y no le gustaba que su exmujer le dijera qué tenía que hacer ni cuándo iría a visitarlo su hijo. Se alegraba de que hubiera sido Corky, y no él, quien respondió al teléfono.

Se sentó en la cama y abrió el cajón de la mesilla de noche para coger un paquete de cigarrillos. Cuando Corky estaba en casa fumaba Vantage. Cuando estaba solo cogía los Camel que tenía escondidos detrás de las cosas del cajón. Su única contribución a las tareas domésticas consistía en separar la colada, doblarla y guardarla. Cuando se casó con Corky le dijo que él se encargaría de lavar la ropa, pero nunca tenía tiempo —o eso parecía—, y la ropa siempre le quedaba mal. Por acuerdo tácito, revisaron el plan: Corky lavaría y Wayne doblaría. Como era él quien guardaba la ropa, tenía un escondite para los Camel. Mientras cerraba el cajón, vio los calcetines que llevaría las próximas Navidades: los que llevaba todos los años, con un Santa

Claus en su trineo y la bolita de lana que hacía de nariz del reno Rudolph y que, a pesar de sus muchos lavados, seguía resplandeciendo rojísima sobre la lana azul marino. Como el año pasado Corky estaba con gripe, su hermana no había ido a verlos, pero este año caería, probablemente. Con su hijo, al que habían operado de bizquera dos veces, y con su *beagle*, que mojaría el suelo de la cocina, excitadísimo, cada vez que alguien entrara o saliera de casa, y con su marido, del que se había *separado* y que siempre daba señales de vida cuando se acercaba la Navidad, temporalmente sobrio hasta que faltaba el ron para el ponche o hasta que llamaba desde una comisaría después de una escaramuza en un bar. Unas Navidades, Wayne tuvo que pagar la fianza para que lo soltaran. En el último minuto, todos se apretujaron en el coche dispuestos a mostrarse comprensivos y Wayne se internó en la noche en un vehículo lleno de personas desgraciadas decididas a sonreír a pesar de su tristeza. Incluso puso música navideña. Y como si aquello no bastara, en plena locura de las compras de última hora un pirado se saltó una señal de *STOP* y le abolló el guardabarros. Más tarde, Wayne le dijo a Corky que tendrían que haber llamado a la policía y haber insistido en que, antes del impacto, Jeremiah no era bizco. Solía bromear sobre la enfermedad del niño, lo que la ponía furiosa. Era ella la que tenía unos parientes que parecían palomas mensajeras.

Sin ningún motivo en especial, Wayne abrió el último cajón, en el que Corky guardaba su diafragma, el talonario y los comprobantes de los cheques de la cuenta común. El sol se filtraba a través de los cheques; se veía borroso, desenfocado, como las fotografías que sacaba Wayne cuando se olvidaba de apretar el botoncito que servía para seleccionar la distancia del objeto — cerca, a media distancia, lejos— y que quedaba en uno de los lados de la cámara. En el cajón también había un par de braguitas rosa con volantitos y una abertura frontal que a veces Corky se ponía cuando hacían el amor, cuando él lograba convencerla. Le había regalado unos calcetines de encaje con corazones rojos cosidos en el elástico y unos guantes de encaje que le dejaban los dedos al aire. Corky se había puesto el conjunto muy pocas veces, porque decía que desnuda con los pies y las manos envueltos en encaje se sentía como un mapache.

Wayne y Corky llevaban un año y medio casados, y ella ya empezaba a presionarlo para que tuvieran hijos. Era varios años más joven que él; hablar del reloj biológico era una tontería, cosa en la que el médico estaba de acuerdo. Sobre la mesilla de noche tenía un folleto titulado «¿Qué es la amniocentesis?». En dos marcos dorados a juego que alguien les había

regalado por su boda se veía una foto de la abuela de Corky, que vivía en una residencia de ancianos en Wyoming, y otra de Will con el pelo peinado hacia atrás con gomina. También había una caja de cerillas del restaurante al que él y Corky iban algunos sábados. Esta semana tendrían que saltarse el restaurante para poder llevar a Will a comer fuera un par de veces cuando estuviera con ellos.

Los vecinos de al lado tenían puesto un disco de Patsy Cline y la tele encendida. A través de las rendijas de las persianas Wayne veía la luz azulada parpadeando en el interior de la casa. Sabía que Patsy Cline no salía cantando en la tele porque los vecinos siempre ponían ese disco, día y noche. Corky envidiaba a Corinne (la *fan* de Patsy Cline era ella; a su marido, Eddie, le gustaban, en sus palabras, las «cantantes vivas»). Corinne tenía una chica de servicio que iba a su casa una vez a la semana y un bebé de dos meses que se llamaba Debbi y que había nacido con tanto pelo que podía recogerse en la coronilla con un lacito. Desde que había tenido a la niña —con cesárea—, los domingos Corky les llevaba la cena. La semana anterior, los cuatro habían comido juntos en la cocina con el bebé sentado en una sillita de coche de plástico colocada en el centro de la mesa; mientras veían la tele sonaba el disco de Patsy Cline. El programa iba de un tesoro que alguien había rescatado de un galeón hundido. Entre las burbujas, diamantes. En el fondo del mar, urnas cubiertas de musgo en las que se retorcían serpientes. Wayne sabía que más tarde Corky le diría lo mucho que deseaba un bebé. Sabía que Eddie se arrepentía de haber sido padre; Eddie le daba lástima, porque recordaba a la perfección lo cansado que era vivir con una mujer permanentemente agotada, sensación que nada tenía que ver con tu propio cansancio. Te dejaba entumecido, era como intentar avanzar por la arena mojada. Como si te hubieras casado con un fantasma, con una mujer que ya nunca recuperaría el color en el rostro y cuya piel, enigmáticamente, había adquirido una palidez que parecía corresponderse con la transparencia del bebé. Will se pasó los seis primeros meses de su vida llorando; primero los cólicos, luego una reacción alérgica tras otra cuando Jody dejó de darle el pecho porque tenía los pezones agrietadísimos. Jody lo había obligado a levantarse en plena noche la mitad de las veces que tenían que calmar a Will, y él lo había arrullado, lo había engatusado con palabras que a Will no le decían nada; lo había acunado, lo había paseado. En otras ocasiones había observado, incrédulo, la garganta rosada del niño. Todavía soñaba con la boca abierta de Will, con sus ojos húmedos y jaspeados, con el pulso que le latía en la garganta y la cara que se le volvía morada. Fueron muchas las madrugadas

en las que Wayne pensó en embutirle un pañal en la boca, obstruirle las fosas nasales, en sostenerlo boca abajo, en sofocarlo tapándole la cara con una almohada. Y nunca le hizo daño. A veces no trataba de consolarlo y se limitaba a cogerlo en brazos, pero nunca le había pegado un tirón a la pierna cuando le cambiaba los pañales ni le había dado esa leche de fórmula asquerosa sin echarse antes una gota en la muñeca para probar. Lo más terrible de los bebés es que te arrebatan la dignidad; eran exactamente iguales que los oficiales del ejército que, para que alcanzaras el éxito, te vejaban tanto que solo podías terminar o triunfando o totalmente hundido. En todos aquellos momentos con Will, en mitad de la noche, había sentido justo lo contrario de lo que un padre entregado debería haber sentido. Se había sentido humillado, débil, cobarde y, por último, prescindible; la persona que se limitaba a hacer de suplente de la madre del niño. Cuando Wayne caminaba llevando a Will en brazos, su paso era el del prisionero en el patio de la cárcel; cuando lo hacía botar apoyado en su pierna, era un idiota meciendo a una muñeca.

Mientras Wayne se fumaba su último cigarrillo, se le ocurrió otra cosa: levantarse, cerrar las persianas y masturbarse. Sin correrse, solo para excitarse, luego esperaría a que Corky llegara a casa. Pero cuando estaba apagando la colilla le vino a la mente una imagen vivísima de Will, que gemía mientras se frotaba las encías, justo donde le estaban saliendo los dientes. Recordar el tacto de los bultitos en la boca de Will hizo que la polla se le quedara muerta. Luego vio la imagen de Corky rechazándolo, que es lo que solía hacer cuando Will estaba de visita: temía que los oyera.

Patsy Cline cantaba «Sweet Dreams», la favorita de Wayne, la única que nunca le importaba tener que escuchar; el bebé lloraba con la potente desesperación que Patsy Cline trataba de ahogar mientras cantaba su canción. Miró el reloj y vio que eran las nueve menos cuarto. Corky tardaría en llegar cuarenta y cinco minutos, por lo menos. Todavía tenía tiempo de hacer lo que se había pasado el día posponiendo: abrir el sobre de papel manila de Jody, uno de los sobres misteriosos que le mandaba de vez en cuando con *souvenirs* de su vida. Se dirigió hacia la mesa de la entrada en la que Corky siempre dejaba el correo sin hacer comentario alguno, cogió el sobre, entró en el salón, se sentó en el suelo y abrió el sobre. Contenía de todo: desde folletos de una tienda de comida sana en los que se detallaban las ventajas de diversos tipos de exprimidores, hasta postales que los amigos de Jody le habían enviado durante sus vacaciones. Entre líneas —quizá porque empezaba a distinguir letras distintas o porque la presencia de algunos artículos era

constante—, terminaría atando cabos: quién era importante, qué pasaba, incluso qué pensaría Jody. Era una modalidad de flirteo, por supuesto, pero también era algo muy infantil, como tirar cualquier cosa desde una ventana muy alta para que le cayera a alguien en la cabeza y luego esconderse. Vio una nota de agradecimiento del padre de Jody (nunca se habían llevado bien, él y su exsuegro); una postal en tres dimensiones —King Kong con una rubia gritando entre sus brazos enormes— que le habían enviado al apartamento de Nueva York de Mel Anthis, su amante, con el mensaje: «Conmigo estás a salvo» y la firma J. D. O.; la carta de una empresa de entrega de fruta a domicilio: se había olvidado de adjuntar un talón con el pedido de las mandarinas; un aviso: cheque de Midas devuelto, y uno de los dibujos de Will (debía de ser bastante antiguo, porque los últimos dibujos de Will eran mucho más realistas): dos líneas a lápiz que se cruzaban en el centro de un papel, con cuatro óvalos a un lado y un árbol de Navidad que parecía hecho con un molde para galletas muy poco firme. Sobre el conjunto, la palabra «fútbol», y luego, escrito con letra de adulto, «CAMPO». No sabía que a Will le gustara el fútbol. Sería algo de lo que podrían hablar; al principio, hasta que lograba descubrir qué le interesaba al niño, la situación siempre le parecía algo incómoda. En el fondo del sobre, como el centavo en la puntera del calcetín de Navidad, el papelito de una galleta de la buena suerte que decía: «Para el Año Nuevo tendrás que esperar hasta la buena suerte». Separó el dibujo y volvió a meter el resto de cosas en el sobre, que tiró en la cocina. Jody llevaba años con Mel Anthis. Se preguntó si solamente saldría con él y si, en caso de que así fuera, se casarían. Que el embarazo no terminara en aborto había sido cosa de Jody; había sido culpa suya que un despiste y una responsabilidad enorme hubieran irrumpido en su vida justo cuando podría haber decidido la dirección que esta debía tomar, no la que no tendría más remedio que tomar. De gente así había que alejarse, no quedaba otra. Ella seguiría siendo una persona de la que la gente pensaría cosas distintas: era un auténtico camaleón. Por eso la madre de Jody se mantenía alejada de ella; por eso tanta gente le abría el corazón tratando de llamar su atención. ¡Le había enviado en sus sobres cartas personales que ella ni se molestaba en abrir! Una serie de cartas que daban a entender que alguien estaba coqueteando con Jody, aunque ella ni siquiera respondía a esos mensajes cada vez más angustiados. (¿Le parecería gracioso que el subdirector del colegio de Will le enviara tantas notas pidiéndole que justificara las ausencias del niño y que, al final, terminara preguntándole si se daba cuenta de los problemas que, al no responderle, estaba causando?). Jody era una persona capaz de meter el recibo de un par de

zapatos de doscientos dólares y el aviso de un cheque devuelto en el mismo sobre. Al principio, cuando la conoció, le había gustado su frescura, aquel convencimiento suyo de que no le debía explicaciones a nadie o de que ya se las daría cuando a ella le pareciera oportuno. Resultaba lógico que hubiera montado un negocio, porque solo podría trabajar por su cuenta, nunca para alguien que le pidiera cosas y le dijera qué hacer. A Jody siempre se le había dado bien improvisar y adular para que los demás, galantes, le echaran una mano. Pero lo que años atrás a Wayne le habían parecido travesuras se había convertido ahora en mezquindad; eso era lo que ella quería darle a entender con los sobres que le enviaba. Que aliarse con un bromista era imposible. Lo único que lo ataba a Jody era Will. En lugar de desplegar la alfombra roja, llevaría pilas de periódicos viejos a la entrada del jardín para que se los llevaran el día de la recogida de trastos. Limpiaría la habitación en la que Will iba a quedarse para crear la ilusión de que el niño dispondría de espacio y de tiempo suficientes para dejar huella.

Catorce

Corky llenó el lavabo y se dio un baño de puta, escurriendo la toallita y enjuagándola después de lavarse los sobacos y la entrepierna. Levantó el tapón del lavabo y volvió a empapar la toallita bajo el grifo por última vez antes de retorcerla bien y colgarla del toallero. El lavabo fue vaciándose en silencio. A las tuberías de la bañera les pasaba algo: si te duchabas durante más de un minuto, parecía que alguien tocara la gaita.

Abrió la puerta y se detuvo para comprobar si el chirrido de las bisagras había despertado a Will. La habitación estaba en silencio. Extendió el brazo, apagó el interruptor que quedaba a su espalda y luego se dirigió a la entrada de puntillas. En el baño no se había sentido tentada de mirarse al espejo: sabía que, tras un largo día en la tienda, a su pelo le haría falta un buen lavado y se le habría corrido el maquillaje. El bultito bajo el labio inferior que había notado mientras volvía a casa en coche ya se había hinchado; ahora la punta, dura, le escocía.

Algunos días, a Corky le parecía que ella y Wayne llevaban muchísimos años casados; otros, sin embargo, tenía la impresión de estar viviendo con un desconocido cuyos cambios de humor no era capaz de predecir y cuyos actos nunca dejaban traslucir sus emociones; eso lo hacían sus palabras. Pensaba que, como había cogido los turnos del jueves y el viernes, Wayne se enfadaría, pero cuando llegó a casa él la abrazó, casi corrió a rodearla con los brazos. Con los ojos encendidos, bajó el cobertor cual mago triunfal para dejar el secreto al descubierto: unas sábanas de rayas dispares en las que él quería que Corky se tumbara. Como él estaba tan evidentemente encantado de verla y de acostarse con ella, ahora Corky pensaba que aquel silencio de Wayne de los últimos días quizá se debía a que la llegada de Will lo preocupaba. Si él sufría por lo poco que veía a su hijo, ella nunca lo había advertido; aquello, sin embargo, no parecía augurar nada negativo acerca de su futuro con Wayne. Corky pensaba que si tenían un niño, un niño de los dos, Wayne lo querría y quizá se relajaría y se mostraría más efusivo. Cuando Wayne y Will estaban juntos siempre parecían algo incómodos, en guardia, pero Corky suponía que, dado lo poco que se veían, aquello debía de ser normal.

Corky se vio haciendo lo que su madre siempre había criticado: justificarlo todo. Durante toda su adolescencia la habían acompañado

discusiones continuas —no, eran las arengas de su madre; nunca fueron discusiones— en las que su madre la animaba a expandir sus horizontes (la expresión era de su madre), a que mirara a su alrededor y reparara en el daño que le estaban haciendo al medio ambiente, en la infrahumanidad del hombre para el hombre, en las atroces políticas de la Asociación Médica Americana, en las calles llenas de personas necesitadas e ignoradas por una sociedad que no les proporcionaba una atención médica asequible, una sociedad que fabricaba coches que engullían gasolina y se caían a pedazos y que era incapaz de ofrecerles a sus ciudadanos candidatos a la presidencia sensatos. A la madre de Corky le habría gustado tener a Jane Fonda de hija.

Los libros de Adele Davis eran su biblia. A veces, mientras esperaba a que la cena estuviera lista, su madre se colaba en la despensa para lanzar unos dardos a su diana de Richard Nixon, tan picada que Nixon apenas si estaba reconocible.

Cuando ella tenía diez años, su padre las abandonó después de poner patas arriba todos los muebles del bajo en que vivían, arrastrar el colchón y lanzarlo sobre la verja del porche. Corky y su madre estaban encerradas en el baño; su madre insultaba a su padre a gritos mientras, con las manos, le tapaba las orejas a Corky. A día de hoy, Corky era incapaz de ponerse un gorro que le tapara las orejas o de dormir de lado, con una oreja apoyada en la almohada. Dormía boca arriba, igual que un cadáver en el depósito, decía Wayne. Todavía podía recordar lo desvalida que se sentía mientras su madre se empeñaba —siempre con esa fijación en una cosa— en que las dos volvieran a meter el colchón en el apartamento una vez su marido se hubiera marchado. Su madre estaba desquiciada, tan fuera de sí como había estado su padre mientras les gritaba; ahora ella le gritaba a Corky, pero Corky no era más que una niña frágil incapaz de levantar su parte del colchón del suelo. Aunque ningún vecino salió a ayudarlas, alguien llamó a la policía. Su madre, entonces, volcó su atención en otra cosa, en el odio que sentía por la policía; nadie había gritado, repetía, solo estaba ventilando el colchón. Entonces salió a escena Vera, la hermana de Corky de seis años, que llegaba de coser un estuche para lápices en su reunión de las Scouts. Vera siempre se perdía el principio de las cosas, siempre llegaba justo al final. De mayor llegaba al cine cuando el último pase estaba terminando. Cuando Vera tenía dieciséis años se fugó con un obrero de la construcción llamado Ricky Lattanzi, y al cabo de nueve meses sumó dos gemelos a la familia que él ya le había dado (dos hijas de su primer matrimonio). Cuando su madre la localizó, Vera ya «la había metido hasta el fondo», en palabras de su madre, que nunca pudo llevar a

cabo las amenazas que había realizado en su ausencia: internarla en un manicomio; meterla en un convento; conseguir que el matrimonio se anulara, al menos. Al cabo de unos años, durante la larga enfermedad de su madre, fue una de las hijas de Ricky Lattanzi quien la cuidó. Aquella fue la única vez que dejó que Ricky entrara en su apartamento. En su lecho de muerte, seguía empeñada en que Ricky no era un buen partido para su hija: era demasiado viejo.

Si en los últimos años Vera y Corky se sentían más unidas era porque Vera había aprendido mecanografía; un par de veces al mes llegaba al buzón de Corky una carta de su hermana escrita a máquina. Era el único correo personal que Corky recibía; Wayne, en cambio, solía recibir cosas de sus colegas del ejército e incluso de su exmujer. Últimamente, Vera había empezado a insinuar que si Corky se decidía a visitarla, ella podría ayudarla con el billete de avión. Desde que se había casado con Wayne nunca había viajado sin él. Si a Wayne no le hacía gracia que trabajara dos noches a la semana, ¿qué le parecería que se fuera de viaje a ver a su hermana?

En el vestidor, Corky se paró a pensar en el montón de cosas que seguían desordenadas incluso después de que Wayne hubiera tirado los periódicos y ella hubiera recogido las cosas de costura para que Will pudiera pintar en la mesa. El año pasado, un día que había llovido, había jugado con Will a un juego que a los dos les pareció divertido: ella escondía cosas y Will tenía que adivinar dónde estaban; podía guiarse por su intuición o adivinar a partir de las pistas que Corky le daba. Aunque Will no se portaba como una nenita, Corky se preguntaba si sería un niño de mamá: la última vez que estuvo allí le pidió que le enseñara a bordar. Tanto a él como a Wayne les gustaba estar solos: Wayne se quedaba en el muelle con las manos hundidas en los bolsillos mirando a los pescadores; Will se sentaba en un banco columpiando los pies y mirando los pelícanos. Saber qué pensaban los hombres cuando estaban callados era imposible. Del silencio, Corky se temía lo peor. El hombre con quien había salido antes de conocer a Wayne tenía migrañas y siempre quería tranquilidad, tanta como fuera posible.

Durante el tiempo que estuvieron saliendo, él se empeñaba en que la gente dejara los zapatos en el vestíbulo antes de entrar en su casa, y con una masilla que compró rellenó los huecos que quedaban entre las listas del entarimado; así no crujiría. A veces, cuando le daba una de sus migrañas, un amigo que vivía al lado y enseñaba budismo en la universidad pasaba a verlo y se sentaba a su lado. Aquel tipo acababa de abrir una tiendecita en el centro comercial en el que Corky trabajaba. Vendía cristales. En el interior del local

había colgado el póster de una rubia sonriente con las palmas extendidas y varios cristales apoyados en cada una. Sobre sus manos flotaban asteriscos que parecían mosquitos revoloteando sobre una barbacoa. En la parte de abajo del póster se describían los distintos cristales y sus poderes correspondientes. Corky había comprado a Vera un llavero con un cristal. El tipo aquel le contó que una vez entró una clienta con una funda de cuero para el volante y le pidió que le incrustara cristales para poder pasarles las manos por encima mientras conducía. «Las tonterías del género humano», había dicho el hombre. A ella también le había incrustado cristales en la funda del volante. La tienda de los cristales sería un lugar interesante al que llevar a Will. No sabía a ciencia cierta cuánto tiempo se quedaría, y Corky era de aquellas personas —lo admitía, no hacía falta que Wayne le tomara el pelo para que acabara confesándolo— a las que les gustaba tener planes y alternativas. Ella creía que aquella tendencia suya de la que Wayne se burlaba resultaría beneficiosa para la maternidad. ¿Qué tenía de malo saber qué ibas a cenar al día siguiente o qué harías con el niño si llovía? La última vez que Will fue a verlos, Wayne compró unas cuantas cosas en el último minuto. Y vaya colección: una pistola de agua, un calendario de mujeres en bañador, una tableta de chocolate más gruesa que un ladrillo y un martillo; un martillo de adulto que Corky vio cuando Will lo agarró con las dos manos y lo dejó caer sobre la mesa. En la mesa quedó una mella, y el trozo más grande de la tableta de chocolate salió volando hacia un lado y aterrizó en el cesto de costura de Corky. Más tarde, Will la torturó corriendo por la casa mientras pasaba el martillo por muebles y objetos como si de un plumero se tratara. Wayne no había dejado que Corky confiscara el martillo porque él se lo había regalado a Will. Hasta que el daño que pudiera hacer con el martillo quedara demostrado, pensaba Wayne, no había problema alguno en que el niño se lo quedara; y Corky contuvo la respiración mientras Will pasaba el martillo por la encimera de formica de la cocina. No se trataba de lo destructivo que Will pudiera ser; lo que pasaba era que un martillo era una cosa extraña y potencialmente peligrosa para darle a un niño pequeño.

Corky imaginó, orgullosa, que era el adulto más responsable con el que Will se había topado. No conocía a Jody, pero por lo que Wayne contaba, era una de aquellas mujeres atractivas y aisladas que esperaban a que la vida llamara a su puerta y que, además, con sus poderes de bruja, sabían que eso sería exactamente lo que sucedería. Al parecer, el trabajo de carpintería de Wayne no le interesaba en absoluto y creía que ir a la universidad era la única opción respetable. Wayne decía que su inseguridad era culpa de Jody; había

desperdiciado unos años valiosísimos en el exilio porque ella quería vivir en el campo, y desplazarse a la ciudad cada día terminó siendo tan latoso que no compensaba. Ella ya tenía una licenciatura; era él a quien le tocaba trabajar solo todo el día y conducir un montón de kilómetros para ir a sus clases nocturnas en Washington y luego volver a casa y estudiar en los ratos libres, que nunca eran libres porque siempre lo llamaban para que se encargara de arreglar algo. Entonces ella se quedó embarazada —a propósito, sospechaba Wayne— y se emperró en tener el niño aunque no fuera un buen momento y su relación ya hubiera empezado a tambalearse. Corky entendía la postura de Jody —los demás podían hacer lo que quisieran, pero, personalmente, Corky creía que el aborto era un pecado—, pero no discutió con Wayne, sino que trató de convencerlo de que aquel era el momento perfecto para tener un hijo y de que una mala experiencia no debía llevarlo a generalizar. La otra mañana había dejado un folleto sobre la amniocentesis en la mesilla de noche, y esa misma semana, unos días antes, había pedido a Corinne que no le contara a Wayne que Eddie se había desmayado instantes antes de que a ella le hicieran la cesárea; estaba convencida de que Eddie no contaría una anécdota suya tan embarazosa. ¿Por qué iba a contarle a alguien como Wayne todos y cada uno de sus planes, todas y cada una de sus dudas?

Si no se hubiera casado con Wayne, ya haría mucho tiempo que se habría marchado de Florida, y eso Corky lo veía clarísimo. Echaba de menos el cambio de estaciones del Norte. No le gustaban los turistas. Tenía la sensación —aunque ni siquiera era capaz de expresarla en las cartas que le escribía a su hermana— de que viviendo en un lugar con unas puestas de sol tan intensas no tenía futuro; de que el sol sí que tenía futuro, pero ella no; de que su vida no tenía la mayor importancia. Las puestas de sol eran como esas últimas líneas de las novelas que te avisan de que habrá secuela; y eso —a pesar de que esperaba que su matrimonio con Wayne fuera largo y feliz, y a pesar de su deseo de tener un hijo— todavía hacía que dudara más de lo que le esperaba. Algunos fines de semana iba al muelle con Wayne, y mientras estudiaba la puesta de sol no pensaba en lo romántica que era la vista; pensaba que esos colores —las vetas plateadas y las tonalidades rosa y lavanda, cada vez más profundas— eran, en cierto modo, agotadores.

Cuando Wayne decía que la puesta de sol era bellísima, ella, como si de un acto reflejo se tratara, siempre respondía que sí. No había razón alguna para que él supiera que ella evitaba mirarla o que la tarde, que tan estimulante le resultaba a la mayoría de la gente, la entristecía: la enormidad del cielo

ponía de manifiesto que ella no era más que una motita, una motita mortal, y que todo podría acabar antes de que ella hubiera conseguido lo que quería.

Aquel día Corky se sentía cansadísima y fue a ver al médico de su jefa para que le inyectara vitamina B12. El médico no hizo preguntas y, al salir de la consulta, la enfermera le pidió quince dólares al contado. Por lo que a Corky respectaba, el chute la había dejado como nueva. ¿Cómo, si no, seguía levantada mientras Wayne dormía, dándole vueltas a tantas cosas? Sobre la mesa del médico había fotos enmarcadas de tres rubias con una sonrisa espléndida. Como arcángeles, flotaban sobre su cabeza mientras el médico escribía una receta de Ativan, por si a Corky le costaba dormir. Exceptuando la medicina para los calambres menstruales, Corky nunca tomaba pastillas. Entró en la cocina, sacó el frasco del bolso y se colocó una de las minúsculas pastillas blancas en la lengua; establecía así un vínculo con su jefa, que tomaba pastillas todo el día, y no solo para poder dormir. Marian decía que Corky era su mejor empleada y que pronto empezaría a prepararla para que también se encargara de las compras. Se sobreentendía que si Corky se quedaba embarazada, cuidarse se antepondría a los planes de Marian, por supuesto.

Corky recogió unas cuantas cosas más y abrió el armario para cerciorarse de que las sábanas de la cama plegable no habían empezado a oler a moho desde la última vez que las usó. A Wayne nunca se le ocurriría comprobar algo así, pero era importante: los niños odiaban los olores raros, y a Will, que venía de un invierno frío, ya le costaría bastante adaptarse al sol y la humedad. Pero claro, pensaba mientras abría la puerta del armario, eso tendría que gustarle a cualquier niño: pasar de días grises a un mundo soleado; algo así como nacer. ¿Por qué no podía ser ella la madre de Will? ¿Por qué era Jody la bendecida con la maternidad, con el hijo de Wayne, cuando en su hogar, el suyo y el de Wayne, no había hijos? ¿Por qué siempre trataba de convencerse de que todo lo que le sucedía era para bien?

Las lágrimas le inundaron la cara. Las sábanas olían a moho. El colchón que trató de arrastrar con su madre tantos años atrás olía igual. Corky recordaba lo infinitesimal que se sentía al lado del colchón; y cuando uno de los polis lo levantó y ayudó a su madre a meterlo en casa mientras le decía: «Señora, me alegro de que no sea un cuerpo, de verdad», se sintió todavía más pequeña.

Sabía muy poco de la infancia de Wayne y él sabía muy poco de la suya. Le gustaba que Wayne no tratara de escarbar en su pasado, actitud que, según su experiencia, resultaba muy poco habitual en un hombre. Lo que los

hombres querían, siempre, era borrar al resto de gente, sellar su existencia con una tapa; como si amontonaran fichas, una encima de la otra. Trataban de convertir a los otros hombres —tus amigos de la infancia les daban igual, claro está; eran los otros hombres los que les importaban— en clichés claramente identificables para luego descartarlos, cogerlos y tirarlos por la borda. Para ayudarlos, podías limitarte a mencionar las bromas desagradables, a recordar solamente los días lluviosos, a ofrecerles una imagen en la que el antiguo amor, con aire ridículo, sujetaba un pez tan pequeño que no daba ni para fanfarronear; o quizá otra en la que estaba flanqueado por sus amigos, a los que previamente habías descrito como granujas. Pero Wayne la había sorprendido: no era curioso, lo que la llevaba a preguntarse qué habría hecho él, por qué quería ahuyentar sus preguntas. ¿Tan malo sería que prefería evitar toda mención de esa gente y de esos años? A veces Corky tenía la impresión de que él era demasiado guapo para sentir interés por ella, de que el golpe de suerte le había llegado demasiado pronto. Se conocieron en el jardín de una casa en el que habían montado un mercadillo de objetos usados; él se había parado a mirar unos tapacubos y ella estaba hojeando un *National Geographic* que vendían por veinticinco centavos. En vez de comprarse la revista, compró un libro de aventuras de Sherlock Holmes —todavía lo tenía, aunque no lo había leído; pensaba hacerlo un día de estos— y él compró un tapacubos y una sartén. De su compra, dedujo que era soltero: un hombre casado nunca compraría una sartén de segunda mano. Se miraron mientras pagaban. Cuando cada uno se dirigía a su coche, ella se volvió a echarle una mirada, y más tarde él le confesó que había caminado más lentamente de lo habitual para tratar de mantener su paso. Él tenía el coche aparcado delante del suyo. Mientras abría la puerta del coche, él le gritó algo que no entendió del todo. Ella miró con aire perplejo y él le habló de nuevo: tenía unas *National Geographic* en el maletero; si las quería eran suyas. Ella se le acercó. Notaba la cara caliente, con esa timidez que solía experimentar de pequeña. Él le sonrió y abrió el maletero. Había seis *National Geographic* que, según le dijo, ya estaban en el maletero del coche cuando lo compró. También se había encontrado periódicos atados con una cuerda y un par de bloques de hormigón —cuando Corky miró en el maletero ya no estaban ni los unos ni los otros—; Wayne esbozó una sonrisa mientras le contaba que, cuando ya hacía tiempo que tenía el coche, cayó en la cuenta de que su antiguo propietario debió de poner todo eso en el maletero para evitar que el coche culeara. Y de repente él ya le estaba contando que cuando cargaba una bolsa de arena en el maletero el coche chupaba gasolina que daba gusto y ella se

quejaba de una batería que había comprado que, un mes después de que la garantía venciera, se le quedó frita. Y mientras que otra gente guardaba una caja de cerillas o un palito de cóctel o algún otro pequeño recuerdo de la noche en que se conocieron, Corky tenía una pila de *National Geographics*. Tendría que guardarlas en el armario para que Will no creyera que podía jugar con ellas. Por ridículo que fuera, sentía por las revistas un fortísimo vínculo sentimental. La primera vez que las miró, hojeándolas nerviosamente mientras Wayne y ella se tomaban un café, se sintió eufórica, como si los miembros de las tribus africanas y las garcetas en pleno vuelo vaticinaran que les esperaba un emocionante futuro juntos. Que las tijeras de punta roma de Will empezaran a recortar algo de una revista sería como si le recortaran el corazón.

Los niños no querían ofender a nadie; creían, simplemente, que podían apropiarse de todo lo que descubrieran. Con la edad, las chicas solían superar esa idea, pero los chicos no. Los chicos seguían creyendo que el mundo era accesible, tanto si perseguían su objetivo con tijeras como si lo hacían con pistolas. Corky esperaba que si tenía un hijo, fuera niña.

Es un error dejar a un niño solo a oscuras bajo el peso de la manta y el peso todavía mayor de tus palabras tranquilizadoras cuando él sabe perfectamente que el monstruo sigue en la habitación. Mientras las persianas permanezcan abiertas —y así deben permanecer para que la luz de la luna pueda colarse dentro—, la rama del árbol quedará transformada para siempre en la sombra de un murciélago cuyas alas empezarán a moverse al viento en cuanto la puerta se cierre. En caso de que el niño sea tan insensato como para cerrar los ojos, el albornoz que cubre la silla —bien extendido para que la capucha no proyecte en la pared la silueta de una inmensa punta de flecha— se convertirá en una momia resuelta a sorberle el aliento, a arrebatárselo.

Decirle al niño que lo verás por la mañana y sonreírle mientras bajas la cabeza resulta tan poco convincente y tan poco adecuado como quedarse en la proa de un barco que se hunde, aplaudiendo mientras se arrían los botes salvavidas. Como si el mar no estuviera agitado. Como si nuestro destino lo dirigiera algo benévolo. Como si las palabras pudieran mitigar una oscuridad tan real como la de la noche.

Las plumas se mueven dentro de la almohada y se hunden. Las hojas de la planta se enroscan a la espera de la luz de la mañana. El sueño es como la vida en la ciudad: todo aquel que se mueva mientras los demás se quedan quietos estará en peligro. ¿Cómo podemos seguir diciéndole al niño —o a cualquier otro escéptico— que la noche cae como terciopelo suave y lujurioso cuando es más insidiosa que el revoloteo de la capa de un torero? Durante unos instantes, el toro escapa entre el frufrú de la capa, pero el filo no tarda en precipitarse; y hay sangre sobre el terciopelo, sangre sobre la arena.

Por la noche, al zorrillo lanoso del libro de cuentos le salen colmillos y roe los muelles del somier. Después de salir disparado de la caja de sorpresas, el muñeco sigue creciendo y se eleva hasta tocar el techo y luego agacha la cabeza; los ojos: dos globos que cuelgan de la lámpara del techo; la boca esboza una sonrisa o una mueca maliciosa que la oscuridad borra.

De noche las cosas tienen hambre. Es por la noche cuando los animales acechan a sus presas. Cuando los peces duermen con los ojos abiertos.

Cuando sube la fiebre. Cuando justo delante tienes un acantilado cortado a pico y en la autopista hay una delgadísima placa de hielo.

Para los niños no existe el símil, sino la metáfora, y por la noche ven, sin soñarlo, lo que vemos nosotros. Cuán interesante resulta advertir siempre el potencial: la cosa transformada antes incluso de que podamos aprehenderla.

Por la noche, el niño y el adulto tratan de descifrar lo mismo: cuando nos toca cumplir, ¿también nos toca sonreír? Si alguien se va, ¿sigues siendo la misma persona? ¿Seguirá llamándote la gente? ¿No existía el acuerdo tácito de que cada uno pertenecía al otro? En el futuro, tan solo una vez, ¿podrían darte una garantía? ¿Qué vas a decir si, cuando regresa, la persona parece más triste, o más joven, o más vieja, quizá? ¿O sorprendida, o cambiada? ¿Y si la próxima vez que ves a tu amor tiene una cicatriz en la mejilla o se ha cortado sus preciosos rizos?

El niño abre los ojos de par en par a medida que el misterio de los cuentos de hadas va desvelándose y los mitos se le aparecen reales, pero su sorpresa no es menos intensa que la nuestra. ¿Por qué se murió Orion? ¿Cómo le sentó a Diana que la engañaran? ¿Lamentaría el hermano de Diana haberle contado que la cabeza de Orion era una pelota flotando sobre las olas? ¿O se alegró de que la broma le saliera justo como él quería? Qué mito tan perfecto para el siglo xx: la historia de un hombre que engaña a una mujer y de una mujer con la capacidad de convertir su error en magnificencia mientras que el pobre Orion, convertido en aventurero de los cielos, descubre el significado de la muerte: por el simple proceso de transformación ha perdido la vida y se ha convertido en una obra de arte. Aunque se trata de un cuento para ir a dormir muy triste, el cuentacuentos lo recordará fácilmente cuando mire por la ventana y observe la configuración de los astros en el cielo.

La noche. Qué agradable, por un rato al menos, pensar en el niño, el niño que no pregunta nada y sueña en lo inimaginable. A gusto en su cama, quieto como una momia. Los monstruos están a raya; el toro no bufa. Tiene su querida y ajada mantita azul agarrada en el puño. La manta resulta tan necesaria para su sueño como el paracaídas hinchado para el salto seguro del paracaidista.

La imagen que nos formamos del niño cuando llega la noche —tranquilo y durmiendo dulcemente— es un engaño necesario. Romántico y también un poco triste, como una carta de amor entregada en mano o amar a alguien que vive en otra ciudad. Todos somos vulnerables a la oscuridad y al silencio. Y, sin embargo, debemos imaginar algo. Debemos decir algo. Cada noche, en la

habitación a oscuras, las últimas palabras que susurramos son siempre —y solamente— «Buenas noches».

Quince

Wayne y Kate se revolcaban en la playa. Nada de sexo, solo revolcones. Wayne, de rodillas, le sujetaba los muslos para que no pudiera escaparse mientras Kate trataba de sacudirse hacia los lados para soltarse. Cada vez que bajaba la vista, la brisa marina le echaba el pelo hacia la cara y le tapaba la vista.

A pesar de las risas y los insultos fingidos, en realidad aquello no era un juego. Wayne tenía la sensación de estar agarrándola como si le fuera la vida en ello, como alguien que, ahogándose, no es consciente de su cansancio hasta que logra alcanzar la cuerda. No era agua, sino arena. No se hundía; seguía a flote. No era su mujer, era una divorciada de Nueva Jersey de treinta y dos años invitándolo a un revolcón que él ansiaba aceptar. La había conocido aquella misma noche, mientras hacía el reparto. Habían flirteado y después del trabajo volvió a buscarla. Ahora le agarraba las piernas porque quería demostrarle lo fuerte que era. No la soltaba porque así tenía más tiempo para fantasear, y lo que imaginaba iba poniéndose cada vez más interesante.

Estaba tumbada en la arena, boca abajo, con la cabeza apoyada en el brazo, y tenía a Wayne encima con el pene erecto dentro del pantalón. Él supo al instante que esa era la persona a quien había querido conocer durante toda su vida. Ella era la persona que el destino le había enviado: una mujer arrogante y completamente segura de lo atractiva que era, que reía maliciosamente por aquello que tan rápidamente había provocado.

En lugar de ir al Azure, donde los verían, la llevó al Hyatt, donde una bola de espejo que giraba en el techo lanzaba destellos por la sala y cuatro músicos tocaban canciones de los sesenta. Acercó la silla a la mesa y le metió la mano entre las piernas, debajo de la falda. Aunque en la playa se habían sacudido la arena el uno al otro, todavía se la notaba en la piel. Con los ojos muy abiertos, Kate pidió un *gintonic*; se quedó tan quieta como pudo para que la camarera no reparara en los inquisitivos dedos de Wayne. Un cuenco de cacahuets bajó hasta la mesa. Ella le cogió a Wayne la mano que le quedaba libre sin hacer objeción alguna a la posición que ocupaba la otra. Él era —menos por la cicatriz que tenía encima de la ceja y la nariz, larga y recta— clavado al mecánico con el que se había pasado el año entero flirteando en Nueva Jersey y que nunca la llamó excepto para decirle que ya podía pasar a buscar el

coche. Ahora, un hombre que podría ser el gemelo del mecánico iba a rescatarla de una semana deprimente y claustrofóbica con su madre, cuya diabetes estaba controlada, al fin y al cabo, y cuyas opiniones, enfrentadas a la imagen que Kate se había formado de aquella noche, podían adquirir un tinte todavía más irónico. Mientras su madre hablara de títulos de ahorro, ella podría pensar en cómo jugaban en la playa. Mientras su madre hablara del coraje de Oliver North, ella podría recordar las motas de luz que, girando, le manchaban la cara. Cuando su madre insistiera en que tomara cereales por la mañana, ella podría —ojalá— pensar en Wayne corriéndose dentro de ella. Kate pegó un saltito en la banqueta azul y se le acercó un par de centímetros. Él sacó la mano del cuenco de cacahuets y extendió los dedos para que ella pudiera lamerle la sal. Antes de volver al complejo de apartamentos para aparcar el coche y montarse en el de Kate rumbo a lo que ella había llamado «una aventura», Wayne había encontrado un cajero automático en el centro comercial y había sacado cien dólares que ahora le quemaban en el bolsillo. En realidad, se sentía sudado; sentía un cosquilleo en los dedos, los labios secos y la frente húmeda; tanto, que sospechó que quizá tendría fiebre.

—No me digas tu apellido —le dijo ella besándole el pulgar.

—No me digas el tuyo.

La camarera puso el *gintonic* delante de Kate y una Molson y un vaso de cerveza delante de Wayne. Cogió el cuenco de cacahuets medio vacío y dejó otro en la mesa. Llevaba una falda rosa y una blusa de un rosa más claro con lunares y el cuello de encaje. Tenía las piernas largas y llevaba medias negras de rejilla. Un servicio bastante distinto del que Wayne recibía en el Azure.

—¿Estás casado?

Wayne no se esperaba la pregunta. Se quedó parado y luego se encogió de hombros, incapaz de mentir y también de decir la verdad. Se sirvió la cerveza dejando que formara una corona de espuma alta. Levantó la vista y advirtió que ella había entendido que estaba casado.

—No querías casarte conmigo, ¿verdad?

Una pareja pasó por delante de su mesa y bajó la vista para mirarlos mientras hablaban. Cuando los hubieron dejado atrás, la mujer giró la cabeza para echarles un vistazo.

Ella bebió un sorbito de *gintonic*, volvió a dejar la copa en la mesa y pescó la rajita de lima. En vez de estrujarla, la lamió, le dio la vuelta, la frotó contra el borde de la copa y la dejó caer en la bebida. Dio otro sorbo mirando a Wayne mientras bebía.

—¿Cuál es tu historia? —le preguntó Wayne.

¿Estábamos contando historias?

¿Qué estamos haciendo?

¿A ti qué te parece que estamos haciendo?

—Tomándonos una copa —dijo él. Trató de que no se le notara que lo estaba poniendo nervioso. ¿A qué estaba jugando ella? En su voz advirtió un tono burlón. Y le preguntó—: ¿Qué crees que estamos haciendo?

—Estamos flirteando.

Wayne inclinó la cabeza para mirarla de lado.

Tenía unos ojos preciosos, y sus cejas, ligeramente perfiladas, formaban arcos oscuros. Su pintalabios se había desvanecido. Tenía los labios pálidos. Él se inclinó hacia delante y ella también lo hizo y luego lo sorprendió besándolo suavemente en los labios.

—¿Y cómo es que estamos flirteando? —le preguntó él.

—¿La verdad? Estamos flirteando porque resulta que nos conocimos y nos sentimos atraídos el uno por el otro, pero si yo flirteo también es porque me recuerdas a alguien.

Eso tampoco se lo esperaba. Esperó a oír más.

—Pero a él no lo conozco —continuó ella—. Me recuerdas a alguien a quien, en realidad, no conozco.

¿Soy un sustituto?

—Como yo soy la sustitua de tu mujer, igual.

Touché. Wayne sonrió. Un punto para Kate.

Ella se echó hacia atrás.

—Me gusta la música —dijo. Se descalzó, puso un pie encima de un zapato y luego lo apoyó en el tobillo de Wayne.

¿Por qué no coges una habitación? —le preguntó—. A menos que tengas que volver a casa con tu mujer.

—No sé. Tú pareces a gusto aquí, charlando de mi mujer. ¿Seguro que quieres que coja una habitación?

Él iba con el piloto automático puesto. Cuando estaba en el coche, es probable que cayera en la cuenta de que tendrían que ir a algún sitio, pero hasta que ella mencionó la posibilidad de registrarse en un hotel no se paró a considerar la situación. ¿Cuánto le costaría? ¿Había alguna posibilidad de que fueran a la habitación y luego ella no se dejara tocar? ¿Podía tratarse todo esto de un jueguecito raro suyo? ¿Y si no era más que una calientapollas?

—Estás frunciendo el ceño —le dijo ella—. ¿Tu mujer y tú tenéis hijos?

Wayne movió la cabeza: no. Pensó en el folleto de la amniocentesis. Y en Will; pero ella no le había preguntado si él tenía hijos.

—¿Y tú tienes hijos? —le preguntó Wayne.

—No puedo, si eso es lo que te preocupa. Tengo cicatrices en las trompas de falopio.

Eso era más de lo que necesitaba saber. Las mujeres tenían tantos problemas... Esperaba que no ampliara el tema.

—¿No te interesa saber si estoy casada o no? —le preguntó mientras le pasaba los dedos de los pies por la pantorrilla.

—No. ¿A quién te recuerdo?

—A un mecánico de coches de Nueva Jersey.

Lo rotundo de su respuesta lo dejó pasmado. Una estrella de cine, no. ¿Un mecánico?

—Pues... —suspiró Kate.

—Pues ¿qué?

—Pues que me parece que ahora me toca a mí hacer una pregunta.

—Adelante —dijo Wayne. Le hubiera gustado pegarle un buen trago a la cerveza, pero ya había vaciado el vaso. La camarera se detuvo en su mesa y les preguntó si querían otra ronda.

—No gracias —respondió Wayne—. La cuenta, solo.

Mientras la camarera se alejaba, Kate dijo:

—Puede que me tome otra copa mientras él está fuera.

La camarera garabateó algo, movió la cabeza y se dirigió a la barra meneando las caderas. El «Pues» había sido decisivo: él cogería una habitación. Lo único que llevaba era el cambio de los cien dólares; la MasterCard estaba en casa, en un cajón, donde Corky se empeñaba en guardarla para evitar compras impulsivas. De todos modos, no podría cargar la habitación a la tarjeta, porque Corky se enteraría. ¿Cuánto costaban tres copas? ¿Le bastaría con el cambio? De cualquier modo, tendría que esperar a que la camarera regresara, pagar la cuenta y acercarse al mostrador de recepción con el efectivo en la mano.

Kate llevaba un esmalte de uñas rosa brillante. Wayne bajó los ojos y dejó que se detuvieran en los pechos de Kate. Bonitos. La camarera había visto adonde miraba. Puso otra copa delante de Kate y la cuenta se la dio a él, que sacó la cartera y pagó. Rebuscó en la riñonera para darle el cambio y lo dejó en la mesa. Él cogió un billete de cinco dólares, lo dobló y se lo dio a la camarera, que llevaba un pintalabios naranja brillante que desentonaba con su blusa. También llevaba las uñas pintadas, aunque las tenía mordidísimas, en carne viva. Se parecía a muchas mujeres de esta parte de Florida: mujeres de cuerpo esbelto que, sin embargo, tenían caderas anchas. Le había dado cinco

dólares de propina, casi el 50 por ciento. En el Azure dejaba un dólar, tanto si se había tomado una cerveza como si se había tomado cinco. Wayne se metió el dinero en el bolsillo y se marchó; salió del bar y entró en el vestíbulo del hotel, excesivamente iluminado. Justo cuando pasaba por ahí, del ascensor salió un niño que llevaba una palmera de color rosa y corría delante de su padre y su madre.

—Andrew Bornstein, haz el favor de volver aquí —le ordenó su padre pronunciando muy claramente cada una de las sílabas de su nombre.

En el mostrador, el recepcionista leía el periódico. Cuando Wayne se acercó, lo dejó y levantó los ojos con aire simpático. Wayne contempló la idea de pedirle que le indicara cómo llegar a un restaurante de marisco en el que a veces comía con Corky; preguntaría, le daría las gracias al señor Sonrisa Perfecta y luego saldría por la puerta y volvería a casa y le diría a Corky que había estado tomándose unas cervezas con un amigo. Miró el reloj. Le dijera lo que le dijera, se pondría furiosa. Y como iba a ponerse furiosa de todos modos, ¿por qué no acostarse con Kate?

La habitación era asequible; incluso le sobraría dinero. Cogió la llave, se volvió y miró los ascensores que le señalaba el señor Sonrisa Perfecta. Por las puertas, que volvían a abrirse, salieron unos hombres que se reían. Giraron a la izquierda y entraron en el bar. Cuando el recepcionista le pidió la tarjeta de crédito, Wayne dijo que prefería pagar la cuenta por adelantado. Incluso entonces sonrió. ¿Sonreiría también cuando Wayne y Kate dejaran la habitación una hora más tarde?

Cuando volvió a entrar en el bar se alegró de que Kate no supiera cómo se apellidaba. Dejó la llave en la mesa y ella la cogió y esbozó una sonrisa. Tenía la copa vacía. Salieron juntos del bar y dejaron atrás a los hombres que se reían, instalados en una mesa de la esquina y ya borrachos. La mirada de Wayne se cruzó con la de la camarera y él se dio cuenta de que ella sabía a la perfección qué tenía alrededor: un grupo de hombres desatados que empezarían a hacer el tonto y probablemente la dejarían sin propina, y un hombre y una mujer que habían decidido irse a follar. Wayne sabía que ella sabía que Kate y él no estaban casados.

Pero el mundo era así. El mundo era así. Y, de repente, Wayne se sintió bastante... cosmopolita. Tocó el 3 y el pulsador se iluminó y los dos subieron, uno al lado del otro, hasta el piso en el que doblarían la esquina, se detendrían delante de la puerta, meterían la llave en la cerradura... Y entonces, ¿qué? Las escenas que había imaginado en el mostrador de recepción se derrumbaron como un rompecabezas que, cayendo de una mesa, quedara

lleno de huecos: los pechos jabonosos de Kate, una imagen en la tele repitiéndose sin cesar, líneas horizontales en la tele, la colcha de cuadros escoceses, Kate que se alejaba de un salto, el ratón que atrae al gato con intención de que lo persiga.

Ella empezó el juego —el flirteo— cuando él alargó el brazo para meter la llave en la cerradura. Ella puso su mano sobre la de él para impedir que le diera la vuelta a la llave y frunció los labios para que él tuviera que pararse a besarla. Podría haber hecho girar la llave de todos modos, pero dejó que ella tuviera su beso. Tenía los labios suaves. Notaba la piel, y no un pintalabios aceitoso, y también notaba sus preciosos senos —uno, al menos— presionándole el pecho. Empezó a empalmarse. Ella le puso la mano en la cadera y le metió los dedos, crispados, en el bolsillo. Él trató de besarla otra vez, pero ella no le dejaba. No quería moverse, y se rio y no cedió. Luego ella le pidió que la mirara a los ojos y él lo hizo, y a Wayne ella le pareció transparente. De una habitación salió una pareja que cerró la puerta y pasó a su lado fingiendo que no habían reparado en ellos. El hombre llevaba una camisa con un estampado de estrellas de mar. La mujer llevaba un vestido de tirantes anudados al cuello, y su espalda desnuda hizo que las manos de Wayne subieran hasta la espalda de Kate. Notaba las manos pesadas. Movi生 los dedos hacia el lado de su pecho y empujó suavemente. Ella se le acercó y él se volvió; soltó la llave y se puso de cara a ella consciente de que podía notar su erección. Ella alargó el brazo y dio una vuelta a la llave.

Dentro, Wayne pegó las manos a las caderas de Kate y le dio un beso larguísimo; luego alargó el brazo para cerrar la puerta y se acomodaron en el suelo. Mientras él le bajaba las bragas sus cuerpos se entrelazaron, veloces, y cuando él embestía sorprendido y jadeante, sintiéndose como si volviera a tener dieciséis años, de repente le entraron ganas de saber si ella iba a quedarse en Florida un día o una semana, cómo se apellidaba, dónde vivía en Nueva Jersey. Tenía el vestido subido por encima de las caderas y las bragas enredadas en un tobillo; él todavía iba completamente vestido, con el botón de los tejanos desabrochado y la bragueta bajada.

—Vamos —dijo Kate mientras se retorció debajo de Wayne—. Les diremos que la habitación está demasiado cerca de la máquina de Coca-Cola y que no nos ha gustado.

¿Qué? ¿Qué dices?

—Nos devolverán el dinero. Nos lo devuelven y mañana por la noche hacemos lo mismo en otro sitio.

¿Qué quieres decir? —dijo Wayne limpiándose el sudor de la cara—. Los del hotel no...

—Yo me encargo de todo. Tú ve a sentarte al coche. —Le sonrió. Wayne advirtió que le había hecho una rozadura en el muslo con la cremallera—. Odio los hoteles. Sé cómo manejar a los recepcionistas, y sobre todo a los niños como el chico ese.

Wayne sintió que le fallaban las piernas. Cuando ya estaban fuera, ella cerró la puerta y caminaron hasta el ascensor. La puerta se abrió. Como había varias personas dentro, no volvieron a hablar hasta que el ascensor llegó al vestíbulo.

—Un polvo rápido es un regalo que la cadena Hyatt puede permitirse —le dijo ella—. Ni siquiera usamos el váter.

Una pareja estaba registrándose en el mostrador, y cuando Wayne cruzó el vestíbulo el recepcionista no levantó la vista. Todo había sucedido tan deprisa que pensó que podría seguir donde estaba hacía un rato, debatiéndose entre volver al bar o irse a casa. ¡Kate iba a pedir que le devolvieran el dinero! Pensarlo le daba mareo. Y la noche siguiente... ¿Qué noche siguiente? Hoy Corky ya lo mataría. Decidió que le daba igual. Le mentiría, y si a ella no le gustaba, mala suerte. La noche siguiente. En otro sitio.

Él todavía trataba de recobrar el aliento cuando ella salió con una sonrisa burlona y el fajo de billetes en la mano.

—Faltan los diez dólares de la propina —le dijo Kate—. Y, muy amable, el chico ha hecho pedazos la hoja de registro. —Su sonrisa se desvaneció—. Mira, tengo que irme a casa. Le dije a mi madre que iba a dar un paseo. Tengo que volver.

—¿Y mañana? —le preguntó Wayne mientras atravesaban el aparcamiento.

—Tú debes de conocerte los hoteles mejor que yo —le dijo.

Cuando él le abrió la puerta del coche, ella se pasó la mano por la falda antes de sentarse. Se pasó la mano por la falda como si fuera una dama recatada y no alguien que acababa de subírsela hasta la cintura para follar en el suelo. La mano de Kate alisándose suavemente la parte de detrás de la falda hizo que Wayne sintiera un cosquilleo en la polla y que volviera a empalmársele. Como volver a los dieciséis, de verdad. Apenas si podía esperar a la noche siguiente: otro hotel, otra puerta cerrada. La noche siguiente podrían saltarse las copas. Que Kate dejara veinte dólares de propina; ¿qué más daba? El dinero les duraría varias noches.

Mientras arrancaba, Florida empezó a parecerle distinta. Como un botánico para quien un campo no es simplemente una bruma verde sino un universo tremendamente especial y complejo, Wayne veía los hoteles y los moteles dispuestos en fila india en la autopista llenos de esperanzas y promesas: escenarios para las fantasías que él y Kate podían recrear una y otra vez.

Cuando aquella noche llegó a casa, la situación resultó mejor de lo que podría haber imaginado. Corky estaba en casa de Corinne porque se había ido la luz. ¡Milagro! ¡Sin luz! La nota pegada con celo en la puerta de casa le decía que fuera a buscarla.

Entró en casa y movió el interruptor arriba y abajo: *¡no había luz!* Se lavó la cara y luego fue a la casa de al lado y llamó a la puerta; le contó a Corky lo preocupado que había estado hasta que encontró su nota, que se había caído al lado de los peldaños de la entrada. Pasándole el brazo por el hombro, la llevó de vuelta a casa y subieron al piso de arriba a oscuras.

Todo lo que él y Corky dijeron eran palabras de otro mundo. Wayne tenía dieciséis años y su vida con Corky no existía, y mucho menos su primer matrimonio, ni su matrimonio con Jody. No había ningún Will. La noche siguiente él y Kate estarían en otro hotel, tras una puerta que habrían cerrado a toda prisa. Oía la puerta cerrándose; dando un portazo, en realidad, aunque el sonido lo tenía dentro de la cabeza: un dolor de cabeza sordo producto de lo agotado que estaba, de lo mucho que había bebido, de lo culpable que se sentía y de haber aguantado la respiración tanto rato mientras, aquella noche, su cuerpo explotaba.

La puerta se cerraba una y otra vez, chirriando.

—¿Crees que serías capaz de llegar hasta el baño para traerme un par de aspirinas? —El ruido que hacía la puerta al golpear ahogó el susurro de Wayne.

Corky se levantó de la cama y, lentamente, a tientas, empezó a caminar por el pasillo oscuro.

Dieciséis

El día que Will llegó, Wayne echaba virutas de madera alrededor de unos arbustos plantados en una pendiente. Era la idea de último minuto de un tipo rico: ajardinar la ladera de la colina que daba al norte de la piscina. A la señora de la casa le gustaba Wayne, y de no haber sido por Kate, a él incluso podría haberle interesado la oferta. Era divertido —vertiginoso, incluso—: tras años de enviar señales sin conseguir que se volvieran más que unas pocas cabezas, ahora tenía una amante que era casi ninfómana.

Zeke, que trabajaba con Wayne, era delgado y picado de viruela. Aquel era su primer trabajo desde que había dejado el ejército. Un día se le desplomaron los arcos de los pies mientras marchaba y se quedó con unos pies planos como tortas y la cartilla militar. Su familia no quería volver a acogerlo; durante dos noches, cuando estaba mudándose de un sitio al otro, se instaló en el sofá cama de Corky y Wayne. Últimamente, sin embargo, Zeke estaba mucho más contento: compartía caravana con otro tipo en el parque de Breezy Palms, justo al lado de la autopista; salía con una camarera llamada Susan que era casi diez años mayor que él, con rizos teñidos de negro y un apetito sexual que a Zeke lo volvía loco. Llevaba su foto —un cuadrado de fotomatón, plastificado—, junto con una crucecita de plata y una pata de conejo en miniatura, colgada de una cadena que escondía debajo de la camisa, como antes había llevado sus chapas del ejército. A Wayne le divertía que Zeke lo viera como un hombre de familia (aunque la única familia que tenía era Corky), un tipo hogareño que, sin duda, envidiaría sus aventuras salvajes.

Wayne nunca bebía en el trabajo, por principio. Y como Zeke siempre imitaba a Wayne, los dos estaban bebiendo limonada en vasos de papel. El jarro estaba en una mesa de metal, bajo una sombrilla de rayas. Se daban la buena vida sin la persona que ganaba el dinero para darse esa buena vida, el pez gordo de los negocios que trabajaba en Nueva York. Este fin de semana su mujer se reuniría con él en el Norte y le había dicho a Wayne que podría usar la piscina. Pensó en aceptar la oferta. Así tendría algo que hacer con Will, aunque en vez de estar con Will, lo que deseaba era poder nadar con la hermosa ninfa Kate.

—¿De cuántas mujeres te has enamorado? —le preguntó Zeke a Wayne.

De siete —respondió Wayne. Siempre respondía de forma automática, aunque con Zeke casi nunca hablaba en serio. Zeke pensaba que Wayne era

directo y asequible—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me llevas cinco —dijo Zeke—. Quería saber la ventaja que me llevaban los mayores, los de tu generación.

Wayne miró a Zeke.

—Ponte la gorra. Si tienen que extirpar más cánceres de piel, la nariz te quedará como una patata a la que le hayan sacado todos los ojos.

—Protector solar —respondió Zeke dándose golpecitos en la nariz—. Me lo compró Susan.

—Confiado en que habría intercambio, probablemente: un anillo de diamantes.

—Mierda —dijo Zeke meneando la cabeza—, no eres ni capaz de reconocerle que me ha hecho un buen regalo.

—Lo que le reconozco es que sabe que el buen regalo eres tú. Mientras no termines pillado con ella, me da igual lo que hagas. —Wayne se limpió el sudor de la frente—. ¿Por qué no coges el camión y das marcha atrás? Esparce astillas entre los arbustos.

Zeke siempre hacía lo que Wayne le decía. Clavó la pala en el suelo y se dirigió al camino de entrada de la casa.

¿Cuántas veces había estado enamorado?, se preguntaba Wayne. A su primera mujer la había querido; y al cabo de tantos años ya podía aceptar, a regañadientes, que también quiso a Jody el año antes de que se casaran, y durante su primer año de casados también. Corky era como un bálsamo. A la mayoría le parecería una mujer común y corriente, pero su bondad resultaba excepcional: se trataba de una empatía capaz de cincelarle ojeras en tu presencia; de una generosidad obstinada que le hacía sentirse protegido. Lo que sentía por Kate no era amor, sino más bien adicción; algo que había sentido muchas veces por una mujer. Primero sucumbía y luego se esforzaba por desengancharse, aunque cada vez que lo lograba, su éxito le garantizaba que la próxima vez sería todavía peor. Wayne había pensado que su matrimonio con Corky rompería esa pauta. Antes de conocerla había vivido durante una temporada con una mujer que se tenía tanta lástima, que él terminaba hundiéndose en aquella tristeza ajena como si hubiera quedado atrapado en arenas movedizas. Y cuando ya estaba completamente hundido, algo sucedía siempre entre los dos, como si fueran dos peces solitarios en el fondo del mar que, de repente, decidieran mirarse. Entonces hacían el amor y, jadeando, salían disparados hacia la superficie. Resultó que ella le engañaba con un submarinista. Cuando conoció a Corky —el día que aparcó el coche para ir a ver si en ese jardín habría unos tapacubos que le sirvieran—, sintió

como un súbito reconocimiento: había olvidado que una mujer pudiera tener tal viveza en los ojos. Para exorcizar a su autocompasiva amante, se acostó con alguien que físicamente se le parecía pero que no era ella. Cuando conoció a Corky, Wayne ya había decidido que no volvería a darle tanta importancia a hablar: a la próxima ya no le haría preguntas sobre su pasado, sobre las cosas de las que se arrepentía o sobre cómo se sentía en cada momento. Con Corky se lo tomaría con calma para ver si ella lo imitaba. En vez de salirse con la suya en los momentos más emotivos, esperaría a que todo estuviera en calma; así vería si ella toleraba la situación. No haría preguntas y, con suerte, ella no le hablaría de problemas que él debería resolver. Corky no se sentía especialmente utilizada. Sabía adaptarse a lo que hubiera; y gracias a Dios, porque ella sabía qué hacer con Will muchísimo mejor que él mismo. Quería hacerle unas magdalenas para cuando llegara, y pensaba llevarlo a Bathing Beauties para que pudiera jugar en la tienda, y a la hora del almuerzo irían a la tienda de las piedras —eran piedras o algo así— y le presentaría al dueño y le compraría algo. Wayne sabía que Corky quería demostrarle lo buena madre que sería y lo manejable que podía llegar a ser un niño. Lo cierto era que con un hijo abandonarla le resultaría más difícil. De no haber sido por Will, habría dejado a Jody mucho antes por ser tan tocapelotas y pasarse el día diciéndole lo que tenía que hacer con su vida y por despreciarlo si no lo hacía. De no haber sido por Will. Ahora le costaba recordar la imagen que debía de haberse formado de una vida al lado de Jody: ¿sufrir sus críticas mudas, ver cómo Will crecía deprisa, como un tallo de bambú, hasta convertirse en una estaca que se le clavaba en el corazón? Aunque todo lo que él hacía a Jody le parecía mediocre, seguro que terminó reconociendo que había conseguido darle un pequeño susto cuando al levantarse descubrió que se había marchado sin explicación alguna, sin un «lo siento» que diera a entender que quien en realidad debería sentirlo era ella. Se había ido, sin más, y más adelante, cuando él estuviera bien y listo para ponerse en contacto con ella, lo único que recibiría sería una llamada de teléfono. Cuando la abandonó se apuntó un tanto. Aunque tenía que admitir que a la hora de sobrellevar la situación, el mérito fue de Jody: ni siquiera llamó a la policía para denunciar su desaparición.

Al margen de todo esto, sin embargo, estaba Will. Will, que, cuando Wayne lo veía, siempre parecía rodeado del aura de Jody. Los hombres casados deben andarse con cuidado para no llegar a casa oliendo a una laca o a un perfume que podría traicionarlos, pero ¿y las señales deladoras que deja una madre en su hijo? Esos olores que traen a la memoria el perfume de la

madre, el color de la ropa del niño —el color que a ella le gusta—, la mercromina en el rasguño aplicada con su mano de profesional. Wayne empezaba a ver una cosa clara: para la madre, el niño no era más que un trampolín, una plataforma de lanzamiento desde la que su presencia podía despegar para, en toda su inmensidad, sobrevolar la situación. Mientras Will existiera, Jody se impondría a todo. Se había infiltrado bajo la piel de Will como el fantasma que atraviesa las paredes de una casa. Si Jody no lograba quedarse en el corazón de Wayne, mandaría un emisario que lograra introducirse en su mundo.

Como si pudiera leerle la mente, Zeke volvió a aparecer con una pregunta sobre Will.

—Tu hijo. ¿Qué pasa con la piscina? Yo traeré un neumático. ¿Qué más quieres que traigamos? Ya no me acuerdo.

Wayne puso los ojos en blanco. El «traigamos» significaba que tendría que soportar un día de piscina con Susan.

—Había pensado que si traías el neumático el niño se lo pasaría bien flotando. No creo que sepa nadar.

—Quizá deberíamos comprarle uno de esos flotadores que se atan a los brazos —dijo Zeke—. Puede que le queden mejor.

—No es una muñeca a la que tengamos que disfrazar. Tú trae el neumático. Si al niño no le gusta, lo usamos nosotros.

En Texas, Susan bajó un río en un neumático. En uno de esos sitios en los que empiezas el recorrido en una punta y terminas en la otra y luego te devuelven al punto de salida. Echa mucho de menos Texas, dice; vivía con su abuela, que Dios la tenga en su gloria, pero tuvieron que llevarla a una residencia, y Susan pensó que como ya no podría vivir con la familia, lo mejor sería instalarse cerca de donde vivía su hermana.

—¿Su abuela murió? —preguntó Wayne. Las chicas con las que Zeke salía, todas, tenían una historia más larga que *Guerra y Paz*. Que esos dos llegaran a hacer algo más que hablar era todo un misterio para Wayne.

—No, no murió. Ya te lo he contado: se fue a vivir a una residencia.

—¿No acabas de decir «que Dios la tenga en su gloria»? —le preguntó Wayne.

—Bueno, es solo una expresión.

—No es solo una expresión. Es lo que se dice cuando alguien está muerto. Y «feliz cumpleaños» tampoco es solo una expresión. Es lo que se dice cuando alguien cumple años.

—Pues Dios tendría que cuidar a los viejos de las residencias —dijo Zeke. No soportaba que lo corrigieran.

Wayne lanzó un suspiro. Una abeja zumbaba alrededor de su gorra. El trabajo estaba casi listo; pronto podría echar el último trago de limonada y luego iría a casa a esperar a que Will llegara. Corky ya estaría glaseando las magdalenas. Tendría que pensar en lo que diría cuando sonara el timbre. En lo que haría. Siempre que veía a Will se sentía incómodo. Siempre lo abrazaba cuando lo que Will quería era darle la mano; o se agachaba para darle un beso y se daban un golpe en la frente. Lo acompañaría el guardaespaldas pluscuamperfecto: Mel, que apoyaría en el hombro de Will su mano de propietario.

—Te acuerdas de lo que te conté de los padres de Susan, ¿no? Que habían adoptado a un niño al que tenían de criado y alguien se enteró y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡zas!, ya se lo habían llevado, y Susan se fue con su abuela, y que si su padre no se hubiera ahogado hoy estaría en la trena, porque...

Ya me lo has contado.

—Pero ahora que sabemos que su padre no era un apasionado de los niños, y como la madre de Susan va siempre tan trompa que nunca sabes si logrará levantarse de la cama, la historia me parece más misteriosa: ¿el hermano de Susan se murió en la cuna de verdad o...?

—Esto es como una puta telenovela —dijo Wayne.

—Es su vida, Wayne. Mudándose a Florida demostró muchísima determinación. Susan es una persona muy familiar. Cuando su abuela empezó a ir a peor, se puso en contacto con su hermana, claro está, y...

—Que Dios tenga a Susan en su gloria —dijo Wayne.

Zeke lo miró perplejo.

—Es solo una expresión. Que Dios la tenga en su gloria si se muere.

—Pues no me hace gracia —dijo Zeke—. Decir algo así podría traerle mala suerte a Susan.

—¿Cuál es la historia de la abuela? —le preguntó Wayne; sabía cómo hacerlo descarrilar.

—Su padre era un inmigrante italiano —le dijo Zeke—. Tenían cinco hijos, dos se murieron en el parto, y su madre...

Zeke. Wayne se caló la gorra y sonrió. Si manejar a Will fuera tan sencillo como manejar a Zeke, pensó. Zeke era igual que un bebé: en cuanto sostenías algo delante de él y lo agitabas, se le pasaba la rabieta; cuando algo lo fascinaba, ponía los ojos como platos y esbozaba una sonrisa enorme. Bastaba con colgar la posibilidad de otra historia que contar y menearla, como si fuera

un juguete, y Zeke estiraba los brazos para tocarla —le resultaba tan real... como si de verdad pudiera tocarla—, y entonces, mientras fueras capaz de mantenerte atento, todo era paz y tranquilidad. Una recompensa y un descanso.

—Por lo que dices de Susan —le dijo Wayne meneando la cabeza como si acabara de tener una gran revelación—, por lo que dices, es probable que pienses en pasar el resto de tu vida con ella, ¿no es eso?

Zeke entrecerró los ojos. Se aclaró la garganta. Miró los arbustos que habían plantado como si Susan pudiera estar escondida detrás de uno.

Bueno, el matrimonio... no sé —dijo Zeke—. El matrimonio no es tan fácil, Wayne, tú ya lo sabes.

¿Y por qué lo dices?

Zeke volvió a entrecerrar los ojos, que esta vez se convirtieron en dos rendijas. ¿Cuánto tiempo llevaba Wayne tomándole el pelo?

Diecisiete

Aunque Corky se sabía la historia de memoria, Corinne volvía a contarle cómo la había engañado Eddie: el día que Corinne fue a la peluquería que una amiga le había recomendado, esa misma amiga se llevó a Eddie a su apartamento y se metió en la cama con él. Como si Corky no se sintiera ya bastante incómoda teniendo que escuchar lo que había pasado, la opinión de Corinne sobre las mujeres —muy deprimente— empezaba a abatirla. Corinne había clasificado a casi todas las mujeres que conocía como brujas asquerosas y poco de fiar. Corinne no dijo «putas» porque cuando tuvo al bebé decidió que en su casa ya no se dirían más palabrotas, era una nueva regla. «Bruja», sin embargo, debía de parecerle una palabra bastante adecuada: Corinne sospechaba que todas las mujeres, incluso las más amables, manipulaban a los demás con sus conjuros. Literalmente no, claro, pero lo que sí creía era que tenían unos poderes terribles.

Hasta entonces Corinne había estado hablando de su nueva peluquera. La mujer cortaba bien el pelo, admitió a regañadientes, pero esa misma mañana, cuando estaba en la peluquería, le había recordado a las mujeres a las que llamaba «hermanas mayores de pega», las que te hacían la pelota mientras te moldeaban los rizos hasta que formaban tirabuzones perfectos cuando, en realidad, odiaban tu belleza y deseaban que te volatilizaras. Las mujeres que se sacaban los zapatos de tacón y te pedían, por favor, que les dejaras calzarse tus zapatos planos no alababan tu buen gusto: aplastando el talón de tus zapatos, expresaban simbólicamente su deseo de aplastarte a ti. Las mujeres eran traicioneras. A tus espaldas, eran capaces de hacer lo que les viniera en gana con tu hombre sin darle la mayor importancia.

Corky daba por sentado que ella quedaba fuera del panorama que dibujaba Corinne, pero no sabía a ciencia cierta qué la había salvado. Quizá fuera la consternación que demostró la primera vez que Corinne le confió la aventura de Eddie. Que Corinne usara su rabia como excusa para tirar sus píldoras anticonceptivas también la había horrorizado, pero sabía que criticar a Corinne no era una buena idea, y menos aún cuando estaba enfadada.

En aquellos precisos momentos Eddie estaba en Pittsburgh; la noche anterior se subió a un avión rumbo a la ciudad para cargar el féretro en el funeral de su padre. El domingo antes de que su suegro falleciera súbitamente, el pastor había advertido en su sermón de las desgracias que

puede acarrear el pecado. Corinne estaba muy complacida. Esperaba que, de una forma u otra, Eddie vinculara la muerte de su padre con la tarde que había pasado en el apartamento de la bruja. Sutilmente, el pastor había tratado de convencer a su congregación de que era mejor persona que Jimmy Swaggart, el telepredicador famoso ese al que habían pillado con una prostituta, pero Corinne esperaba que Eddie captara el mensaje del pastor sobre el pecado y comprendiera que él tenía la culpa de que su hija hubiera nacido con ictericia. ¿Qué pensaba Eddie, ahora que a su perro lo había atropellado un coche? ¿Y la inesperada muerte de su padre? ¿Entendía ahora por qué ella ya no sentía ningún interés por el sexo?

Corinne apagó una cerilla y la dejó en el platito de café. Dio una calada al cigarrillo y echó el humo hacia arriba, por encima de la cabeza de la niña, que estaba sentada en una sillita de coche de plástico. Casi siempre la tenían en el asiento de atrás del coche de Corinne, pero Eddie se había llevado el coche al aeropuerto, y siempre que dejaban algo en el coche Corinne pensaba que se lo robarían. Sobre la mesa de fórmica, como un amasijo de conductos nerviosos, serpenteaban correas y hebillas.

—Quiero educarla para que confíe en las mujeres, pero lo que pasa es que quien no confía en las demás soy yo —dijo Corinne.

Creo que criar a una niña es más difícil que criar a un niño —dijo Corky—. Más difícil, pero a mí me resultaría mucho más divertido.

—Bueno, lo que pasa es que tienes que decidir qué le contarás sobre las mujeres y qué dejarás de contarle —dijo Corinne.

—Igual que los maridos, que tienen que decidir qué contarnos y qué no —respondió Corky. Se arrepintió al instante de haberse sumado al cinismo de Corinne; se levantó y abrió la puerta del armario—. Sé hacer un cóctel buenísimo; es como el Sombrero, pero además de licor de café y crema de leche, lleva soda.

—Mmm. Quizá pruebe a hacerlo y todo, porque esta noche la pasaré sola, tengo turno.

—¿Sabes algo de Eddie? —le preguntó Corky. Estaba vertiendo masa en moldes de papel para magdalenas con el dibujo del arco iris. Había comprado otra bandeja para las magdalenas: así podría hornearlas todas a la vez. Una bandeja de magdalenas de más no estorbaba. Podías usarla para guardar las joyas, por ejemplo.

—Me dijo que su madre estaba muy enfadada: encontró el calcetín de Navidad de su padre, uno que hacía años que buscaban, en un cajón de su armario de herramientas. Estaba lleno de revistas de chicas desnudas. Ella

ponía la casa patas arriba buscando el calcetín y él siempre le decía que lo habría tirado por error con los papeles de los regalos de Navidad.

Corky ahogó una risita y meneó la cabeza.

—Así que no sé —continuó Corinne—. Las cosas van mejor entre nosotros desde que la bruja salió de escena, pero odio no poder confiar en alguien. Hablé con el pastor y lo que dice es que confíe en Eddie: no hay razón alguna para que lo haga, claro, pero estaría muy bien que confiara en él, dice.

Corky llenó el resto de moldes de papel con la masa. En el centro de la bandeja cayeron unas gotitas; las limpió con el dedo y se comió la masa. Corinne abrió la puerta del horno y Corky colocó las dos bandejas de lado.

—Caridad cristiana, ¿no? —dijo Corky.

—Probablemente. No escucho ni la mitad de lo que dice, la verdad. Y creo que él tampoco escucha ni la mitad de lo que le cuentan. Lo único que hace es mover las piernas y agitar los brazos como uno de esos juguetes que se mueven cuando tiras de la cuerda. Para ser pastor, es un hombre muy activo. Me desconcentra un poco. Cuando Eddie y yo fuimos a nuestra cita con él, bajamos a la planta baja y nos lo encontramos empujando la pared con la punta de los dedos; una especie de ejercicio, dijo. Y no es que hacer ejercicio sea malo. Pero me parece un poco raro verlo siempre sin aliento cuando llega a la iglesia en bici los domingos, y siempre te lo encuentras corriendo por la ciudad con la cara más roja que un tomate, o desplomado sobre algún banco. Un día lo vi jadeando en un banco con la cara morada, de verdad. —Corinne apagó la colilla—. Lo que digo es que ver a tu pastor así es raro, eso es todo.

—Bueno, supongo que hay tantos alcohólicos que tendríamos que alegrarnos de que él no sea uno de esos —dijo Corky. Se calló y oyó sus propias palabras: ya volvía a justificarlo todo.

—Hablando de alcohólicos, ¿qué te parece si nos tomamos uno de esos cócteles?

Claro. ¿Pongo música o molestaremos a la niña?

—Hasta la hora de dormir al bebé no le molestará nada.

Corinne puso la mano en su patuco de algodón. El empeine lo atravesaban pequeños meteoritos que avanzaban hacia los respuntes laterales dibujando una trayectoria arqueada. Los patucos eran un regalo de Marian, quien le había vendido un traje de baño premamá. Corky encendió la radio. Siempre la tenía sintonizada en una cadena de música de ascensor. Durante unos segundos, confundió «Yesterday» con «Raindrops Keep Falling on My

Head». Miró el reloj de la cocina —un gato de cara negra y sonriente que movía la cola: se lo había regalado su hermana— y vio que Wayne llegaría del trabajo en cualquier momento. Entonces llegaría Will. Se sentía mal por no haber podido invitar a Mel a que pasara la noche en su casa, pero Wayne había dicho que hasta ahí llegaba, no iba a recibir al amante de su exmujer. A veces, a Corky le sorprendía lo severo que podía ser Wayne con algunas cosas. Se preguntaba qué le parecerían los problemas matrimoniales de Eddie y Corinne, en caso de que Eddie le hubiera contado algo, claro. Ella no quería contarle nada: no quería que Wayne creyera que las mujeres utilizaban a los hijos para castigar a los hombres o para que terminaran tan avergonzados que no fueran capaces de abandonarlas. Es probable que ya le hubiera dado demasiadas pistas a Wayne contándole que Corinne le había tendido una trampa a Eddie. Lo que ella quería era hacerle notar a Wayne lo madura que era, pero se arriesgaba a que el tiro le saliera por la culata.

Mientras se tomaban su copa la cocina se llenó de un aroma muy agradable. Corky esperaba que permaneciera y que Will entrara en casa sabiendo que le esperaba algo bueno para comer, algo especial. Pensó en sacar la manga pastelera, pero al final decidió que para glasear las magdalenas la espátula ya le serviría.

—¿Y sabes lo que piensa Eddie? —le preguntó Corinne—. Piensa que me gusta el pastor. Parece creerlo, en serio.

—Bueno, al menos ha accedido a dejar el equipo de *softball*.

—Es verdad —dijo Corinne sorbiendo el cóctel—. Mmm. Un batido para adultos.

—¿Has conseguido convencer a Wayne de que tengáis un hijo? —dijo Corinne.

Creo que en realidad lo quiere, lo que pasa es que le da miedo —dijo Corky—. Pero si su relación con Will mejora, quizá eso logre allanar el camino para otro bebé.

—Will no es mal chico, ¿verdad?

—Siempre ha sido un buen niño. Sé que, a medida que crecen, los chicos se vuelven más problemáticos, pero creo que eso depende mucho de cómo los tratas. Debo decir que, según parece, su madre ha hecho un buen trabajo.

Esto no es asunto mío, pero ¿por qué se divorciaron?

—Él dice que eran demasiado jóvenes cuando se casaron.

Y que ella solo pensaba en su carrera. Antes de casarse con ella, él había estado casado con otra mujer, ¿sabes?, y se murió en un accidente de tráfico. Cuando te pasa algo así puedes llegar a tenerle mucho miedo al futuro.

—¿Un accidente de tráfico? —Corinne apoyó la mano en el patuco de la niña.

—Wayne y ella lo habían dejado para darse un tiempo. Ella estaba sola en el coche en algún lugar del Sur, donde vivían sus padres; se salió de una curva, creen ellos, y terminó en el fondo de un barranco. Llovía, creo.

Mientras contaba la historia, Corky se dio cuenta de que no conocía los detalles en absoluto. Y si no llovía, ¿por qué había tenido un accidente como ese?

—Y luego se casó con... ¿cómo se llama?

—Jody. Todavía no había pasado el duelo cuando la conoció, y eran demasiado jóvenes para casarse, porque, según parece, ella era muy independiente y no entendía lo importante que era la carpintería para él. Lo único que quería es que él fuera un intelectual.

Su propia voz la dejó pasmada. Estaba inventando historias. ¡Y era fácil! No tenía mala intención: se limitaba a llenar los espacios en blanco con lo que parecía adecuado. Lo sentía tanto por él... cuando su primera mujer se despeñó barranco abajo se le rompió el corazón. Tratando de zafarse de su triste suerte se precipitó, se casó impulsivamente, se dejó arrastrar por una relación en la que la mujer esperaba que cediera demasiado y demasiado pronto. Que hubiera logrado salir con tan pocos rasguños daba fe de su entereza. De sus admirables valores.

Corky se había terminado el cóctel. El temporizador sonó y pinchó las magdalenas con un palillo procurando no quemarse la mano con la parte de arriba del horno. El palillo salió limpio: las magdalenas estaban hechas. Mientras Corinne movía la silla hacia un lado para escapar del palpitante calor del horno, sonó el timbre. Corky se detuvo con la manopla del horno suspendida en el aire.

—No puede ser Will —dijo.

El timbre volvió a sonar.

—¿Dónde está Wayne? —susurró.

Se dirigió a la puerta. Se precipitó hacia delante como si necesitara aire fresco. Volvió a acordarse del día en que se quedó con su madre en el patio y en las palabras de su madre: «Estoy ventilando el colchón, eso es todo. ¿Es que ventilar el colchón es un crimen?».

Mel estaba delante de Corky: más alto de lo que ella recordaba, pálido y evidentemente cansado. A su lado estaba Will, el niño que determinaría su futuro. Corky se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Estamos tan contentos de que estés aquí —dijo, y mientras hablaba se dio cuenta de que ese «estamos» era, en realidad, un «estoy». Rodeó a Will con los brazos. ¿Qué diría cuando lo soltara?

El incómodo apretón de manos con Mel. Nunca sabían si abrazarse o darse la mano.

Will vio al bebé en la mesa, detrás de Corky. Se preguntó si tendría un hermano o una hermana. Mientras subían por el camino del jardín, Mel le había hecho prometer que no diría nada de ir a ver a Wag hasta la mañana siguiente.

Dieciocho

—Tendría que haber traído la cámara —dijo Susan—. La saqué y todo, y luego va y me la olvido.

Era el final del día y todos estaban de buen humor. Para sorpresa de Wayne, a Corky parecía gustarle hablar con Susan. Si no había oído mal, Corky iba a enterarse de si Marian quería contratar a alguien para trabajar en Bathing Beauties a media jornada. Sintió una punzada de gratitud hacia Corky, y no porque Susan le importara, sino porque Corky tenía buen corazón, un corazón realmente bueno. Le importaba lo que le pasaba a la gente que tenía mala suerte. Wayne sabía que, en cierto modo, tanto él como Will tenían mala suerte. Le estaba agradecido a Corky por el cariño que les demostraba. Parecía que, tras el día que habían pasado explorando la tienda de piedras, Corky y Will se habían encariñado el uno con el otro. Will llevaba un cristalito azulado colgado al cuello; estaba cruzado de tiritas de cuero finas y se balanceaba como un minúsculo bebé piel roja envuelto en pieles. Corky sabía qué era lo que a Will le gustaría, eso tenía que reconocérselo. A él nunca se le habría ocurrido lo de las magdalenas y los cristales. ¡Y el niño sabía nadar! Cuando lo vio se alegró muchísimo; se alegró tanto como un padre que descubre que su hijo se ha presentado a las pruebas para ingresar en el equipo olímpico y lo ha logrado. Quizá un día Will lo lograría: Will en la tele, estilo mariposa, con un cuerpo musculoso que todas las chicas adorarían; un cuerpo que haría que los hombres moderaran su consumo de palomitas con mantequilla derretida. Ahora mismo, Will estaba un poco flaco.

Wayne deseó que aquella vida pudiera ser la suya. Que estar en una piscina con gente que le gustaba en un día soleado en el que nadie tenía que trabajar, todos de buen humor, pudiera ser la regla en lugar de la excepción. También resultaba muy agradable saber que Kate ardía en deseos por él esperando el momento en que él podría escabullirse. Y si todos estaban en la piscina era porque la señora de la casa sentía debilidad por él. Zeke se lo había hecho saber a todos con muy pocas sutilezas. Y quién se lo iba a imaginar: en vez de ponerse celosa, a Corky le llenó de orgullo descubrir que los atributos de Wayne no habían pasado desapercibidos.

Susan había traído una nevera portátil llena de latas de Hawaiian Punch. También había una botellita de ron que añadieron a las bebidas de los adultos en chorros tan grandes que, tras la primera ronda, la botella se quedó en nada.

Había sándwiches de ensalada de pollo. Corky tuvo la ocurrencia de llevarse dos rebanadas de pan de molde por si Will ponía pegas a las pitas, cosa que hizo. Corky entendía a los niños realmente bien. Para contribuir al espíritu del pícnic, Wayne había aportado dos latas de anchoas robadas y un tubo de pasta de tomate: una combinación magnífica sobre una galletita de aperitivo. Zeke había traído encurtidos caseros que su madre le había dejado en la puerta de la caravana. Cada semana le dejaba comida y un informe escrito sobre cómo iban progresando sus maniobras de presión para que su padre le perdonara que lo hubieran expulsado del ejército. En sus notas siempre se refería a su padre como «Cnel. retirado Pyke».

—¿Sabes lo que sería el cielo? —dijo Zeke mirando a Wayne desde el trampolín en el que estaba sentado—. Un buen plato de carne con marisco. Y la carne, con un montón de mantequilla. Y unas almejas al vapor y unos cuenquitos con caldo para limpiarles la arena.

—Yo creo que, para ti, el cielo sería estar absolutamente seguro de tus convicciones —respondió Wayne—. Sin que tuvieras que ir preguntando para ver si los demás las confirman. Sin que te importara que los demás opinen lo mismo que tú o no. Sin que te importara una mierda, a menos que te apeteciera tener en cuenta su opinión.

Aquella respuesta era más de lo que Zeke había esperado. Y también resultaba un poco desconcertante, como tantas de las respuestas de Wayne. No se trataba de sus palabras, sino del tono en que las decía. Esa frialdad con la que Wayne se pronunciaba sobre las cosas; su expresión, sin embargo, siempre delataba que no sentía pasión alguna por lo que estaba diciendo. Resultaba casi agresivo, como si, al hacer la pregunta, la otra persona hubiera estado buscando pelea.

—Porque creo que comer lo que te gusta es una parte muy importante de los placeres de la vida —dijo Zeke. Cuando no sabía cómo interpretar las respuestas de Wayne acostumbraba a hacer caso omiso de las mismas o a reafirmar sus opiniones.

—Si te hubieras quedado en el ejército, estarías comiendo hamburguesas de boñiga de vaca y espaguetis de algas —dijo Wayne—. Levanta las palas, las cosas esas que tú llamas pies. Deja que veamos la marca del oprobio que te sacó de la cantina para traerte a esta magnífica sociedad en la que, siempre que puedas permitirte, puedes engullir un bistec y masticar una langosta gomosa servidos en el mismo plato.

Wayne se puso bizco. Tenía los brazos abiertos y las manos dobladas formando unas pinzas de langosta bastante convincentes. Apretó los labios. A

través de su bizquera vio que Will lo miraba desde la parte menos profunda de la piscina y sonreía, y dirigió las pinzas hacia Will, que también hizo su imitación de una langosta. Una langosta con una tripita de niño que sobresalía por encima del bañador.

Wayne se tendió en la tumbona —la única que había en la piscina— y buscó a tientas la botella de ron para echar otro chorrito a lo que quedaba de su Hawaiian Punch. Luego volvió a tapar la botella y agitó la lata un par de veces antes de echar un trago. Zeke lo miró mordiéndose el carrillo. Al final del día, Wayne sería el más moreno de todos. A él nunca le picaban las abejas; los mosquitos, muy raras veces. Tenía una espalda suave y musculosa, sin granos, sin una sola marca de nacimiento, tan solo una extensión de piel brillante. Incluso cuando Wayne estaba tumbado boca abajo se veía que era guapo. Y sin embargo, pensaba Zeke, no todas las mujeres se sentirían atraídas por un hombre tan raro. A muchas mujeres les gustaban los tipos más jóvenes y tranquilos, justo como él mismo. A Susan, por ejemplo. Y él tampoco tenía el pasado de Wayne: se había divorciado dos veces, había vivido con tantas mujeres que costaba llevar la cuenta, los de la oficina tributaria le habían embargado la cuenta corriente... un fuerte aplauso, señoras y señores. Demonios, si él debía de saber de Wayne mucho más que Corky. Después de haber trabajado con él durante tanto tiempo, codo con codo, había oído muchas cosas. Quizá debería comentárselo a los de la CIA: si pones a una persona a plantar arbustos de rododendro un día, y el otro, y el otro, al final terminará largándolo todo.

Zeke contuvo la respiración y saltó del trampolín para deslizarse dentro del agua. Estaba fría y la notaba aceitosa. En las zonas a la sombra, la superficie de la piscina era de un color azul que recordaba al de la tinta. Se pasó la mano por la cabeza: aquello era como echar hielo al fuego. Se sumergió en el agua, emergió a la superficie y se apartó el pelo de la cara. El único que había reparado en que se había tirado a la piscina era Will, que estaba en la parte menos profunda de la piscina empujando el neumático con la tripa y hablando solo mientras el flotador salía disparado. Zeke empezó a nadar hacia Will; iba dando brazadas y haciendo el payaso con los ojos y la boca muy abiertos.

Will dejó de jugar con el neumático y miró a Wayne con una sonrisa vacilante. Zeke debía de estar más cerca de su edad que de la de Wayne. Los dientes de Zeke resplandecían, igual que los que la Señora de los Dientes les llevaba a clase dos veces al año para enseñarles a todos cómo tenían que cepillarlos. Ella usaba un cepillo para la ropa y luego pasaba una cuerda entre

esos dientes imitando el movimiento que hacían los adultos cuando se secaban la espalda con una toalla. Mientras Zeke se le acercaba, Will sonrió: sonreía por Zeke y por el recuerdo de la Señora de los Dientes. Los dientes que les traía eran tan grandes que habrían podido servir de puerta de la caseta de un perro mediano. La Señora de los Dientes tenía unos dientes pequeños y blancos y unos pechos enormes que a los niños les hacían reír. Nancy Spears, La Señora de los Dientes, tenía un mote: «Bomba de bicicleta». Los de sexto aseguraban que se inflaba las tetas con una bomba de bicicleta. Durante sus presentaciones, los chicos empujaban las manos contra el suelo y luego las levantaban y volvían a empujar con una risa tonta; las chicas agachaban la cabeza, avergonzadas. Mientras se le acercaba, Will no sabía que la brillante dentadura de Zeke era postiza. Por culpa de una enfermedad de las encías habían tenido que arrancarle todos los dientes —solo le habían dejado los dos incisivos y las muelas—, aunque cuando estaba en el ejército Zeke prefería contar que se los había roto un marido celoso.

—Arriba —dijo Zeke dándole la espalda a Will—. King Kong te lleva a nadar.

Will era incapaz de imaginar a Zeke como King Kong: era demasiado delgado y demasiado pálido. Y además, King Kong no se paseaba por las piscinas.

—Tú no eres King Kong —respondió Will.

Aun así, se acercó a Zeke, que giró la cabeza y vio que Will caminaba hacia él.

—Bueno, es que no me sé el nombre de ningún monstruo de las profundidades marinas —explicó Zeke—. Tú imagina que soy uno de esos monstruos. Espera, ya sé: soy el monstruo de la Laguna Negra, de la laguna negra o de la azul, algo así.

Se señaló la espalda, en la que tenía una marca de nacimiento en forma de luna llena. Haveabud tenía lunares en la espalda. Will se acordaba de Haveabud levantándose de la cama y de los lunares que le salpicaban la espalda; tantos, que Will había entrecerrado los ojos como cuando trataba de identificar las formas que, de noche, las estrellas dibujaban en el cielo. Más que constelaciones, sin embargo, lo que parecían los lunares de Haveabud era un brote de sarampión. Will solo tenía un lunar, y estaba al lado de una de las rodillas. Su madre lo llevó al médico para que se lo viera. ¿Qué pensaría un médico de la espalda de Haveabud?, se preguntó Will. Aunque el agua no estaba fría, le entró un escalofrío.

—¿Te dan miedo los monstruos? —preguntó Zeke volviendo la cabeza y sonriéndole.

A los niños hay que prestarles un poco de atención, Zeke lo sabía. A los niños y a las mujeres. Antes de poder meterle mano a Susan, tuvo que invitarla a cenar seis veces, pero a la séptima triunfó: se anotó toda una carrera. Ahora no tenía más que pedirselo. Miró a Susan, que estaba tumbada sobre la toalla. Desde donde la contemplaba, sus muslos parecían montañas. Will pensó que quizá los lunares de Haveabud habían llegado volando a la espalda de Zeke como limaduras de hierro atraídas por un imán. Quizá una corriente invisible, como una corriente eléctrica, recorría el cuerpo de Zeke. Quizá subirse a su espalda no fuera seguro. Tendría que hacer como Haveabud, que siempre se las apañaba para deshacerse de lo que no quería. Cuando tiraba algo por la ventanilla del coche, Haveabud siempre decía: «Es orgánico». Los clínex eran orgánicos. Cuando lo hubo terminado, el crucigrama que había arrancado de la revista en la habitación del motel terminó hecho una bola que salió por la ventanilla porque era orgánico, igual que las anillas que Haveabud arrancaba de las latas de *ginger ale* Schweppes. Cuando ya habían llegado muy al sur y, con el golpe de calor, pudieron dejar las ventanillas abiertas, Haveabud cogió los calcetines y los sacó por la ventana: parecían banderitas a cuadros verdes y lavanda restallando al viento. Y entonces los soltó sin volverse a mirar adónde iban.

—¡Yuju! —grito Zeke cuando Will se montó en su espalda.

El grito de Zeke se parecía al que había lanzado Haveabud cuando soltó los calcetines. Will se acordó de la cara que puso Mel, que iba en el asiento del copiloto, cuando se volvió para mirar a Haveabud mientras los calcetines chasqueaban en la ventanilla. Era la misma cara que había puesto su madre cuando lo encontró en la bañera chapoteando sobre tres dedos de agua. O la cara que le ponía cuando decía una palabrota. Spencer no había prestado atención, estaba acostumbrado a los gritos de entusiasmo de Haveabud: los oía cuando Haveabud colgaba el teléfono tras concluir con éxito una llamada de negocios; cuando iban a ver a los Mets; cuando Haveabud derribó todos los monos de la caseta de tiro y ganó la serpiente de peluche, una serpiente superlarga y de color verde brillante que Haveabud enroscó en el perchero de su oficina. Antes se había llevado los rododendros de la recepción y los había colocado al lado del perchero para que pareciera que la serpiente salía de la selva.

—Un anatosaurio —dijo Will de repente; acababa de acordarse del nombre de un monstruo de las profundidades marinas.

—¿Qué?

—Son unos dinosaurios con una cabeza enorme y huesuda. Anatosaurio significa «lagarto pato». Nadaban en el agua y tenían un pico grande como el de un pato. Los dinosaurios iban por el agua. La gente los imagina correteando por la tierra, pero en realidad el agua también estaba llena de dinosaurios. El anatosaurio tenía la cabeza en forma de carretilla. Carretillas gigantes sobre unos cuerpos enormes metidos en el agua.

—Mierda —dijo Zeke—. No me cuentes estas cosas, que tendré pesadillas.

—Han desaparecido —le respondió Will—. Están todos muertos, aunque hay gente que dice que los ha visto. Las fotos que les hacen son falsas. Son fotos de la niebla, que cuando sube de los lagos tiene una pinta muy rara. Ya no quedan dinosaurios y nadie conoce el misterio de adónde fueron.

Estaba repitiendo lo que Spencer le había enseñado. Pero Spencer quería que alguien le demostrara que estaba equivocado, se le notaba. Tenía libros y artículos sobre avistamientos de dinosaurios, y aunque decía que no se creía lo que la gente veía, guardaba una lista de avistamientos y de posibles explicaciones: en una columna anotaba las palabras textuales del testigo, y en otra, sus propios comentarios.

—Tampoco hay ningún monstruo del lago Ness —dijo Will mientras se balanceaba en el agua subido a la espalda de Zeke—. ¿Y sabías que una vez fotografiaron a un albino que estaba en medio de una tormenta? Las fotografías se las hicieron con un objetivo de ojo de pez, pero la revista que las compró nunca las publicó.

—Deja de hablar de estas cosas —dijo Zeke—. Ya tengo bastantes monstruos en mis pesadillas.

—Los dinosaurios no son monstruos.

¿Ah no? ¿Y qué son? ¿Inofensivas animadoras?

—Han desaparecido —dijo Will—. No verás uno en tu vida porque ya no están en el planeta.

Spencer había insistido mucho en ese punto: a pesar de su tamaño, los dinosaurios habían desaparecido, todos. Habían desaparecido y, exceptuando a la gente que iba a los museos y veía sus esqueletos, nadie pensaba ya en ellos. Will movió los talones y dio una patadita a Zeke en el costado. Los dinosaurios habían desaparecido, pero todavía era posible arrear a los caballos. Zeke era un caballo en el agua. Ahora, en lugar de dinosaurios, podíamos ver caballos; su madre le había hablado de los ponis salvajes de Assateague y le había dicho que un día lo llevaría a la isla.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —preguntó Wayne mientras se frotaba los ojos.

—Somos fantasmas del mundo prehistórico que hemos venido a perseguirte —dijo Zeke, que oscilaba y se bamboleaba como si fuera un jugador de baloncesto y llevara el balón: se acercó a una canasta invisible, se alejó, dribló y se hundió en el agua.

Will empezaba a pasárselo bien. ¿Y si Zeke era un monstruo de verdad? Un monstruo demasiado alto y desgarrado, pero, a pesar de sus payasadas, un monstruo auténtico, una persona con poderes magnéticos en la columna vertebral. Zeke se hundió un poco y Will se calló; Zeke se sumergió por completo y Will se levantó y agitó los brazos como si estuviera conduciendo a su equipo a la victoria.

—Ve con cuidado con él —gritó Corky desde fuera de la cancha.

—Sabe nadar —dijo Zeke y, aturdido, Will gritó que sabía nadar.

Zeke oscilaba y se bamboleaba; la pelota no podía seguir suspendida en el aire durante tanto tiempo, el público empezaba a inquietarse. Las rodillas de Will se convirtieron en las orejas de Zeke, y sus manos, que apoyaba en la cabeza de Zeke, su casco. Los chillidos de Will se transformaron en el rugido de la multitud. Will iba montado en los delgados hombros de Zeke, que ahora era un hombre con una misión, un hombre en marcha, una persona a punto de alcanzar su objetivo: el otro extremo de la piscina, cerca de Wayne, el extremo más profundo.

De repente un coche subió a toda velocidad por el camino de entrada con la radio tronando. Del asiento del conductor se bajó un hombre pelirrojo; su acompañante se quedó en su asiento y bajó la música. El hombre miró por encima del techo del coche durante unos instantes y luego se dirigió hacia ellos. Mientras caminaba, la mujer del coche abrió la puerta que quedaba en el lado del copiloto. Extendió una pierna bronceada. Cuando sacó la otra pierna, Wayne vio que llevaba unas botas blancas, bajas y puntiagudas. El coche era un Mazda RX-7; el mejor después de un Jaguar, según Wayne. El hombre se les acercó algo vacilante; se subió las gafas de sol a la cabeza y entrecerró los ojos.

—Hola, ¿qué pasa? —dijo el hombre.

—Una fiesta en la piscina es lo que pasa —respondió Zeke. No le gustaba el modo en que el hombre caminaba hacia ellos. Si los tomaba por ricachones, quizá le pareciera un buen momento para robarles y largarse pitando. Había algo hostil en sus movimientos.

—¿Qué podemos hacer por ti? —preguntó Wayne mientras se ponía de pie. Él también se preguntaba qué estaría haciendo el hombre ahí. En el coche sonaba *We are the World*; la voz de Cindy Lauper surcaba el aire.

—Me preguntaba qué estaría pasando —dijo el hombre—. Iba a darme un chapuzón y no esperaba encontrar a nadie. —Miró a las mujeres y vaciló. Miró a Zeke, que le daba la espalda y, con Will a hombros, iba bamboleándose hacia el otro extremo de la piscina. Miró a Wayne y frunció el ceño—. ¿Sois amigos?

—¿Qué quieres decir? ¿Si somos amigos, o si somos amigables? —preguntó Wayne.

—Lo que quiero decir es ¿quiénes sois? —dijo el hombre—. Esta es la casa de mi madre.

Aquellas últimas palabras las pronunció con tono amenazante. Pero a Wayne lo tranquilizó saber por qué el hombre se había detenido. Cuando lo paraba la policía, no soportaba ver cómo el agente se acercaba a su coche.

Wayne le tendió la mano.

—Soy Wayne —dijo—. Tu madre tuvo la amabilidad de dejar que usáramos su piscina.

El hombre le dio la mano algo indeciso; todavía fruncía el ceño.

—Está en Nueva York —continuó Wayne. Eso era lo que tocaba: decirle a su hijo que estaba en Nueva York. ¿Por qué seguía perplejo?

—Continuad, por favor —respondió el hombre—. Si me perdonas, entraré en casa y llamaré a Nueva York.

Zeke dejó de jugar con Will.

—Por supuesto —respondió Wayne mientras se sentaba. Pensaba que ese día la piscina era suya. Se lo había dicho ella: ese día la piscina era suya. *Era legítimamente suya*. Observó cómo el hombre caminaba hacia la casa. Quisquilloso, pensó. ¿Por qué tenía que hacer una montaña de esa tontería? Se parecía a su madre, pero su frente solo llamaba la atención; en la de su madre, en cambio, el pelo nacía formando un pico muy bonito y las cejas dibujaban un arco precioso. Su madre tenía una cara muy despejada. El hijo era un quisquilloso que empezaba a perder pelo.

Corky se acercó a Wayne.

—Nada de lo que preocuparse —dijo Wayne—. ¿Por qué se lo toma así? Si quiere llamar a mamá, que llame a mamá.

Legítimamente suya.

Observó cómo el hombre abría la puerta trasera. Llamaría desde la Sala Florida, llena de mimbre blanco y plantas colgantes con florecitas rojas que

parecían bocas abiertas con unas lenguas bífidas que escupían. El vivero para el que Wayne trabajaba no tenía esas plantas. Las había buscado por simple curiosidad, para ver cómo se llamaban. ¿Quién se creía el tipo ese que eran? ¿Delincuentes?

Legítimamente mía, pensó Wayne. Puede que ella no supiera que Will y Susan irían a la piscina, pero ¿qué más le daban cinco personas en lugar de tres? Él había sido sincero: ya le había hecho saber que estaba casado. No iba a pensar que se daría un chapuzón sin su mujer, ¿verdad? Y la mayoría de parejas tenían hijos, ¿no? *Legítimamente mía*, volvió a pensar, pero esta vez lo que hacía era darse ánimos por si se presentaba algún problema. No era legítimamente suya, exactamente, eso lo entendía. Corky volvió a sentarse en la toalla que quedaba al lado de la de Susan, pero la conversación resultaba forzada. No volverían a disfrutar hasta que el hombre saliera de la casa y les diera sus bendiciones. ¿Qué se cree? ¿Que, como su madre tiene pasta, él es el puto Papa?, pensó Wayne.

Al cabo de unos minutos el hombre salió de la casa. Ahora trataba de aparentar un aire despreocupado. Wayne miró cómo se le acercaba caminando con las manos en los bolsillos. ¿Qué clase de hombre era, dejando a su novia en el coche con el calor que hacía? Su frente altísima brillaba al sol.

—Bueno —dijo el hombre meneando la cabeza como si aquella tontería suya lo hubiera divertido mucho—, eso me enseñará a confirmar mis planes con mi madre, supongo.

¿Por qué no os quedáis y os dais un chapuzón? —lo animó Wayne—. El agua está buenísima.

—¡Cariño! —La mujer del coche gritó.

—No. Perdón por la interrupción. Tendríamos que seguir nuestro camino.

De haber querido, podría haberme follado a tu madre, pensó Wayne. ¿Te molesta verme a mí y a mis amigos en la piscina? Y si me la hubiera follado, ¿qué?

El hombre se inclinó para darle la mano. Como si fuera a levantarme otra vez, pensaba Wayne. ¿El tipo ese había querido saber qué estaba haciendo ahí? Se lo había dicho. ¿Había querido comprobarlo? Lo había comprobado. Y además, aunque la piscina no fuera legítimamente suya, al menos estaba nadando porque la señora de la casa estaba loca por él. En cuanto ella regresara podrían ponerse a jugar a la bestia de dos espaldas. En el suelo de la Sala Florida, quizá, mientras el ventilador del techo giraba; en la habitación en la que había esperado mientras ella le firmaba el cheque y le decía: «¿Te

cansas de las flores? Cuando ves tantas, ¿te cansas, se cansa uno de las flores?».

La próxima vez que la viera aceptaría su oferta de algo «más sustancioso» cuando terminara de trabajar. Le diría a Zeke que volviera él con el camión. Habría cogido su coche y se la follaría, se la follaría porque tenía unos ojos bonitos y una frente despejada y porque ella quería que se la follara y, ahora, porque tenía un hijo a quien eso no iba a gustarle.

Corky y Susan hablaban en voz más alta. El hombre casi había llegado al coche. ¿Ves?, pensaba Wayne. Pillas a uno de estos tíos con pasta y te dejan tirada al sol como si fueras una de esas plantas que ruedan por el desierto. Qué, ricachones, ¿creéis que vuestra vida familiar es buena? Su marido siempre está en Nueva York y ella quiere follarse al tipo que planta arbustos en la pendiente, y cuando su hijo viene de visita no sabe que su madre está en otra ciudad. ¿Dirías que esa del coche era su mujer? ¿Una mujer que lleva botas blancas y le llama cariño?

Will quería saber quién era el hombre del cochazo.

—Nadie importante —dijo Wayne, y trató de decirlo en serio.

—Tendría que haberse quedado a darse un baño. No somos leprosos ni nada —dijo Susan mientras se peinaba su pelo negro.

Wayne se tiró a la piscina y, dando patadas, salpicó a Corky y a Susan, que estaban en el borde de la piscina; Susan dio un grito y Corky corrió a cubierto. Wayne quería recuperar el espíritu de diversión. El hombre y su novia ya se habían marchado. Que se quedaran con su deportivo, que él se quedaría con las llaves de la casa de su mamá. *Legítimamente mía*, volvía a pensar Wayne.

Will estaba sentado en los hombros de Zeke y se reía como un tonto. Observándolos desde el géiser de agua que estaba levantando con los pies, Wayne se alegró de que Will estuviera pasándoselo bien. En el fondo, él siempre confió en poder entretenerlo. Y si su amigo era el sustituto temporal, que lo fuera. Wayne dejó de dar patadas y nadó hasta donde hacía pie. Luego meó deleitándose en el chorro caliente de orina que le envolvía las piernas mientras observaba un punto fijo: Zeke, de pie donde el agua no lo cubría y con Will balanceándose sobre sus hombros. Si esa fuera su casa y tuviera las llaves, podría ir a mear adentro. Tal como estaban las cosas, lo único que podía hacer era tirarse a la piscina y mear dentro del agua. Un poco de orina no le haría daño a nadie. Y —como todos los que mean en la piscina— estaba convencido de que no era el único. Como los demás, y por enésima vez en su vida, Wayne se limitaba a dejarse arrastrar por la corriente.

Diecinueve

Sucedió en el suelo de la Sala Florida después de que Wayne se tomara dos tragos de Chivas con hielo. Se los habían tomado en unos vasos de cristal que, a medida que la tarde iba avanzando, hacían las veces de prismas y esparcían puntitos de luz en las anchas columnas blancas que separaban las puertas correderas de vidrio. Habían usado la manta que había en el sofá. Ella estaba más borracha que él y le informó de que la manta era versátil. Que a su marido le gustaban las cosas versátiles. Su hijo se había equivocado de fecha, le dijo, eso era todo.

A Elliott la habían operado. Tenía una cicatriz debajo de la tripa, en el lado derecho. Cuando estaba tumbada, sus pendientes hacían ruido al chocar contra el suelo de baldosas; eran unos pendientes largos de plata y ágata. Le explicó qué era el ágata.

—¿Notas el ágata fría en la lengua? —le preguntó ella mientras Wayne lamía la piedra.

Wayne no sabía de dónde habría sacado un nombre como el de Elliott. Los ricos solían bautizar a sus hijas con el nombre de algún tío rico y muerto. O les ponían de nombre algún apellido ilustre que no querían que se perdiera cuando la mujer adoptara el apellido del marido; adelantaban el apellido, como el goloso que se come el postre antes de la comida. ¿De pequeña la llamarían Ellie?

Jody tenía que escoger el nombre del primero y él, el del segundo. Pero no hubo segundo.

—A mi marido le gusta que lleve perlas de agua dulce —dijo Elliott—. Las perlas pueden ser de distintos colores, ¿sabes? No solo blancas. Pueden ser de color gris plata. De muchos colores. Pero el tacto de las perlas... no es duro como el del diamante. La formación de las perlas se debe a algún tipo de irritación; algo profundo de lo que es difícil deshacerse. Eso es lo que él piensa cuando me pide que las lleve, lo sé.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó Wayne arrodillándose entre sus piernas.

—Arbitrajes. Lleva unos calcetines que le llegan a la rodilla. Duerme con ellos puestos, igual que los mormones con la ropa interior.

El ventilador del techo.

—Cuando se acuesta se los baja hasta el tobillo, pero no se los quita. Se levanta a las seis. Un acupuntor le trata la espalda. Púas de puercoespín diminutas. Se relaja con una pizarra mágica que tiene: dibuja garabatos en su pizarra mágica y luego arranca la primera hoja muuuuy despacio, como si estuviera retirando una venda que estuviera muy pegada. A veces se levanta a las cinco y media de la mañana. Todos sus calcetines son negros.

Wayne no estaba acostumbrado a hacer el amor con mujeres que hablaban. Eran las piernas más suaves que había tocado jamás. No tenía vello ni en los muslos. Le pasó las manos por las piernas y sintió los músculos bajo la piel suave y resbaladiza. Vivía en Florida pero no estaba bronceada. Se acercó a un pezón y le lamió la areola con los ojos cerrados. Unos pelitos minúsculos lo sorprendieron como a veces te sorprenden las algas cuando estás nadando.

Ella lo tenía fuertemente agarrado entre las piernas. Todavía no la había penetrado, pero estaba empalmado; la besaba entre los pechos, con el pene, horizontal, apoyado en su tripa. Besitos. Besos de pasito de bebé. Uno dos tres; con cinco besitos podía llegar del seno derecho al izquierdo. Ella le tocó la punta del pene con los dedos, muy suavemente.

—El ámbar tiene que pulirse mucho —dijo Elliott—. Es una resina.

—¿Estás enseñándome cosas? —le preguntó Wayne mientras introducía la punta del pene. Dentro, dispararía perlas. Empujó un par de centímetros más. Ella sonreía agradablemente, como si se hubiera encontrado con un conocido por la calle. Cuando se corrió, hizo una mueca de dolor y puso cara triste, como si el conocido de la calle acabara de pisarla.

Él llevaba la camisa puesta. Elliott se hizo a un lado tirándole de la tela. Wayne tenía los calzoncillos y los pantalones en la silla de mimbre. Abrió la boca para respirar. Ella entró en el baño, del que salió vestida con un albornoz azul cielo con el cinturón colgándole por delante; arriba, a la altura del muslo, tenía una mancha.

—¿Quién es tu mujer? —le preguntó como si entre la pregunta acerca de su marido y su respuesta no hubiera transcurrido tiempo.

—Mi tercera mujer —respondió él. Que lo viera como un triple perdedor. A las mujeres les gustaban los hombres comodín.

—¿Sí? —Arqueó las cejas.

Wayne se le acercó. Ella estaba detrás de una barra de teca con el mostrador de vidrio azul; cogió una cámara y dirigió el objetivo hacia Wayne.

—Ni se te ocurra —le dijo quitandosela de la mano—. Nada de *souvenirs*. Volvió a dejarla encima de la barra.

—¿Algo suave? ¿Champán o cerveza? —le preguntó Elliott.

Cerveza.

De la nevera que había debajo de la barra Elliott sacó una cerveza y una botellita de champán. Se la pasó a Wayne, que aflojó el alambre y lo sacó. Como bozal para una tortuga de caja, resultaría estupendo. Lo dejó sobre la barra e hizo girar la botellita hasta que saltó el corcho. El vaso que ella le acercó tenía forma de tulipán. Vertió el champán lentamente y se detuvo cuando faltaban un par de dedos para llegar al borde. En su último cumpleaños había bebido champán con Corky. Elliott entrechocó el vaso con la botella de Wayne. Los dos dieron un trago. Una ráfaga cálida le recorrió el cuerpo y se instaló en su pene. Estaba detrás de una barra, de pie y sin calzoncillos, bebiendo con una mujer cuyo marido dormía con los calcetines puestos. Tomó un trago de cerveza, largo y frío. Tenía un sabor metálico; el sabor que se le había quedado en la lengua después de lamerle los pendientes. Elliott se remetiÓ el pelo detrás de las orejas; así parecía más joven. Tendría cincuenta años, probablemente. El ventilador giraba.

Se pasaba las manos por el pelo. Bonito, el color de su laca de uñas. Como si pudieras hundir las manos en fruta y el color se te quedara pegado. Se había acabado su champán. Wayne alcanzó la botella y vació en el vaso de Elliott el champán que quedaba.

—Bebe un sorbo —le dijo Elliott.

El tulipán transparente se acercaba a sus labios. Bebió un sorbo. La cerveza le había entumecido la lengua y no distinguía ningún sabor, solo un burbujeo. Las burbujas bailaron por su cuerpo durante unos instantes antes de hundirse y empezar a escocerle en el pene.

Elliott iba dando sorbos y desabrochándose el albornoz con una mano. Llevaba un sujetador de encaje negro muy escotado con una minúscula flor roja en el cierre delantero. Se terminó el champán. Wayne empezaba a tener una erección. El ventilador giraba. ¿A qué podía deberse su repentino éxito con las mujeres? Se diría que los ángeles hubieran conspirado para complacerlo. La florecita roja le recordó a las *Impatiens*. Pasar la azada por la tierra; cavar con la palita; trasplantar las florecitas. De color blanco, salmón y rojo. El trabajo de la semana pasada. Le puso las manos en la cadera.

—Tengo una cama —le dijo Elliott.

El reloj de la mesilla de noche hacía tictac. Will tenía un juguete, un trozo de cartón plastificado en forma de despertador y coronado por dos timbres, y él

hacía girar las manecillas, les daba vueltas y más vueltas. Los bebés siempre tenían la boca abierta cuando jugaban. Wayne le había enseñado a Will a chasquear la lengua; le había llevado mucho tiempo. Se alegraba de no tener que ser él quien le enseñara a Will a silbar. No era capaz de recordar si le había enseñado a Will a chasquear la lengua con el libro del arre-arre caballito o para que imitara el tictac del reloj. Tenía que volver a casa con Will y Corky.

Elliott se tendió a lo ancho de la cama; Wayne volvió a arrodillarse y bajó la vista. Para tener cincuenta años, estaba en muy buena forma. A juzgar por la edad de su hijo, a ella le daba unos cincuenta, año arriba, año abajo. «¿Iba con una chica?», le había preguntado Elliott. Ni siquiera había podido contactarlos en Nueva York; les había dejado un mensaje en el contestador. Susan había preguntado por qué no se bañaban con ellos. «No somos leprosos», había dicho. El hijo de Elliott se follaba a una chica que llevaba botas vaqueras blancas y que, ahora, Wayne imaginaba con tacos y punteras y espuelas de plata. Follaba con las botas puestas. Estaba desnuda, tumbada sobre un lazo de vaquero —un bellezón de *Penthouse* fotografiada con un filtro difuminado—, y luego se sentaba en un deportivo, un Mazda RX-7 aparcado en el camino de entrada de una casa de Florida. Teniendo en cuenta que quería complacer al hombre para que se casara con ella, en su grito de «¡cariño!» se había colado un retintín bastante amenazador. Sentada en el coche con esas botas, ella no era su mujer, desde luego.

Wayne cogió los suaves pies de Elliott —¡hasta sus pies eran suaves!— y se los apoyó en el pecho. Le pasó las manos por el lado de los muslos. Él le sonreía a ella y ella le sonreía a él. En la ladera de la colina de Elliott había unos arbustos plantados. Ella daría fiestas en la piscina a las que él no iría; bebería champán con sus invitados y todos repararían —vagamente— en que el jardín estaba floreciendo. Probablemente, el recuerdo del día en la piscina acompañaría a Wayne durante mucho más tiempo que a cualquiera de los invitados de Elliott. Will se lo contaría a Jody. Ella le preguntaría qué hicieron y Will le diría que fueron a nadar a una piscina muy grande. Y ¿qué iba a pensar Jody? Que él tenía amigos con piscina. Bajó la vista: Elliott tenía un mechoncito en la frente que el ventilador había levantado. Se frotaba el vello púbico; se pasaba los pulgares por la entrepierna, arriba y abajo, y con las puntas de los dedos lo acariciaba a él, justo en la parte de su cuerpo donde el vello terminaba para dejar paso a la más suave de las pieles. Imposible imaginar a Will en aquella posición, arrodillado delante de una mujer. Aunque terminaría arrodillándose, por supuesto. Y cuando le llegara la hora,

¿seguirían ofreciendo las revistas las mismas fantasías coreografiadas y vistas a través de gafas de sol? Damas victorianas con su *bustier*; chicas del oeste sin más prenda que unas botas blancas, con un mohín en sus labios rojos y carnosos y el pelo suelto sobre la almohada. Quizá para entonces los cascos espaciales ya se considerarían eróticos y esa cintura de avispa que el tipo anoréxico había reemplazado sería algo completamente distinto. Quizá la fascinación que ejercían los pezones se trasladaría a la clavícula. Quién sabe si cuando Will fuera mayor Jane Fonda dirigiría las tablas de aeróbic de los arcángeles o —en caso de que no le hubieran perdonado lo que hizo en Hanoi— tendría que valerse de su fuerza muscular para ir saltando entre las llamas del infierno.

Una vez le empolvó el trasero a Jody con una borla grande, le agarró el culo para acercárselo al estómago y la penetró; el polvo le dejó dos pequeñas lunas marcadas en el cuerpo.

Hanoi. De eso hacía tanto tiempo, como si hubiera sido en la guerra civil.

Jugar en la alfombra con el bebé Will de pies vacilantes. Esos zapatitos de bebé con cordones que les ponían: como tratar de correr con los piecitos metidos en unas rígidas botas de esquí. Flexibilidad cero. ¿Cómo iba a correr lo suficientemente rápido para ganarle? Aunque, a cuatro gatas, papi tampoco podía ir muy rápido. Las palmas no le dolían, pero las rodillas... con pantalones la cosa iba mejor. Las rodillas del bebé que subían arriba y abajo como el caballito de un tiovivo. Arriba-abajo, arriba-abajo. Tratando de correr, pero ¿cómo iba a correr con los pies metidos en unas botas de esquí? Saber que te pillarán. Saberlo y nada más. Grita y escápate corriendo, usa las rodillas, pero estás más inmóvil que un animal en un tiovivo. El oso grande y sonriente disfrazado de papi te pillará. Corre en círculos. Te pillará.

Con las manos ahuecadas y apoyadas en los huesos de la cadera de Elliott, le tiró del culo para acercárselo y penetrarla.

¿Qué debió de pensar Jody cuando se dio cuenta de que él no iba a regresar?

Y él, ¿regresaría aquí? ¿Con Elliott?

Estaba preparado para que Kate se marchara. Había sabido desde el principio que se marcharía y volvería a Nueva Jersey. Eso le dejaba tiempo para prepararse. Lo bueno de follar con otras mujeres era que cuando las dejabas —o te dejaban— podías recrear lo que habías hecho con ellas con la próxima amante, que se mostraría agradecida. E interesada. Muchos años después le había empolvado el trasero a Corky; antes, improvisando un poco, le había dado unos azotes en el culo. Y a ella le había gustado.

Por su mente cruzó: «¿Qué es la amniocentesis?».

Corky le hacía saber que se lo pasaba bien con Will y él se daba cuenta de que su hijo estaba encariñándose con ella. Con un tubito que le había comprado Corky, Will podía mirar el mundo y ver cómo se rompía en mil pedazos.

Tictac.

Esta vez la folló con más violencia. Dio tres o cuatro golpes secos y luego fue retirándose hasta que dentro de Elliott solo quedó la punta del pene. Le pasó las yemas de los dedos por los pezones y, agarrándole los pechos cada vez con más fuerza, empezó a acelerar en sus embestidas. Tictac. Dentro-fuera. Parecía un juego de niños un poco tonto, si te parabas a pensarlo. Dos adultos en posiciones raras. No era de extrañar que los niños se asustaran cuando se asomaban a una habitación y veían lo que no deberían ver. A veces las personas llegaban a hacerse daño de verdad. Y si no se herían entonces, terminarían hiriéndose más tarde: que el otro se niegue a hacer el amor o que te abandone duele, como duele ser uno el que abandona e intenta olvidar a la otra persona. El cuerpo siempre recuerda.

No era capaz de acordarse del nombre de las mujeres a las que se había tirado. Hubo un tiempo en que podía, pero ahora ya no. Y si las cosas seguían como le estaban yendo ahora, la amnesia estaba asegurada. Aunque ni siquiera había pensado en tirarse a la chica del Mazda —la que dijo «¡cariño!» con tono amenazante—, la idea de que Corky se dejara los zapatos de tacón puestos mientras se ponía de cuclillas encima de él le resultó interesante.

Había plantado arbustos de rododendro en la ladera de la colina de Elliott. Quizá cuando los mirara se acordaría de él y del ventilador que giraba, del teléfono que sonó y al que, al segundo tono, respondió el contestador automático, en los cubitos de hielo chocando contra la cubitera.

Mientras ella se corría, a Wayne le pareció oírlos otra vez. Tanto follar siempre le daba dolor de cabeza: lo que en realidad oía era mitad la avalancha que imaginaba y mitad el sonido que él mismo hacía, un gemido que se debía tanto al dolor martilleante como al placer que sentía.

Eso era lo que hacía mientras Corky se ocupaba de Will. Exhalar. Arrodillarse en una cama con una mujer debajo de él que se había vuelto boca arriba con un brazo doblado y extendido sobre los ojos. Él le besó el codo. Solo la besó ahí, y luego se puso de pie y esperó a que ella lo mirara. Como no lo hizo, él se dio la vuelta y fue a buscar la ropa a la otra habitación. Cuando llegó ahí, pasó detrás de la barra y se sirvió otra cerveza. Dejó la

chapa encima de la barra. Con la puerta de la nevera todavía abierta, cogió una de las botellitas de champán y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Estaba seguro de que ella no lo abrazaría cuando se despidieran. De que, aunque él decidiera entrar en la otra habitación para inclinarse sobre Elliott y besarla, ella no notaría la botella.

Estaba en lo cierto. Salió de la habitación. El ventilador giraba. Se había tumbado boca abajo. Wayne se acercó a la cama, le dio un beso en la coronilla y le alborotó el pelo. También le dio un beso en el centro de la espalda y en la zona lumbar. Luego se marchó; desde el principio había tenido la premonición de que sería así como partiría.

Dejó la puerta de la casa abierta. Cuando viera la puerta abierta tendría que acordarse de él.

La botella era como una bolsa de hielo pequeña. Se acordó de lo que Jody le decía cuando Will era pequeño: si te quedas de pie sobre agua fría, se te enfría todo el cuerpo; si en invierno te tapas la cabeza, estarás más caliente, porque por la cabeza se pierde mucho calor. Jody siempre le calaba a Will el gorrito de lana azul hasta las cejas. Todos los cuerpos estaban rodeados de corrientes de aire invisibles —aire frío y caliente— que se expandían y se disipaban.

Se detuvo durante un instante y miró la piscina. Se acercó y vio una abeja flotando, luchando por sobrevivir. El agua estaba bastante calmada; si la abeja llegaba a una hoja verde que quedaba a unos treinta centímetros de distancia, quizá podría salvarse. Pensó en alejarle la hoja, pero no lo hizo. Se volvió para contemplar la puerta abierta y se preguntó qué insectos entrarían en la casa.

Solo un hombre que hubiera escogido a la mujer equivocada en tres ocasiones sería capaz de abandonar a tres mujeres.

Miró la hoja: una hoja de arce en el agua, muy quieta.

Se dirigió hacia el coche y entró; se sacó la botella de champán fría del bolsillo de la chaqueta y la dejó en el asiento del copiloto.

En la vida había momentos —eran raros, pero a todas la vidas les llegaban— en que sabías clarísimamente lo que querías y lo que no querías, y por qué. En cuanto el coche arrancaba, sabías que ya no tendrías que volver a probar otro para decidirte, que este era el coche para ti. Al parecer, todas las mujeres se daban cuenta en el acto de si el vestido les quedaba bien o mal. Cuando la mantequilla de las palomitas que pedías en el cine estaba rancia, sabías que ya no podrías soportar el sabor de las palomitas nunca más. Wayne se acordaba del momento en que, de niño, dejó la toallita encima de la jabonera y pensó:

esto es ridículo, puedo lavarme el cuerpo con las manos. Nunca más volveré a usar toallita.

Ese día Wayne vivió otro de aquellos momentos. Solo en el coche, sabía que daba igual lo que Corky quisiera y el precio que él tuviera que pagar para negárselo: no quería volver a mirar por el retrovisor mientras conducía para ver la expresión en la cara de su hijo, nunca más. Un niño que, si subía las ventanillas del coche y lo aparcaba bajo el sol de mediodía, moriría; un niño que sentiría blando y flácido al cogerlo en brazos y cuya boquita acercaría a la suya, respirando. Respirando.

Esas cosas pasaban. No salían en el periódico, pero pasaban todo el rato. Los niños se morían en la cuna. Se ahogaban en el coche. Podían ser hijos de monja que terminaran en el cubo de la basura. Un tigre del zoo podía arrastrarlos a su jaula; podía sumergirlos en el agua un caimán que más tarde, cuando alguien lo cazara y lo abriera en canal, revelaría al niño muerto en su interior.

Todas aquellas cosas serían horribles, pero lo peor, lo peor de todo, sería transportar a un niño dormido y desplomado sobre su sillita con el cinturón atado como si todo estuviera tan bien dispuesto que la criatura en caso de que el coche se transformara en un cohete y fuera puesto en órbita, ni tan siquiera notaría el latigazo. Si cedías, podías terminar parando un millón de veces para ver cómo estaba.

El movimiento del coche dormiría al niño. Y el niño, dormido, podría estar muerto. Ya no tendría que volver a cantar o a hablar en el coche —a hablar solo, como un loco— para tratar de mantener al niño despierto. No tendría que romper a sudar mientras paraba en el arcén de la autopista para comprobar que el niño, con la cabeza ladeada, expulsaba por las fosas nasales una diminuta porción de aire. Nunca volvería a enredar con las correas pensando en los pocos segundos de los que disponía para que, al final, el niño terminara abriendo los ojos con aire perplejo, preguntándose por qué papi estaba tan frenético. ¿Papi se había puesto a escarbar como un animal preparándose para el invierno? ¿De repente, en pleno julio? ¿Papi estaba jugando? Si el ombligo del bebé al que los dedos de papi parecían hacer cosquillas era la nuez, ¿sería papi la ardilla?

Con los niños siempre parecías totalmente fuera de control. En la playa, cerca de la orilla, siempre gritabas demasiado sin darte cuenta de lo bien que se te oía. Algunas cabezas se volvían a mirarte. En la montaña rusa te enloquecías y agarrabas al niño con las dos manos, y eras tú quien se sentía en

peligro mientras el coche aceleraba y caía en picado. Agarrabas al niño con demasiada fuerza y le hacías daño.

Nunca. Nunca jamás. Antes de que la aguja perfora el útero en el que el feto yace hecho un ovillo, que se te clave en el corazón y te lo atraviese.

En la nota que había dejado en la mesa de la cocina, Corky decía que habían ido a casa de Corinne y Eddie a ver una película de vídeo. Así a Wayne le quedaría tiempo para sentarse tranquilamente en la silla de la cocina. Para concentrarse en respirar acompasadamente.

La había dejado tumbada en la cama, atravesada en la cama con el ventilador girando y la puerta abierta.

Empujó la botella de champán hacia el fondo de la segunda estantería de la nevera, encima del montón de cosas. Podría mentir tan espontáneamente acerca de dónde la había sacado, que ni siquiera tenía que molestarse en pensar nada.

Tal vez parte de su agotamiento se debiera a que había estado follando y bebiendo y follando otra vez.

Había plantado rododendros en la ladera de su colina.

Cerró los ojos e imaginó una abeja zumbando en el dormitorio de Elliott. Una abeja sobre su cuerpo desnudo que el viento llevaba como si fuera una hoja, empujada por las corrientes del ventilador del techo.

Quizá sonriera cuando viera la puerta abierta. A ella le gustaba su aire arrogante. Le gustó que se hubiera quedado en la Sala Florida haciéndole saber con la mirada que la entendía: ella quería darle algo más que un cheque para entregar a la empresa de jardinería.

Wayne decidió que se tomaría su tiempo antes de ir a buscar a Corky; se dio una ducha rápida, se secó, volvió a la cocina, cogió una cerveza de la nevera y tiró la chapa a la basura. Vio un cartón: Corky le había comprado a Will unos cantillos y una pelota.

Cuando fue a la casa de al lado y gritó «hola» mientras abría la puerta mosquitera, oyó que, al fondo, Corky y Eddie le respondían.

Estaban viendo *Dirty Dancing*.

El «hola» de Corky era alegre y falso.

Will estaba sentado en el suelo con la pelotita que le habían regalado en la mano, haciéndola girar sin parar como si fuera uno de esos rosarios de cuentas antiestrés. Aquella tarde había recibido una llamada de Jody: quería que le hiciera un favor. Quería que volviera a Nueva York pronto —antes de que pudiera ver a Wag, si volvía cuando ella lo necesitaba no tendría tiempo de verlo— para que les hicieran una foto que saldría en el número de julio de

Vogue. Sería una de las cinco mujeres a las que fotografiarían con su hijo, una foto a toda página. Y su exposición se inauguraba en julio. Le haría un favor inmenso. Se lo devolvería: si Will volvía de Florida antes de tiempo para que pudieran hacerles la foto del *Vogue*, Wag pasaría el verano con ellos, el verano entero.

Todos fingían que no había nada decidido.

Will hacía rodar la pelotita negra por el suelo, adelante y atrás, como si estuviera estirando una bola de masa. Si había venido a Florida era para ver a Wag. ¿Por qué no lo sabía su madre?

Él no conocía a su padre.

Corky se esforzaba demasiado por complacerlo.

Lo de Spencer y Haveabud en la habitación del motel se lo contaría a su madre, solo a ella.

Aunque no se lo contaría a menos que ella preguntara. Puede que se lo preguntara cuando él ya hubiera regresado, sentada en su cama.

Will desvió la mirada y, sin detenerse en su padre, la fijó en la ventana. La oscuridad era un lunar inmenso en la espalda de un gigante. El gigante estaba apoyado contra la ventana. Dentro estaba lo que pasaba en las casas; fuera estaba sentado el gigante. Will no sabía muy bien qué era lo que ese gigante miraba. ¿Sería posible que mirara la historia entera? Que se sentara como Will se sentaba en la silla de clase, estudiando la historia entera que se movía ante él como una película interminable. Quizá el mundo entero fuera una película y el gigante estuviera mirando cómo los dinosaurios atrapaban lagartos, se metían en charcas y arrancaban arbustos para comérselos.

Veinte

La pelota y los cantillos —que Corky había metido en una bolsa de plástico cerrada con una tirita de alambre recubierta de plástico amarillo— terminaron en la maleta de Will, igual que la camiseta en cuyo pecho se veía una playa de arena con gente tumbada en toallas de rayas, el agua lamiendo la orilla y unas gaviotas descendiendo en picado. En la espalda había tres gaviotas más, pero en vez de ascender recortándose contra el cielo azul, sobrevolaban un algodón blanco. Corky había dejado que Will escogiese la camiseta que quisiera y él había cogido la de las gaviotas.

Corky le había comprado a Will unas chancletas para que las llevara en la playa. Su madre ni siquiera le había metido calzado de playa en la maleta. Corky pensó en preguntarle a Will si quería guardar las chancletas en el armario de la entrada, con las suyas y las de Wayne, pero luego decidió no hacerlo: las cosas de Will eran de Will. Si le gustara la idea de que en esa casa quedaran cosas suyas, lo habría dicho.

Corky puso unos algodones desmaquillantes a los lados de la piritita y el ágata que le había comprado a Will en la tienda de las piedras: pequeñas almohadillas de algodón blanco, iguales que ruanadas de pan de molde, con las que proteger las láminas y los discos.

Will le daba lástima. Ella lo habría llevado en coche a ver a Wag —habrían ido y vuelto el mismo día— pero todas las chicas de la tienda se habían puesto enfermas y ella era la única que podía ayudar a Marian. Se alegraba de no haber sugerido la posibilidad de un viaje con Will, porque después la decepción habría sido mayor.

Corky y Wayne y Will habían visto a los pescadores, habían contemplado la puesta de sol y habían comido gambas fritas en el restaurante de marisco. La cena de Will, una de las que ofrecía el menú infantil, se llamaba El capitán Nemo. Le habían dejado que fuera a buscar un juguete al cofre del tesoro y había vuelto con una cámara de fotos de plástico. Cuando mirabas por el visor y apretabas el botón, primero veías una estrella de mar, luego una ballena y al final una escuela de pececitos plateados.

—¿Cómo ven las gambas? —había preguntado Will.

—Tienen cabeza. Cuando las limpian se la quitan —respondió Wayne.

—Cuando limpian las langostas no les quitan la cabeza —dijo Will.

—A las langostas no hace falta limpiarlas para comérselas.

Ahora Corky miraba a Will, que estaba sentado en la cama observando cómo ella le metía las cosas en la maleta. Nueva York tenía palomas; Florida, gaviotas y pelícanos. Nadie tenía dinosaurios. Lo que Haveabud y Spencer habían hecho quizá tendría algo que ver con los dinosaurios; ya no quedaba ninguno, pero quién sabe si Haveabud y Spencer andaban enfrascados en un ritual para recuperarlos. Por eso el ritual tenía que ser privado; los secretos debían susurrarse. Y él tendría que mantener la boca cerrada, eso por descontado. Pero si su madre le preguntaba... ¿Sería el ritual de Haveabud parecido al que celebraban su madre y Mel? ¿Una ceremonia nocturna para que los dinosaurios volvieran a la Tierra? Si pudiera ver lo que hacían... Si su madre le preguntaba. En la televisión, Perry Masón hacía preguntas en los tribunales. Cuando oía una respuesta que no le gustaba, miraba hacia un lado con su ojo de lince y luego lanzaba una pregunta todavía más difícil.

—Meto las chancletas —dijo Corky con un ligero deje de interrogación en la voz.

Will hizo chocar los dedos de sus pies descalzos. No podía llevar zapatos cuando ponía los pies encima de la cama. Aunque no era una cama, en realidad, sino un sofá que se convertía en cama. Al principio el maniquí de costura de la esquina lo había asustado: parecía un guerrero esperando una señal para entrar en batalla.

El G. I. Joe ya estaba en la bolsa con cremallera en la que había llegado. Igual que una bolsa de cadáveres, pensó Corky. Le preguntó a Will si le dejaba la bolsa fuera de la maleta para que pudiera llevarla consigo en el avión. Will asintió con un movimiento de cabeza. Wayne estaba ayudando a Eddie a arrancar el cortacésped.

Probablemente a las langostas les dejaban la cabeza porque eran más grandes. Las langostas lucharían porque eran grandes, y las gambas no, porque eran pequeñas. En una pelea entre una langosta y una gamba, ganaría la langosta. Ganaría la de los ojos negros, ojos como cuentas. Haveabud y Spencer tenían los ojos oscuros. Ojos castaños con pupilas negras. Haveabud era una langosta, y Spencer, una gamba. A Spencer le daría miedo pelearse con Haveabud.

¿Por qué no podía su madre darle a la revista alguna de las fotos suyas que tenía?

Corky metió los pantalones cortos de Will y su ropa interior en la maleta. Lo había lavado todo. La madre de Will le había doblado los calcetines, pero Corky los había emparejado de otro modo, pasando el elástico de un calcetín

sobre la bola que había formado con el par. Así era como llegarían sus calcetines a casa, para que Jody viera cómo lo hacía ella.

La madre de Will le había metido en la maleta una camisa blanca y una pajarita. Corky pensó que, con eso, Will parecería un hombre de negocios enano. Los únicos pantalones que Jody le había metido eran tejanos.

Un pijama de cloqué. Los niños pequeños deberían dejar que les pusieras el pijama. Cuando crecieran dormirían en ropa interior. Cuando se fueran de la casa de sus padres dormirían desnudos.

Will miró a Corky mientras ella doblaba el pijama de cloqué. Pasar la mano por el cloqué era como pasarte las manos por el cuerpo cuando tenías picaduras de insectos.

Corky metió en la maleta la cámara de plástico de la marisquería —la foto que se veía ahora era la de la ballena— y el libro de piedras que le había comprado. Y un individual con un mapa de la zona. Y un centavo de cobre que, aplastado, ahora era un *souvenir* de Florida en forma de óvalo. Quizá a Mel se le ocurriría cómo colgarlo de una cadena para que su madre pudiera llevarlo de collar. Antes de que se fueran de Nueva York, Mel le había enseñado un anuncio de anillos de brillantes de una revista y le había pedido que adivinara cuál le gustaría más a su madre. Mel señaló la letra pequeña a pie de página: Los anillos que se mostraban estaban ampliados para que se apreciaran los detalles. Mel podía comprarle a su madre un anillo de brillantes, y él, un centavo finísimo colgado de una cadena.

Violeta: amatista; verde: jade. Aunque rosa también podía ser jade. El hombre de la tienda de cristales le había dado una piedra rosa muy lisa. Mientras Corky trabajaba, Will había ido andando por el centro comercial hasta la tienda de los cristales y le había hecho un dibujo al hombre, un dibujo a lápiz en una libreta. A cambio, el hombre le había regalado esa piedra tan lisa que Will, muy orgulloso, le había regalado a Corky. En la tienda de los cristales vendían cadenas con unos discos metálicos y tubos de pegamento; así podías hacerte un llavero con cualquier piedra que compraras en la tienda. Will le propuso a Corky que lo hiciera y ella le dijo que le parecía una idea excelente.

El maniquí de costura se parecía más a un esqueleto que a un guerrero, le dijo Corky cuando, después de encender la luz, hizo girar el cuerpo descabezado y se lo enseñó. Sin cabeza, ¿qué daño iba a hacerle?

Los dinosaurios de los museos eran esqueletos.

El maniquí no tenía cabeza, igual que una gamba a la que se la hubieran quitado.

Era inofensivo: una forma, una sombra. Nada de nada.

En Virginia, en su tienda de campaña, había fabricado unos muñecos marcianos con Wag: cajas de clínex derechas con un platito de café boca abajo por cabeza y tiras de una mopa vieja pegadas al platito con cinta adhesiva. Las cajas se entregaban a una danza iluminadas por una linterna que tenían detrás y que, enfocada hacia arriba, alumbraba a contraluz unas formas que bailaban en un campo de clínex blancos. Las linternas eran el sol que salía mientras los marcianos-caja celebraban su ceremonia secreta.

Si todos los dinosaurios se hubieran refugiado en cuevas. Y si algún día volvían a salir como los murciélagos, que vuelan al anochecer.

Su madre le había contado que el hombre que sería rey de Inglaterra no se plantó ante la mujer con quien quería casarse para pedirle que se casara con él. El rey le había dicho: «Si yo te preguntara...» para poder saber de antemano lo que ella respondería.

Si su madre le preguntara.

Corky metió la mano debajo de la almohada y cogió un Bugs Bunny con el cuerpo naranja y flexible. Bugs sostenía una zanahoria naranja rematada por un manojito de plástico verde. Tenía unos incisivos grandes y blancos; seguro que para limpiárselos seguiría el consejo de la Señora de los Dientes y se pasaría la seda dental todas las noches.

Corky le preguntó a Will si metía a Bugs en la bolsa; si no lo metía se lo olvidaría debajo de la almohada, seguro. Will asintió con la cabeza. Pero no: no quería que Bugs terminara con G. I. Joe en la bolsa con cremallera. G. I. Joe se sentiría insultado, tan insultado como un soldado que tuviera que compartir barracón con un conejo. Si el conejo fuera una mascota, eso sería otra cosa, pero Bugs era del mismo tamaño que G. I. Joe, aunque más flaco. Tendría que ir en la maleta. Metido en el bolsillo de la camisa blanca que había llevado en el viaje de ida ya estaría bien.

Corky cogió la pajarita y se la colocó debajo de la nariz y Will se rio. Fuera, el cortacésped arrancaba: Eddie había vencido. Los de la casa de al lado siempre ponían el mismo disco. Si él ponía un disco más de una vez, su madre se quejaba. Cuando eras mayor podías poner los discos que quisieras siempre que quisieras. Pero el cortacésped ahogaba el sonido. Había que cortar la hierba, eso lo sabía todo el mundo. Todo el mundo en Virginia y en Florida. En Nueva York, en cambio, no se oía más que el chasquido de las tijeras de poda cuando la hermana del hombre de abajo venía a cortar las ramas. En Nueva York también se oían petardos y disparos. En la sala de juegos del centro comercial en el que Corky trabajaba había oído los sonidos

de Nueva York. Había entrado a investigar y ella lo había seguido: sonidos de asteroides que estallaban y de velocísimos coches que chocaban. Helicópteros que no conseguían esquivar las azoteas de los rascacielos y explotaban. Alarmas y sirenas. Una lluvia de puntos dirigidos a blancos que iban cayendo sin seguir una pauta predecible.

Wayne estaba sentado en los escalones de la entrada de la casa de Corinne y Eddie dando sorbos a una Shlitz. Levantó la lata de cerveza como si estuviera brindando con Eddie, quien ladeó la cabeza mientras empujaba el cortacésped. Si Wayne no hubiera conseguido que arrancara, a Eddie se le habría caído el culo; Corinne le había suplicado que comprara un cortacésped nuevo. Sabía que cuando tuvieran invitados, justo entonces, el cortacésped volvería a dejarlos tirados y en la tienda tardarían una semana en arreglarlo.

Corinne estaba de buen humor. De pie en la entrada con el bebé apoyado en el pecho, miraba a Eddie con la misma admiración con la que lo contemplaría si estuviera corriendo las quinientas millas de Indianápolis. Wayne se volvió y le dijo algo, y ella sonrió. Lo que probablemente no le estaría diciendo era que Eddie iba a volver al equipo de *softball*.

Así eran todos: Eddie, confiando en que el cortacésped no se le calaría — eso parecía, a juzgar por el ruido que hacía—, empezó a cortar el césped muy decidido; Corinne estaba de pie delante de la mosquitera; Patsy Cline cantaba; Wayne levantaba la lata de Shlitz y la inclinaba apresurándose para terminársela porque charlar con Corinne le resultaba difícil.

Corinne fue la primera en reparar en el coche de policía. Se movía despacio, con las ventanillas bajadas. Se oía la radio: palabras confusas y chisporroteos. El coche pasó de largo y se paró en el bordillo, delante de la casa de Wayne. Corinne dio unas palmaditas en la espalda del bebé, como si quisiera tranquilizarlo, y observó cómo los polis salían del coche. Uno llevaba algo delgado y rectangular. Ambos la miraron desde el umbral con cara impasible. A Corinne no le pareció que estuvieran de colecta para el baile de los bomberos. Pero los policías no se encargaban de la colecta del baile de los bomberos, claro. Eso lo hacían los bomberos. Las colectas de la policía eran para...

El miedo se agazapó justo detrás de la garganta de Wayne, como si la comida se le hubiera ido por el otro lado.

Eddie miró a Wayne y a los policías que subían por el camino del jardín de Wayne. El verano pasado había ayudado a Wayne a colocar el enlosado.

Wayne quería dejar mucho espacio entre piedra y piedra, pero habrían crecido hierbajos. Eddie se alegraba de que Wayne le hubiera hecho caso y hubiera colocado las piedras más juntas. Paró el cortacésped.

Corky abrió la puerta. Wayne podría haberles cortado el paso, pero todo sucedió demasiado deprisa. Y a la policía no se le puede cortar el paso. Que Wayne supiera, lo que más se le acercaba era lo que solía hacer un tipo con el que había trabajado hacía años: tenía un anillo de masón guardado en la guantera del coche que siempre sacaba cuando algún poli lo paraba por infringir alguna norma de circulación.

Corky empujó la puerta para abrirla, se volvió y miró a Wayne, que estaba sentado en los escalones con la lata de Shlitz en la mano. Sería la última cerveza que se tomaría antes de que su vida cambiara. Corky, que lo miraba a través de la distancia que separaba las dos casas, se volvió como si fuera un faro y él, el barco que se alejaba. De repente, mientras él la miraba, le pareció altísima. Cada vez quedaban menos faros. Ahora todo era electrónico. Había pensado en comprarse un barco. Una barquita que tendría en el muelle. Hasta un bote de remos le habría ido bien. Lo amarraría con una cadena. En el muelle, donde pescaban los pescadores.

Cuando el poli le preguntó si era Wayne, asintió en silencio.

El otro poli tenía pinta de ser de los que te roban a la novia. Guapo y sin escrúpulos. Costaba imaginar qué papel le tocaría en caso de que hicieran de Poli Bueno y Poli Malo: si hacía de Poli Bueno, a los hombres les caería mal de todos modos —era guapo y te miraba con cara de «jódete»—; si hacía de Poli Malo, no resultaría convincente en su papel: los malos no tenían esa pinta. No tenían pinta de salir en las películas. Si esto fuera una película, el suspense iría en aumento. Nadie sacaría los dedos de la caja de palomitas. Wayne dejó la lata de cerveza en el suelo.

Había una fotografía. Una foto pequeña de Kate en una tabla sujetapapeles.

Wayne movió la cabeza cuando le preguntó si la conocía. El poli sujetaba la tabla como si estuviera pronunciando un discurso, bajando la vista para refrescar la memoria. Ahora tenía a Corky delante. ¿De qué iría el discurso? Lo único que había en la tabla sujetapapeles era una foto de Kate sonriendo.

El otro poli sacó un frasco de pastillas del bolsillo. Wayne frunció el ceño. Ahora estaba de pie; cuando se levantó del suelo, los dos polis dieron un paso atrás. Eddie había llegado con uno de los polis. El cortacésped seguía en medio del jardín. Detrás de la máquina, la hierba ya estaba cortada, mientras

que delante seguía alta. La situación era mala. ¿Qué le enseñaba a Wayne el poli?

Un frasco de pastillas con el nombre de Corky. No sabía que había estado enferma. Era su nombre y su dirección; ¿habían venido a interrogarla por eso? Con una foto de Kate, seguro que no. La sonrisa de Kate parecía completamente fuera de lugar.

El poli guapo le preguntó a Corky si la foto de Kate le resultaba familiar.

Corky miró a Wayne. Esa mujer era la amante de Wayne. Se había buscado una mujer que no se le parecía en nada. Corky movió la cabeza: no.

Wayne preguntó si había algún problema con el frasco de pastillas.

El lugar donde lo habían encontrado, respondieron los agentes. En un coche alquilado. Se había caído debajo del asiento. En el coche también había bastante cocaína. ¿Sabía algo de la cocaína?

¿Cocaína?

Cocaína. ¿Conocía a la mujer de la foto?

Kate.

El poli con la tabla sujetapapeles asintió en silencio. El otro bien podría estar posando para que le sacaran fotografías: espalda cuadrada, barbilla noble. Alto y elegante con su uniforme.

Corinne rezaba para que Eddie no tuviera nada que ver con eso. Siempre supo que Wayne le traería problemas. Era un tipo huraño. Uno de esos hombres que son uña y carne con otros tipos y miran a la mujer del colega como si estuvieran observando una cesta de pan: otra rebanada de pan cortada en diagonal. Predecible. Wayne le traería problemas. Estar ahí, de pie y escuchando, era como mirar un accidente: no resultaba agradable, pero era imposible seguir adelante. El futuro de Wayne y Corky se desplegabá ante sus ojos.

Patsy Cline cantaba *You belong to me*.

Todos miraban a Corky. Lástima que fueran ellos quienes tuvieran las pastillas de Ativan de Corky, pensó el agente Pasani mientras su compañero le leía a Wayne sus derechos; quizá ella las necesitara. En las películas, la mujer de la foto estaría escondiéndose en el desván de Corky y Wayne mientras ellos hablaban. Pasani echó una mirada a la casa: sin buhardilla. Quizá hubiera algún espacio por el que gatear. Que una mujer como Kate se escondiera en el desván solo pasaba en las películas.

—¿Vas a fiarte de lo que dijo un recepcionista de motel, o nos llevamos también a la parienta? —preguntó Pasani a su compañero.

De repente, Wayne se abalanzó sobre Pasani, que se limitó a apartarse. Wayne había arremetido contra el vacío, igual que en una película de dibujos animados. Esposarlo sería una buena idea, eso lo había pensado Pasani desde el principio. Y ahora esta era su oportunidad. Las esposas hicieron un buen ruido, clinc, sonaron igual que en las películas.

Will estaba en la bañera dándose un baño con Bugs —a quien había sacado del bolsillo de la camisa— y con algunos dedales de la colección de Corky. Dejarle que jugara con los dedales le había causado un buen problema a Corky: aunque no creía que el niño pudiera cometer el error de tragarse uno, consideraba que era demasiado pequeño para andar jugando con dedales y demasiado mayor para que tuvieran que advertirle que no se los tragara. Will iba vaciando el agua de los dedales; había apoyado a Bugs Bunny en sus rodillas y vertía pequeñísimas cantidades de agua sobre los dientes y la zanahoria.

Mel le había regalado una radio que podía usar en el baño sin riesgo alguno. La había traído a Florida. Estaba apoyada en la tapa cerrada del retrete. Estaban entrevistando a un director de cine. Sí, decía el director, a él le habían pasado cosas así; había tratado de reprimirlas, pero al final descubrió que tenía que hacer una película. Era terrible, sí, pero en cierto modo también era maravilloso.

Lo de darle al blanco —los dientes de Bugs— empezaba a dársele bien a Will; por mucho que levantara la mano, casi siempre acertaba. Pero como en el dedal cabía una cantidad de agua muy pequeña, enseguida tenía que volver a empezar. La espuma empezaba a desaparecer. Cogió el frasco y lo apretó para que cayera al agua más pringue de burbujas mientras con los pies daba patadas para formar espuma.

Fuera, mientras Wayne escupía en el suelo, Pasani giró la cabeza y preguntaba a Corky si habían perdido al gato. Su compañero estaba conduciendo a Wayne al coche.

—No tenemos gato —dijo Corky.

Así que el gato que habían encontrado muerto en el coche no era suyo. Había sido una corazonada, nada más. Cuando encontrabas un coche de alquiler en el aparcamiento de un centro comercial y en el maletero había cajas —cajas de cartón normales y corrientes— llenas de cocaína, te venían las corazonadas. Un vendedor que sabía que un gato estaba en peligro había llamado a la policía. Qué ironía: con la cantidad de gente que se pegaba un Garfield a la ventana del coche con ventosas, y esta vez alguien se había dejado en el coche un gato de verdad que se había muerto por culpa de la

temperatura del interior del vehículo. ¿Quién tenía tanta cocaína como para dejarla tirada en un aparcamiento con el gato encerrado dentro del coche? La mujer que había aparcado el coche no había embarcado en ningún avión durante las últimas veinticuatro horas, no con su nombre, al menos, pero había muchas maneras de salir de Florida sin tener que volar, por supuesto, aunque llevara un billete de avión. Su madre dijo que llevaba un billete de avión. Les enseñó la agenda con la hora de salida de su hija apuntada en boli, no a lápiz: era algo de lo que su hija había estado muy segura.

La escena de la anciana llorando en la comisaría había sido patética. Cuando llegó el momento de pensar en la incineración del gato se puso histérica. Un gato, decía, que no había llegado a conocer.

El frasco de pastillas de Corky se había caído de la chaqueta de Wayne. Ahora que las chaquetas grandes estaban de moda, solía ponerse la de nailon azul de Wayne para ir al trabajo. Pensaba que había perdido las pastillas por la casa, aunque ni siquiera estaba segura de haberlas perdido porque no se había tomado ninguna. Frunció el ceño como si las pastillas fueran las responsables de aquel desastre.

Marcharse esposado era un desastre. Eddie tuvo una visión repentina: Wayne tomaba el bate corto para tocar bola. Dos manos resbalaban hacia adelante. La bola caía en seco. Suficiente para sacar al tipo de la tercera base y que Wayne llegara a la primera.

Pasani y su novia habían ido a bailar al mismo Hyatt cuyo recepcionista se había acordado de Wayne y Kate. Si eso fuera una película, se habrían incluso cruzado una noche en el bar; Pasani, con los zapatos italianos de suela fina que Jeanelle le había regalado por su cumpleaños, la sacaría a la pista para bailar un *swing*. Él los llamaba «zapatos de gigoló», pero en el fondo pensaba que tenían estilo. Le gustaría llevar unos zapatos así cada día. Le gustaba bailar con Jeanelle y verla dando sorbos a un cóctel rosa: daiquiri de fresa. La mancha de pintalabios del borde de la copa apenas si era un poco más oscura que la mezcla que esta contenía. Quizá estuvieron ahí la noche que Wayne y Kate salieron de fiesta.

Mientras caminaba hacia el coche, Wayne se acordó de la puerta de la casa de Elliott: la puerta abierta. Se preguntó si terminaría entre rejas; si le creerían cuando dijera que no sabía nada. Si la gente daba por sentado que eras culpable de una cosa, tenías que ser culpable de otra también, por fuerza; eso era algo que había sabido toda la vida.

El diálogo de la película del director lo interpretaban actores en la radio, y al entrevistador le gustaban sus palabras. Estaba asombrado, decía, por lo bien

que el director había sabido captar a aquella gente; gente a la que —si el entrevistador estaba en lo cierto— el director no veía desde su infancia. Pero ¡ay!, en aquellos tiempos todo era tan intenso, decía el director. Y cuando estaba rodando la película, ¿qué sintió al volver a ese país? Era mi país y sigue siendo mi país, decía el director. Aunque esto sea algo en lo que no todo el mundo repara, no por ello deja de ser cierto: siempre llevas a tu país contigo. Lo llevas en la piel, como una señal de nacimiento; o dentro del cuerpo, como si fuera una costilla. Como el corazón.

Aunque el único que veía su gesto era el entrevistador, el director se daba golpecitos en el pecho con la punta de los dedos. Era un gesto sincero —honesto, por tópico que resultara— que hizo que el director le cayera bien al entrevistador y que este se abstuviera de pillarlo por sorpresa leyéndole un fragmento de una crítica negativa. Seguiría con algo positivo; decidió pedirle que le hiciera una descripción física de su país. El director empezó a hablar de las montañas.

Will se miró las manos. Tenía la piel de la punta de los dedos arrugada y las cutículas muy blancas, igual que las lúnulas que crecían cerca de las cutículas. Se tocó las manos y las notó raras. Se frotó los dedos contra las piernas, arriba y abajo. Había pasado mucho rato en la bañera. Corky había mantenido su palabra: ya era lo bastante mayor como para bañarse solo y no lo molestaría.

Por respeto a Bugs, cuando empezó a jugar con sus manos lo enroscó alrededor del canalón en lugar de dejar que se hundiera en la bañera. ¿Habría en el mundo algún contorsionista que, como Bugs en el canalón, fuera capaz de retorcerse hasta formar un círculo completo? En caso de que lo hubiera, quizá Will podría verlo un día en el circo.

Pero ¡ay!, las plagas que infestaban los castaños... decía el director. Su silencio fue desdibujándose; se preguntó en voz alta si estaría siendo demasiado nostálgico, si hablaba de la vida como si la única estación fuera la primavera y todas las cosas importantes pasaran siempre debajo de un castaño.

El entrevistador, fascinado, no dijo nada.

Pero claro, continuó el director, pintar unos árboles para que parecieran castaños o utilizar castaños de imitación, de atrezo, resultaría absurdo.

El director terminó diciendo que aquello no había sucedido y que probablemente solo él repararía en la ausencia de los castaños.

—No somos Hollywood —dijo el director. Pero incluso eso lo dijo con cierta ligereza, sin ánimo de censurar a Hollywood. Se limitaba a decir algo

que le parecía muy obvio.

Will se puso de pie con cuidado. Casi podía oír la voz de su madre diciéndole que tuviera cuidado al salir del agua. Casi podía ver la cara que ponía Mel cuando alargaba la mano para sujetarlo mientras se levantaba. Se alegraba de que Corky no se hubiera preocupado en voz alta por cómo se metería en la bañera y por cómo saldría.

Ya en pie, giró el dial y salió música; era música clásica que sonaba como lo que su madre escuchaba en el cuarto oscuro cuando revelaba fotografías. Tiró del tapón de la bañera pero no soltó a Bugs. Iba a desenroscarlo, pero en cuanto puso los pies sobre la alfombrilla de baño —una alfombrilla con forma de fresa que apenas si dejaba a la vista un par de centímetros del trecho de suelo que iba de la bañera a la pared— miró por la ventana, y lo que vio atrajo toda su atención. Vio la espalda de Corky y las de los vecinos, y la de su padre, que se agachaba para meterse en el asiento trasero de un coche de policía. Durante una fracción de segundo se preguntó si su padre estaría buscando algo, pero luego se dio cuenta de que con las manos esposadas no podía estar buscando nada: ¿qué haría si encontraba lo que buscaba? La policía había venido a arrestarlo, que era lo que hacía cuando alguien era un delincuente.

El coche se alejó, se alejó y desapareció sin que las luces empezaran a girar y sin ruido alguno excepto el del motor. Si su padre iba en el coche de policía, es que algo iba muy mal. Cuando él pensaba en lo peor que podía imaginar, era que su madre estaba muerta.

Entonces se le ocurrió que quizá aquello tuviera algo que ver con Haveabud. ¿Por qué se había negado Haveabud a ir a su casa diciendo que Spencer y él irían a una tienda de cómics? ¿Era una coartada? ¿Habría alguna razón que explicara por qué Mel había sido el único que lo había acompañado a casa de su padre?

Su padre estaba en el coche de policía.

Su padre no podía estar en un coche de policía. ¿Cómo podía irse, si había venido a visitarlo?

La policía lo traería de vuelta enseguida.

No. Will había visto suficiente televisión como para saber que su padre no volvería.

Corky y Corinne estaban llorando. Se abrazaban y lloraban. Ahora el único hombre en el césped era Eddie, plantado en el jardín y mirando la calle vacía.

No, su madre no podía estar muerta. La policía no habría ido a casa de su padre ni se lo habría llevado así si su madre estuviera muerta.

Esperó en la ventana para ver si se equivocaba y el coche volvía.

En la alfombra, uniformemente dispuestos, había puntos negros que representaban las pepitas de la fresa. Will levantó el pie y miró las pepitas que había pisado; luego, con la toalla sobre los hombros como un chal, se sentó encima de la tapa del váter a pensar.

Tenía la radio apoyada en la falda y movía el dial de una emisora a la otra. Había perdido la de música clásica y trataba de volver a encontrarla, pero no podía. Movi6 el pulgar lentamente, y en una ocasi6n pens6 que había dado con ella, pero luego se dio cuenta de que no. El tempo era ahora un *allegro*, pero eso 6l no lo sabía, y seguía tratando de encontrar la misma música. Las veces que había estado en el cuarto oscuro con su madre bastaban para que se acordara de que la música clásica cambiaba —justo cuando algo te gustaba, cambiaba—, pero estaba distraído y lo había olvidado.

La música sonaba mal.

Algo iba mal, y Corky y Corinne lloraban.

Por la ventana, había visto lo que iba mal.

Si alguien no entraba en casa pronto, tendría que salir y preguntar qué había pasado; seguía preocupándole que su madre estuviera muerta.

Entre tanto, se sentó en silencio envuelto en la toalla. Había desistido de su empeño de encontrar la canción. Se acordaba perfectamente del modo en que su padre había mirado al hombre que se presentó en la piscina el otro día. ¿Tendría eso algo que ver con esto?

Se mordió la cutícula. Se levantó y desenroscó a Bugs. Bugs se puso a esperar con 6l.

Pongamos que, de un golpe, el niño tira la radio de la estantería en la que estaba, la que queda encima de la mesa de trabajo del garaje. Pongamos que ya contabas con que el niño se hiciera daño porque es algo patoso; nunca se muestra lo suficientemente alerta ante el peligro, siempre se empeña en hacer lo que quiere sin importarle lo que se interponga en su camino —el cable de una radio, lo que sea—; así que cuando oyes un estrépito fenomenal y la habitación se queda en silencio, levantas la vista confiando en que la sierra eléctrica que tú no tienes no haya cortado al niño en dos o que el cortacésped no haya arrancado y lo haya atropellado. El niño extiende el brazo para volver a enchufar la radio, y mientras lo hace tú observas su aguda concentración y descubres que lo has perdido para siempre. El dorado de sus cabellos ha empezado a cambiar a castaño oscuro; sus manos han adquirido auténtica destreza y ya no son dedos de bebé, esos tentáculos de pulpo agitándose sin cesar.

De repente ya no es ni un ángel ni un demonio, sino una persona haciendo algo normal y corriente y confiando en que nadie repare demasiado en el error que ha cometido. A fin de cuentas, ¿qué es lo que has estado haciendo todos estos años cada vez que mueves la cabeza de lado a lado con ademán triste cuando se olvida de volver a cerrar el tarro con la tapa? ¿Y cuando lo regañas para que se ponga de puntillas, deje el cuenco de cereales en el fregadero y abra el grifo para aclararlo con agua? Has pasado cantidades ingentes de tiempo preocupándote, hablando cuando callar te hubiera hecho más feliz, enseñando a alguien que terminaría aprendiendo las cosas tanto si tú lo ponías al corriente de las mismas como si no.

No querías delatar tu impaciencia, pero aun así has tratado de meterle prisa al niño.

Sin ganas de dar su brazo a torcer, él ha quedado rezagado.

Tratando de ser amable, le has contado unos chistes demasiado fáciles, de los que a ti no te hacen gracia.

Sabedor de que hablar compulsivamente es un tic nervioso tuyo, el niño, paciente, ha dejado que sigas parlotando.

Le has explicado que algunas de las palabras que puede decir cuando tú estás delante no puede decirlas en presencia de su madre.

Él ha entendido que los secretos unen a los hombres.

Has hecho todo lo que ha estado en tu mano para que entienda que aunque las mujeres y los hombres son distintos, ellas son exactamente igual de inteligentes y capaces que los hombres.

Él te ha contado que se sabe quince palabras para referirse a los pechos de las mujeres.

Tú le has hablado de sexo con palabras que él pueda entender.

El sexo se convierte en un gran misterio.

Cuando él se ha interesado por los detalles, tú no los has esquivado.

Él ha preferido no contarte que ha jugado a médicos y enfermeras con el vecinito de al lado.

Terminas dándote cuenta de que ha llegado el día de que le sueltes la mano al cruzar la calle.

Con su visión periférica, repara en el deportivo rojo que quiere poseer un día.

Con extrema sutileza, dejas caer en la conversación el nombre de la universidad a la que fuiste.

Él te dice que dejes de presionarlo con el tema de la universidad a la que irá.

Una mañana, el niño te ve oliendo una rosa y te mira con aire inquisitivo. Cuando dejas de oler la flor y te enderezas te sientes como un viejo chocho.

Tiene más información sobre coches que tú.

En vez de leer Time, en el barbero lees Car and Driver.

Calza un número más que tú.

No te lo puedes creer.

Canta trozos de canciones que no has oído nunca.

Un día te ves tatareando una canción que solías cantarle cuando lo mecías para que se durmiera, y lo miras algo nervioso pensando que quizá crea que eres un sentimental.

Te dice que te relajes: no hay nada que quiera saber sobre el sexo y no sepa.

Le dices al barbero que no corte demasiado, que te estás dejando crecer el pelo por los lados.

Tiene una tos de la que no consigue librarse y tú temes que sea neumonía.

Tu mujer te dice que es una tos normal.

Insistes en que vaya al médico.

Te mira como cuando te vio oler la rosa. Es solo tos, dice. Nada de lo que preocuparse.

De noche crees oírlo toser. Caminas por el pasillo hasta su habitación, pero todo está en silencio. Debías de estar soñando. No reconoces el terror que te infundían las enfermedades infantiles más corrientes —sarampión, paperas, dolor de garganta, cortes infectados y moretones hinchados— hasta que el niño ya es mayor. Si algo terrible le pasara justo ahora que empezaba a llegar a casa con chistes que te hacían reír y con imaginativas irreverencias medio susurradas que había aprendido de chicos mayores que él; si desapareciera y su mirada no se cruzara con la tuya cuando su madre se enfadaba, la tragedia sería terrible.

Imagina: quieres a alguien cuyo nacimiento no tuvo nada que ver contigo; cuyos rasgos son demasiado llamativos como para que se parezcan a los tuyos (aunque quién sabe, quizá algo en tu porte explique la observación que hacen algunos: el niño es igualito que tú); cuya presencia, por la capacidad que tiene de absorber toda la energía emocional de su madre, resulta potencialmente amenazadora.

Quieres a alguien cuya madre alguna vez ha reconocido haber deseado tenerlo bien lejos para que las complejidades de su vida se convirtieran en asuntos sencillos. Ella buscaba la fama, y la búsqueda de niñera te la dejó a ti. Y cuanto más cerca estabas del niño, más se alejaba ella, como si fuera eso lo que siempre había querido: un camino despejado, espacio, tiempo, la alegre implicación de los que la rodean. Un poco de envidia, eso es lo que sería de esperar. Más culpa. Pero no era así como iban las cosas.

Tu peor temor acerca del niño es que nunca llegue a abrirse a ti por completo.

Se sienta en tus hombros y, cuando empiezas a correr, te pone las manos en la cabeza para sujetarse. Cuando notas sus manos curvadas, se te ocurre que podrías enseñarle la palabra «kipá».

Crees que su madre no se casará contigo.

Te casas.

Convencido de que te morirás antes de que el niño crezca, te vuelves taciturno.

Vives.

Temes que el mundo trate mal al niño.

El niño, que rara vez se deja intimidar, sigue su camino sin problemas.

Lo alcanzará un rayo, entonces. Será algo cruel y repentino.

El rayo no lo alcanza.

Él quería más G. I. Joes; lo que tú buscabas con tus estrategias de presión era otro hijo. Sus posibilidades de que le regalaran otro juguete siempre eran mayores que tus posibilidades de convencerla de que tuviera otro hijo.

Él quería soñar despierto; tú pensabas en interrumpir tu carrera y empezar otra cosa. Él soñaba despierto siempre que quería, pero, al final, tú no cambiabas de trabajo.

Él confiaba en ti; a ti te preocupaba que, aunque al juzgarte estuviera en lo cierto, se mostrara poco crítico con las personas y las cosas.

Él quería un perro; tú querías un perro. Ella decía que quería poder viajar libremente; que no quería que, desde una residencia canina, un perro con los ojos tristes y el rabo entre las piernas la hiciera sentirse culpable.

En las inauguraciones de su madre, él se inventaba historias de la gente; tú le contabas chismes, todos menos los más escandalosos. Ella os miraba desde el otro extremo de la sala y os sonreía a los dos y tú pensabas que se te iba a romper el corazón.

En suma: vivías, con este niño, una vida de lo más normal. En el fondo del fondo, sospechabas que la virtud se vería recompensada; dabas gracias por haberlo encontrado en este mundo y por que él te hubiera encontrado a ti; tratabas de evitar el sentimentalismo; planeabas su futuro, muy diligente. Y si, de milagro, él no terminaba odiándote, quizá un día podrías preguntarle qué le parecía su vida. No tratarías de buscar halagos, sino de averiguar si habías pasado por alto alguno de los momentos que más importantes le parecían. O de descubrir alguna curiosidad: ¿cuántas veces nos oíste a tu madre y a mí haciendo el amor? Cuando oías el chirriar de los muelles, ¿imaginabas lo que estábamos haciendo? ¿Querías que nos diéramos más prisa para terminar? ¿Eso hacía que parecíamos más infantiles? ¿Más vulnerables? ¿Más distantes? ¿Y si no fue más que un estornudo? ¿Alguna vez tosiste, o te levantaste y fuiste al baño a propósito para que nos pusiéramos a susurrar y a esperar? ¿Conservas algún recuerdo de cuando, todavía muy pequeño, te acercabas a nuestra puerta para escuchar por la noche? Te sacabas las zapatillas para que por la mañana las encontráramos ahí, delante de la puerta, como zapatos en el pasillo de un hotel caro. ¿Te acuerdas de que lograste encontrar hiedra venenosa en Nueva York? ¿Crees que Haveabud y tu madre mantuvieron relaciones sexuales? ¿Crees que yo le fui infiel a tu madre? ¿Temiste alguna vez que nos divorciáramos, como los padres de todos los demás? ¿Pensaste que quizá alguno de los dos se moría? ¿Quién hubieras preferido que muriera? ¿Sabías que defendí tu decisión de rezar tus oraciones nocturnas en silencio y que nunca pensé que quisieras dejar de rezar, de

verdad? ¿Cuántas discusiones ganó tu madre y cuántas gané yo? ¿Mi color favorito resultaba muy evidente o te dije alguna vez cuál era? Interesante, que supieras cuáles eran mis tallas, como si hubieras memorizado fórmulas matemáticas útiles, pero que quizá no supieras cuál era mi color favorito. Con el tiempo, Haveabud llegó a desagradarte mucho más que a mí. ¿Y el susto que nos llevamos cuando tu madre fue a hacerse la biopsia? ¿Te parecía desfigurada?

¿Sabías qué era lo peor que podía pasar? ¿Te ayudó que te dijeran qué coeficiente intelectual tenías, o te perjudicó?

¿Detectaste en tu madre cierta misoginia y en mí un punto de homofobia? ¿Estoy inventándome estas preguntas para provocarte? ¿Lo hacía cuando te crie? ¿Fui condescendiente? ¿Logré convencerte de cosas, aun cuando me las discutías? La suerte, ¿cuántas veces interviene y cuántas no es más que una palabra que empleamos sin rigor para referimos a un incidente espontáneo? A juzgar por las fotografías de tu madre, ¿creías que tenía una visión de la vida algo lúgubre? ¿Se equivocó al hablarle de su familia a la prensa? ¿Contó la verdad sobre nosotros? ¿Sabía ella la verdad? Y hoy, ¿sabemos nosotros la verdad del otro? ¿Te parece calculador que, a estas alturas, tu madre haya comprado un perrito? Sospecho que cuando ella esté en casa lo malcriará. Que, comprándolo, también me ha lanzado un hueso a mí.

La otra noche entré en tu cuarto y vi a tu madre sentada a los pies de la cama leyéndote el poema del girasol de Blake, un poema que a un niño pequeño le resultaría críptico, pensé. Quizá te gustaba la rima. O la presencia de tu madre. No parecías poner objeciones a lo que te leía, pero si te quejabas si, de una noche a la otra, yo cambiaba la entonación.

Si yo no me hubiera empeñado, no habríamos puesto árbol de Navidad. Tu madre te habría dejado crecer sin árboles de Navidad. Ella sabía lo terrible que era aquello y siempre cedía. Colgaba los adornos como si aquella fuera la actividad más agradable del mundo y luego, al año siguiente, ella no quería árbol.

Imagino a Haveabud como alguien capaz de hacer todo lo que una persona importante esperara de él, cualquier cosa; si esa cosa no la mencionaba nadie, sin embargo, su reacción solía resultar desmedida.

Vivir con un artista era más difícil de lo que pensaba. ¿Será por eso por lo que, a veces, las cosas han sido difíciles?

A ella le encantaban mis orejas. Solía morderme los lóbulos suavemente y acariciarme la oreja con la nariz, como si quisiera introducirse en mi cuerpo por ahí.

Yo odiaba los insectos que zumbaban. Ella odiaba los que se arrastraban, todos.

Basta ya de pretérito.

Hoy el sol luce con un resplandor que parece borrar las palabras aquí escritas. Me gustan los días nublados en los que no tienes que entrecerrar los ojos. Días de nubes pálidas.

Sin tu madre, esta casa no existiría. Y tú tampoco, naturalmente. Por eso, cuando está de viaje todo parece raro: las cosas parecen abandonadas, parecen existir sin un contexto. He reparado en que cuando te avienes a algo, ese algo se convierte en tu mundo. Quizá sería falso por mi parte decir que tu madre te condicionó demasiado; lo que trato de decir es que ella estableció un límite alrededor de mi vida, como si viviéramos en una fotografía.

Piensa en las cosas que ha fotografiado y que yo nunca he visto. Secuencias de disparos, como parpadeos. Piensa en las veces en que he mirado su cara mientras ella parpadea y en las veces en que sus ojos se han abierto y se han cerrado a mi presencia en su mundo.

Hubo años en que, de haberlo querido, podría haberme dedicado a escribir. Es bien sabido que todo el mundo echa la vista atrás y se arrepiente de no haber llevado adelante cosas que le importaban.

¿Qué pensarás de estas reflexiones que nacieron con una certeza absoluta acerca de las maravillas de la infancia, llenas, como las cartas de Ben Franklin, de consejos para los precavidos? Vuelvo la vista atrás y veo que lo que me parecieron consejos atinados no eran, a menudo, más que predicciones. Es probable que lo que quisiera fuera transmitir algo elocuente; me engañaba pensando que eso te resultaría útil cuando, en realidad, lo que deseaba era que mi sensibilidad te sorprendiera. Tal vez esta frase haya bastado para arruinar mis posibilidades. Tal vez las palabras escritas jamás consigan servirte de guía y esta información sobre la infancia no signifique para ti más que la fotografía de tu madre —esa que tanto te gusta—: tus zapatos tirados en un prado en el que unas copas de champán brillan como diamantes inmensos y la lluvia ha empañado la hierba y estropeado las servilletas de papel con la celeridad del ácido.

La gente hace cosas y luego abandona los mundos que ha creado, eso es lo que ella siente. Le interesa lo que queda tras los hechos. Ella también se siente abandonada, sin duda. Todos los artistas se embarcan en búsquedas personales, por muy diligentemente que parezcan investigar cuestiones más ambiciosas. Además —igual que los vaqueros o los santos—, siempre se sentirán atraídos por aquello que los reafirma.

Hace poco leí este fragmento de Valéry, un fragmento que me hizo sonreír: «Me parece que el alma, cuando está a solas y se habla a sí misma, no usa sino un número limitado de palabras y ninguna que tenga nada de particular. Así conoce uno que en aquel momento lo que está presente es el alma si, además, percibe también la sensación de que todo lo demás (todo cuanto requeriría un vocabulario más extenso) no es más que una mera posibilidad».

A todos nos gustan las rimas sencillas y las sonrisas espontáneas. Todos somos muy parecidos, hecho en el que los artistas no suelen reparar.

Ahora me doy cuenta de que lo que empezó como un documento privado terminó adquiriendo una trayectoria propia. Tal vez dejé que se levantara el vuelo y se alejara, por supuesto; o tal vez lo apreciaba tanto que no lo solté. Quizá el problema se reduzca a que me resistía a crear algo. Un niño sí —un niño lo habría creado; la creación física no me asustaba—, pero palabras... quizá me resistía a dejar que el lenguaje me transportara.

Me parece que el problema de los diarios —y el motivo de que casi todos sean tan aburridos— radica en que cada día oscilamos entre examinarnos los padrastrós y especular acerca del orden del universo. ¿Deberíamos limitarnos a dejar constancia de todos los pensamientos que queramos para después juzgarlos como lo haría Valéry?

Preguntas y signos de interrogación. Esto lo escribo de noche, cuando la luz y las palabrotas a media voz del día ya se han desvanecido hasta transformarse en oscuridad y silencio. El perro está cerca, acurrucado. Las hojas rozan la ventana. Una imagen prototípica de la habitación en la que el escritor escribe.

Como siempre, en el fondo el escritor espera otra cosa. Mañana por la noche: tu coche en la entrada del jardín. Cerrarás la puerta y te dirigirás a la casa que antes, cuando vivíamos en la ciudad, llamábamos «el refugio» y que ahora que somos viejos es el único hogar que poseemos.

Aunque he decidido darte una llave y tentarte para que por fin leas mis palabras, creo que, por lo que a iluminación se refiere, la linterna que llevo conmigo al camino de entrada será tu mejor herramienta.

Ya basta. Ya ha habido bastantes conclusiones. Siempre se te han dado bien las preguntas implícitas, desde la primera vez que me viste; se diría que en aquel primer vistazo entendiste todo lo que yo quería.

Entonces fuiste tú, y no yo, quien se convirtió en el interrogador. Cuando entré en la vida de tu madre, tú —eso lo recuerdo perfectamente— no

montaste un numerito. Te mantuviste tranquilo, te comportaste como lo haría un adulto inteligente que tuviera que hacer frente a un intruso.

Tal vez pensaste que me escabulliría bajo el manto de la oscuridad y solo me llevaría las joyas; las cámaras, en este caso. Tal vez —como te enterabas de lo que iba pasando de un día para otro y no tenías una idea clara de lo que terminaría siendo tu vida— más que un intruso te parecí un fenómeno, algo como un chaparrón que apenas si dura un instante, o el regalo inesperado de unas deportivas nuevas.

Si tu asombro inocente era rencor, nunca lo advertí. Terminaste queriéndome, eso está claro. Aunque en el transcurso de los años he hecho otras cosas, siempre me he considerado la persona que tantas veces se arrodilló para atarte los cordones. Quien debía comprobar que el lazo era doble y que volvías a estar a salvo de caídas. Habría sido capaz de identificar tus pies —todavía lo soy, los veo clarísimamente— entre los de cien niños en fila.

Y nos pusimos en marcha —puede que incluso camináramos de la mano — para ir al encuentro de lo que estuviera esperándonos, aunque a veces yo no supiera qué era lo que nos esperaba, exactamente. Pero tú pensabas que sí lo sabía. También debías de pensar que morderme la lengua cuando tenía ganas de soltar palabrotas era una reacción espontánea, o que, cuando en el semáforo parpadeaba la luz amarilla, me resultaba sencillo parar en vez de pisar a fondo el acelerador.

¿Te parece una actitud altruista? No es de altruismo de lo que se trata, claro está, por mucho que ahora quiera dar a entender lo contrario. No te veía como una carga: eras la pasadera por la que llegar al corazón de tu madre. Y luego, para mi asombro, empecé a quererte.

Recuerdo que te llevé a un arroyo a pescar y descubrí que las rocas estaban resbaladizas y que el agua se movía más rápidamente de lo que parecía desde la orilla. Fui a buscar los zapatos, los tuyos y los míos —tenía que cuidarte, a fin de cuentas— y soporté tus quejas: solo las nenazas andaban con zapatos por las rocas. Más tarde me gané problemas con tu madre por dejar que se te empaparan los zapatos nuevos.

¿Quién era el niño? ¿Quién era inocente? Que la corriente nos envuelva, pensé con esa euforia que solía embargarme, con la certeza de que nos mantendríamos firmes. De que lo conseguiríamos. Siempre. Cada vez que tentáramos la suerte.

TERCERA PARTE

Niño

Veintiuno

Está encima del piano del salón: la fotografía del *Vogue* de hace veinte años. Cuando se la hicieron, a Will le pidieron que no mirara al objetivo sino a la mano levantada de la fotógrafa cuyos dedos se agitaban como pececitos salpicando el aire. Es una fotografía en la que él aparece triste y su madre hermosa. Los ojos de Jody podrían haber perforado el objetivo. Will se acurruca en los brazos de su madre con el torso desnudo y su piel parece de porcelana. Si hubiera movido los labios a la izquierda, un centímetro solamente, Jody podría haber mordido el pelo largo de Will, tan a la moda. Antes, la foto estaba en la mesilla de noche de Jody y Mel, pero durante los últimos años la habían cambiado de lugar: primero la pusieron sobre la cómoda Biedermeier y luego en el piano. Will siempre se olvida de esa fotografía; solo la recuerda cuando va a Connecticut. En cuanto entra en la casa, Will se da cuenta de que siempre gravita alrededor de esa fotografía. Es un retrato convencional, a su manera: personas atractivas y una imagen bien iluminada. Pero aun así, no resulta tan evocador como el fotógrafo esperaba.

Está tan enamorado de su mujer. Por la ventana del salón puede ver a Amanda, que habla con Mel en el césped mientras se balancea ligeramente para que el bebé que duerme en sus brazos se relaje. Aunque en realidad, si le sostiene la cabeza con la cuenca de las manos y se mece levemente apoyándose primero en un pie y luego en el otro debe de ser por la fuerza de la costumbre: el bebé duerme profundamente desde que salieron de Nueva York. El movimiento del coche lo adormece.

Hoy es el cumpleaños de Jody, y Will y Amanda y su hijo representan su función por orden de palacio. Por su cumpleaños, lo único que Will suele recibir es una tarjeta. El cumpleaños de Amanda lo suele pasar por alto. Jody ha sido coherente durante todos estos años: el tiempo y las energías todavía se los reserva a su carrera. Se muestra más comunicativa con el séquito que suele rendirle pleitesía que con Will, Amanda o Mel. La casa suele llenarse de acólitos devotos o de periodistas que se quedan una hora de más o un día de más; entonces la entrevista se convierte en charla confidencial y Jody les cuenta a todos cómo llegó a tener tanto éxito; les cuenta su versión. Hace años que todos, excepto su familia, la llaman Jo.

El revisionismo lleva mucho tiempo afianzado. Según el relato de Jody, aunque Haveabud se veía a sí mismo como alguien tocado por la inspiración

divina, alguien que siempre andaba sobre el filo haciendo piruetas, en realidad no era más que un neurótico bastante necio a quien ella —que sabía mejor que él lo que pedía el mercado— consiguió manipular.

Haveabud. A Will le resulta asombroso que incluso en la Universidad de Columbia, donde él enseña Historia del Arte, el nombre de Haveabud salga a veces a colación o aparezca en una nota al pie en algún libro o en algún artículo sobre arte contemporáneo de Estados Unidos. Ahora Haveabud está en París; se ha reunido con algunos de los artistas a los que representó, pintores a los que él convirtió en artistas de *performance*. Según parece, en el extranjero se convirtió en una auténtica sensación. Años atrás, Amanda vio en una revista una fotografía de Haveabud, que había asistido a una reunión para recaudar fondos en una casa de la Avenue Foch. Como todas las personas a las que los medios elevan al estrellato, Haveabud había aprendido a sonreír.

Will todavía intercambia felicitaciones de Navidad con Corky, que trabaja de auxiliar de enfermera en Coral Gables.

De Wayne no se sabe nada desde hará por lo menos quince años, desde que le envió una postal de Ciudad de México.

Aunque Will y Amanda se habían retrasado casi dos horas, Jody no estaba preparada para su llegada. Con los años, su desagrado por los planes y por actuar según lo previsto ha aumentado todavía más. Paseando la mirada por la habitación, Will piensa que Jody ni siquiera tiene una silla preferida. Mel ha tenido que pelear duro para poder quedarse con su vieja silla azul, aunque ella todavía lo amenaza con regalarla. Cuando Jody no lo hace rabiar, se muestra tan conciliadora con Mel que a Will no le queda más remedio que pensar que lo que hace es mostrarse condescendiente. («Querido —le había dicho a Mel la última vez que Amanda y él fueron a verlos, la vez que él le contó a Amanda la historia de los desesperados esfuerzos de Mel por enamorar a Jody —, ser convencional es algo perfectamente aceptable. Ya sabes que siempre me ha parecido encantador»).

Hay un perrito. Después de tantos años de objeciones, ahora Jody está tan encariñada con el perrito que incluso se lo lleva al baño cuando ella se baña. Ahora Jody está en el piso de arriba y les grita que bajará de un momento a otro.

Will oye el ruido del desagüe de la bañera. Y al perrito lloriqueando para que lo dejen salir.

Will entra en la cocina para servirse una bebida fría. La medicina de Mel está en la nevera. Desvía la mirada y coge un vaso de la estantería. Es una copa de vino, pero ¿qué más da? Coge el zumo de naranja y llena la copa

hasta la mitad. Cuando cierra la puerta de la nevera, piensa «Florida Sweet». Esa era la marca que Corky compraba. Zumo de naranja Florida Sweet. Se había sentido tan indefenso. Indefenso en la habitación del motel con Haveabud y Spencer. Indefenso cuando la policía se llevó a su padre en lo que fue el principio del fin del matrimonio de Wayne y Corky.

Las ausencias de Jody habían sido demasiadas, y también habían sido demasiadas las cosas que había preferido no tener que escuchar. De no haber sido por Mel, lo habría enviado a Florida más a menudo. Al cabo de muchos años, Will se enteró de que cuando lo llamaron para que fuera a buscar a Will, Mel se puso furioso: él quiso quedarse en Florida, en un motel, y esperar mientras Will estaba de visita en casa de su padre. Si hubiera podido quedarse. Si Mel hubiera podido llegar a los quince minutos en vez de a la mañana siguiente. Corky lo había abrazado con fuerza y había llorado; los dos solos en esa casa triste.

Por otra parte, sin embargo, Mel no se comportó como un héroe, precisamente. Tendría que haber obligado a Jody a que se enfrentara al hecho de que ella era la madre de Will. ¿Y si Mel salió ganando cuando ella le dejó asumir el control? Quién sabe si aquello formaba parte del trato: se casarían con la condición de que Mel cuidara del hijo de Jody.

Años atrás, Will empezó a contarle a Jody lo de Haveabud y ella lo mandó callar. Del mentor maníaco no podía decirse nada malo.

Se había sentido tan unido a Mel. ¿Por qué no le había contado nada a Mel? Tal vez sí lo había intentado y había borrado de su mente la reacción de Mel. O tal vez —así era como él lo recordaba— Mel llegó a Florida tan aturdido que Will se dio cuenta de que no debía mencionar nada que pudiera causar más problemas.

El perro baja las escaleras dando saltos y meneando el rabo. Avanza hasta la cocina, donde está Will, olisqueándolo todo.

Esto es lo que pasará ahora: Jody bajará por las escaleras y no tardarán en llegar las exclamaciones acerca de la belleza del bebé y la divertidísima energía del perro. Mel descorchará una botella de champán y el pastel de cumpleaños de la encimera de la cocina tendrá las tres velas encendidas (una por el año pasado, una por el próximo y otra de propina), y luego Jody formulará un deseo y soplará para apagarlas.

El resto del día, sin embargo, no resultará tan previsible. Mientras den su paseo de la tarde, Mel dará una llave a Will y le dirá que hay unos papeles de los que debe tener conocimiento, por si a él llegara a pasarle algo. Nervioso, Will se meterá la llave en el bolsillo del pantalón y tratará de cambiar de

tema. «Solo son cosas que he escrito —le dirá Mel—, no son documentos oficiales».

¿Cosas que ha escrito?

Más tarde, por la noche, Will descubrirá qué son esas cosas. Cuando haya abierto la caja metálica cerrada con llave, una que está en la cochera en la que él y Amanda siempre se quedan a dormir, se sentará en el suelo, desatará la cuerda y abrirá un pesado sobre de cartón. Ojeará unas cuantas páginas y luego, después de leer el primer párrafo, se sentará en una silla para leer más. Leerá:

Claro que no quieres que el niño sea un muñeco de ventrílocuo, pero sería de agradecer que pudieras tenerlo sentado en las rodillas un poco más, verle menos la nuca y más el perfil mientras hablas. El niño que te recuerda tu propia mortalidad necesita tantas atenciones —tantos mechones de pelo que apartarle de la frente, tantos billetes de dólar que darle, tantos elásticos del calcetín que bajarle, tantas melodías que tatarrear para acompañar el solo del soprano— que resulta casi imposible decidirse entre exhibir la locuacidad de un preso fugado o adoptar la paciencia de un penitente.

Durante horas, Will será incapaz de parar de leer. Siempre ha sido consciente del cuidado con el que Mel lo ha criado, pero ahora también advertirá una especie de narcisismo que, en ocasiones, resultará difícil de distinguir del interés auténtico: un deseo casi militante de que las cosas vayan bien o de que, *a posteriori*, tengan cierta lógica.

Durante todos aquellos años, mientras Jody hacía fotografías, Mel escribía.

Pero ¿qué quiere Mel? ¿Explicar que todo era más difícil de lo que parecía? ¿Impresionar con su sensibilidad? ¿Qué le publiquen sus textos? La fama de Jody haría que ese manuscrito revistiera un gran interés, sin duda.

No. Mel nunca lo engañó. Si quisiera ver el manuscrito publicado, o lo habría dicho o se habría encargado él mismo de conseguir un editor.

¿Debía decir al día siguiente que había leído los textos de Mel? ¿Debía despertar a Amanda? ¿O debía meterse en la cama y acurrucarse junto a ella? ¿O quedarse ahí sentado con los ojos cerrados escuchando el sonido de la brisa entre los árboles?

Con los ojos cerrados, se acuerda de un instante de aquella misma tarde; lo ve como si él pudiera formar parte de la escena y, simultáneamente,

ausentarse de la misma para fotografiarla. Se sonríe de este deseo extraño. ¿Estará el deseo de fotografiar grabado en su código genético, o se tratará de algo completamente previsible en padres con hijos pequeños? Will tiene su fotografía imaginaria, pero sabe que los demás la verían de un modo distinto.

Los demás verían a un joven de pie en un gran jardín de césped verde. Cuando levanta la mirada, los ojos le brillan. Luego, cuando fije algo más la vista, irán perdiendo su intensidad gradualmente: se convertirán en lo que la mayoría de la gente llama ojos amables.

Mel le ha dado al bebé una pelota de color rojo chillón. El bebé la sujeta, vacilante. Mira a su padre.

A lo lejos, Will sonríe y habla. Mueve la cabeza y extiende la mano.

Las rodillas del niño se doblan mientras se entrega a un baile nervioso. Luego, con los brazos tiosos y los puños detrás de la cadera, pega un salto y se agacha un poco al aterrizar; como los pingüinos antes de que se extinguieran.

—Lanza la pelota —dice Will sonriendo para convencer al niño—. Vamos. Tendrás que soltarla tarde o temprano. Vamos, bebé, lánzame la pelota.



ANN BEATTIE (Washington, 1947), es una de las escritoras de cuentos más admiradas en Estados Unidos. Licenciada en la Universidad de Connecticut, fue profesora del Harvard College de la misma institución. En 1976 publicó su primer libro de relatos, *Distortions*, año en el que también aparecería su primera novela, *Postales de invierno*, que poco más tarde Joan Micklin Silver adaptaría al cine.

Su obra se ha comparado a menudo con la de John Cheever, J. D. Salinger y John Updike, y cuenta con una buena nómina de admiradores entre las nuevas generaciones de narradores norteamericanos como Jonathan Franzen o T. C. Boyle. Ann Beattie ha escrito en sus novelas el diario de una parte significativa de la sociedad norteamericana, y ha relatado irónicamente la confusión y la desilusión de una generación atrapada en la resaca de la década de los sesenta. Es autora de siete novelas y ocho libros de relatos, entre los que destacan las novelas *Postales de invierno* (1976), *Love Always* (1985), *Retratos de Will* (1990) y *My Life, Starring Dara Falcon* (1997) y los libros de relatos *Where You Will Find Me And Other Stories* (1993) y *Park City* (1998). Actualmente da clases en la Universidad de Virginia.



Ann Beattie
Retratos de Will

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia